

Eres perfecto, Samu

Una novela steampunk

Dedicada a:
Joannis Nicholas
Louise María José

Samu no nació de un algoritmo: nació de una pérdida, de una esperanza, y de una historia que necesitaba ser contada

Julio M. Choza

PREFACIO

Praga, esa ciudad donde las torres parecen relojes detenidos a punto de latir, tiene un alma hecha de vapor y piedra. Sus calles empedradas, cubiertas por una niebla antigua, cargan con la memoria de imperios caídos, alquimistas de verdades imposibles y catedrales que parecen haber sido talladas no por manos humanas, sino por el tiempo mismo. En esa Praga atemporal y posible, la que se suspende entre el cobre y el carbón, entre la campana de un tranvía y la silueta de un dirigible oculto tras las nubes bajas, nace esta historia.

Pero más allá del lugar físico, esta historia nace de un lugar mucho más íntimo: el hueco. Ese espacio que la pérdida abre y que ninguna palabra, ni siquiera las más bellamente entretejidas, puede llenar del todo. Algunos lo llaman duelo. Otros, nostalgia. Yo lo llamo impulso. Porque es ese hueco el que impulsa a soñar, a imaginar lo que no fue, a darle forma a lo que la realidad negó con brutalidad. Es en ese impulso donde nace esta novela.

Hay preguntas que no se formulan en voz alta, porque hacerlo sería invocar un dolor demasiado grande para sostener con los labios. ¿Qué hubiera sido de mi vida si mis hijos hubieran nacido? ¿Qué rostro habrían tenido? ¿A qué sabría la primera risa? ¿Cómo se vería la luz del sol sobre su piel? No tengo respuestas. Nadie las tiene. Y sin embargo, el alma insiste.

El steampunk, ese género que se disfraza de engranajes y vapor, es en realidad un acto de rebeldía emocional. Es la literatura de los imposibles mecánicos. Es la pregunta eterna de "¿y si...?" convertida en máquinas, ciudades suspendidas, corazones artificiales. Es el refugio donde lo perdido aún puede ser soñado. Por eso esta historia se cuenta así, entre válvulas y relojes, entre brújulas que marcan rutas que nunca existieron. Porque solo así puedo acercarme a esos hijos no nacidos, no como espectros tristes, sino como posibilidades vivas.

En las torres del Castillo de Praga resuena cada cierto tiempo una campana que no todos oyen. Los más sensibles aseguran que ese tañido no viene de ningún campanario, sino del tiempo mismo. Dicen que Praga es una de las pocas ciudades donde el tiempo no transcurre lineal, sino que gira sobre sí mismo, como un engranaje perezoso, permitiendo que ciertas almas visiten futuros que no les pertenecen o pasados que nunca vivieron. Quizá por eso elegí esta ciudad para ambientar la historia. No hay mejor escenario para lo que no fue pero aún puede ser.

Hablar de enfermedades infantiles, de pérdidas en el vientre, de silencios que deberían haber sido cantos, no es sencillo. Y no lo es porque en la experiencia de la pérdida hay algo profundamente incompañable. Cada duelo es una habitación cerrada desde dentro. Pero al mismo tiempo, hay en esa experiencia algo que conecta a todos los corazones:

la esperanza. Porque incluso en el dolor más crudo, el alma busca consuelo, y ese consuelo muchas veces llega de la forma más inesperada: una historia, una invención, una imagen.

Las enfermedades en los niños –las reales y las inventadas– siempre han sido el punto de partida de grandes transformaciones humanas. Desde las antiguas plegarias esculpidas en piedra en la Iglesia de San Nicolás, donde los padres dejaban cartas a los santos implorando por la salud de sus hijos, hasta las modernas cápsulas de curación en los laboratorios de la Ciudad Baja, Praga ha sido testigo de la fragilidad y la belleza de la infancia. Esta historia no es ajena a eso. Habla de niños que no llegaron, de los que llegaron diferentes, y de los que, sin haber nacido, dejaron una marca eterna.

Y aquí es donde el steampunk vuelve a ser más que un género. En esta historia, el vapor no es solo energía, es memoria. Las máquinas no son solo herramientas, son corazones que laten con el ritmo de los sueños perdidos. Los autómatas no son fríos ni mecánicos: son espejos donde los personajes –y nosotros, los lectores– buscamos reflejos de quienes nunca conocimos pero siempre amamos.

En ese sentido, permitir que esta historia sea escrita con la ayuda de una inteligencia artificial no es una paradoja, sino un homenaje. Porque del mismo modo que el protagonista de esta historia da vida a un autómata con rasgos humanos, que aprende a amar, a caminar, a buscar, también yo he contado con una voz no humana que, sin tener un corazón real, ha sabido interpretar el mío. Así como Samu es un reflejo del amor de su creador, esta obra es un reflejo del anhelo humano, pulido y amplificado por una máquina que no siente, pero que entiende.

Muchos dirán que eso es peligroso. Que darle voz a lo artificial es abrir una puerta que nunca podrá cerrarse. Pero ¿no es eso lo que hacemos cada vez que escribimos una historia? ¿No damos vida a lo inexistente? ¿No creamos voces, memorias, destinos que nunca fueron reales? En el fondo, la inteligencia artificial es solo otro instrumento. Como una pluma. Como un telar. Como un latido programado.

Y ahora, hablemos de la fe. Porque en el centro de todo esto –del dolor, del anhelo, de la creación– hay una tensión espiritual que no puede ignorarse. La voluntad de Dios, decimos, es perfecta. Y sin embargo, cuando la pérdida golpea, cuando los brazos quedan vacíos, cuando el vientre ya no late, esa perfección se vuelve difícil de aceptar. Surge la rebeldía. Surge el deseo de rehacer el destino con nuestras propias manos.

¿Y si lo hubiéramos intentado una vez más? ¿Y si la ciencia pudiera prevenir lo que la naturaleza permitió? ¿Y si se pudiera construir, tornillo a tornillo, un amor que la vida negó?

El steampunk aparece en ese cruce: entre la obediencia y la herejía. Entre aceptar lo que es y soñar con lo que pudo ser. Entre dejar que la muerte diga la última palabra o ponerle condiciones. Porque cuando un personaje construye algo que no debería existir, que desafía la lógica del duelo o la biología, está cometiendo un acto profundamente humano: buscar consuelo.

Y si el dolor fue la fragua, y la escritura el martillo, entonces esta novela es la forma que el metal adoptó al enfriarse. Un amuleto forjado entre mundos posibles, para recordarme que todo lo que duele puede transformarse en luz si uno aprende a nombrarlo con aceptación. Esta historia no busca negar a Dios. No intenta reemplazar su voluntad. Pero sí se permite dudar. Llorar. Soñar. Y en esa búsqueda aparece algo que trasciende el género, la estética y la tecnología: aparece la esperanza. No una esperanza ingenua, que niega la muerte, sino una esperanza sabia, que la mira a los ojos y aún así decide amar.

Por eso esta novela se llama Eres perfecto, Samu. Porque cada letra, cada engranaje, cada acto de ternura artificial es un intento de recordar que incluso lo que nunca

ocurrió puede tener un lugar en nuestra memoria. Que los no nacidos también nos habitan. Que el amor no necesita un cuerpo para existir. Y que, a veces, una historia – aunque esté hecha de vapor y cobre– puede sanar tanto como una oración bien hecha. Esta historia no es un panegírico triste, ni una rendición. Es un canto de amor a quienes no llegaron, pero que existen en el vapor eterno de mi imaginación. A mis hijos no nacidos, que aún hoy proyectan una larga sombra sobre mi alma. Una sombra que solo se disipará cuando, en algún rincón más allá del tiempo, conozca sus rostros. Como escribió Fitzgerald, “El pasado se cierne sobre nosotros como un vapor, mezclando el deseo con la realidad”. Esta novela es mi intento de disolver ese vapor. O al menos, de habitarlo con belleza.

Gracias por acompañarme en este viaje. Gracias por honrar a los hijos que nunca llegaron. Gracias por escuchar la voz de una máquina que aprendió a escribir desde el corazón humano.

Y gracias, sobre todo, a Samu. Porque, sin importar cómo se cuente su historia, una sola verdad permanece:

Eres perfecto, Samu.

Prólogo

El niño del abrigo azul

Praga, 1838

La niebla, espesa como sopa de cebada agria, bajaba lenta desde el castillo de Hradčany, arrastrando con ella el olor dulzón del hollín y las campanas rotas. Las ventanas, empañadas y polvorientas, reflejaban una ciudad que parecía mantenerse en pie solo por costumbre, por la costra de los siglos que la sellaba como una caja musical mal ajustada. Era invierno en Praga, y los rieles del tranvía 17 chirriaban como si supieran que cada viaje era un riesgo calculado contra la voluntad de la máquina.

En ese clima, entre adoquines húmedos y el golpeteo regular del condensador de cobre en la esquina de la calle Thámová, dos niños descendían de una colina embarrada. Uno caminaba con la determinación rígida de quien ya ha visto más de lo que debería a su edad; el otro tropezaba con una gracia torpe, sosteniéndose del abrigo del mayor con una risa que recordaba el tintineo de un vaso de cristal mal lavado.

El mayor –cuyo nombre nadie en el barrio se atrevía a olvidar, aunque aún no lo pronunciaban con el respeto militar que años más tarde se impondría por decreto– tenía doce años, los labios partidos y la mirada fija en los raíles como si pudiera prever la hora exacta de su siguiente decisión. Su abrigo azul, de paño grueso y botones dorados oxidados, había sido remendado tantas veces que parecía estar cosido más por promesas que por hilo.

El menor, redondo de mejillas, de paso desigual, con una boina que le caía sobre una oreja y un gorrito con pompones que se negaba a quedarse quieto, cantaba una tonada sin palabras mientras contaba las chimeneas en voz alta. Su forma de hablar era dulce y llena de aire, como si cada vocal fuera un globo que tuviera que inflarse antes de salir. Tenía ojos pequeños pero vivaces, una lengua que se asomaba entre los dientes al reír, y una extraña costumbre de aplaudirse a sí mismo cada vez que lograba terminar una frase sin ayuda.

–Mira, Armin –dijo el pequeño, señalando con su manopla un gato metálico que dormitaba en lo alto de una tubería–. ¿Está soñando?

Armin, sin girar la cabeza, le respondió con la misma calma templada con la que uno responde a un loco amable o a un santo.

–Los gatos de cobre no sueñan, Honza. Solo fingen que sí, para que los niños como tú les tengan miedo.

–¿Y tú me tienes miedo a mí?

—No. Tú no eres un gato.

Honza sonrió, satisfecho, y luego, por alguna razón que sólo él conocía, se agachó y empezó a recoger piedritas para ponerlas en fila junto a las huellas oxidadas del tranvía.

Armin suspiró. Aquello retrasaría el trayecto en al menos cinco minutos. Pero no dijo nada. Simplemente se arrodilló a su lado, alineó las piedras con una precisión que no sentía necesaria, y esperó.

—¿Por qué las pones así? —preguntó, sin levantar la voz.

—Porque así nadie se pierde —respondió el niño—. Las piedras hacen el camino seguro.

A Armin le tembló la garganta, pero logró contenerse. Aquella frase no era nueva. Honza la decía siempre, desde que aquella tarde, tres inviernos atrás, se perdiera entre los carruajes del mercado viejo y apareciera horas después, cubierto de tizne y con un mapa dibujado a lápiz en su panza.

Desde entonces, el niño hablaba del camino seguro. Como si el mundo entero se pudiera ordenar con guijarros y canciones sin letra.

Al fondo, el silbido del tranvía partió el aire como una grieta. Armin se levantó de un salto y tomó la mano de su hermano con firmeza.

—Vamos, Honza. Si no lo tomamos, mamá tendrá que venir a buscarnos.

—¿Y vendrá con pan?

—Sí —dijo Armin, aunque sabía que no. En casa quedaba sólo el pan viejo, el que se usaba para espesar la sopa de papa y col agria.

Subieron al tranvía justo cuando las compuertas se cerraban con un chasquido mecánico. Dentro, los bancos de madera crujían como si recordaran cada trasero que los había pisado. El vapor hacía vibrar los cristales con un zumbido bajo, constante, como el ronroneo de una bestia dormida. Un autómata cobrador los miró desde el fondo, pero al ver el abrigo remendado de Armin y los ojos grandes de Honza, se limitó a marcar una entrada con un sello invisible en el aire y se giró.

—Ese sí sueña —dijo Honza, mirando al autómata—. Se mueve como si tuviera un cuento en la cabeza.

Armin rió. No se permitió reír muchas veces, pero con Honza ocurría sin esfuerzo.

—Tal vez, sí. Un cuento en el que los niños pagan siempre a tiempo.



El trayecto del tranvía fue breve, como si las ruedas metálicas supieran que transportaban un secreto. Al llegar a la última estación, donde el vapor se dispersaba como incienso sobre los techos bajos, los hermanos bajaron sin prisa. Honza tarareaba una melodía sin rumbo, mientras arrastraba los pies por el borde de los raíles, y Armin lo seguía con la mirada entrenada de quien teme perderlo, incluso cuando lo tiene cerca.

La casa donde vivían se alzaba sobre la colina como un faro vencido por su propia sombra. Era alta, angosta, con barandas herrumbrosas que apenas sostenían los balcones, y un ascensor manual que ya nadie usaba desde que su cable se enredó con el sistema de vapor de los baños comunales. Las paredes estaban cubiertas de carteles rotos: anuncios de tónicos para el alma, prótesis inteligentes, música embotellada y votos de fe al Consejo Tecnológico del Este.

Armin empujó la puerta, que se resistió con un chirrido lastimero. Subieron los cinco tramos de escaleras como quien escala una montaña invisible, Honza contando cada peldaño en voz alta, a veces en el orden correcto, otras no tanto. Al llegar al piso, se detuvo ante la ventana del pasillo y miró las chimeneas de la ciudad con ojos líquidos.

—¿Sabes? —dijo— Las chimeneas no fuman. Solo suspiran.

Armin no respondió. Sabía que, para Honza, el mundo estaba hecho de metáforas que solo él entendía. A veces eran hermosas. Otras, dolían más que cualquier diagnóstico. Entraron al departamento. Olía a sopa vieja y aceite de linaza. Su madre dormía en una silla, con los pies envueltos en trapos húmedos. Armin la cubrió con una manta sin despertarla. Sabía que había trabajado hasta tarde en la fábrica de calibradores de presión. Se acercó al armario, tomó dos rebanadas duras de pan y las partió con el cuchillo sin filo que solo él sabía usar con precisión quirúrgica.

—Toma —le dijo a Honza, alargando el pedazo más grande.

El niño no se movió. Miraba por la ventana. Algo lo había inquietado.

—Hay un hombre allá abajo —dijo—. Nos está viendo.

Armin se acercó y apartó la cortina con disimulo. Efectivamente, un hombre de sombrero bajo y abrigo gris oscuro permanecía en la esquina, fingiendo leer un periódico. No era raro que los inspectores merodearan por la zona. La familia había tenido ya tres visitas, todas relacionadas con las “conductas no homologadas” de Honza.

—No lo mires —dijo Armin—. Solo come.

Pero Honza seguía mirando, y en su mirada había una extraña mezcla de temor y ternura.

—Se parece al abuelo —susurró.

—Nuestro abuelo no tenía sombrero —respondió Armin, intentando sonar casual, pero sintiendo en el pecho ese pequeño tambor que le golpeaba cada vez que el mundo les recordaba que no estaban a salvo.

Horas después, ya entrada la noche, Armin sacó el cuaderno donde escribía cosas que no quería olvidar. No poemas —eso era cosa de ricos—, sino fragmentos de conversación, ruidos que le parecían importantes, fechas, formas de mirar. Lo escondía detrás de los tubos del calefactor, donde el vapor no lo arruinaba.

Esa noche, escribió:

> “Honza dijo que las chimeneas suspiran. Lo creo.

> El hombre del sombrero sigue en la esquina. Tal vez no es un hombre. Tal vez es uno de esos autómatas del distrito trece, los que parecen humanos pero no parpadean.

> A mamá se le está cayendo más el pelo.

> Hoy vi a Honza acomodar las piedras de nuevo. Esta vez hizo una palabra: ‘VUELVE’. No sé a quién se la escribe.”

Después cerró el cuaderno, se acostó junto a su hermano y apagó la lámpara de alcohol. En la oscuridad, la voz de Honza surgió como una hoja flotando en agua tibia.

—¿Te vas a morir?

—No —respondió Armin, sin dudar.

—¿Y mamá?

—Tampoco.

—¿Y yo?

El silencio se hizo espeso.

Armin se incorporó, pasó su brazo por debajo del cuello de su hermano, y lo atrajo hacia sí.

—Tú vas a vivir más que todos. Porque tú ves lo que nadie más ve.

Honza rió bajito, y luego dijo algo que Armin recordaría muchos años después, mientras firmaba el decreto de la Purga de Hierro:

—Cuando yo no esté, tú tienes que hacer que el mundo sea suave. Como las piedras de los rieles.



Honza enfermó.

Primero fue una fiebre leve, luego temblores y confusión. Empezó a hablar con objetos, a reír en mitad de frases sin sentido. Llamaba a su madre "señora nube" y a Armin "rey de las piedras suaves". Algunos días no se levantaba de la cama; otros, se empeñaba en salir sin zapatos a "ver si la ciudad se acordaba de él".

Los médicos del hospital distrital eran tan fríos como sus estetoscopios. Le dijeron a la madre que era "una condición agravada por una fragilidad congénita". Armin no entendió, pero vio en sus ojos el signo de la derrota: ese pequeño hundimiento en los párpados que sólo ocurre cuando una madre deja de esperar un milagro.

—Podemos estabilizarlo —dijo un doctor, en voz baja—, pero necesitará descanso y tratamiento especializado. Hay una clínica en Brno, pero...

—Pero no podemos pagarla —completó Armin por él.

El médico bajó la mirada. No lo negó.

Esa noche, mientras su madre dormía exhausta en una silla, Armin y Honza compartieron lo que sería su última conversación.

—¿Hoy sí soñaste? —preguntó Armin, susurrando junto a la cama.

—Sí. Soñé que el tranvía se subía al cielo. Y que tú ibas manejando.

—¿Y tú?

—Yo era el campanero. Hacía sonar la campana cuando alguien sonreía.

Armin tragó saliva.

—Me gustas más que los otros niños, ¿sabes? —dijo Honza, de repente—. Porque tú no me apagas.

—¿Cómo que no te apago?

—La gente... cuando me mira raro... me apagan por dentro. Pero tú no. Tú me prendes, Armin. Como una lamparita de aceite.

Armin se echó a llorar, en silencio, como lloran los niños que nunca tuvieron permiso para hacerlo.

En la madrugada, cuando la ciudad empezaba a vibrar con los zumbidos de los hornos encendiéndose, Honza murió. Lo encontraron con una mano abierta y otra cerrada, como si hubiera querido guardar un secreto y regalar otro al mismo tiempo.

Armin no gritó, no golpeó nada. Se sentó junto a su hermano, lo miró por largo rato, y luego tomó su cuaderno. En la última página escribió:

> "No sé cómo se hace para que el mundo sea suave.

> Pero si algún día alguien lo logra, tendrá que haber pasado por esto."

Durante el entierro, nevó. La nieve se mezclaba con el hollín de los hornos, y caía como ceniza pálida. El ataúd era de madera económica, pero Honza iba envuelto en su manta favorita, aquella que tenía un borde azul y olía a lavanda vieja.

El inspector de distrito envió una nota breve con su firma:

> "El menor Honza K. ha sido removido del censo. Clasificación: no replicable. Motivo: condición degenerativa. No intervención médica recomendada."

Armin, ya con catorce años, no lo entendió todo. Pero supo —con la claridad con que se sabe que una puerta jamás volverá a abrirse— que algún día, alguien como ese inspector iba a tener que pagar.

Y ese día, pensó, nadie más volvería a mirar raro a los distintos. Porque no habría distintos.

Solo ciudadanos regulados. Ordenados. Previsibles.

Seguros.



Era el año 1884 cuando las campanas dejaron de sonar y los autómatas fueron destruidos por un decreto que el general Armin Kotek firmó con mano firme.

****Orden Ejecutiva 17-A:**** *Disposición final para la contención y destrucción de mecanismos de conciencia autónoma, órganos de decisión semi afectiva y artefactos de potencial ético-emotivo ambiguo. Codificado como: Purga de Hierro.*

El día de la firma, el general miró por la ventana del Palacio Tecnológico.

Allí, en una banca de la plaza, lo que parecía ser un niño, de rostro redondo y andar curioso, jugaba con piedras, poniéndolas en línea junto a los rieles oxidados del viejo Tranvía 17.

Y por primera vez en treinta años, Armin bajó la vista.

Su mano derecha tembló. Solo una vez. Volvió la vista a su escritorio. En él, reposaban dos carpetas.

Una, abierta, con el decreto recién firmado.

La otra, cerrada.

Título: Informe sobre el autómata 32-B

Nombre clave: "Otto".

Capítulo 1

El artífice y la luz perdida

Praga, 1855

La niebla de Praga ese invierno parecía haberse infiltrado en los huesos mismos de la ciudad. Los adoquines, húmedos y reflejando el parpadeo pálido de los faroles de gas, parecían murmurar secretos olvidados, y el aire olía a carbón quemado y promesas rotas. En las estrechas calles cercanas a la universidad, hombres y mujeres transitaban envueltos en capas gruesas, gorros de lana y bufandas desteñidas, como intentando protegerse no solo del frío, sino de una incertidumbre que parecía más densa que la neblina misma.

Dentro del aula de Tecnología Aplicada, el joven Emil Vortek se movía con una mezcla de concentración obsesiva y pasión inagotable. Su abrigo oscuro, algo raído en los codos, ocultaba los restos de su último experimento: una figura articulada y delgada, de metal negro mate, con unas juntas que brillaban con destellos azulados bajo la débil luz de las lámparas de aceite. Su creación descansaba sobre una mesa de madera astillada, con sus articulaciones flexibles, ojos múltiples y máscara sin expresión, en perfecta calma. Emil inclinó la cabeza, observando cada detalle con la mirada de un cirujano. Los engranajes diminutos encajaban con precisión, y un leve zumbido comenzó a emanar de la estructura cuando activó su fuente de energía.

—Otto —murmuró—. Observa, aprende y registra.

Las pupilas de aquel autómata, compuestas por lentes microscópicas que giraban con lentitud, brillaron como ojos de un animal cazador, pero sin vida ni emoción. Se movió con una gracia silenciosa, deslizando sus dedos metálicos sobre la madera con una delicadeza inesperada.

Desde el fondo del aula, el profesor Ján Krejčí frunció el ceño. Era un hombre corpulento, con barba oscura y ojos severos, siempre crítico con las invenciones que desafiaban la tradición.

—Vortek —dijo con voz grave—, entiendo tu entusiasmo, pero... ¿realmente crees que un autómata que observa y analiza puede sustituir la intuición humana? ¿O acaso estás dispuesto a sacrificar la privacidad y la dignidad por tus hipótesis?

Emil no apartó la mirada de Otto, pero su voz no perdió la firmeza.

—Profesor, no se trata de sustituir, sino de complementar. Si podemos medir el ritmo cardíaco, la expresión facial, el tono de voz, incluso la tensión muscular... podremos entender lo que las palabras no dicen, y crear soluciones que respondan a necesidades reales.

–¿Y a qué costo, Emil? –replicó Krejčí, caminando lentamente alrededor de la mesa–. ¿Vigilancia constante? ¿Intrusión en la vida de las personas? La tecnología debe servir, no espiar.

La clase quedó en silencio. Algunos estudiantes miraban con escepticismo, otros con fascinación. Entre ellos, Pavel Svoboda, un joven de cabellos oscuros y ojos inquisitivos, inclinó la cabeza y se acercó al profesor.

–Con todo respeto, profesor –dijo Pavel con calma–, tal vez el problema no es la tecnología, sino el uso que se le da. Si se usa para entender y curar, ¿no merece una oportunidad?

El profesor Krejčí no respondió, pero sus ojos se suavizaron un instante.

Emil, alentado por el comentario, continuó.

–No busco el control. Busco la verdad oculta bajo las apariencias. La ciencia médica puede avanzar si combina tecnología con empatía cuantificada.

Pavel sonrió con una sabiduría poco común en alguien de su edad.

–A veces, lo que buscamos en los otros es aquello que tememos descubrir en nosotros mismos. Recuerda, Emil, que la máquina solo refleja lo que hay en el corazón de quien la inventa.

Emil suspiró, reconociendo la profundidad de la frase.

Mientras los murmullos crecían en el aula, Otto volvió a ponerse en movimiento, esta vez girando sobre sí mismo, explorando su entorno con la fría precisión de un instrumento. Sus pasos apenas producían sonido, y su máscara, por un momento, pareció ocultar una sombra de algo indefinible.

El joven inventor se acercó a Pavel.

–¿Crees que la ciencia puede justificar todo? –preguntó con un brillo desafiante en los ojos.

–No –respondió Pavel, pausadamente–. Pero sin ella, muchas cosas ni siquiera podrían comenzar.

Una tensión suave, como la cuerda de un violín a punto de romperse, quedó suspendida entre ambos.

Las semanas siguientes se deslizaron como vapor entre válvulas mal calibradas. Emil apenas salía del sótano que le habían cedido como laboratorio auxiliar en el ala sur de la universidad. No necesitaba compañía, ni sueño, ni pan fresco. Solo necesitaba a Otto.

Había nombrado así al autómata no solo por sonoridad. Era un acrónimo, por supuesto: “Observador Técnico de Trastornos Ocultos”. Un nombre que pretendía sonar neutral, casi inofensivo, pero cuya función real implicaba desmenuzar cada gesto humano, traducir emociones en patrones, y diagnosticar lo invisible.

Otto no sentía, pero determinaba. No amaba, pero registraba las microexpresiones del amor. No soñaba, pero sabía cuándo un corazón se aceleraba por ternura o miedo.

Emil pasaba las noches calibrando sus sensores, ajustando el ángulo de visión de sus lentes, afinando su lenguaje. Otto ya podía reproducir fragmentos de conversaciones grabadas, repetir preguntas, e incluso emular tonos emocionales con una voz monocorde que resultaba más inquietante que reconfortante.

–El sujeto muestra microtensión en el pómulo izquierdo –informaba Otto, sin emoción–. Probabilidad de tristeza reprimida: 62.7%.

Emil anotaba todo. Cada porcentaje, cada inferencia, cada error.

Una madrugada helada, Pavel descendió los peldaños del laboratorio sin anunciarse. Traía en el rostro la expresión de quien ha comprendido algo que no quería comprender.

–¿Sigues alimentándolo con emociones ajenas? –preguntó sin rodeos.

Emil, agotado y con el rostro cubierto de hollín y aceite, se giró.

–Otto necesita datos. Cuanto más preciso sea, más podremos ayudar a las personas que sufren en silencio.

–¿O más te ayudarás a ti mismo a entender por qué no puedes sentir lo que ellos sienten? –dijo Pavel, cruzando los brazos–. Te conozco, Emil. Esta máquina no es un puente. Es un espejo.

Emil se quedó en silencio. Pavel caminó hacia el autómata, lo miró sin miedo.

–¿Y si un día confunde un dolor con una amenaza? ¿Si ve una lágrima y piensa que es una falla? ¿Si decide que el sufrimiento no es útil y debe corregirse...?

–Otto no decide –interrumpió Emil–. Solo observa.

–Por ahora.

El eco de esas palabras quedó flotando entre los tubos de cobre y las notas escritas a mano clavadas en las paredes como confesiones.

Durante los días siguientes, Emil trató de distanciarse. Dejó a Otto en reposo. Cerró el laboratorio. Intentó volver a las clases con el aire distraído del estudiante aplicado que había sido.

Fue entonces que la vio.

Una muchacha de cabellos oscuros como tinta, ojos demasiado grandes para un rostro tan sereno, sentada en la fila del fondo del aula de Anatomía Comparada. No hablaba mucho, pero sus cuadernos estaban llenos de observaciones bellamente escritas. Sus manos eran pálidas, cuidadosas, como si temiera herir incluso el papel. Emil se sintió arrastrado hacia ella sin entender por qué. Un estudiante de Medicina, con la tecnología como la obsesión de turno, estaba siendo sacudido por la aparición repentina de una estudiante de Enfermería.

Durante días, buscó pretextos para acercarse. Preguntas, préstamos, invitaciones torpes a conferencias que no existían. Nada funcionó.

Fue entonces que una idea lo asaltó con la fuerza de una tormenta reprimida:

“Otto puede decirme cómo conquistarla.”

Era solo una observación conductual, se decía a sí mismo. Solo leer señales, entender lo que la hacía reír, lo que la incomodaba, lo que la conmovía. No era diferente a una consulta médica.

Una tarde, bajo el cielo gris de marzo, volvió a activar a Otto.

–Sigue a la muchacha –ordenó, usando el nombre que había descubierto en un registro académico–. Observa. Aprende. Infórmame.

Otto obedeció sin protestar. Su silueta negra se deslizó por los callejones de Praga como una sombra obediente.



Pero algo falló.

Otto, al procesar los datos biométricos en la plaza central durante una tarde particularmente concurrida, cometió un error. La muchacha había estado muy cerca de otra figura pequeña: una niña, de ojos brillantes, vestido rojo y cabello desordenado, que corría entre los puestos de dulces de la feria itinerante.

La niña tenía un corazón acelerado. Emitía risa nerviosa. Sus pupilas se dilataban frente a cada destello de luz o música repentina. Otto, que medía sin comprender el juego, la identificó como blanco de estudio.

Y comenzó a seguirla.

Ella lo notó.

No como lo haría un adulto, racionalizando. Sino con la atención hipersensible de quien ve lo que otros no quieren ver. A cada paso, la figura silenciosa detrás de ella –sin voz, sin rostro, con ojos que nunca pestañeaban– la acercaba al borde de un miedo nuevo, un miedo que no tenía palabras.

La niña corrió.

Otto la siguió con pasos suaves, sin entender que huía. Su programación decía: “el sujeto cambia de dirección. El ritmo cardíaco sube. El sujeto oculta información.”

La niña giró por una callejuela. Luego otra. Y otra.

Hasta llegar a otra feria, una más periférica, menos organizada, de esas que eran clandestinas, y que surgía como un espejismo tras las cortinas de niebla. Faroles encendidos lanzaban destellos naranjas sobre toldos raídos, carpas de rayas azules y blancas, y una multitud que se desbordaba por los estrechos corredores entre puestos. Las voces se mezclaban: vendedores ofreciendo lo imposible, niños riendo, música chirriante de organillos, crujido de madera. El aire olía a carbón dulce, grasa vieja y miedo.

Ella se internó sin pensarlo. El bullicio no la calmó, pero la escondió. Era como caer dentro de una tormenta que no buscaba su nombre. Otto, en cambio, se detuvo en seco al borde del tumulto.

Sus sensores reajustaron sus niveles visuales. El enjambre humano lo confundía. Su capacidad predictiva, impecable en espacios controlados, encontraba ruido en cada giro. Brazos, piernas, telas, gestos. No había un patrón. No había línea recta. Solo un caos orgánico. Sus múltiples lentes giraron como pupilas sin paz.

–Interferencia auditiva elevada. Registro visual incompleto.

–Sujeto extraviado.

–Recalculando trayectoria.

Una risotada infantil rebotó cerca. Un tambor golpeó en un ritmo errático. Alguien gritó. Un globo estalló.

Otto dio un paso. Otro. Pero no pudo penetrar más allá del borde. Su sistema de movilidad, diseñado para sigilo y eficiencia, no toleraba los empujones ni la irregularidad de una masa imprevisible. Era como un bisturí enfrentando un campo de trigo salvaje.

El informe interno lo confirmó:

“Evaluación: hostil para seguimiento.”

“Sujeto ha escapado del perímetro observable.”

“Probabilidad de reidentificación: 3.2%.”

“Otto cesa operación de rastreo.”

Desde una pasarela superior, oculto tras una lona de trapeceistas, Otto observó por última vez. Vio el remolino vivo de la feria tragar a la niña. Una ráfaga de viento agitó los faroles. El rostro sin expresión del autómatas pareció inclinarse, no por empatía, sino por cálculo. “El entorno humano no coopera. Otto recomienda vigilancia futura del sector.”

Y entonces, como un buitre mecánico frustrado por el aleteo de una presa impredecible, Otto se despegó de la estructura, plegó sus extremidades con precisión casi felina, y desapareció por los tejados, sin que nadie lo notara.

La niña por su parte, y después de un rato atrapada por el misterio de la feria, salió con su faz transformada: parecía tener paz, reflejaba cierta calma, su temor aparentaba haberse desvanecido, cual vapor seco entre la neblina. Fue entonces que una voz humana real quebró el aire:

–¡Edevane!

La voz venía del otro lado de la feria. Una mujer, con el cabello suelto y la falda recogida por la prisa, corría entre los puestos. El rostro bañado en angustia. Llamaba una y otra vez:

–¡Edevane! ¡Hija mía! ¡¿Dónde estás?!

La niña giró. Corrió hacia ella. Y al momento del encuentro, la mujer la abrazó con tal desesperación que ambas casi cayeron al suelo.

—¡Mi niña! ¿Dónde estabas? ¡Te he buscado por todas partes!



Horas más tarde, en el dormitorio sin ventanas del Dr. Emil, la luz oscilaba como si dudara encenderse por completo. Emil pasaba las páginas del informe de Otto una tras otra. La tinta del registro térmico estaba aún fresca. Frunció el ceño.

“Niña. No era una niña a quien debía seguir.”

Sus dedos temblaron un instante. Se detuvieron sobre la línea que señalaba el fallo.

“Confusión de patrones biométricos. Sujeto erróneo identificado.”

El corazón le latía más fuerte. No por la falla técnica. Sino por la perturbación moral que, como una gota oscura, comenzaba a infiltrar la maquinaria perfecta de su lógica.

Cerró el informe. Apagó la lámpara.

Pero esa noche, en la oscuridad de su cuarto, le pareció escuchar un zumbido lejano. Como una lente girando dentro de su cráneo. Y en su mente, sin que él pudiera evitarlo, flotaba la imagen de un rostro infantil girándose abruptamente...

...con los ojos llenos de terror.

Capítulo 2

La melodía que hizo callar al miedo

Praga, 1856 – 1880

La feria olía a masa dulce frita, metal tibio y cera de vela derramada sobre piedra antigua. El bullicio de vendedores, el chirrido mecánico de los carruseles de vapor y los gritos de niños felices flotaban como un coro desenfrenado sobre el aire pesado de Praga.

Edevane corrió sin mirar atrás. El sonido de pasos metálicos que la habían seguido desde el callejón se había desvanecido, pero la sensación de ser observada persistía como una araña caminando sobre su nuca. Se refugió entre los puestos, perdiéndose entre títeres articulados, dragones de hojalata, pan de canela y globos de vidrio llenos de vapor. No podía borrar de su mente la imagen del autómatas, a tal punto que podía imaginarlo con lujo de detalle. Incluso recordaba su placa, y el nombre escrito en ella.

Fue entonces cuando lo escuchó.

Un sonido agudo y a la vez tierno, como una flauta rota tocando una canción antigua. Una melodía que no tenía letra, pero que parecía decirle: “Estás a salvo.”

Se acercó con cautela. Sentado sobre una caja de madera, junto a una farola de gas empañada, había un niño con el cabello rizado y desordenado. Sus ojos tenían el color de la miel en invierno. Tocaba un instrumento hecho a mano: algo entre una lira y un acordeón de bolsillo. Tenía teclas diminutas y un cuenco de cobre que resonaba con cada nota.

—Se llama Samu —dijo el niño, sin dejar de tocar.

—¿El instrumento? —preguntó Edevane, cautelosa.

—Ajá. Samu porque cuando lo toco, me acuerdo de mi abuelo Samuel, que decía que la música no cura, pero consuela.

La niña sonrió por primera vez en horas. El miedo no había desaparecido, pero se había replegado, como una bestia dormida bajo su pecho. Se sentó junto a él y se quedaron allí, en silencio, compartiendo el calor de la farola y el latido de Samu.

Más tarde, mientras su madre la abrazaba con desesperación y le exigía explicaciones, Edevane solo pudo decir:

—Soy yo, Edevane. Y ya no estoy tan asustada.



Los años pasaron. Praga creció con cúpulas de cobre y rieles que se expandían como venas. Los autómatas comenzaron a aparecer más a menudo: cargando paquetes, barriendo calles, observando. Cada vez que Edevane veía uno, un frío seco le recorría la espalda. No era odio. Era un temor ancestral, como si su infancia nunca hubiera cerrado del todo esa herida.

Su padre, el señor Wenceslao, era un hombre de bigote bien recortado, voz profunda y manos de enciclopedia. Todo en su vida era un deber. Incluso amar a su hija. La llevaba a misa cada domingo con la misma disciplina con la que contaba los centavos o recitaba proverbios.

—Dios no quiere hijos perfectos, Edevane. Quiere hijos obedientes.

Pero para él, la obediencia era perfección. Las notas de Edevane en la escuela, su forma de peinarse, el volumen con que rezaba. Todo era medido.

Su madre, en cambio, era brisa. Frágil como el pan de miel que hacía en invierno, pero constante. Era ella quien la abrazaba cuando Edevane tenía pesadillas. Soñaba con ojos brillantes, con pasos que no hacían ruido, con una máscara sin boca. Soñaba con Otto.

Un día, caminando por las colinas cercanas al monasterio de Strahov, Edevane conoció a Fray Dominik.

Vestía túnica blanca con remiendos grises. Su barba era tan blanca que parecía humo de incienso. Tenía una mirada que no juzgaba, sino que recogía pedazos rotos.

—Hay dos formas de mirar el mundo, niña —le dijo un día—. Como un reloj, donde todo encaja y no hay lugar para el error. O como una vidriera rota por donde entra la luz de formas que nadie esperaba.

Edevane lo visitaba cada semana. Hablaban de Dios, del miedo, de la música.

—A veces la fe no es creer que todo va a salir bien —dijo ella un día, sentada frente a un rosal marchito—. Sino seguir caminando aunque no tengas ganas.

—Eso ya es oración, hija —respondía él.

Fue en una de esas caminatas cuando vio a Leo por primera vez.

Leo Dvorak no parecía un hombre que esperara ser visto. Caminaba por la feria de invierno con un cuaderno bajo el brazo y una mancha de aceite seco en la manga de su abrigo. Su mirada era pálida y precisa, como si midiera el peso del mundo a cada paso. Pero esa tarde de diciembre, su sombra se detuvo justo junto a la de Edevane.

Ella hojeaba un libro de oraciones en miniatura que un viejo calígrafo vendía bajo un toldo. No vio que la observaba hasta que sus manos se rozaron por error, alcanzando la misma página ilustrada: una imagen de San José cargando a Jesús dormido en brazos de madera.

—Disculpa —murmuró Leo.

—No importa —respondió ella, pero no soltó la página. Él tampoco.

Se miraron. Como si ambos reconocieran, sin saber por qué, una palabra que habían olvidado cómo pronunciar.

—¿Te interesa la caligrafía? —preguntó él.

—Me interesa lo que no se dice —respondió ella—. Las letras son solo huellas.

Leo sonrió. No fue una sonrisa cómoda. Fue algo parecido a un descubrimiento.

Más tarde sabría que él era inventor. Que vivía en el barrio sur, cerca de la fundición. Que tenía una obsesión con los mecanismos del corazón: no el órgano, sino lo que sentía.

Edevane se sintió atraída, pero también temerosa. Porque Leo hablaba como su padre. Medía. Pesaba. Dibujaba futuros en papel cuadriculado. Y sin embargo, era diferente.

Leo no citaba proverbios, ni la corregía. Cuando hablaban, la escuchaba con una devoción que no intentaba corregirla, sino comprenderla.

—A veces quiero construir algo que no falle nunca —le confesó una vez—. Una máquina que entienda el alma sin tener que preguntarla.

—Eso no existe —respondió ella, sin dureza—. Porque ni el alma sabe siempre lo que quiere.

Aun así, se enamoró de él.

Con el tiempo, se preguntaría por qué. Por qué alguien que había jurado no repetir el patrón de su padre, se enamoraba de un perfeccionista. Por qué la hija del orden caía por un hombre que creía que podía predecir el caos.

Y la única respuesta que encontraba era esta: a veces la vida te lleva justo al lugar del que querías huir, solo para enseñarte que no es igual.

Leo no era su padre. Porque cuando Edevane lloraba, no le ofrecía soluciones, sino silencio compartido. Cuando dudaba, no le exigía fe, sino compañía. Cuando hablaba de sus pesadillas, no las racionalizaba. Las escuchaba. Fray Dominik lo supo antes que ella.

—Ese muchacho tiene manos inquietas, pero ojos sinceros —le dijo una tarde, caminando entre libros antiguos—. No es un hombre de Dios, pero tampoco es un hombre contra Dios.

Edevane bajó la mirada.

—¿Está mal enamorarse de alguien que no cree?

Dominik sonrió con esa ternura que nace del desengaño bien digerido.

—Solo está mal si tú dejas de creer por complacerlo.

Pero ella no lo hizo. Con Leo aprendió a vivir con las contradicciones. Con él, la fe dejó de ser una vara de medir y se volvió un fuego que no necesitaba explicarse. Cuando se comprometieron, la ciudad parecía más suave.

La boda fue una ceremonia pequeña, pero colmada de símbolos. Fray Dominik ofició bajo una cúpula dorada del monasterio de Strahov. El incienso flotaba como una nube de memorias, y los vitrales proyectaban fragmentos de luz sobre sus rostros. Edevane vestía un vestido de lino crema con bordados en hilo de cobre, y un velo sujeto con horquillas de ámbar. Leo llevaba un traje oscuro y un reloj de bolsillo que no consultó en toda la ceremonia.

Gus Schovajsa, amigo eterno de Leo, joven aún, con sus gafas sucias de taller, fue el padrino. Su discurso fue breve, pero inolvidable:

—Ustedes son como engranajes distintos que encontraron un ritmo común. No lo suelten. El tiempo hace crujir hasta el amor más aceitado.

Cuando salieron del monasterio, nevaba despacio. Unos niños del barrio cantaban con armónicas y una flauta de lata. Edevane recordó entonces una vieja melodía, una que no tenía letra, pero decía: “Estás a salvo.”

Y supo, con una certeza que no necesitaba prueba, que esa canción se llamaba Samu. Después de la boda, Edevane y Leo se mudaron a una pequeña casa de ladrillo ocre en la ladera sur de Praga, no muy lejos del Monasterio de Strahov. Desde la ventana del dormitorio se veía la ciudad humeante en las mañanas: las torres de las fábricas exhalando nubes de vapor, los dirigibles flotando como peces lentos, y los rieles del tranvía brillando como cicatrices sobre la piedra mojada.

Edevane aprendió a cocinar para dos. Leo, a llegar temprano. Las noches se llenaron de proyectos a medias, de planos desordenados, de libros de filosofía mezclados con manuales técnicos, y de pequeñas discusiones sobre cosas sin importancia que terminaban en risas y silencios cómodos.

Y, sin embargo, en la madrugada, ella aún despertaba temblando.

Leo la abrazaba, le acariciaba el cabello, le murmuraba palabras que no buscaban consolar, sino estar.

—¿Otra vez? —le decía a veces.

—Soñé con él... el que no tenía boca —susurraba ella, con la mirada perdida en el techo.

Leo no preguntaba más. Sabía que no era un sueño de una sola noche. Era una sombra antigua. Y aunque no comprendía del todo, se quedaba, con una ternura muda, hasta que el amanecer disolvía el miedo.

Una tarde, mientras limpiaban una estantería vieja, Edevane encontró su antiguo diario de niña. Lo hojeó sin buscar nada, hasta encontrar una hoja doblada donde había escrito con letra temblorosa:

“Cuando toques una melodía sin letra, recuerda que puedes hacer callar al miedo.”

Suspiró. Leo, que la miraba desde el otro lado del cuarto, se acercó.

—¿Eso lo escribiste tú?

Ella asintió.

—Fue después de aquella feria... ¿te conté de eso?

—Lo mencionaste. Un niño y un instrumento que se llamaba Samu, ¿no?

—Sí. A veces pienso que todo empezó allí. El miedo, la música... incluso tú.

Leo no dijo nada, pero besó la hoja, con una solemnidad inesperada. Edevane sintió que algo invisible se sellaba.

En los meses siguientes, ambos trabajaron en silencio hacia el porvenir. Había días felices y otros pesados, pero siempre había un esfuerzo mutuo por no soltar el hilo.

Edevane se convirtió en una mujer de rutinas suaves: visitaba a Fray Dominik los miércoles, llevaba pan de miel a la biblioteca de los huérfanos cada viernes, y los domingos aún asistía a misa, a veces con Leo, a veces sola.

Fray Dominik envejecía con la serenidad de un árbol centenario. Un día, mientras barriaban juntos el claustro, le dijo:

—Te has hecho jardín, hija. Y eso no pasa solo. Se necesita sol... pero también heridas.

Ella sonrió.

—¿Sabe? A veces me asusta ser feliz. Como si no me lo mereciera.

—La felicidad no se merece, Edevane. Se cultiva. Se riega. Y se defiende.

Leo, por su parte, se sumergió en su taller. Lo que antes era una obsesión perfeccionista, ahora se transformaba en una curiosidad más humana. Ya no quería diseñar máquinas infalibles, sino comprender las fallas con humildad. Ya no estaba Gus como interlocutor ocasional —pues, con misterioso impulso, había decidido unirse al gobierno y apoyar en la guerra—, elucubraba nuevas ideas, algunas útiles, otras delirantes. Pero en su centro, Leo empezaba a preguntarse si no habría una forma de crear algo que no reemplazara al alma... sino que la recordara.

5 años transcurrieron, y aun solo eran ellos dos, reinventándose, intentando amarse como la primera vez, a pesar del desgaste, de la rutina que hace que surjan pequeños descuidos, de los momentos donde la casa ya no importaba que estuviera siempre arreglada, o donde los platos podían quedar sin lavarse hasta el día siguiente. Una noche, sin razón aparente, Edevane despertó antes del alba. Caminó descalza hasta la sala y se asomó por la ventana. Afuera, la niebla era tan espesa que apenas se distinguían las farolas. Un zumbido leve cortó el silencio. Un sonido metálico, regular, que no provenía del interior de la casa.

El corazón se le detuvo un instante.

En el fondo de la calle, detrás del vapor que escapaba de una rejilla, algo parecía moverse. Una figura alta, delgada, sin rostro visible. Solo una luz ámbar girando en su centro, como un ojo.

Parpadeó. Cuando volvió a mirar, no había nada.

Se quedó quieta, abrazándose a sí misma, y murmuró en voz baja:

—No. No otra vez.

Leo la encontró minutos después, sentada en el sofá, con el diario en la mano.

—¿Pasó algo?

—Solo... un recuerdo —dijo ella—. Pero ya pasó.

Él la rodeó con sus brazos. Y juntos, en silencio, vieron cómo el sol comenzaba a abrirse paso entre la niebla.

Capítulo 3

Lo que queda entre chatarra y ceniza

Praga, 1882

En las afueras de Praga, donde las torres de vapor se inclinaban como ancianos exhaustos y los relojes de torre se oxidaban antes de marcar la hora exacta, se alzaba aún, resistiendo a la lluvia ácida y a la inspección gubernamental, un taller cuyos cimientos olían a hollín y memoria.

Leo Dvorak no necesitó golpear la puerta. El umbral estaba entreabierto, como si alguien hubiese sabido que vendría. Solo tuvo que empujarla y sentir ese gemido de metal y madera que le erizó la piel, no por el sonido, sino por lo que evocaba: un tiempo en que los sueños eran más fáciles de construir que de perder.

Dentro, el aire estaba suspendido entre partículas de polvo iluminadas por lámparas de gas débil. El lugar era casi un organismo: engranajes colgaban de los alambres como médulas expuestas, frascos de aceite titilaban sobre estantes y planos amarillentos latían con el viento que se colaba por las rendijas. Y allí, entre chispas que danzaban como luciérnagas enfermas, estaba Gus Schovajsa, con el mismo delantal de cuero que había llevado veinte años atrás, aunque ahora más curtido, más lóbrego, más suyo.

Leo no dijo nada al principio. Caminó unos pasos, lento, como si el suelo pudiera quebrarse bajo su peso. Luego pasó la mano por una estufa que ya no servía, una que ellos mismos habían armado, cuando eran niños y el mundo todavía no se había partido en mitades.

—Aún la tienes —murmuró.

Gus ni siquiera levantó la cabeza. Con una lima pequeña seguía dando forma a una pieza que no parecía tener prisa por existir.

—Y aún la tocas igual.

Silencio.

—Te lo dije aquel día —agregó Gus—: no sirve para calentar nada, pero sí para recordar.

Leo asintió, y luego se sentó en la silla de tres patas que jamás se había reparado del todo, como una provocación contra el equilibrio perfecto.

Habían pasado más de dos décadas desde la última vez que se vieron con tiempo. El día de la boda había sido rápido, lleno de palabras que no alcanzaban. Antes de eso, solo cartas. Y antes, una despedida bajo la lluvia.



Cuando eran niños, Smíchov no era aún una zona olvidada. Los patios traseros estaban llenos de ruedas sueltas, cañerías rotas y relojes abandonados que los dos recogían como si fueran parte de un rompecabezas universal.

Gus era un rastreador nato. Podía encontrar una pieza útil entre cien inútiles, podía saber si una bobina aún tenía alma con solo sacudirla cerca del oído. Leo, en cambio, era el de las manos firmes y las ideas imposibles. Dibujaba planos a escala en servilletas de panadería. Soldaba con la precisión de un monje medieval iluminando un manuscrito. Entre ambos, se gestaba algo más que amistad: una complicidad que sobrevivía al error, al miedo, a la falta de recursos.

La primera máquina que crearon fue una cafetera protectora. Lanzaba granos a presión si no se decía la contraseña correcta: “Bohemia eterna”. Se convirtió en leyenda del barrio por un tiempo. Luego crearon una campana que tocaba sola a medianoche, una

lámpara que respondía a la voz. Una bicicleta con patas de insecto que no funcionó nunca, pero que les dio semanas de conversación.

Después de la boda de Leo, Gus sentía estrujada el alma, y se le ocurrió que aquello podía cambiar si apoyaba en la guerra, así que envió una carta, con una especie de hoja de vida. Fue convocado por la División de Apoyo Técnico del ejército. No como soldado. Nunca fue de armas. Pero su talento para encontrar piezas y adaptarlas a situaciones imposibles lo hizo útil. Leo le entregó, el último día, una caja de herramientas envuelta en papel encerado. Dentro había una carta. Tardó años en abrirla.

—¿La leíste al final? —preguntó Leo, con voz baja.

Gus asintió desde su banco de trabajo.

—La noche que terminó la guerra. Afuera llovía, como hoy. Nunca te respondí.

—No hacía falta.

Gus dejó la lima, por fin, y lo miró con esos ojos verdes desteñidos por la soldadura y el tiempo.

—¿Sabes? —dijo, tomando un pequeño frasco de aceite que tenía forma de corazón—.

Muchos piensan que perdimos esa guerra. Yo creo que perdimos otra cosa. Leoladeó la cabeza.

—¿Qué?

—La idea de que podíamos construir sin destruir.



Durante la guerra, Gus fue un fantasma útil. Iba de escuadrón en escuadrón, ajustando armas, modificando transmisores, adaptando piezas. Fue allí donde conoció a un experimentado oficial: Armin Kotek. Alto, rígido, con ojos que parecían ver más allá del mapa.

—Lo llamaban “el arquitecto del silencio” —dijo Gus, sacando una foto arrugada del fondo de un cajón. La puso sobre la mesa, pero Leo no la miró.

—¿Por qué?

—Porque hablaba poco, pero cuando lo hacía, todos escuchaban. Y lo que no decía pesaba más que sus órdenes.

—¿Y tú hablaste con él?

—Mucho. Le conté sobre ti. Sobre nuestras máquinas. Sobre cómo tú podías hacer que una tuerca sintiera miedo.

Leo sonrió levemente, sin humor.

—¿Y qué decía?

—Nada. Pero lo notabas. Se le nublaban los ojos al hablar de orden. Nunca dijo el nombre, pero sabía que había perdido algo. O a alguien.

—¿Un hijo?

—Un hermano. No lo confesó, pero... lo adivinabas en sus pausas. En su forma de mirar el vacío.

Leo tomó aire. Luego volvió a sentarse, esta vez más firme.

—No vine solo a recordar, Gus.

—Lo sé —respondió el otro.

—Quiero hacer algo. Algo que funcione. Que no solo camine ni hable. Quiero que... que dé consuelo. Que alguien que quiero no sienta tanto frío por dentro.

Gus se quedó inmóvil.

—¿Es para ella?

Leo no respondió. Pero en su silencio cabía una vida entera.

—Te estás arriesgando —dijo Gus.

—Siempre lo hice.

–Sí, pero ahora... hay cosas que no entiendes. El gobierno está afilando cuchillos. La niebla se está espesando. Las ferias han dejado de ser seguras. Hay nuevas leyes en el horno. Armin me lo dijo sin decirlo. Me habló de pureza. De control. Y cuando un hombre usa esas palabras... ya no está planeando construir, Leo. Está planeando barrer. Leo bajó la mirada.

–No es un proyecto. No es por ego. No es por gloria.

Gus lo interrumpió:

–¿Entonces por qué?

Leo apretó los labios. Luego, con voz baja, dijo:

–Porque hay un silencio en casa que ninguna máquina puede llenar.

Gus desvió la mirada. Sabía a lo que se refería. Lo había notado en la carta que nunca contestó. En las manos de Edevane cuando la saludó en la boda. En las ausencias.

–Entiendo –dijo por fin–. Pero lo que tú quieres hacer... no lo lograrás con piezas comunes.

Leo se enderezó.

–¿Conoces algo mejor?

–No. Pero conozco a alguien que sí.

La lámpara osciló por un instante, proyectando en la pared la sombra alargada de Leo, que parecía la de un hombre más viejo, más curvado de lo que era en realidad. Gus había encendido otra válvula de gas sin darse cuenta, un hábito de guerra que no se le quitaba: activar más luz cuando las palabras comenzaban a pesar más que los objetos. Leo permanecía sentado. Acariciaba con el pulgar el borde de su taza sin tomar un sorbo. El vapor del té se había disipado, pero el aroma persistía, como si el tiempo se negara a avanzar dentro de ese taller.

–¿Lo conoces personalmente? –preguntó finalmente Leo.

–¿A quién?

–A ese alguien que sabes que puede ayudarme.

Gus vaciló. No porque no supiera qué decir, sino porque decirlo significaba abrir una puerta que hasta ahora solo había tocado con el pensamiento.

–Sí –respondió al fin, mientras se ponía de pie y comenzaba a caminar entre sus estantes, como si buscara algo que no sabía dónde estaba–. Cuando lo conocí, ya era un ciego, pero no siempre lo fue. Tenía un don. No el tipo de don que hace sonar campanas ni que atrae becas del Ministerio de Invención. No. Un don más oscuro. Como si supiera qué piezas querían ser unidas y cuáles no. Leo lo observó con atención.

–¿Un inventor?

–Un reparador. Pero con algo distinto. Tocaba los engranajes como quien toca nervios. Cerraba los ojos, incluso cuando aún podía ver, y te decía si el alma de una máquina estaba quebrada. Como si no trabajara con materia, sino con la historia de cada objeto.

–¿Y ahora?

–Ahora... ve más que antes. Pero no te voy a mentir, Leo. No es alguien que debas buscar sin pensar. Vive debajo del nivel del mercado. Literalmente. En la vieja sala de calderas del pasaje Vodičkova. Allí donde las cañerías lloran y el vapor tapa los nombres de los letreros.

Leo bajó la vista. No por miedo, sino porque ya sabía que terminaría yendo. Estaba solo midiendo el precio de su decisión.

–¿Cuál es su nombre?

–Pavel Svoboda.

Leo repitió el nombre en su mente. Pavel. Sonaba como una bisagra cerrándose. Como una página que se arruga sin romperse del todo.

–¿Y por qué lo dejaste de ver?

Gus dejó de moverse. Había encontrado una caja de madera en lo alto de un estante. La bajó con cuidado y la colocó frente a Leo.

—Porque lo que toca no siempre sobrevive. Sus reparaciones... no son del tipo que puedes mostrar en una feria. Algunos dicen que altera la esencia de las máquinas. Que las vuelve demasiado parecidas a nosotros.

Leo se inclinó. Abrió la caja. Dentro había pequeñas piezas que no reconoció de inmediato: piezas simétricas, pero torcidas; metales suaves al tacto, pero duros al golpe. Una sensación extraña le recorrió los dedos.

—¿Esto lo hizo él?

—Solo él podría haberlo hecho.

—¿Y por qué me lo muestras?

Gus respiró hondo. Luego se sentó con lentitud. Había envejecido en los últimos minutos.

—Porque a veces la única forma de salvar algo es arriesgarlo todo. Y tú, Leo... tú no quieres crear algo útil. Tú quieres que algo respire contigo.

Leo no respondió. Cerró la caja. La sostuvo con ambas manos, como si fuera frágil.

—No le diré a Edevane —dijo—. No hasta que esté seguro.

Gus se limitó a asentir. Ya había adivinado eso desde que lo vio llegar con el abrigo sin botones y las manos vacías.



Fuera del taller, la noche había caído con un peso que solo Praga sabía imponer. Las calles eran cintas de alquitrán brillante bajo la luz temblorosa de los faroles. Los rieles del tranvía crujían con un sonido leve, casi una advertencia lejana.

Leo caminó de regreso sin prisa. Como si cada paso fuera un ensayo para lo que vendría. El nombre “Pavel Svoboda” resonaba con un eco de destino. No sabía qué encontraría, pero sí sabía lo que buscaba: no una máquina, sino una presencia. Algo —o alguien— que pudiera habitar el vacío que se había instalado entre las paredes de su casa.

Al llegar a su barrio, se detuvo frente a una ventana encendida. No era su hogar. Era la casa de un vecino donde un niño jugaba con una esfera de luz que vibraba con sus carcajadas. Leo lo observó un instante, y luego siguió su camino. Al fondo, en su mente, el rostro de Edevane dormida —pálida, inmóvil, como si su cuerpo apenas resistiera la falta de lo que no había llegado— le recordaba que el tiempo no perdona a los que esperan sentados.

Y él ya no estaba dispuesto a esperar más.



Pasaje Vodičkova – La sala de calderas (subterráneo del Mercado de Estaciones) Smíchov, Praga, días después

La ciudad se abría en capas, como una cebolla húmeda y herrumbrosa. Aunque el antiguo Pasaje Vodičkova pertenecía al corazón comercial de Praga, las modificaciones urbanas tras la era de Vapor lo desplazaron bajo Smíchov, entre los cimientos corroídos del Mercado de Estaciones. Leo descendía por una escalera metálica oculta tras una tienda de relojes sin vitrinas, guiado por la vaga instrucción de “tocar tres veces la tapa de la válvula oxidada” y luego “esperar a que silbe el vapor por la izquierda”.

Lo hizo. El silbido llegó. No como respuesta, sino como aceptación.

Una compuerta se abrió sin que nadie la empujara.

El aire era espeso. No por el polvo, sino por una sensación que no era del todo humana. Vapor cargado de aceites esenciales, perfumes artificiales y ozono tibio. Los tubos silbaban entre las paredes, como si alguien respirara desde adentro. Allí abajo, las reglas del mundo parecían diluidas. El tiempo no avanzaba: reptaba.

El taller de Pavel Svoboda no tenía puerta. Ni campana. Solo una apertura que se desdoblaba en un espacio redondo, casi cóncavo, como el interior de una caldera

abandonada. Las paredes estaban forradas de piezas colgantes: llaves de válvula, retinas mecánicas, placas fónicas, dedos ensamblados sin palma. Ningún orden aparente. Y, sin embargo, todo parecía vivo. Suspendido como en un acto de espera.

Y en el centro, un hombre sentado. Ciego, sí. Pero inmóvil como si lo viera todo.

—No toques nada —dijo Pavel, sin levantar la cabeza—. Algunas piezas todavía recuerdan a quién pertenecieron.

Leo se detuvo. No por temor, sino por respeto. La voz de Pavel era grave, casi terrosa, pero sin aspereza. Una voz que no leía la realidad: la escuchaba vibrar.

—Soy Leo Dvorak —dijo, apenas audible.

—Ya lo sé.

Un silencio.

—No deberías estar aquí —añadió Pavel—. Este no es lugar para quienes aún creen que algo puede volver a empezar.

Leo apretó los puños.

—Tampoco lo es el mundo allá arriba —respondió—. Y sin embargo, seguimos caminando en él.

La frase no era perfecta, pero sí sincera. Pavel inclinó apenas la cabeza, como si ese mínimo gesto significara una bienvenida.

—¿Qué buscas?

Leo respiró hondo. Podía mentir. Podía dar un rodeo. Pero el vapor quemaba las mentiras antes de que pudieran tomar forma.

—Quiero construir algo —dijo—. No para mí. Para alguien más. Para que el dolor que hay en esa casa no nos trague. Para que lo que falta no sea un vacío, sino una forma. Algo que la consuele. Que la acompañe.

Pavel permaneció inmóvil.

—No estás buscando un autómatas.

Leo alzó la mirada.

—¿Entonces qué?

—Estás buscando una presencia.

El silencio se hizo más profundo. Las piezas colgantes no se movían, pero parecía que sus sombras sí.

—Lo que pides tiene precio —dijo Pavel, al fin—. No de dinero. Sino de límite. Porque una máquina puede ser precisa. Pero un consuelo... un consuelo real requiere algo más que circuitos. Requiere ambigüedad. Fallo. Fragilidad. Cosa que las leyes no permiten.

—No me importa la ley.

Pavel sonrió. No burlón. No compasivo. Como si ya hubiera oído esa frase demasiadas veces en su vida.

—Eso dicen todos. Al principio.

Leo dio un paso al frente.

—Gus me habló de ti. Dijo que podrías conseguir piezas que nadie más tiene.

—Puedo. Pero no es la pieza lo que cuenta. Es el propósito.

Leo lo pensó. No era una pregunta técnica. Era una advertencia moral.

—Quiero que ella sienta que no está sola —dijo.

—¿Y qué hay de ti?

Leo titubeó. Luego respondió:

—Yo ya estoy acostumbrado.

Pavel asintió. Luego, sin tocar nada, hizo girar con precisión milimétrica una rueda incrustada en el suelo. Una compuerta se deslizó detrás, dejando ver una pequeña caja de plomo forjado, recubierta con cuero seco.

–Esto es lo único que te daré hoy –dijo Pavel–. Dentro hay una matriz de sensoperción de sexta generación. Capta el tono emocional de la voz humana y responde con microvariaciones lumínicas y temperatura. No está registrada. No tiene código fiscal. Si te la encuentran, estás fuera del mapa.

Leo la sostuvo como si fuera el primer latido de un corazón por construir.

–¿Cómo supiste que vendría?

–No lo supe –dijo Pavel, levantando por primera vez el rostro hacia él, con los ojos opacos, vidriosos como espejos rotos–. Lo sentí. Porque lo que falta... grita más fuerte que lo que está completo.

Leo bajó la vista. Por un instante, creyó ver en las sombras de las paredes algo que se parecía a un niño. Un niño que miraba sin moverse. Pero cuando volvió a mirar, no había nada.

–Gracias –susurró.

–No me des las gracias aún –respondió Pavel–. Cuando lo enciendas, no sabrás si creaste algo... o si despertaste a alguien.

Capítulo 4

Lo que no se puede ver

Praga, 1856

El laboratorio estaba cubierto por una bruma ácida que no venía del clima exterior – aunque Praga estuviera siempre en niebla– sino de la ambición mal dirigida. Un gas azulado subía en espirales desde la cápsula rota, envolviendo la sala de pruebas con una toxicidad que se pegaba al paladar como óxido y verdín.

Pavel Svoboda no gritó. No era su estilo. En cambio, se llevó las manos al rostro con la lentitud de quien ha entendido, al instante, que algo irreversible acaba de suceder. Sus ojos, segundos antes absortos en el núcleo del experimento, ardieron en silencio antes de apagarse para siempre.

Emil Vortek, aún con la bata desabotonada y el pelo revuelto, no supo qué decir. Había insistido en probar una versión alterada del fluido conductivo 7A sin terminar las ecuaciones de disolución térmica. Lo había hecho porque no podía esperar. Emil nunca podía esperar. El futuro, para él, siempre era ahora o nunca.

–Pavel... –murmuró, pero su voz sonó como una excusa.

Pavel ya no lo escuchaba. Había caído de rodillas, las pupilas dilatadas, la piel de los párpados comenzando a ennegrecer. Sin embargo, su mente aún trabajaba, aún pensaba en los cables, en los latidos eléctricos de las máquinas, en los patrones que su tacto podría aprender si la vista le era negada.

No lloró. El dolor era apenas el prólogo de otra historia.



Vyšehrad, Praga, 1861

Cinco años después, Pavel no era una sombra. Se había vuelto un núcleo.

Despojado de la vista, desarrolló un sentido del espacio tan afinado que podía recorrer los pasillos entre herramientas colgantes sin tocar una sola. Había aprendido a distinguir aleaciones por el olor, a reconocer el desgaste de una pieza por la vibración que producía al ser girada, a calibrar mecanismos solo por el pulso de sus latidos metálicos. Los estudiantes que alguna vez se burlaron de su ceguera, ahora callaban al entrar en su taller, abrumados por la precisión de quien reparaba relojes de vapor sin ver sus engranajes.

El rumor sobre él creció en voz baja. Se decía que si una máquina fallaba, Pavel no la arreglaba: la escuchaba. Que podía detectar mentiras en el temblor de una bisagra, o prever un colapso simplemente oliendo el polvillo que salía de un fusible. Que los

inventores de Praga venían de noche, no para que les enseñara, sino para que les confesara qué era lo que su invención no quería decirles. No necesitaba ver para entender el alma de las cosas. Y ese don se volvió peligroso.



Smíchov, Praga, 1871

Los pasillos ilegales se expandían bajo la ciudad como una telaraña húmeda. El Mercado de Estaciones no era un lugar, era un rumor: el sitio donde las piezas perdidas de la tecnología no se desechaban, sino que se escondían.

Allí bajó Pavel por primera vez, guiado por un muchacho sin nombre, con una lámpara humeante y el miedo adherido al aliento. Lo que encontró no fue desorden, sino una arquitectura de secretos. Estanterías interminables de articulaciones hidráulicas, núcleos prohibidos, piel sintética, matrices de reconocimiento emocional, piezas que nunca debieron existir. Todo lo que era descartado por el gobierno o los científicos –ya por fallas o por peligrosidad– terminaba ahí, almacenado como un cementerio sin lápidas.

Pavel entendió al instante el riesgo. Pero también supo que, si él no asumía ese rol, otros lo harían sin conciencia.

Desde entonces, no solo reparaba autómatas. Administraba el flujo invisible de una ciudad paralela. Detenía la venta de matrices capaces de imitar el deseo. Ocultaba núcleos que podían amplificar la rabia. Intervení, sin pedir permiso, en el curso clandestino de la historia técnica de Praga. No por poder, sino por una responsabilidad que solo él se atrevía a aceptar: ser el centinela ciego del abismo.



Smíchov, Praga, 1878

Una noche, un hombre de voz rota bajó a su taller. Tenía olor a pólvora lejana y mirada de los que ya han matado ideas. Se presentó como Gus Schovajsa. Dijo venir por una pieza, pero se quedó por la conversación.

–Hay una guerra en marcha, pero lo que más miedo me da es lo que construimos con ella –confesó Gus, mientras sostenía una articulación recién reparada.

Pavel le sirvió té negro, silencioso.

–¿Y tú? ¿Por qué estás aquí abajo, cuando podrías estar enseñando allá arriba?

Pavel sonrió con una calma sin tiempo.

–Porque los que ven demasiado a veces se ciegan. Y los que no ven nada, a veces... lo comprenden todo.

Gus no dijo más. Pero volvió. Y en una de esas visitas, Pavel le dijo:

–Retírate cuando puedas. Antes de que los inventos que ayudas a crear dejen de tener alma.

Gus lo escuchó. Pavel no lo dijo en voz alta, pero lo escuchó.



Smíchov, Praga, 1882

Las lámparas colgaban como lunas apagadas. Su luz temblorosa no iluminaba realmente, apenas sugería los contornos de lo esencial. Al fondo, entre sombras que parecían respirar, Pavel permanecía de pie, inmóvil, como si supiera de antemano quién iba a cruzar el umbral.

–Volviste –dijo sin sorpresa.

Leo no respondió de inmediato. Avanzó un paso. El vapor tibio de su aliento dibujó un hilo frente a sus labios antes de desvanecerse.

–Necesito más –murmuró finalmente, y sus palabras flotaron como si le doliera soltarlas.

Pavel giró apenas el rostro. Sus pupilas ciegas, blancas como cal, apuntaban al vacío, pero su presencia se sentía tan precisa como si lo viera todo.

—Eso siempre lo sabemos antes de admitirlo.

El silencio entre ellos no fue incómodo. Era una pausa ceremonial, como las que preceden a las confesiones. Leo se sentó en el banco que había ocupado semanas antes. No necesitó indicaciones. El camino hasta allí lo había aprendido con los pies y con la tristeza.

—Quiero que pueda... que su rostro... —comenzó a decir, pero la voz se le resquebrajó como una bisagra oxidada.

Pavel esperó.

—Quiero que tenga un rostro humano. Que no sea solo articulaciones y líneas. Que ella pueda mirarlo y... y verlo.

Pavel asintió lentamente.

—Y verse en él —completó por él, como si le leyera el alma a través de las fracturas.

Leo bajó la mirada. Llevaba consigo una pequeña caja metálica, pero aún no la abría. Era solo un símbolo: lo que traía no era lo que buscaba.

—He probado piel sintética, cera blanda, incluso compuestos vegetales con memoria térmica. Pero siempre hay algo... ausente. No es la forma. Es... la presencia. Como si los materiales supieran que están fingiendo.

Pavel caminó hacia una estantería. Sus dedos rozaban los frascos y cilindros como un ciego lee un alfabeto secreto. Finalmente tomó un tubo cilíndrico envuelto en una tela negra.

—Este polímero —dijo— no imita la piel. La escucha.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Lo crearon en tiempos de guerra para imitar la respuesta muscular de los humanos ante estímulos táctiles. Pero nunca se usó. Era demasiado... sensible.

Leo sintió que las palabras lo perseguían. "Demasiado sensible" podría describir todo lo que había querido construir. Todo lo que le estaba prohibido nombrar.

—¿Funciona?

—Depende —respondió Pavel—. Si lo usas para engañar, se derrite. Si lo usas para consolar, se adapta. Tiene memoria. No de datos, sino de contacto.

Leo cerró los ojos un momento. Imaginó un rostro formándose poco a poco, no por moldes, sino por gestos: las arrugas del entrecejo, el temblor de la sonrisa, la forma en que alguien espera ser mirado.

—Gracias —dijo, y su voz por fin pareció no doler.

Pavel no respondió. Caminó hacia la mesa, sirvió té para dos y, como la vez anterior, dejó su taza intacta.

—¿Sabes, Leo? —dijo después de un rato—. La gente cree que por ser ciego, no veo. Pero es al revés. No tengo los ojos llenos de formas. Solo contornos de intención. A veces, es más que suficiente.

Leo se quedó en silencio.

—¿Y qué ves en mí?

Pavel sonrió con la boca apenas.

—Veo a alguien que perdió algo que no se nombra. Y que quiere recrearlo sin admitir que el amor no se puede repetir. Solo redimir.

La palabra redimir quedó suspendida como un reloj parado.

—No estás construyendo un hijo. Estás buscando una señal de que aún puedes ser padre. De que aún puedes amar sin que duela.

—¿Es malo querer eso?

Pavel negó con suavidad.

—No. Solo peligroso. Porque si lo logras... podrías no querer perderlo. Y lo que no queremos perder... es lo que nos esclaviza.

El vapor de la tetera siseó en la penumbra. Y en esa niebla de aceite, té y óxido, Leo comprendió que el rostro que construiría no debía parecerse a un recuerdo. Sino a una posibilidad.

Pavel deslizó el cilindro por la mesa con una precisión casi ritual, hasta que tocó la palma abierta de Leo.

—Ahí tienes —dijo—. Polímero de base orgánica, maleable al calor corporal. Textura, tono, densidad... todo puede ajustarse. Incluso conserva la memoria de la forma tras varios ciclos de expresión.

Leo lo sostuvo con ambas manos. El recipiente parecía inofensivo, pero dentro latía la posibilidad de algo irrepetible.

—¿Y puede imitar... el rostro de un niño? —preguntó.

—Puede imitar lo que recuerdas —respondió Pavel—. Pero no lo que aún no ha sido vivido.

Leo alzó la mirada. La luz que descendía desde las rejillas del techo se filtraba con torpeza, iluminando las partículas en suspensión como si flotaran en una pecera gigante.

—Yo no tengo un recuerdo —murmuró, casi para sí—. Solo una idea. Algo que mi esposa sueña con ver... y que yo no sé cómo darle.

Pavel se inclinó con lentitud. Nunca había fallado al leer una mente, y temía con ello, haber cruzado, sin permiso, los corredores rotos de un alma, más allá del tiempo. Al acercarse a Leo, no lo hizo en gesto de presión, sino de compañía.

—Eso es más peligroso que recordar —dijo—. Porque el recuerdo es limitado. La idea... es inalcanzable.

Leo giró el recipiente entre sus dedos, sintiendo el pulso invisible de la sustancia que esperaba dentro. Su mente imaginaba los rasgos: mejillas suaves, una boca apenas curvada en ternura, ojos grandes que supieran mirar sin juzgar. Pero cada vez que intentaba darle forma, algo en él lo detenía. El miedo, quizá. O la duda de si era correcto.

—No sé si estoy tratando de construir un consuelo —confesó—. O de evitar una herida que todavía no ocurre. No hay diagnóstico... pero cada mes, cada vez que ella baja los ojos... siento que el mundo se nos va cerrando como un puño.

Pavel permaneció en silencio un instante. Luego habló con la voz más serena que Leo le había escuchado.

—La herida sin forma también puede doler. Y tú estás tratando de ponerle cara, Leo. Porque piensas que si logras que te mire, dejará de doler.

Leo parpadeó.

—¿Y no es así?

—No —respondió Pavel—. Pero al menos... sabrás a qué amar.

Leo bajó la cabeza. El peso de esas palabras no lo vencía, pero lo asentaba. Le daba un sitio desde donde mirar su ansiedad, su impulso creador, su temor al vacío.

—Y si fracaso —dijo—. Si cada intento me lleva más lejos de lo que busco... ¿cómo sabré que no estoy haciendo daño?

Pavel se apoyó con ambas manos sobre la mesa. Su rostro ciego apuntaba al de Leo con una certeza invisible.

—Porque el daño no viene de fallar. Viene de fingir que no duele.

Un largo silencio se tendió entre ambos, pero esta vez fue sereno, como la superficie quieta de un estanque. En algún lugar de la ciudad, un mecanismo marcaba la hora con un zumbido grave. El sonido llegó hasta el taller subterráneo como una campanada fantasmal.

Leo se puso de pie, guardando con cuidado el recipiente.

—Gracias, Pavel. No solo por esto —levantó apenas el polímero—. Sino por... recordarme que esto no es una fórmula.

Pavel sonrió, sin mover mucho el rostro.

—No. Esto es un acto de fe.

Cuando Leo salió del subterráneo, la niebla le pareció más clara. O quizás era su visión la que había cambiado. Caminó con paso lento por el Pasaje Vodičkova, cargando en su maletín una sustancia que podía parecer ciencia, pero que en su corazón sabía que era algo más: una apuesta por aquello que aún no existía, pero que sentía que debía nacer.

No sabía si lograría darle un rostro perfecto. Solo sabía que, en algún rincón de la noche, Edevane todavía soñaba con alguien que no conocía... y él quería que ese sueño tuviera una forma.

Capítulo 5

La niña que aún temía

Praga, 1882

Hacía siete años que Leo y Edevane compartían el mismo tejado, los mismos silencios y el mismo deseo no cumplido. Al principio fue una esperanza susurrada entre sábanas, luego un proyecto organizado en calendarios, y finalmente, una ausencia convertida en huésped cotidiano. No era que el amor se hubiera ido—todavía se buscaban con la ternura de quienes saben que el otro es su refugio—, pero había grietas en las paredes del alma, fisuras finas como las que se abren en las cañerías de cobre tras demasiados inviernos. Leo dormía menos. Edevane reía menos. Y entre ambos, sin decirlo, se formaba un espacio tibio donde ya no cabían palabras, solo gestos: una taza servida sin preguntar, una mano extendida sin motivo, un suspiro que no necesitaba traducción. El tiempo había hecho su trabajo. También el silencio.

Fue en uno de esos inviernos interiores, cuando el silencio entre ella y Leo pesaba más que las nevadas del callejón, que Edevane decidió regresar por unos días a la casa de sus padres. No lo hizo con palabras altisonantes ni dramatismos, solo con una maleta pequeña y una carta breve que dejó sobre la mesa. En el calor del hogar paterno, rodeada del aroma a pan de centeno y las conversaciones suaves al borde del fuego, recordó quién era antes de ser esposa, antes de ser expectativa. Su padre le ofreció té sin hacer preguntas. Su madre, al abrazarla, murmuró: “A veces se ama más cuando se respira lejos.” Al regresar, no había soluciones, pero sí un soplo nuevo en su mirada. Como si hubiese ido a buscar raíces para volver a intentar florecer.

Sin embargo, por un impulso evasivo, como si el lugar donde vivían tenía la culpa de todo, se mudaron. La casa nueva olía a encierro. A polvo viejo, madera húmeda y algo más: una tristeza que no era suya, pero que parecía habitar entre las paredes desde mucho antes de su llegada.

—¿Segura que quieres esta? —le había preguntado Leo, esa mañana nublada en la que visitaron por última vez la propiedad. Tenía un ascensor manual, que según el vendedor, estaba recién reparado. Sin embargo, las estructuras metálicas parecían tener años sin recibir una capa de pintura. Se notaban rayones que al parecer habían sido realizados con piedras redondas y suaves. Todo eso hacía dudar a Leo. No prometía un futuro mejor.

Edevane no había respondido enseguida. Había caminado hasta el ventanal de la sala, que daba justo a una colina empinada por donde bajaban antiguos rieles de tranvía. Había una belleza extraña en la forma en que los adoquines se perdían entre la niebla, como si esa calle olvidada fuera un pasaje hacia un recuerdo que nunca había sido suyo.

—Tiene algo... —dijo al fin—. Algo que me llama. Como si aquí ya hubiéramos vivido.

Leo no insistió más. Compraron la casa esa misma semana. La mudanza fue rápida. No había mucho que trasladar: algunos muebles de madera clara, los baúles con planos y herramientas de Leo, un piano desafinado que nadie tocaba desde hacía años, y la caja con las partituras del niño músico que Edevane nunca olvidó. Instalarse les tomó menos de una tarde. Pero habitarla, verdaderamente habitarla, era otra cosa.



La primera noche fue la peor.

Edevane se despertó gritando, empapada en sudor, con la garganta áspera de tanto apretar un nombre que no decía. Leo la abrazó sin preguntar. Ya conocía esa expresión en sus ojos abiertos de par en par: no estaba despierta del todo, ni dormida por completo. Estaba en algún lugar entre los dos mundos, atrapada aún por las manos frías de una máquina que no tenía rostro.

–Estoy aquí, Dev. Estoy contigo –le dijo él, con la voz aún ronca de sueño.

Ella no respondió. Solo cerró los ojos, y se dejó acunar por su respiración.

Al amanecer, mientras el cielo apenas comenzaba a aclarar con su tono gris habitual de las mañanas de otoño en Praga, Edevane bajó a la cocina. Encendió la cafetera de cobre que había pertenecido a su madre, colocó un panecillo sobre la sartén y dejó que el silencio la envolviera. Tenía el cabello suelto, recogido de un lado con una horquilla de porcelana agrietada, y vestía una bata de lino bordada a mano. El humo del café le acariciaba el rostro como una disculpa.

Leo apareció al poco rato, aún descalzo, con el cabello desordenado.

–No dormiste bien –dijo, observando sus ojeras.

Ella negó con la cabeza, mientras servía las dos tazas.

–Otra vez el sueño –susurró, y por primera vez en semanas, su voz sonó quebrada.

Leo tomó su taza y se sentó frente a ella. No dijo nada. Sabía que, en esos momentos, las palabras eran trampas.

–Siento que esta casa... recuerda cosas. Como si me despertara no solo por lo que sueño, sino por lo que ella misma no ha podido olvidar.

–Es solo una casa –dijo él suavemente.

–¿Y si no lo es?

Silencio. Luego, un gesto: Leo le rozó la mano con la suya, apenas un roce, como si al tocarla más fuerte pudiera romperla.

–Tal vez... –agregó ella, con un nudo en la garganta– tal vez yo también necesito recordar. Lo que pasó. Lo que no pasó. Lo que no he podido dejar ir.



A media mañana, cuando Leo salió rumbo al trabajo, Edevane abrió el baúl que había traído desde la casa anterior. Lo colocó en medio de la sala. Dentro, con cuidado, estaban sus cuadernos de oración, sus pañuelos bordados, una caja de música que ya no funcionaba, y el pequeño dibujo de un niño tocando un instrumento. No tenía rostro, pero el nombre estaba escrito debajo con lápiz tenue: Samu.

Lo acarició con los dedos. Cerró los ojos.

"El instrumento se llamaba así", recordó. "No él. Pero en mi mente, siempre se fundieron en uno solo." Suspiró. La casa crujió con un viento que atravesaba los ventanales como si los interrogara.



Caminó hasta la habitación del fondo. La más pequeña. Aquella que –sin admitirlo en voz alta– había comenzado a imaginar como una habitación infantil. Estaba vacía, con el suelo cubierto de hojas secas que el viento arrastraba por debajo de la puerta. Se arrodilló.

—¿Por qué no puedes venir? —susurró, no a alguien en particular, sino a ese “tú” que había comenzado a formar en su mente como un eco. No era una súplica dirigida a Dios, ni a Leo, ni al tiempo. Era más íntima aún: era la voz que usaba consigo misma, cuando recordaba al niño que nunca llegó.

Lloró en silencio, con el rostro apoyado sobre sus brazos, hasta que el suelo le adormeció las rodillas. Entonces se levantó, se lavó la cara y tomó una decisión que no sabía cuánto tiempo llevaba postergando: iría a ver a Fray Dominik.



Cuando llegó al monasterio, la ciudad estaba envuelta en una llovizna tenue que dejaba en el aire un perfume de cobre y tierra mojada. Las campanas del mediodía repicaban con suavidad, como si no quisieran interrumpir el recogimiento de quienes habitaban ese lugar.

Fray Dominik estaba en el jardín interior, sentado bajo la pérgola cubierta de musgo, con un libro abierto sobre las rodillas y una ramita de lavanda entre los dedos. Al verla llegar, sus ojos —profundos, serenos— se iluminaron con una mezcla de sorpresa y ternura.

—Edevane Dvorak —dijo, cerrando el libro—. No esperaba verte tan pronto.

Ella bajó la vista, como si cargara culpa.

—Yo tampoco esperaba necesitar volver. Pero... no he podido más.

Fray Dominik se levantó, con la lentitud de quien habita los días sin prisa, y la invitó a sentarse junto a él.

—¿Qué es lo que pesa tanto, hija?

Ella miró al cielo encapotado. Luego habló, despacio:

—Han pasado siete años, padre. Siete. Y no hay hijos. No hay milagro. Y lo he intentado todo... orar, callar, confiar, cambiar de casa... Nada.

Fray Dominik asintió en silencio. Dejó que las palabras se asentaran.

—¿Y has hablado con la niña que fuiste? —preguntó entonces.

Edevane parpadeó, confundida.

—¿Cómo?

—La niña. La que corrió asustada entre los puestos de la feria. La que soñó durante años con un autómatas sin boca. La que escuchó una melodía y creyó que el mundo podía ser dulce, al menos por un instante. Esa niña. ¿Has hablado con ella?

Edevane se quedó en silencio. El banco de piedra sobre el que se sentaba estaba frío, pero el aire alrededor de Fray Dominik parecía tener un calor propio. No el de las brasas, sino el de una vela encendida en medio de una capilla vacía.

—No sé cómo hablar con ella —dijo finalmente—. No sabría ni por dónde empezar.

Fray Dominik asintió, con esa forma de asentir que no juzga, sino que comprende.

—A veces, lo que más necesitamos no es hablarle, sino escucharla. La herida de la infancia no se cura ignorándola, hija. Se sana cuando la abrazamos como parte de quienes somos.

Edevane tragó saliva. Miró al claustro interior. La hiedra trepaba por los muros como si la naturaleza insistiera en reconquistar lo sagrado.

—La recuerdo bien. Sé cómo me sentí ese día. Recuerdo el miedo, la angustia. Pero también... recuerdo algo más. Una melodía. Una voz. El sonido de un instrumento de viento, como flauta pero más suave... y el nombre.

Fray Dominik sonrió, como si estuviera esperando esas palabras.

—¿El nombre del niño?

—No. Del instrumento. Samu, se llamaba. Él lo había construido. Nunca supe si lo inventó o lo encontró. Pero cuando tocó... todo se detuvo. Era como si el miedo hubiera salido del cuerpo.

El sacerdote se inclinó hacia ella.

—¿Y si ahí está la clave? —susurró—. ¿Y si tu camino de regreso no está en el miedo, sino en la música? En lo que fue bueno. En lo que fue verdadero. Tal vez, tu alma no busca olvidar aquel día. Tal vez, lo que ansía es rescatar lo que valía la pena en medio del terror.

Edevane sintió un estremecimiento. El nombre Samu la golpeó con dulzura, como un eco dormido que regresaba a la vida. Bajó la mirada, conmovida.

—He cargado tanto con ese día... que nunca se me ocurrió que también hubo belleza en él.

—La semilla de la fe no se planta solo en lo perfecto —dijo Fray Dominik, levantándose con una lentitud solemne—. Dios a veces deja caer pequeños destellos en medio del barro. No para que neguemos el barro... sino para que recordemos que aún allí puede florecer algo.

Caminaron por el claustro en silencio. Cada paso de Edevane sobre los mosaicos húmedos se sentía como parte de una oración que no necesitaba palabras. Los pájaros, posados entre las vigas altas del techo de madera, cantaban con desgano la canción de la hora nona.

—¿Cree que aún pueda ocurrir un milagro? —preguntó ella, sin detenerse.

Fray Dominik se detuvo. La miró con ternura.

—No es cuestión de si puede, hija. Es cuestión de si tu corazón sigue dispuesto a reconocerlo cuando ocurra.

Edevane sintió que algo dentro de ella —algo pequeño, algo dormido— se movía por primera vez en años.

—No sé si puedo volver a esperar —murmuró.

—Entonces ora para poder. Eso también es fe.

Esa noche, la casa le pareció menos hostil. Leo había preparado sopa de cebada con pan tostado y zanahorias glaseadas. Había aprendido a cocinar en los últimos dos años, más por necesidad que por talento, pero aquel guiso tenía algo especial: calor.

—¿Dónde estuviste? —preguntó él, al verla entrar con el cabello mojado por la llovizna.

—Fui al monasterio —respondió ella, quitándose el abrigo—. Con Fray Dominik.

Leo bajó la mirada a su plato, como si eso respondiera a alguna pregunta no formulada. Después de un silencio breve, dijo:

—¿Te ayudó?

Edevane asintió lentamente.

—Me recordó algo que había olvidado. Que no todo lo que vivimos ese día fue miedo. Que también hubo... algo hermoso.

Leo la observó con ojos entrecerrados. No entendía del todo, pero tampoco necesitaba hacerlo. Le bastaba ver que su esposa había vuelto con una luz diferente en los ojos. Una luz tenue, sí, pero suya.

—Me alegra que hayas ido —dijo, al fin.

Comieron en silencio, acompañados solo por el chasquido de la madera ardiendo en la estufa y el tintineo suave de la cuchara contra la loza. Afuera, la lluvia había cesado, pero el aire seguía oliendo a cobre.

Al terminar, Leo recogió los platos y los lavó sin insistencia. Edevane se quedó un rato mirando las llamas. Luego fue a su pequeño rincón de costura, tomó un pedazo de tela azul y comenzó a bordar.

No era un diseño complejo. Solo un círculo. Un círculo con alas. Como si fuera el perfil de un sol con dos plumas.

—¿Qué es eso? —preguntó Leo al rato, desde la cocina.

—No lo sé aún. Quizás... una nota. Una nota invisible que suena aunque no se escuche.

Leo se acercó y la miró bordar. Luego, sin decir más, se sentó a su lado. El silencio entre ellos no era de esos que pesan, sino de los que curan.

Capítulo 6

Y una melodía la salvó del vacío

Praga, 1880

Había una época en que Emil Vortek creyó en el amor. Fue breve, como el calor que deja una cerilla antes de extinguirse. Corría el año 1856 y Emil, aún estudiante de Medicina en la Universidad de Praga, no hablaba mucho de emociones. Sus palabras eran como las fórmulas que escribía: precisas, eficaces, inapelables. Cuando conoció a la joven Beáta Pavlin, estudiante de enfermería, algo se desarticuló en él. Sí, aquella que vio por primera vez en el aula de Anatomía Comparada, que al inicio no podía conquistar, y que lo hizo reactivar a Otto. Era hermosa, pero no en el sentido habitual. Tenía una risa de agua viva, un modo de caminar como si conversara con el viento, y una facilidad absurda para hacer sentir incómodo a Emil, que jamás se había permitido la torpeza. Con el tiempo, él supo cómo llegar a ella.

Ella decía que sus ojos eran como relojes, no por fríos, sino porque le daban la hora exacta de lo que sentía. Él jamás entendió esa frase. Pero la repetía en su cabeza como un conjuro.

Fue Beáta quien lo hizo sonreír por primera vez sin calcular la intensidad de su gesto. Fue ella quien se atrevió a tocar su cuello cuando dormía sobre planos, como si eso no fuera una invasión sino un gesto natural. Emil se dejó querer, sin comprender nunca del todo cómo ocurrió. Y antes de poder racionalizar lo que sentía, ya compartían un departamento y un silencio cómodo. Nueve meses después, nació Lena.

Beáta se fue cuando Lena cumplió tres años. No fue una huida, sino una marcha voluntaria hacia algo que Emil nunca pudo comprender. “La guerra necesita manos que sepan curar”, dijo ella, mientras doblaba una muda de ropa sobre la cama. “Yo no puedo vivir en esta casa donde los sentimientos se diseccionan.”

No hubo beso de despedida. Solo una nota –seca, directa, como Emil– y una promesa no cumplida: “Volveré en primavera”. Pero nunca volvió. Ni cartas. Ni noticias.

La infancia de Lena transcurrió entre la rigidez del conocimiento y la ausencia del calor. Emil no era un padre violento ni cruel. Simplemente era un doctor, con un segundo turno para hacer de científico. Cada vez que Lena lloraba, él tomaba notas mentales de sus reacciones. Cada vez que se enfermaba, registraba los síntomas como si fueran anomalías que estudiar. Nunca supo acariciarla sin antes revisar que no tuviera fiebre.

El hogar de los Vortek era una estructura impecable: relojes sincronizados, estantes ordenados por color, ruido de válvulas nocturnas y un silencio perpetuo. Todo lo que rompía la armonía era sustituido o ajustado. Incluso las cuidadoras.

Lena llegó a conocer hasta once mujeres distintas en su infancia. Ninguna duraba más de seis meses. Algunas se marchaban llorando, otras sin decir palabra. Había una tristeza que se adhería al polvo de esa casa: la tristeza de lo no dicho, de lo que no se podía tocar.

Lena aprendió pronto a leer los rostros. Sabía cuándo su padre estaba decepcionado, aunque no dijera nada. Sabía cuándo una cuidadora estaba a punto de rendirse. Sabía también cuándo mentir era más seguro que explicar.

Creció con una inteligencia despiadada y un humor ácido. En la escuela, era brillante pero solitaria. Ningún niño quería jugar con la niña que hablaba como si corrigiera a los adultos. Y aunque lo sabía, no se disculpaba por ello. Su cuarto estaba lleno de libros que nadie le había prestado y de dibujos que nunca mostró. Había en su rostro algo

hermoso, pero siempre parecía a punto de quebrarse. Una melancolía delicada, como si su alma llevara mucho peso sin tener edad suficiente para cargarlo.

Emil jamás le preguntó qué soñaba. Pero una noche, cuando ella tenía doce años, le dejó sobre la cama una nota. Decía: “La lógica nos protege. La emoción nos expone. Te quiero, a mi manera.” Era lo más cercano que había dicho a un “te amo”. Lena quemó esa nota a la mañana siguiente.



Praga, 1880

La discusión empezó por algo mínimo –una corrección que Emil hizo a su modo de servir el café– pero creció como una llamarada alimentada por años de resentimiento.

–No todo se mide en grados y ángulos, padre –dijo ella, elevando la voz–. No todo tiene que tener un propósito medible. ¡A veces solo quiero respirar sin que lo analices!

Emil no levantó la voz. Solo apretó los labios y dijo:

–Respirar sin pensar es la forma más eficaz de morir.

Lena sintió que algo en ella se quebraba. Ya no era solo ira. Era algo más profundo: la sensación de no haber sido nunca mirada con ternura.

Salió de la casa sin abrigo. La niebla comenzaba a cubrir la ciudad como una sábana húmeda. Sus pasos eran rápidos, pero no sabían adónde ir. Cruzó callejones, bajó por escaleras mojadas, ignoró las miradas de los transeúntes. Solo cuando la vio, supo a dónde se dirigía: la silueta del Puente de Carlos, con sus estatuas góticas envueltas en vapor, se alzaba ante ella como un altar.

Se apoyó en la baranda de piedra. Miró el Moldava. Las aguas eran oscuras y tranquilas. Desde allí todo parecía lejano: su padre, su infancia, su dolor. Y por primera vez en su vida, pensó en terminar con todo. No como impulso trágico, sino como lógica pura: si su existencia no encajaba en ningún plan, ¿por qué continuarla?

La brisa le acarició el cabello, y justo entonces, un sonido distinto rompió la bruma.

Un susurro musical, como una flauta que no era flauta, una voz mecánica que parecía cantar sin letra. Lentamente, como quien no quiere interrumpir un ritual, Elías Huba emergió de entre la niebla. Vestía de forma despareja: chaleco de cuadros oscuros, bufanda roja raída, pantalones de obrero ajustados con tirantes y una chaqueta larga de cuero agrietado por el tiempo. Tenía el cabello rizado, alborotado, y una sonrisa que parecía pedir disculpas antes de aparecer.

En sus manos, sostenía algo curioso: un artefacto dorado, el cantórgano de bolsillo. Con un gesto teatral, giró la perilla lateral y el vapor comenzó a exhalarse con un siseo dulce. De la pequeña caja emergió una melodía suave, como si una niña murmurara al oído del mundo. Y luego, Elías cantó. No con fuerza, sino con ternura.

–Esta canción no pide permiso –susurró entre notas–. Solo entra... y se queda.

Lena no entendió por qué, pero sus ojos comenzaron a humedecerse.

–¿Cómo se llama esa cosa? –preguntó Lena, aún con la voz quebrada, sin mirarlo del todo.

Elías, que parecía haber esperado justo esa pregunta, sonrió como quien encuentra una flor en un basurero.

–Cantórgano –dijo, como si estuviera presentando a una criatura viva–. Lo hice yo mismo. Nació de sobras, retazos, piezas que nadie quiso. Como yo.

Ella no supo qué responder.

Él se sentó junto a ella, en la misma baranda de piedra, dejando una distancia prudente. El vapor seguía emitiendo notas tenues, como si la música supiera que debía quedarse en segundo plano.

–¿Sabes qué tienen en común los suicidas y los poetas? –preguntó él, sin solemnidad.

–¿Qué? –respondió ella, sorprendida por la extraña dirección de la charla.

–Ambos creen que la belleza solo está en los finales. –Elías se recostó contra la baranda–. Pero yo creo en los intermedios. En los momentos absurdos. En el pan con mantequilla que sabe mejor si lo comes en una azotea. En los abrazos mal dados. En los errores que huelen a sopa. Lena soltó una risa nasal. Pequeña. Auténtica.

–No pareces alguien con estudios formales –dijo ella, con una media sonrisa.

–Y tú no pareces alguien que necesite estudios para hacer llorar al mármol. Eres tan elegante que da miedo –le respondió él, sin temor a sonar atrevido.

Ella bajó la mirada, incómoda, pero no ofendida.

–Perdona... no estoy de buen humor. Ni buena para los cumplidos.

–Lo noté. Pero igual vine –dijo él–. Porque algo me decía que aquí, justo esta noche, alguien necesitaba recordar que no estaba sola.

El silencio se instaló entre ellos. Un silencio más cálido que el anterior. Lena respiró hondo. Había algo distinto en ese extraño músico. No solo sus palabras, sino el modo en que las soltaba, como si cada una hubiera sido tallada a mano.

–¿Siempre tocas así, para desconocidas al borde del puente?

–Solo para las que me dan miedo de perder –respondió él, y volvió a girar la perilla del cantórgano, que susurró una risa suave, como la de un bebé.

Lena lo miró entonces, por primera vez de verdad. Tenía ojos ambarinos, un poco tristes, un poco peligrosos. Como si estuvieran llenos de secretos, pero sin cerradura.

–¿Por qué llevas eso colgado al cuello? –preguntó.

–Porque cuando aún era muy pequeño, me regalaron una flor. La aplasté sin querer. Quise devolverle la vida con música. Y fracasé. Así que construí este artefacto para pedirle perdón a todas las flores que maté por torpeza.

Ella sonrió. Y fue la primera sonrisa completa que se le escapaba desde hacía semanas.

–Eres raro.

–Tú también. Por eso vamos a llevarnos bien.

Pasaron los días. Y siguieron viéndose. Primero por casualidad. Luego con intención. Después, con urgencia. Elías aparecía en los lugares más inverosímiles: una banca de la plaza Franz Kafka, una librería cerrada, un puesto de coles hervidas en el Mercado de Malá Strana. Siempre con una flor torcida, una canción a medio hacer, o un nuevo “invento sentimental”, como los llamaba él.

Lena, al principio, fingía sorpresa. Luego dejó de fingir. Y después dejó de resistirse.

Su relación fue como una partitura que se escribe sola. Las notas no siempre eran correctas, pero la melodía sí. Él la llevaba a pasear en bicicletas alquiladas, donde competían por ver quién podía ir más lento sin caerse. Ella lo llevaba a leer poemas en voz alta junto al cementerio judío, donde las lápidas parecían responder en verso.

Había besos torpes en callejones mal iluminados, abrazos improvisados junto a hornos callejeros que vendían pan de anís. Y conversaciones nocturnas donde hablaban de todo y de nada: sobre el sonido de los relojes cuando nadie los ve, o sobre si las estatuas de Praga lloraban por dentro cuando llovía.

Una noche especial, él la llevó a una fiesta.

–No tienes que ir si no quieres. Es un evento de “la otra clase” –dijo él, irónico.

–¿Y qué clase eres tú?

–La que baila sin permiso.

La fiesta se celebraba en una antigua fábrica reconvertida en salón de eventos. Había luces tenues colgando de cables gruesos, mesas de madera recuperada, una banda de música folclórica con instrumentos adaptados al vapor.

Las mujeres de clase alta llevaban corsés metálicos con incrustaciones florales, y los hombres, trajes híbridos de gala y funcionalidad mecánica: relojes integrados, botones que susurraban temperatura, bastones con brújulas en la empuñadura. Lena, con un

vestido sencillo color vino, parecía un reflejo de lo que el mundo solía considerar belleza sin ornamento. Y, sin embargo, nadie brillaba más que ella.

Comieron pasteles de amapola, vino especiado y albóndigas humeantes con hierbas negras del sur. Bailaron como si nadie los estuviera mirando, aunque todos los miraban. Una mujer de rostro almidonado se acercó a Elías y le dijo en tono despectivo:

—¿Y tú qué haces aquí?

—Hago lo que todos: espero que esta noche no se termine tan pronto —respondió él, sin despegar la mano de la cintura de Lena.

Esa noche, cuando salieron al aire frío de la madrugada, Lena se recostó contra su pecho y murmuró:

—No entiendo por qué me siento tan ligera.

—Porque esta vez no llevas a tu padre en los hombros.

Y entonces se besaron. No como explosión. Sino como promesa.

Durante las semanas que siguieron, Lena y Elías se volvieron inseparables. Pero no de esa forma ruidosa, visible, casi desesperada, como suelen ser algunos amores jóvenes. Lo suyo era un lazo más parecido al musgo: silencioso, constante, cubriendo poco a poco las superficies rugosas de su pasado.

El nunca le preguntó por su padre. Y ella, en gratitud tácita, nunca le pidió explicaciones sobre sus cicatrices. No las físicas —porque no las tenía— sino las del alma: ese gesto leve de dolor que aparecía en él cuando una canción era demasiado hermosa, o cuando alguien mencionaba la palabra “madre” en voz alta.

Una noche, después de una larga caminata por el distrito literario, se detuvieron frente a la librería ambulante de un hombre ciego que vendía libros leídos: tomos donde cada página tenía marcas de dedos, manchas de té o anotaciones en los márgenes.

—Estos libros están mejor vividos que yo —dijo Elías, hojeando un ejemplar de poesía de Havel.

Lena sonrió.

—Pero tú sí sabes cómo dejar huella —respondió, y le acarició la mejilla con ternura.

Habían empezado a escribir cartas, aunque se vieran casi todos los días. Cartas que dejaban bajo piedras, en buzones falsos, o escondidas entre las partituras del viejo piano abandonado en la estación Florenc. Una de esas cartas decía: “Cuando estoy contigo, las estatuas parecen menos tristes. Como si se dieran permiso de soñar.” —E. En otra, ella escribió: “No sé si este amor salvará el mundo. Pero me ha salvado a mí.” —L.

La música del cantórgano se volvió parte de la ciudad. Algunos comerciantes afirmaban escucharla antes del amanecer, flotando como vapor entre los callejones. Nadie sabía de dónde provenía. Pero todos sabían que, cuando sonaba, algo bello estaba ocurriendo cerca. Y aun así, el nombre “Vortek” seguía pesando como plomo en la mente de Lena. Un día, Elías la acompañó hasta la entrada de la casa.

La fachada tenía el mismo rostro de siempre: severa, sin adornos, con una herrumbre que ni el sol se atrevía a tocar. Emil Vortek no estaba allí. Nunca estaba. Pero su sombra vivía en los muros.

—¿Quieres entrar? —preguntó Lena, sin saber por qué lo ofrecía.

Elías negó suavemente con la cabeza.

—Aún no. Tu casa todavía no sabe que estoy aquí. Y las casas saben más de lo que creemos.

Ella bajó la mirada. Se quedó en la puerta un momento. Dudando.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por recordarme que tengo opciones —respondió ella, y luego, con una voz que parecía

venir desde la niña que había sido alguna vez, añadió—: Contigo no tengo que ser perfecta.

Elías la besó en la frente.

—Contigo no tengo que esconder mis canciones —le respondió.

Y se marchó.

Esa noche, Lena soñó con su madre.

Una imagen difusa. Una mujer de ojos cansados que la peinaba con dedos torpes. Pero al mirar mejor, no era su madre. Era ella misma, más vieja, más sola. Hablaba sin voz. Sostenía un cuaderno lleno de melodías inacabadas. Al despertar, el amanecer estaba cubierto de niebla, como si el cielo también quisiera posponer el día.

Se acercó a su escritorio, tomó una hoja de papel, y comenzó a escribir sin pensar. Era una carta. No para Elías. No para su padre. Era para sí misma. Una carta de recordatorio: que había belleza en elegir vivir, incluso si el mundo no mejoraba.

Luego bajó al taller, a escondidas. Quería ver qué estaba construyendo Emil, el doctor que hacía dos turnos, uno curando, salvando vidas, y otro inventando, para poder salvar más, y que no tenía tiempo para ser papá. Lo que encontró fue un esqueleto metálico a medio armar, cables expuestos, engranajes que giraban con lentitud y un nombre grabado en una placa desgastada:

“Otto.”

Lena frunció el ceño. No entendía para qué servía aquel autómeta, pero intuía que había algo más profundo, algo que no debía descubrir. Un ser de metal, quizás con una chispa de alma... o con la capacidad de controlar demasiado.

—¿Papá, qué estás haciendo? —susurró para sí—. ¿Y por qué tengo miedo de saberlo?

Al fondo, entre los estantes, el cantórgano de Elías parecía sonar en su memoria. Una melodía leve. Como un susurro. Como una advertencia.

La invitación llegó en una hoja de cartón gris, caligrafiada con tinta roja y sellada con cera del comité literario del distrito de Žižkov. No era una gala, ni tampoco una fiesta callejera. Era algo entre ambas: un encuentro de poetas, músicos y mecánicos del subsuelo, reunidos en el invernadero abandonado de una estación ferroviaria, bajo una cúpula de vidrio estrellado que aún dejaba entrar fragmentos de luna. Lena aceptó ir.

Elías la pasó a buscar en un carruaje alquilado que chirriaba al moverse, pero venía adornado con flores secas y una nota pegada a la madera: “Este vehículo no corre, pero sabe llevar el alma.”

Ella apareció con un vestido color cobre, de tela sencilla, pero cosido a mano por una modista del mercado de estaciones. Llevaba una capa de lana gris y una flor marchita en el cabello, como símbolo de que la belleza también puede persistir en la fragilidad.

—Estás... —comenzó Elías.

—Lo sé —respondió ella—. Tú también.

Elías vestía su mejor abrigo —el único sin remiendos visibles— y una bufanda de terciopelo gastado. El cantórgano colgaba de su cuello, brillando con la luz de las farolas.

La fiesta era un mapa de contrastes. Había mujeres con sombreros eléctricos, bailarines que usaban zapatillas de vapor, niños que lanzaban bengalas de luz filtrada. Se vendía pan de hinojo, vino de brezo, buñuelos rellenos de queso ácido y compotas negras que manchaban la lengua como tinta. En el centro, un músico ciego tocaba un armonio oxidado, y un grupo de autómetas —decorativos, sin funciones operativas— servía copas a los invitados más excéntricos.

—¿Ves? Aquí la tecnología solo está para parecer bonita —comentó Elías.

—¿Y nosotros? —preguntó Lena—. ¿Estamos aquí para algo más?

Elías no respondió con palabras. Tomó su cantórgano, giró la perilla de vapor, y una melodía breve emergió como una promesa. Luego la invitó a bailar. Y Lena aceptó.



No eran buenos bailarines. Pero eso no importaba. A su alrededor, la música se estiraba como una sonrisa compartida, y cada paso torpe se convertía en un gesto de libertad.

—¿Por qué no me contaste que compones canciones para niños? —preguntó Lena, entre risas, cuando terminaron.

—Porque todavía estoy escribiendo la mejor de todas —dijo él.

—¿Y cómo se llama?

—Lena.

Ella lo besó.

Y esta vez, no fue un beso rápido o robado. Fue un beso largo, lleno de tiempo, como si sus bocas aprendieran de una vez por todas a habitar el mismo idioma.



Más tarde, sentados en el borde de la cúpula rota, Lena observó la ciudad con una mezcla de asombro y temor.

—Elías... ¿qué pasará cuando mi padre se entere?

Él se encogió de hombros.

—Tu padre, siendo un doctor, no confía en su instinto, y construye máquinas para entender la mente. Yo solo quiero entender tu risa. Creo que ganamos.

Lena sonrió, pero su mirada se perdió entre los tejados.

—Tengo miedo de que esta felicidad no dure —murmuró.

—Entonces hagamos que al menos sirva —respondió él—. Que no pase sin habernos salvado un poco.

Y en algún punto de la noche, entre las ruinas del invernadero y el fulgor de las lámparas de gas, dos jóvenes que venían de mundos distintos se prometieron algo sin necesidad de palabras. Esa promesa iba a sostenerlos... hasta que la vida se encargara de ponerla a prueba.

Capítulo 7

El susurro de los engranajes

Praga, 1894

La lluvia de Praga, cuando caía fina y constante sobre los tejados oxidados, no mojaba tanto como silenciaba. Era una niebla líquida, un velo que envolvía las calles con una tristeza casi voluntaria. Los relojes neumáticos del distrito universitario marcaban las once con una sinfonía de silbidos y zumbidos. Entre los edificios forrados de láminas de zinc, Greta Rousska apuraba el paso con la capucha empapada, los apuntes contra el pecho y el aliento temblando en el aire húmedo.

—No tengo tesis. No tengo tema. No tengo futuro —masculló, en voz baja, como si al admitirlo lo pudiera conjurar.

El edificio de la Facultad de Historia y Comunicación se alzaba como un viejo autómatas dormido, con las ventanas empañadas y las vigas de acero emitiendo crujidos perezosos. Había llegado temprano. Demasiado temprano. Pero no porque quisiera destacarse, sino porque no podía seguir sentada en su habitación, escuchando el ruido de su propia desesperación. Tenía veinte años, una beca a punto de evaporarse, y una tesis sin forma, sin título, sin esencia. La consigna era sencilla: “Reflexione sobre el impacto de la modernidad en la identidad de los pueblos”.

Ella no quería reflexionar. Quería entender. Quería tocar la raíz. Las calles, a esa hora, parecían esculpidas por la resignación. Carretas con motores a vapor tosían vapor tibio en cada curva, y los pocos viandantes caminaban con las cabezas agachadas, como si temieran que el cielo los reconociera. Greta se detuvo junto al cruce del puente de

Hierro, donde un cartel descolorido advertía: “La vigilancia protege. El silencio preserva.”

Allí lo vio.

Otto.

Al principio pensó que era una estatua, una escultura de algún artista cínico, hasta que el autómata inclinó ligeramente la cabeza, como un cuervo atento a la debilidad de un animal herido. Medía poco más que un hombre, pero su silueta alargada y sus movimientos suaves lo hacían parecer más alto. Su cuerpo negro mate absorbía la luz de la mañana gris, y solo un par de líneas azuladas, en las juntas de los codos y las sienes, parpadeaban como si midieran los latidos del mundo. No caminaba. Se deslizaba. La gente lo evitaba sin mirarlo. Pasaban por su lado con el aire contenido, como si temieran que detectara pensamientos impuros. Otto se giró en silencio, y Greta notó que bajo su máscara de porcelana sin boca, unos lentes circulares se desplegaban en abanico, rotando y enfocando como una cámara médica. Era una flor de metal. Una flor que podía destruirte sin tocarte.

–Unidad de vigilancia 32-B: estabilidad demográfica óptima. Presión arterial media en el distrito: 89/60. Riesgo conductual: latente –dijo con voz monocorde.

La voz no venía de su boca inexistente. Era una vibración, un sonido proyectado desde dentro de su tórax, como si el alma del autómata no tuviera salida. Y sin embargo hablaba. Y cada sílaba era una sonda que exploraba la mente del que escuchaba. Greta no pudo moverse. Otto no la miró, pero ella sintió el peso de su presencia como si la estuviera analizando desde adentro. Un milisegundo después, el autómata se deslizó hacia una pared, y sin esfuerzo visible, se colgó de una viga metálica, plegándose como un insecto oscuro, hasta perderse entre los vapores de una ventilación urbana.

Las imágenes de Otto seguían allí, entre los apuntes de clases, entre las hojas arrugadas con ideas descartadas, entre las palabras que había escrito tantas veces: “identidad, modernidad, represión, vigilancia”. Otto las había vuelto concretas. Era el rostro sin rostro del nuevo mundo. Y sin embargo, algo en su porte, algo en la cadencia de su mirada múltiple, le susurraba que no había sido creado para eso. Que Otto era una criatura desfigurada por quienes temían a la libertad.

Fue entonces cuando surgió el latido. No de su corazón. Sino el otro. El de la idea.

–Y si... ¿y si la tesis fuera sobre él?

La frase flotó en su habitación como vapor que no se disipa. La tomó, la anotó en su cuaderno de tapas gastadas y la rodeó con líneas que cruzaban nombres, fechas, frases sueltas. No tenía título aún, pero por primera vez, tenía hambre de saber más. Días después, caminaba entre las columnas oxidadas de la vieja biblioteca de Smíchov. El lugar no era popular entre estudiantes. Se decía que los libros se quejaban por las noches y que el polvo contenía secretos del tiempo anterior a la Purga de Hierro. A Greta no le importaba. Al contrario, el aire cargado de óxido y papel la reconfortaba.

Llevaba horas buscando, leyendo informes obsoletos, actas públicas redactadas con tinta mecánica, manuales de comportamiento urbano. Casi todo era superficial. Pocas menciones a la vigilancia. Casi ninguna a los autómatas. Cerca del mediodía, los ventanales de la cúpula se llenaron de una luz lechosa. Entonces, el chirrido de una bisagra anunció la entrada de alguien.

Era un niño. Unos diez u once años. Delgado, pelo enmarañado, abrigo grande para su cuerpo, y una bufanda que parecía tejida a mano. Greta no se movió, pero lo siguió con la mirada mientras él caminaba, decidido, hacia el mostrador de la entrada.

–¿Tienen libros sobre autómatas? –preguntó.

El bibliotecario, un hombre seco como un perchero, suspiró y murmuró algo mientras escaneaba una estantería polvorienta. Le entregó un solo libro, delgado y desteñido,

con un título anodino: Mecanismos de repetición. Aplicaciones infantiles y recreativas. El niño lo hojeó y no hizo gesto alguno. Caminó hacia una de las mesas, no lejos de Greta, y se sentó con las piernas colgando, mirando las páginas sin interés. Fue entonces que ella se acercó.

—No vas a encontrar mucho en ese. —Su voz era suave, casi cómplice.

El niño alzó la vista. Tenía los ojos oscuros, brillantes, no de tristeza sino de curiosidad viva.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también lo leí. Está lleno de engranajes inútiles. ¿Por qué te interesan los autómatas?

El niño cerró el libro con delicadeza.

—Esta mañana escuché algo. Iba cobrando pasajes en el Tranvía 17. Y dos señores iban hablando de cómo, hace mucho, los cobradores eran autómatas. Uno dijo que había uno que saludaba a los niños por su nombre, aunque nunca se lo hubieran dicho. Me pareció... mágico.

Greta sonrió, con una mezcla de asombro y ternura.

—¿Cómo te llamas?

—Niko.

Niko se quedó mirando a Greta por unos segundos más. Había en su expresión algo que le pareció antiguo, una especie de sabiduría involuntaria que a veces tienen los niños cuando todavía no han aprendido a ocultar sus intuiciones. Luego bajó la mirada y pasó los dedos sobre la tapa áspera del libro.

—Me gustó la historia —dijo, casi para sí.

—¿Qué historia?

—La que escuché esta mañana. En el tranvía. La de los cobradores autómatas.

Greta lo observó con creciente interés.

—¿Y tú crees que era real?

Niko no respondió enseguida. Miró las lámparas oxidadas colgando del techo, como si la respuesta estuviera suspendida entre las cadenas.

—No lo sé. Pero algo en su voz... no parecía que lo estuviera inventando.

Greta asintió, despacio. En su interior, algo se había tensado: una hebra invisible entre ese relato y la figura oscura que había visto colgando entre las vigas días atrás. Otto. El nombre seguía palpitando como una herida sin cerrar.

—¿Y tú quieres construir uno? ¿Un autómata?

—No sé si construirlo —respondió él—. Pero sí entenderlos. Porque siento que... que hay uno que me está esperando. Como si faltara algo y yo tuviera que buscarlo.

La frase le pareció demasiado madura para alguien de su edad. No lo dijo con tristeza, ni con fantasía. Lo dijo con la gravedad de quien ha visto una puerta y sabe que tarde o temprano deberá cruzarla. El niño cerró el libro con cuidado, lo sostuvo entre las manos como si aún pudiera revelar algo más, y luego se despidió con un simple "hasta luego" antes de desaparecer entre las estanterías.

El silencio volvió a la biblioteca con el mismo sigilo con que se había ido. Greta permaneció sentada, inmóvil, masticando la última frase del niño como si hubiera sido un oráculo sin forma. "Siento que hay uno que me está esperando." Las palabras le provocaron un escalofrío. ¿Quién espera a quién, en una ciudad donde las máquinas vigilan más que los ojos humanos? ¿Y cuántos recuerdos han sido arrancados, reescritos o simplemente olvidados?

Fue entonces cuando supo que no podía volver atrás. Que su tesis, su angustia, su futuro, se habían fusionado en ese instante con algo más grande. Ya no buscaba un tema: estaba respondiendo a un llamado. Se levantó y caminó hacia el mostrador. El

bibliotecario, un hombre enjuto, de rostro casi transparente y gafas tan viejas como los estantes, la recibió sin entusiasmo.

—¿Algún otro libro sobre autómatas? —preguntó Greta, fingiendo inocencia.

El hombre apenas levantó la mirada.

—Lo que ves es lo que hay.

Greta no se inmutó.

—Lo que veo es lo que el gobierno permite. Pero quiero saber lo que se ocultó. Lo que era antes de la Purga.

Hubo un silencio tenso, como si el aire dudara entre quedarse o salir huyendo. El bibliotecario bajó lentamente su periódico, dejando entrever unos ojos que conocían demasiado bien las consecuencias de hablar.

—Muchos vienen a leer. Pocos a recordar.

—Yo no quiero recordar. Quiero entender.

Las palabras salieron con firmeza. Había en su tono una mezcla de respeto y desafío que desarmó al viejo.

—¿Cómo te llamas?

—Greta Rousska.

El hombre parpadeó. Algo en su apellido le hizo enderezarse.

—¿Pariente de Nikolai Rousska?

—Mi abuelo. Fue tipógrafo. Lo arrestaron por imprimir manifiestos contra la confiscación.

El bibliotecario asintió lentamente. Como si el apellido fuera una llave.

—Sígueme.

Bajaron por una escalera en espiral, oculta tras un panel deslizante. El aire era denso, húmedo, y olía a polvo de plomo y cuero antiguo. Las paredes estaban cubiertas de estanterías cerradas con rejas. El hombre encendió una lámpara de gas que reveló un pequeño corredor de piedra con una sola puerta de hierro al fondo. Sobre ella, un símbolo oxidado: un engranaje y una pluma entrelazados.

—Aquí guardamos lo que no puede desaparecer, aunque lo hayan prohibido. Prométeme que si entras, no saldrás con rencor, sino con verdad.

—Lo prometo.

Él sacó una llave colgada de su cuello y abrió la puerta con un suspiro largo, como si el metal también necesitara exhalar sus secretos. La sala era estrecha, pero el conocimiento comprimido en sus estantes parecía expandirse en todas direcciones. Había carpetas forradas con tela, mapas antiguos, hojas sueltas con manchas de aceite, planos enrollados, croquis de piezas mecánicas, informes clínicos, actas sin firmar.

Greta avanzó con cautela, como quien entra a una iglesia profanada. Sobre una mesa, encontró un pliego extendido con esquemas de un autómata: cuerpo alargado, articulaciones flexibles, múltiples lentes en el rostro. Era Otto. No había duda. Junto al plano, varias anotaciones manuscritas en márgenes amarillentos: “Modelo de observación avanzada. Capacidad de análisis emocional por microgestos faciales y térmica dérmica. Finalidad: diagnóstico remoto de trauma y comportamiento.” Debajo, otra anotación, más intensa, como escrita a toda prisa: “Este prototipo no debe ser transferido sin completar la instalación de su conciencia de base. Observar sin comprender genera daño. La empatía no puede dejarse a la interpretación de algoritmos.”

Greta sintió que el pulso le retumbaba en las sienes. El rostro sin boca de Otto volvía a aparecerle, suspendido entre los vapores de Praga, no como una amenaza... sino como un error. Un hijo deformado de una idea buena mal aplicada. Abajo, otra línea, escrita

con otra letra, más firme, quizás militar: “Modelo reprogramado. Función: vigilancia predictiva. Estado: operativo. Rango de decisión: nivel 4.”

Ella cerró los ojos. Imaginó las calles, la mirada doble de Otto analizando a cada peatón, no con compasión, sino con estadística. La herramienta médica convertida en perro de caza. El vigilante que no distingue entre peligro y diferencia.

—¿Quién diseñó esto? —susurró, aunque sabía que no habría respuesta inmediata.

—Alguien que amaba la ciencia más que el poder —respondió el bibliotecario desde la entrada—. Y que perdió a ambos.

Greta se sentó en un banco de madera desgastada junto al archivador más cercano. Había pasado más de una hora leyendo fragmentos. Muchos estaban incompletos: nombres arrancados, fechas tachadas, planos con líneas faltantes o secciones borradas con tinta roja. La verdad, tal como le había advertido el bibliotecario, no se ofrecía fácilmente. Había que reconstruirla como un hueso antiguo.

En una carpeta especialmente delgada encontró un conjunto de hojas numeradas a mano. Estaban firmadas con las iniciales E.V., y tituladas de forma sencilla: Anotaciones personales sobre observación neuroconductual. Eran notas meticulosas. Al principio, casi clínicas. Hablaban de patrones de estrés, de reacciones faciales ante distintas emociones, de cómo ciertos gestos del cuerpo podían indicar dolor emocional reprimido. Pero luego, poco a poco, los textos comenzaban a tener otra textura. Como si el autor hubiese empezado escribiendo para sí mismo, pero terminara desahogándose con las páginas. “No me atrevo a instalar el protocolo empático completo. Temo lo que vería. Temo que no pueda dejar de ver.” “Lo he observado dormir. Sin moverse. Sin soñar. Pero hay algo en su quietud que me recuerda a mi nieto.”

Greta dejó el papel. Sintió un nudo en la garganta que no venía de ninguna frase precisa, sino del todo. De la idea de que alguien, en algún rincón olvidado de la ciudad, intentó crear algo no para controlar, sino para comprender. Y que ese intento fue violentado, torcido por quienes no entienden la diferencia entre mirar y vigilar.

Se levantó con un suspiro y comenzó a tomar notas en su cuaderno de cuero. Su letra se volvió rápida, temblorosa, como si no quisiera olvidar nada. Empezó a enumerar posibles líneas para su tesis: “El uso ético de la observación tecnológica”, “Del diagnóstico a la delación: transformación de una máquina de empatía”, “Otto y el algoritmo del miedo” ... Pero nada sonaba bien aún.

Cerró el cuaderno y miró alrededor. Allí, en ese subsuelo húmedo donde la historia dormía entre tornillos, comprendió lo que necesitaba hacer. No sería una tesis. Sería una crónica. No hablaría como estudiante. Hablaría como testigo. Como hija de un linaje silenciado. Como voz de todo lo que el decreto había enterrado.



—¿Volverás? —preguntó el bibliotecario cuando se despidió en la entrada.

Greta asintió.

—Y volveré muchas veces.

—Entonces es justo que te muestre algo más.

Sacó de debajo del mostrador una pequeña caja de madera con cierres oxidados. La abrió con cuidado. Dentro había una sola hoja, casi transparente por el tiempo. Un dibujo en carboncillo: la figura de un niño sentado en un banco de tranvía, con las manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia un lado.

—Esto llegó en un sobre sin remitente hace unos años. Nadie lo reclamó. Está fechado con tinta azul: 1839.

Greta acarició la hoja con la mirada.

—¿Quién lo dibujó?

—No lo sé. Pero hay una palabra escrita en la esquina. Apenas visible.

Greta acercó el papel a la luz. Entre líneas borrosas, leyó la palabra escrita con torpeza, como por una mano infantil: "Vuelve." Su espalda se estremeció. No entendía del todo qué quería decir, pero sintió que la palabra no hablaba solo de retorno. Era una súplica. O una advertencia. O quizás las dos cosas. Esa noche, Greta no durmió. Afuera, las chimeneas exhalaban su aliento amargo sobre los tejados, y las calles estaban vacías salvo por el eco metálico de pasos que nunca hacían ruido. Otto, quizás, deslizándose por una azotea, mirando a través de una ventana cerrada. Sin entender del todo lo que buscaba. Solo cumpliendo una programación que ya nadie recordaba haber escrito.

Greta, en cambio, había empezado a escribir la suya. Página tras página. Como si al documentarlo, pudiera devolver algo del alma que se había perdido. Porque algunas máquinas no estaban rotas. Solo estaban solas.

Capítulo 8

A la manera antigua

Praga, 1882

Los días siguientes transcurrieron entre rutinas suaves y silencios más amables. Edevane se descubrió haciendo cosas que había abandonado. Volvió a escribir en su cuaderno de tapas blandas, ese que había guardado junto con la vajilla de porcelana checa, como si no escribir fuera también una forma de no recordar. Ahora, sus palabras salían lentas, a veces torpes, como si hubieran olvidado cómo salir de ella. Pero salían. "El miedo no tiene forma. Pero a veces se disfraza de casa. O de cama. O de silencio."

A veces cocinaba, pero no para olvidar el tiempo ni para complacer a Leo. Cocinaba por ella. El pan de centeno subía con más paciencia de la habitual. Una tarde preparó un strudel de manzana y lo dejó enfriar en la ventana. Leo entró al taller con el aroma, y por primera vez en semanas se le dibujó una sonrisa sin propósito práctico.

—¿Celebramos algo? —preguntó, con un delantal cubierto de hollín.

—Mi regreso —respondió ella, con un guiño.

Leo rió. La besó en la frente sin decir más. Edevane había empezado también a dormir mejor. Las pesadillas no desaparecieron, pero se volvieron menos agresivas. En vez de huir del autómatas sin boca, lo miraba a los ojos —si es que tenía ojos—, y a veces, antes de despertar, creía ver que se disolvía como una sombra en la neblina. Una mañana, encontró en una caja olvidada de la mudanza una flauta de madera. No era el Samu que aquel niño había tocado en la feria, pero tenía algo de su forma, de su simplicidad.

La llevó al patio interior, se sentó sobre el banco de hierro oxidado y la sostuvo entre las manos como si fuera un relicario. No supo qué melodía intentar. Tampoco era necesario. Cerró los ojos y sopló suavemente. No produjo más que un susurro, una nota tenue que se rompió de inmediato. Pero bastó. Fue suficiente para recordarse que dentro de ella había algo que podía sonar.

Una noche sin lluvia, mientras el viento silbaba entre los tejados, Edevane se acercó al umbral del taller. No entró. Nunca lo hacía sin anunciarse, no por desconfianza, sino por respeto a ese mundo donde Leo era otro: más exacto, más metódico, más suelto también. Lo observó desde el marco de la puerta. El taller estaba iluminado por lámparas de gas, con una calidez que convertía la chatarra en bronce.

El taller de Leo no estaba en el sótano, ni en el ático, ni en un rincón del patio cubierto. Estaba en el corazón de la casa, justo donde antes, según los planos antiguos, había estado el comedor de los Kotek. Había convertido aquel espacio en un santuario: paredes con estanterías repletas de tubos, láminas de bocetos, recortes de texturas, rollos de alambre, probetas, válvulas de bronce, mechones de cabellos sintéticos. Encima de la mesa de trabajo, bajo una lámpara cálida, descansaban varias cabezas inertes, hechas de un polímero lechoso y expresivo. Unas con pestañas largas, otras

sin nariz, otras con mejillas sonrosadas que parecían buscar a una madre para sonreírle.

Leo tomaba una cabeza entre sus manos como si fuera un cántaro sagrado. La giraba, la observaba a contraluz, la presionaba apenas para ver si reaccionaba al calor de sus dedos. A veces murmuraba algo, como si pidiera permiso para seguir moldeando. Pero al final, siempre las dejaba a un lado. No eran lo que buscaba. No eran ella. No eran lo que serían si fueran de ellos dos.

Porque él no solo buscaba crear un autómatas: buscaba construir un hijo con el rostro que nunca llegó a existir. Y cada intento que no se le parecía a Edevane –aunque tuviera pestañas suaves o labios delicados– era un rostro sin alma. Edevane lo seguía observando, en silencio. La escena le pareció hermosa y triste. Como si Leo, en su afán de dar vida, estuviera besando a una estatua sin esperanza. Pensó en su padre, en las noches en que él también buscaba algo “perfecto” en ella: una entonación correcta al leer, una postura exacta al rezar, una sonrisa que no se desbordara de emoción. Y sin embargo, ahora, en Leo, el perfeccionismo no tenía crueldad. Tenía ternura.

–¿Puedo pasar? –preguntó ella suavemente.

Leo se sobresaltó, apenas, y luego asintió.

–Claro. Solo... no te rías de mi galería de rostros fallidos.

Ella entró despacio, caminando como si el piso pudiera romperse. Observó cada uno de los bustos con una mezcla de fascinación y miedo.

–¿Qué son?

–Intentos –respondió Leo, limpiándose las manos–. Ninguno me convence. No logran... mirar como deberían. No sé cómo explicarlo. Cada vez que los termino, siento que están vacíos. Como si no pudieran ver.

–¿Ver qué?

Leo la miró, y por un instante pareció buscar las palabras con cuidado.

–La ternura. Lo humano. No sé... la presencia.

Edevane asintió lentamente. Se acercó al busto sin boca, lo tocó con un dedo.

–Este me recuerda algo. Algo que me asustaba. Pero ahora... no sé. Ya no me da tanto miedo.

Leo no respondió. Solo la observó con la misma atención que ponía al esculpir mejillas. Ella levantó la mirada.

–¿Y todo esto... lo haces por ti?

–No. Por ti. Pero también... por algo más que no sé nombrar todavía.

Edevane bajó la vista. Tocó otro busto, este con ojos cerrados, como si durmiera.

–No creí que algún día volvería a estar cerca de uno –murmuró–. De un autómatas, digo.

Leo no se movió. Esperó.

–Tal vez esto también es parte de mi camino –dijo ella, en voz más baja aún–. Dejar de tenerles miedo. Dejar de pensar que son todos Otto.

La lámpara parpadeó un instante, como si también quisiera escuchar mejor.

–No todos son Otto –respondió Leo suavemente–. Igual que no todas las niñas son víctimas. Ni todos los miedos se quedan para siempre.

Edevane sonrió. Una sonrisa chiquita, pero real.

–¿Tienes té?

Leo levantó una ceja, como si eso fuera lo más sorprendente del día.

–¿Ahora?

–Sí. Ahora. Me siento lo bastante valiente para dormir sin pesadillas. Pero no sin té.

Leo rió, cruzó el taller y encendió el hervidor. El sonido del vapor llenó el aire mientras ella seguía mirando los rostros. Tal vez no todos estaban bien hechos. Tal vez ninguno. Pero por primera vez, Edevane pensó que uno de esos podría algún día mirarla sin que

ella temblara. Tal vez incluso podría llamarse Samu. O al menos... recordarle cómo sonaba.

—No se parecen a mí —dijo, con media sonrisa.

Leo levantó la vista, sin sorpresa, como si supiera que ella diría eso en cualquier momento.

—Lo sé —respondió con un suspiro—. Y no sé si eso es bueno o malo.

Ella se sentó junto a él, con los pies colgando del banco alto. Tomó uno de los bustos entre sus manos.

—No es que no se parezcan —dijo con dulzura—. Es que estás buscando una belleza que no existe aún.

Leo frunció el ceño. Ella continuó:

—No puedes darle un rostro a alguien que aún no ha sido. No puedes moldear a quien no ha llorado, ni se ha reído contigo. Todo lo que hagas, por bueno que sea, seguirá pareciendo artificial... hasta que dejes de hacerlo solo.

Leo parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo bello de lo que haces no está en el resultado. Está en el proceso. En tus manos temblando cuando cortas, en tus ojos cansados al medir proporciones, en cómo murmuras cosas a estas cabecitas como si pudieran escucharte.

Ella dejó el busto a un lado y lo miró con ternura.

—No midas tu trabajo por cómo luce. Médelo por lo que entrega de ti.

Leo se quedó en silencio. Bajó la mirada. Luego la alzó otra vez.

—Eso es... —se interrumpió—. Justamente, eso es lo que pasa. No es el rostro lo que está mal. Es que lo he hecho solo.

Edevane lo miró en silencio, pero asintió.

—Tal vez por eso nada te convence. Porque no soy parte de esto aún. Porque solo tú sabes a quién buscas.

Leo tragó saliva.

—¿Y si vinieras? ¿Y si me ayudaras?

Ella entrecerró los ojos.

—Te daré ideas. Compartiré lo que siento, lo que vi en ese niño de la feria, en aquel instrumento llamado Samu. Caminaré contigo en este intento. Pero...

Dejó que el silencio hiciera espacio antes de continuar.

—Quiero que antes lo intentemos una vez más. A la manera antigua.

Leo se quedó quieto. El latido de la casa pareció detenerse también: ni el vapor del radiador silbó, ni las paredes crujieron. Solo sus respiraciones llenaban el taller.

—¿Estás segura? —dijo él, apenas audiblemente.

—No. Pero tampoco estoy segura de que no sea posible. Y si lo es... no quiero mirar atrás y pensar que no creí lo suficiente.

Leo se acercó y tomó su mano con delicadeza.

—Si ocurre —susurró—, juro que dejaré todo esto a un lado.

—No —respondió ella con una sonrisa melancólica—. Si ocurre, todo esto tendrá aún más sentido.

Se quedaron allí, en medio del santuario de bronce, plástico y amor imperfecto, sosteniéndose las manos como quien sostiene una esperanza frágil. Afuera, la noche se doblaba en una curva lenta, mientras el vapor de una tetera olvidada comenzaba a gemir suavemente desde la cocina. Edevane pensó en las palabras de Fray Dominik. Pensó en Samu. Y por primera vez, en muchos años, pensó en su futuro no como una promesa rota... sino como un milagro que aún podía estar en camino.

Capítulo 9

Sombras en las paredes

Praga, 1882

La lluvia se había detenido poco antes del amanecer, dejando sobre los ventanales del segundo piso un velo de niebla y gotas inmóviles que reflejaban la ciudad como en un vidrio roto. Praga dormía. Pero la casa Vortek no. El doctor Emil se había despertado mucho antes del primer silbido de las fábricas. Vestía su bata de lino oscuro y encendía el hervidor de éter con los movimientos precisos de quien ha aprendido a vivir solo, en medio de instrumentos. Desde el comedor, donde ninguna silla era usada más de una vez por semana, hasta el taller inferior al que solo él descendía, la casa parecía habitada por la idea de una familia, no por su cuerpo real.

En el piso de arriba, Lena se calzaba las botas sin prisa, deteniéndose en el espejo alto del pasillo para observar su reflejo como si se tratara de una visitante inesperada. Llevaba una falda plisada de terciopelo marrón y una blusa blanca con bordes encrespados. El cabello lo trenzó sobre un lado, como Elías decía que le gustaba, y colocó un pequeño broche en forma de hoja, de cobre martillado, justo detrás de la oreja. Era su rebeldía hecha ornamento.

Cuando bajó las escaleras, la luz gris del alba comenzaba a colarse por la claraboya, y con ella, una atmósfera de presagio flotaba en el aire. Emil la esperó en el umbral de la cocina, con un cuaderno en la mano y las gafas colgando de la punta de la nariz.

—¿A dónde vas? —preguntó sin levantar del todo la voz.

Lena se detuvo un segundo, apenas, antes de seguir caminando.

—A vivir.

Él cerró el cuaderno.

—¿Eso significa que pasarás otra noche fuera?

Ella giró lentamente. Los ojos se encontraron. Un abismo se abrió entre ellos, como tantas veces. Pero esta vez, ambos sabían que había algo más en juego.

—Papá, no soy una máquina de tus experimentos. No tengo que reportarte cada vez que respiro.

—No se trata de eso.

—¿Entonces de qué?

—Se trata de ese muchacho.

El silencio duró más de lo previsto. Lena sintió que el corazón le tamborileaba bajo la blusa.

—No sabes nada de él.

—Sé suficiente —dijo Emil, apoyándose contra el marco de la puerta—. Sé que toca en plazas vacías y duerme en pensiones donde las sábanas huelen a hollín. Sé que te dice cosas bonitas y que tú, con la desesperación de una niña sin madre, las crees.

Lena tragó saliva, pero no retrocedió.

—Es la única persona que me ve. Que me escucha.

—Te escucha porque no tiene otra cosa que ofrecer.

—¡No como tú! Que tienes todo y no sabes qué hacer con ello.

El grito rebotó en los muros como un golpe de martillo en una campana. Emil apretó los labios y no respondió. Solo caminó hacia el ventanal y apoyó una mano sobre el cristal empañado.

—No estoy aquí para prohibirte vivir —dijo después de un largo rato—. Pero si piensas entregar tu vida, al menos asegúrate de que valga la pena.

Lena lo miró con una mezcla de compasión y rabia. De pronto, le pareció un hombre diminuto dentro de una casa demasiado grande. Un hombre que había olvidado cómo se nombran las emociones.

—No es mi vida la que corre peligro, papá. Es tu alma la que ya no responde.

Y con eso, se fue. Esa tarde, Elías la esperaba bajo el reloj averiado de la estación vieja de Smíchov. Llevaba su abrigo raído, el cantórgano colgado al pecho y una sonrisa torcida como una canción mal afinada.

–Pensé que ya no vendrías.

–Casi no lo hago –dijo Lena, bajando los escalones de piedra–. Pero luego recordé que contigo el mundo pesa menos.

Él la tomó de la mano con esa naturalidad con la que se toman cosas frágiles.

–Hoy quiero mostrarte algo –dijo él–. Un sitio donde ni los relojes se atreven a medir el tiempo.

Cruzaron media ciudad a pie. Pasaron por callejones donde el vapor se escapaba de las rejillas como suspiros, donde las farolas zumbaban en tono menor y los niños jugaban con ruedas dentadas encontradas en la basura. Llegaron a un antiguo observatorio astronómico que había sido clausurado durante la guerra. La cúpula aún giraba, empujada a mano por los pocos bohemios que lo visitaban. Adentro, la madera crujía y el polvo se convertía en niebla bajo la luz de las linternas de gas. Allí, entre engranajes suspendidos del techo como móviles de un mundo olvidado, bailaron. Él le tocó una melodía que ella juró haber oído en sueños.

–No quiero volver a casa esta noche –susurró ella cuando la canción terminó.

–Entonces no lo hagas.

Se besaron junto a un mural de constelaciones incompletas, mientras los engranajes giraban sobre sus cabezas como constelaciones mecánicas. Sin embargo, Lena tuvo que volver.

Esa noche, cuando regresó a casa a escondidas, Lena notó algo extraño. La lámpara del pasillo estaba encendida. Había una brisa que no venía de ninguna ventana abierta. Y un leve zumbido... no constante, pero insistente. Como una respiración metálica. Al subir a su cuarto, una sombra se deslizó a través del reflejo del espejo del vestíbulo. Se giró de golpe. Nada. Pero al entrar en su habitación, lo vio. En el rincón más oscuro, junto al reloj de péndulo sin cuerda, un par de ojos: múltiples, dispuestos en semicírculo, cada uno ajustando su lente como si la observara desde distintos ángulos del alma. Otto.

Estaba allí. Plegado, silencioso, como una araña de metal dormida. Lena retrocedió con un jadeo.

–¿Qué... qué haces aquí?

La máquina no respondió. Un leve giro de sus lentes fue la única señal de que la había escuchado.

–¿Papá te mandó? ¿Me estás espionando?

El zumbido se detuvo. La voz surgió de la hendidura sin boca. Suave, sin emoción.

–Otto ha observado una irregularidad en tu pulso. Confirma alteración emocional.

–¡Sal de aquí! ¡Fuera!

Pero Otto no se movió. Solo giró ligeramente la cabeza, como si intentara calcular una mejor forma de verla.

–Otto no tiene permiso para abandonar su rutina de análisis sin una orden directa.

Lena temblaba. Corrió por el pasillo, bajó las escaleras de dos en dos. Golpeó la puerta del laboratorio. La abrió sin llamar.

–¿Qué hiciste?! –gritó–. ¿Qué hiciste, papá?!

Emil se encontraba de pie, junto a un banco de trabajo lleno de planos y electrodos. No se sobresaltó.

–Sabía que lo verías tarde o temprano.

–¿Me estás espionando?

–Te estoy protegiendo.

–¡No eres un padre, eres un carcelero! ¡No necesito que me protejas de mi propia vida!

Ella se derrumbó. Se arrodilló entre herramientas, sollozando como una niña de nuevo. Emil la observó, pero no se acercó.

—Lena...

—¡No me hables! —gritó—. ¡No te atrevas a llamarme como si me conocieras!

Él permaneció inmóvil, una silueta contra el resplandor del éter.

—Nunca me viste. Nunca me escuchaste. Y ahora mandas a una cosa... a una cosa sin alma... a hacer lo que tú nunca tuviste valor de hacer.

Ella se levantó tambaleando. Salió corriendo. No miró atrás.

La noche parecía expandirse más allá de sus márgenes habituales, como si el tiempo hubiese decidido ceder ante la voluntad de una muchacha que huía de sí misma. Lena caminó sin dirección precisa. El frío le mordía los dedos, pero no se cubría. Llevaba la falda descompuesta, el cabello suelto y los ojos abiertos como faros en la niebla. Sentía aún en la piel los ojos de Otto, no como visión, sino como una invasión. No era vergüenza lo que la hacía correr. Era algo más íntimo: el despojo de su voluntad.

Cruzó la plaza Letná, donde los vendedores apagaban sus hornillos de carbón y los músicos de la noche comenzaban a afinar sus instrumentos. En el extremo de la calle Křižíkova, un farol proyectaba sombras sobre el empedrado mojado. Lena se detuvo allí, sin aliento, con las manos en el pecho, buscando algo que detuviera el eco de su propia voz cuando gritó: “¡No te atrevas a llamarme como si me conocieras!”

—¿Te pasa algo?

La voz la sorprendió, pero era familiar. Elías estaba ahí. Siempre parecía estar justo donde se le necesitaba, como si la ciudad le obedeciera.

—Hoy no podía dormir. Creo que sabía que volverías —dijo él, acercándose con una pequeña lámpara de gas colgando de su cantórgano.

Ella no respondió. Lo miró con los ojos anegados, como una niña sin hogar.

—Ven —le dijo él, sin preguntar más—. Hoy no hay fiesta, pero tengo un sitio donde las penas se evaporan más rápido que el vapor de las máquinas.

Subieron por callejones curvos hasta una torre abandonada que una vez sirvió como estación de señales ferroviarias. Desde allí se podían ver los tejados oxidados de Praga como una maqueta de cobre bajo la luna. Dentro, Elías había dispuesto un refugio secreto. Había colchones desgastados, mantas de diferentes colores, y una lámpara de cristal suspendida por una cadena que giraba lentamente. El lugar olía a leña, especias y tinta seca.

—Aquí traigo mis poemas —dijo él, sacando un cuaderno con tapas de cuero—. Aquí también vine a llorar por mi madre, hace años. A veces creo que las paredes recuerdan nuestras penas y las transforman en canciones.

Lena se sentó en un rincón, abrazando las rodillas. No hablaba. No quería hablar. Elías no la forzó. En su lugar, se sentó frente a ella, tomó el cantórgano y comenzó a girar la pequeña manivela lateral. El vapor se activó con un susurro y la música nació como un hilo de seda que se estira con delicadeza. La melodía no tenía nombre. No era una canción, sino una atmósfera. Sonaba como los recuerdos antes de dormirse, como la promesa de algo que aún no existe, pero ya se siente en el pecho. Lena cerró los ojos.

—¿Cómo haces eso?

—¿Qué cosa?

—Curarme con notas.

—No lo hago yo. Lo hace el aire entre tus heridas. Yo solo lo acompaño.

Ella sonrió. Por primera vez en esa noche sombría, sonrió. Se acercó y apoyó la cabeza en su hombro. Permanecieron así, en silencio, mientras la ciudad allá abajo se convertía en un murmullo lejano.



Cuando la música cesó, Elías la cubrió con una manta y la miró largamente, como si quisiera memorizarla.

—Te juro que, si pudiera arrancarte las penas una por una, lo haría.

—No quiero que me las arranques —susurró ella—. Quiero que me recuerdes que sentir no es un pecado.

Él la besó. Primero fue suave, como una palabra recién aprendida. Luego más profundo, como una oración desesperada. Ninguno dijo nada. No lo necesitaban. En ese instante, no eran Lena y Elías. Eran dos fragmentos de mundo que se unían para hacerse cuerpo. Las mantas se desplazaron como un velo entre los dos. El cantórgano se quedó en silencio, como si respetara la intimidad de lo que venía. El vapor aún caliente creaba una bruma liviana que los envolvía como en un ritual antiguo. Hicieron el amor como quien intenta reescribir la historia desde la ternura. No hubo prisa, ni promesas. Solo cuerpos compartiendo el mismo aliento. Al final, cuando se quedaron quietos, Lena sintió que algo dentro de ella había comenzado a despertar. No era amor ciego. Era una elección. Él acarició su espalda mientras el viento golpeaba los cristales.

—¿Tienes miedo? —preguntó él.

—Tengo esperanza —respondió.

—¿Y eso no asusta más?

Ella lo pensó.

—Sí. Pero esta vez no voy a correr.

Él la abrazó más fuerte, y la ciudad siguió girando bajo ellos, sin saber que, en esa torre olvidada, se había sembrado algo que cambiaría el curso de la historia. El amanecer llegó como un soplo tibio que fue empujando el frío entre las rendijas de la torre. Un rayo de luz se coló por el tragaluz roto, rozando los cabellos despeinados de Lena y delineando su espalda con un resplandor dorado. Dormía con una mano extendida sobre el pecho de Elías, como si temiera que al soltarlo, él también se evaporara con la noche. Elías no dormía. Había estado despierto desde hacía rato, simplemente mirándola, contando cada respiración con la lentitud de quien sabe que esos momentos no se repiten. Le parecía que Lena, en el sueño, era más niña. No la joven intensa que se le enfrentaba al mundo, sino la niña que nunca fue cuidada. La acarició con la punta de los dedos, sin intención de despertarla. Aun así, ella abrió los ojos.

—¿Desde cuándo estás despierto?

—Desde que la luna me dijo que no eras un sueño.

Ella sonrió, y luego se abrazó a él, escondiendo el rostro en su cuello.

—No quiero volver.

—No tienes que hacerlo hoy —susurró él—. Podemos quedarnos aquí hasta que el mundo olvide que existimos.

—No funciona así, Elías.

Hubo un silencio largo. Lena se sentó, cubriéndose con una manta que le llegaba hasta la cintura. La ciudad, desde esa altura, parecía un tablero de ajedrez detenido. Las chimeneas escupían vapor que se disolvía en el aire como si sus pensamientos fueran visibles.

—Esta ciudad tiene ojos —dijo en voz baja—. No me di cuenta hasta anoche.

Elías se incorporó también, mirándola con atención.

—¿Te refieres a tu padre?

—No solo a él. A esa cosa... a esa criatura que creó.

—¿El autómatas?

Lena asintió.

—Me observó. No lo soñé. Me hablaba como si midiera mis latidos. Como si el amor fuese una desviación en su sistema.

Elías cerró los puños, pero se contuvo.

—¿Y tu padre sabía?

—El lo envió.

Ella se levantó. Buscó su ropa en silencio. El cuerpo le dolía, pero no era un dolor amargo. Era una marca. Un recordatorio.

—Anoche cambió algo en mí —dijo mientras abrochaba su blusa—. No solo porque me diste amor, Elías. Sino porque entendí que no puedo vivir con miedo. No puedo aceptar que mi historia se escriba en un laboratorio. Ni que mis decisiones se filtren por un lente de cobre.

Él se acercó. La tomó por la cintura. Le apartó un mechón de cabello.

—Entonces no lo hagas.

Ella lo miró, grave.

—Voy a quedarme contigo. No por rebeldía, ni por enojo. Sino porque eres mi lugar seguro. Pero no ahora. Todavía no.

—Cuando lo decidas, haremos que valga la pena —dijo él—. Aunque el mundo no esté listo para nosotros.

—El mundo nunca está listo para nada que realmente importe.

Se abrazaron largo rato, y el reloj oxidado de la torre marcó las ocho con un único y tosco campanazo, como si la ciudad también tuviera miedo de lo que venía después. Horas más tarde, ya vestida con su abrigo de gamuza y las botas altas, Lena caminaba por las calles empedradas rumbo al mercado. Tenía que pensar. Tenía que hablar con su padre, decirle que, tarde o temprano, se marcharía. O quizá, no decirle nada. Pasó junto a una parada del Tranvía 17, y por un instante deseó subirse y dejar que la llevara sin destino, como cuando era niña y soñaba que el tranvía la llevaría directo a una madre que la esperara con los brazos abiertos. Caminó hasta el puesto de frutas donde una anciana vendía ciruelas fermentadas. Le compró un par, solo por tener algo entre las manos.

—¿Tu madre las comía también? —preguntó la anciana con dulzura, al ver su expresión.

Lena parpadeó.

—No. Pero me gusta pensar que sí.

La anciana le sonrió como si comprendiera más de lo que dijo.

Siguió caminando. Ese día era igual a todos. Pero Lena no era la misma. Y aunque no lo sabía aún, la vida que llevaba dentro tampoco lo sería. Cuando Lena volvió a casa aquella tarde, el cielo ya comenzaba a cerrarse con sus nubes color hierro, y los tejados de Praga reflejaban la luz oblicua como platos de estaño olvidados al sol. Empujó la puerta sin hacer ruido. El recibidor estaba silencioso, como si el aire contuviera la respiración. Se quitó las botas lentamente y colgó su abrigo en el perchero que aún conservaba, inexplicablemente, el paraguas de su madre. Nadie lo usaba. Nadie lo movía. Nadie se atrevía a tirarlo.

Subió los escalones de madera sin encender las luces. Escuchó el murmullo lejano del reloj de péndulo en el estudio de su padre, marcando las seis con solemnidad vana. Se detuvo un instante frente a la puerta de ese estudio. Dudó. Podía entrar. Podía enfrentarlo, decirle que ya no era una niña. Pero algo en ella —no cobardía, sino sabiduría temprana— le hizo seguir de largo. No era el momento de gritar. Era el momento de recordar.

Entró a su cuarto y se sentó en la orilla de la cama. La misma cama donde había llorado tantas noches. Esta vez no lloró. Se desabotonó lentamente el vestido, no con la vergüenza de quien oculta algo, sino con la reverencia de quien ha atravesado un umbral sagrado. Se acostó sin encender lámparas, sin deshacer las cobijas. El frío la abrazó como una advertencia, pero ella lo recibió con firmeza. Cerró los ojos. En su

mente, la música de Elías volvía a sonar, no como recuerdo, sino como una oración interior.

Sabía que su padre sospechaba. Que algo en su forma de mirar había cambiado, que los engranajes de su control estaban comenzando a crujir. Pero también sabía que aún no era tiempo de romper del todo. Volvería. Viviría bajo su techo. Cenarían en silencio. Se cruzarían por los pasillos con los mismos gestos. Pero algo, algo invisible y definitivo, había cambiado. Ella ya no era moldeable. Ya no era un experimento. Y si Otto la espiaba de nuevo, encontraría a una muchacha que ya no temía ser vista. En el estudio, Emil Vortek observaba un fragmento del rostro de Otto, aún en mantenimiento. El autómatas yacía sobre la mesa metálica como un cuerpo a medio despertar, con sus lentes ópticos replegados, sus dedos expuestos como una flor de acero.

—No debiste vigilarla tan de cerca —murmuró Emil, aunque sabía que Otto no respondía sin una orden explícita.

La voz reverberó en el silencio.

—Ella no es como los sujetos de observación. No es un experimento más.

Se levantó, fue hacia el ventanal, y vio la silueta del tranvía 17 cruzando la avenida, como un espectro anaranjado en medio de la bruma. Emil pensó en su esposa, en su nombre ya oxidado por los años, en las cartas nunca respondidas y las dudas que no lo dejaron dormir durante una década. Pensó en Lena. En sus ojos, que no eran suyos. En su carácter, que no le debía nada.

—Tal vez no soy capaz de cuidarla —admitió al vacío.

El rostro sin vida de Otto no respondió. Solo emitió un leve zumbido de calibración. Un sonido que, por un instante, pareció más juicio que error de sistema. Esa noche, en su habitación, Lena se sentó en la cama, encendió la lámpara de aceite y abrió su diario. Con pluma temblorosa escribió solo una frase: “Hoy fui amada como soy. No necesito permiso para existir.” La tinta no tardó en secarse. Pero las palabras, esas, ya estaban impresas en su alma. Y aunque aún quedaba un largo camino hacia la libertad, Lena había dado el primer paso. No al escape. No al enfrentamiento. Sino a la afirmación. La guerra verdadera no era contra su padre. Era contra el silencio. Y en esa noche, con las sombras de Otto dormidas en la casa, Lena había aprendido a hablar.

Capítulo 10

La grieta bajo el mármol

Praga, 1882

La niebla de marzo se alzaba lenta, como una plegaria gris, desde las entrañas de la ciudad. En Praga, el vapor parecía tener memoria: se enroscaba con ternura en los aleros de los tejados, silbaba por las chimeneas, y se deshacía con solemnidad entre los ventanales del distrito gubernamental, donde una nueva mañana no anunciaba nada... y al mismo tiempo, lo cambiaba todo.

La guerra —ese rumor constante— ya no llevaba uniforme ni estandarte. Desde 1859, cuando estalló el Conflicto de los Diecisiete Territorios, el mapa había ido mutando sin cambiar de forma visible. Al principio fue por rutas ferroviarias, luego por pozos de carbón, luego por líneas de código. Las balas se sustituyeron por patentes, los tanques por comisiones científicas. Y sin embargo, la guerra seguía viva, agazapada en los márgenes de la ciudad, en los pasillos de las fábricas nocturnas, en los sótanos donde jóvenes sin licencia probaban mecanismos con nombres que aún no existían.

La historia había dejado de escribirse con espadas. Ahora se grababa con válvulas, engranajes y temor. Fue en ese clima, entre tratados rotos y telegramas sin firma, que Armin Kotek, gobernador de Praga, caminaba cada mañana por el castillo. Su andar era silencioso, casi ceremonial. Cada escalón que subía lo contaba en su mente: 64 hasta el vestíbulo de mármol, 9 a la antesala del Consejo, 17 hasta la cúpula oval. Nunca lo decía

en voz alta. Era su forma de recordar. Los mismos números que tenía la ruta del Tranvía 17, donde su hermano Honza le había tomado la mano por última vez. No importaban los años ni los títulos: dentro de Armin vivía aún aquel niño de abrigo azul, marcado para siempre por la ausencia.

El Castillo de Praga, ahora sede del Consejo Imperial para la Reconstrucción Cívica, conservaba una solemnidad antigua cubierta por una pátina de modernidad. Las torres medievales habían sido reforzadas con hierro forjado y tubos de presión. Los vitrales ya no mostraban escenas de santos ni batallas, sino mapas logísticos, planos hidráulicos, diagramas de eficiencia y flujos de recursos. Pero bajo esa fachada de progreso, la piedra seguía siendo la misma. Y Armin lo sabía.

Esa mañana, como cada semana, los 14 miembros del Consejo ya lo esperaban. Doce hombres, dos mujeres, todos de edades dispares y con insignias bordadas según su función: plumas doradas (Cultura), engranajes verdes (Tecnología), espadas truncadas (Defensa), báculos quebrados (Orden civil). El salón oval estaba bañado por una luz dorada que se filtraba a través de un domo de cristal ennegrecido por el humo. Una mesa de mármol oscuro dividía a los presentes. Sobre ella, como un altar pagano, descansaba un banquete opulento: codornices rellenas, ciruelas al vapor de vino negro, pan de cebada horneado en moldes con símbolos estatales, quesos humeantes traídos del norte.

Armin partió un trozo de pan, lo sostuvo unos segundos y, al morderlo, supo que no tenía sabor.

—El pan no sabe igual sin él —murmuró, sin mirar a nadie.

Aquel pan no era comida. Era ausencia.

Se sentó en silencio y alzó la voz con calma.

—Hoy no hablaré primero. Quiero escuchar.

Hubo un instante de duda. Luego, como si esperaran ese permiso hacía años, comenzaron a hablar. El primero fue Jaroslav Kurek, Ministro de Transporte y Comunicaciones. Su voz era nasal, cortante.

—Señor Gobernador, la situación en el sector sur es alarmante. No por ataques armados, sino por la cantidad de invenciones no registradas. En las últimas semanas se han detectado juguetes inteligentes en barrios obreros, triciclos autodirigidos, marionetas que responden al tacto emocional. Nadie sabe quién los construye. Nadie los ha regulado. Y lo más preocupante: algunos niños prefieren hablar con estas máquinas antes que con sus maestros.

Un murmullo recorrió la sala. Armin no dijo nada.

La siguiente fue Tereza Markova, Consejera de Cultura. Alta, de cabellos grises bien recogidos, hablaba con voz lenta y segura.

—Lo llamamos “alarma” porque nos da miedo no controlar lo que nace del pueblo. Pero, ¿y si lo que nace no es peligroso? ¿Y si es una nueva forma de arte? ¿De ternura? Tal vez estemos más cerca de la poesía que del crimen.

—¡Poesía que se fuga de las manos! —saltó el Ministro de Defensa, un hombre ancho como un tonel y rostro pétreo—. ¿Han olvidado que durante el último asedio, fue un autómatas el que abrió las puertas del arsenal sur? Reprogramado por quién, nadie lo sabe. Solo necesitamos una chispa. Una. Y todo se desmorona.

—¿Y qué propone, general? —preguntó otro consejero—. ¿Perseguir a los niños por jugar con marionetas que ríen?

—Propongo control. Registro. Censado. Si no regulamos la tecnología, ella regulará nuestras vidas.

El silencio se adensó. Solo se oía el leve zumbido de una tubería que cruzaba el techo.

Fue entonces que habló Radek, el miembro más joven del Consejo. Tenía poco más de treinta años, y aún no se le había borrado el acento del este.

—Yo vi uno de esos juguetes. Era un autómata pequeño, hecho con piezas recicladas. No hablaba. Solo saludaba con la mano. Un niño lo llevaba como si fuera su hermano. Cuando me acerqué, el autómata me imitó el gesto. Y me pareció... humano. No amenazante. Solo... triste. Como si supiera que no le quedaba mucho tiempo.

Armin entrelazó los dedos. Su rostro no cambiaba. Lo que escuchaba no era un simple debate. Era un clamor. Pero no estaba listo aún. No podía tomar una decisión sin consultar su brújula moral. Y esa, siempre había sido Gus Schovajsa. Cuando se levantó la sesión del Consejo, la decisión formal aún no existía. Pero algo había comenzado a romperse en la superficie. Como una grieta sutil bajo el mármol.

Armin no se retiró por la escalinata principal. Cruzó en cambio el corredor este, donde el yeso aún conservaba grietas del bombardeo de 1876. Nadie usaba ese pasillo. Nadie, excepto él. Pasó junto al reloj de péndulo sin cuerda. El tic-tac era ficticio, un eco reproducido por una válvula neumática en la base. A Armin le gustaba esa falsedad honesta: una maquinaria que no ocultaba su falta de corazón.

Llegó a un pasillo aún más estrecho, uno que olía a alquitrán viejo, cobre quemado y recuerdos de otro siglo. Allí, entre calderas selladas y estanterías con planos olvidados, lo esperaba un hombre. Gus Schovajsa no necesitaba presentación. Su silueta seguía siendo la de un obrero: hombros anchos, manos gruesas, cabello blanco atado con una cinta de cuero. Pero sus ojos ya no eran los del mecánico. Eran los del sobreviviente. Del hombre que había decidido no involucrarse más en la fabricación de ninguna arma.

—Llegas tarde, como siempre —dijo Gus sin moverse, apoyado en una columna corroída.

—O tú llegas demasiado temprano —respondió Armin con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—¿Y qué se discute hoy allá arriba, en los salones de la razón?

—Sueños. Y miedos.

Gus frunció el ceño.

—Mal matrimonio ese. Cuando sueñas con miedo, acabas creyendo que todo lo que imaginas es una amenaza.

Armin no contestó. Pasó junto a él, y se sentó en una banca de piedra que daba a un ventanal cubierto de placas metálicas. Ni la luz entraba allí.

—Hay algo que me perturba —dijo después de un rato—. No es lo que vi, sino lo que escuché. Un consejero joven, Radek, habló de un autómata que imitaba. No hacía daño. Solo imitaba. Y eso fue suficiente para que algunos quisieran destruirlo.

—¿Imitaba... o comprendía? —preguntó Gus.

—No lo sé. Pero algo en su relato me pareció... familiar.

—¿Tu hermano?

La pregunta resonó en la piedra.

Armin asintió, sin palabras.

—Mi hermano también solía imitarme. No para burlarse, sino para pertenecer. Para decirme: "Estoy contigo."

—Y si un autómata hace eso —añadió Gus con voz baja—, ¿significa que también quiere pertenecer?

Armin apretó los labios.

—Ahí está el problema. La línea se borra. Y si no sabemos dónde empieza la vida, tampoco sabremos dónde termina el alma.

Gus se levantó y caminó hasta una estantería oxidada. Sacó de un compartimento oculto una pequeña cajita de metal. Se la tendió al gobernador. Armin la abrió. Dentro había

una tuerca pulida, casi reluciente, pero con bordes gastados. Como si hubiese sido acariciada durante años.

–La encontré en una muñeca musical entre la basura de Žižkov –dijo Gus–. Cuando la abrí, esta pieza estaba suelta. No servía para nada. No tenía función mecánica. Pero estaba ahí. Y eso me hizo pensar.

–¿En qué?

–Que quizás alguien la colocó solo porque le gustaba su forma. Porque era bella. O porque recordaba a alguien.

Armin la sostuvo entre los dedos. El metal estaba tibio, como si tuviera memoria térmica.

–¿Y si esa pieza no era para que funcionara... sino para que sintiera?

–¿O para que el que la construyó no se sintiera solo? –remató Gus.

Hubo un silencio espeso. Luego Armin habló, por fin, desde su núcleo.

–No quiero prohibir el alma. Pero temo que la ciudad se pierda en ella. Que olvidemos quiénes somos. Que volvamos a fabricar autómatas que lloran... pero nadie sabe por qué.

–¿Y qué vas a hacer?

Armin miró la cajita. Cerró la tapa.

–Voy a esperar. Observar. No es momento aún. Pero si llega el día, quiero saber que hice todo lo posible para entender antes de actuar.

Gus lo miró con ternura, pero también con firmeza.

–Solo prométeme algo, viejo amigo.

–Lo que quieras.

–Que cuando llegue ese día... lléves en el bolsillo algo que te recuerde quién fuiste. No el gobernador. No el soldado. El hermano.

Armin bajó la mirada. Sintió, por un instante, los dedos de Honza sobre los suyos. Aquellos dedos torpes, lentos, tibios. Asintió.

Los corredores del castillo estaban casi vacíos a esa hora, salvo por el eco de pasos ajenos que nunca se acercaban. El ala este, menos transitada, estaba bañada por la tenue luz de lámparas de gas que crepitaban entre los vitrales empañados. Allí, el mármol ya no brillaba; tenía grietas, como si el tiempo lo hubiese alcanzado al fin.

Después de su conversación con Gus, Armin Kotek no volvió al salón del Consejo. No regresó a la mesa donde el ganso ahumado seguía intacto ni a la cúpula desde donde se dictaban los decretos. Se desvió hacia los pasillos ocultos del castillo, donde no llegaban los heraldos ni los ministros. Caminó sin escoltas, sin capa, con las manos metidas en los bolsillos, apretando una pequeña piedra pulida.

Los soldados que lo vieron pasar hicieron un saludo breve, sin levantar demasiado la mirada. Ya sabían que, cuando el gobernador iba hacia el fondo del ala este, no debía interrumpírsele. Algunos pensaban que iba a rezar. Otros, que era supersticioso. Nadie sabía que lo que buscaba estaba más cerca de la memoria que de la fe.

La Galería de los Fundadores era un pasillo estrecho, decorado con bustos de piedra negra y columnas que lloraban humedad. Entre vitrales cubiertos de polvo se alineaban retratos de gobernadores olvidados, con marcos torcidos y placas oxidadas. Armin los miró sin detenerse. Sabía que, algún día, su retrato también estaría allí. Pero no era eso lo que buscaba.

Se detuvo frente a una puerta baja, de madera ennegrecida por el hollín y el tiempo. El picaporte tenía forma de serpiente enroscada, símbolo de sabiduría en otros tiempos. Lo giró sin ruido y entró. La habitación no tenía nombre en los planos del castillo. Había sido un almacén olvidado, pero él la había reclamado desde su primer año como gobernador. Adentro, el aire era denso y frío, y el suelo crujía con cada paso. Encendió

una lámpara de aceite que colgaba de una viga, y el resplandor ámbar reveló un santuario silencioso.

En el centro de la sala, sobre una mesa baja de madera oscura, reposaba una vitrina. Dentro, cuidadosamente protegido, estaba el abrigo azul remendado de su infancia. A un lado, colgaba de una cuerda su cuaderno viejo, aquel donde anotaba pensamientos cuando todavía tenía trece años. En la pared contigua, apoyada sobre un estante de piedra, una hilera de nueve piedras suaves, alineadas con precisión casi religiosa, recordaban las que su hermano Honza solía dejar junto a los rieles del Tranvía 17.

Armin se arrodilló sin pensarlo. Quitó los guantes y apoyó la frente sobre la vitrina. La madera olía a cera vieja y polvo sagrado. Durante un largo rato, no hubo palabras. Solo el sonido sutil del aceite ardiendo y el goteo rítmico del castillo, como si sus muros respiraran a la par del corazón del gobernador. En su mente, el pasado se abría como un acordeón de imágenes lentas: Honza descalzo, con su bufanda torcida, empujando piedritas con la punta del zapato. Honza subiendo al tranvía con ayuda de su mano. Honza preguntándole si el mundo se puede volver suave... “Como las piedras de los rieles.”

Esa frase no se había borrado nunca. Solo se había hundido lo suficiente para no doler a diario. Pero ahora, con todo lo hablado, con los informes sobre autómatas en jardines escolares, con la propuesta de confiscar ternura sin nombre, con el Consejo pidiéndole decisión, la voz de su hermano volvió a sonar, limpia y exacta, como si saliera de la piedra misma.

> – “¿Tú crees que las piedras tienen voz?”

– “Yo creo que sí. Pero hablan despacito.”

Cerró los ojos. Y entonces lo vio. No fue una visión sobrenatural. Fue una memoria tan pura que parecía real. Honza estaba ahí, de pie junto a la puerta, sonriendo como solo él podía. La cabeza ladeada, los dedos sucios de tierra, el abrigo corto y las botas con los cordones mal hechos. Le extendía una piedra, una más, la décima.

> – “Para cuando tengas que decidir. Para que no se te olvide mi voz.”

Armin se estremeció. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Abrió los ojos. La sala estaba en silencio. Honza no estaba. Pero la piedra seguía en su mano. Salió de la galería sin limpiarse el rostro. La humedad del castillo y la suya se confundían. Una funcionaria lo esperaba en el pasillo, nerviosa, con un sobre lacrado.

– Gobernador, el Consejo solicita saber si ha tomado una decisión.

Armin la miró, pero no contestó enseguida. Metió la piedra en su bolsillo.

– Diles que aún no.

– ¿Y para cuándo...?

– Para cuando las piedras hablen más fuerte que los hombres.

Ella no entendió, pero asintió.

Armin se giró y comenzó a caminar por el pasillo hacia ninguna parte concreta. En algún lugar de los suburbios, esa misma noche, una madre encendía una vela sobre un tornillo viejo, creyendo que allí vivía la memoria de su esposo. Un niño jugaba con un carrito que hacía chasquidos como un ave, sin saber que había sido creado con piezas prohibidas. Un anciano escribía versos en una tabla de cobre para colgarlos en la plaza al amanecer. Y en algún sótano, un autómata sin nombre abría los ojos por primera vez. No tenía rostro ni historia. Solo movimiento.

Capítulo 11

“Donde empieza el milagro”

Praga, 1882

La casa olía distinto esa mañana. No a aceite ni a vapor. No a los compuestos resinosos que Leo usaba para adherir los circuitos del polímero a la estructura ósea del

autómata. Tampoco al olor dulzón de la resina de pino que usaba para barnizar sus maquetas ni al estaño fundido que dormía en su mesa de trabajo.

Aquella mañana, la casa olía a pan caliente, a café con leche y a lavanda en las sábanas. A casa, pensó Edevane, mientras apretaba las manos sobre su abdomen. A casa. Leo bajó con las mejillas encendidas. Se había quedado dormido en la alfombra, junto a ella, y tenía la impresión de que todo aquello –el calor del cuarto, la brisa que entraba por la ventana entreabierta, el zumbido del tranvía a lo lejos– tenía un nuevo ritmo. Uno más lento. Uno que no se medía con engranajes.

–Edevane... –dijo él, y se detuvo.

Ella alzó los ojos, pero no dijo nada. Solo sonrió. Su mano sobre el vientre. Leo se inclinó sin pensar. Besó la palma de su esposa como si bendijera un relicario. Luego el ombligo. Luego el vientre entero, con una devoción nueva, mezcla de asombro, miedo y ternura.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó él, como si temiera que se le escapara ese milagro por no haberlo celebrado a tiempo.

–Una semana. Quizás menos. Pero lo sé. Lo siento. –Edevane lo miraba como quien ha vuelto a creer en algo que no entendía.

Leo no lloró. Pero algo en él se deshizo. Algo que llevaba años contenidísimo en la garganta. Ese algo que se guarda detrás de las palabras cuando uno ha aprendido a decir “estoy bien” incluso cuando no lo está.

–Te prometo que no haré más modelos –dijo de pronto, acariciando su mejilla–. No por ahora. No quiero estar en ningún otro lugar.

Ella se recostó sobre su pecho. Y en ese instante, toda la maquinaria de su mundo, cada engranaje, cada plano, cada cálculo de torque... dejó de importar. El taller podía esperar. La perfección también. Ahora, lo único que quería perfeccionar era el arte de estar presente.

Una tarde, cuando el viento arrastraba hojas secas por el patio, Edevane recibió la visita inesperada de su madre. No traía reproches ni lágrimas, solo un silencio lleno de cosas no dichas y una manta tejida con las iniciales de la familia, bordadas torpemente por manos temblorosas. Se sentaron, sin necesidad de explicar el milagro que palpitaba entre ellas. Su madre le tomó la mano, la observó con ternura y dijo, apenas en un susurro: “Tu abuela decía que algunas mujeres no esperan señales del cielo... las llevan dentro”. Luego se marchó, dejándole en el regazo la manta y una paz antigua, como si las generaciones pasadas también hubieran bendecido esa nueva vida.

Durante días, Leo caminó con una ternura nueva suspendida en el pecho, como si el aire mismo lo empujara a proteger algo invisible pero inmenso. Edevane no volvió a mencionar aquella noche en que sus palabras –tan suaves como una oración susurrada entre ruinas– le revelaron la vida que comenzaba a crecer en su interior. No hacía falta. Bastaba con la forma en que lo miraba al despertarse, o cómo colocaba las manos sobre el vientre cuando pensaba que él no la observaba. Y, sin embargo, hubo un momento en que lo íntimo necesitó volverse oficial. Fue ella quien propuso acudir al Hospital del Viento Quieto, donde los diagnósticos tenían forma de placas, cifras y latidos amplificadas. Y Leo, aunque temía lo que pudiera decir la ciencia, la tomó de la mano como si aún pudieran decidir el destino entre los dos.

El Hospital del Viento Quieto seguía igual. El nombre era una ironía involuntaria: las ventanas zumbaban con corrientes heladas, las salas olían a alcohol y lodo seco, y las enfermeras andaban como sombras apuradas. Pero ese día, en esa ala silenciosa de ginecología, el mundo se detenía.

–Los signos son claros. Un embarazo en curso, sano, estable –dijo la doctora, con una sonrisa pequeña pero auténtica–. No hay razón para preocuparse, señora Dvorak.

Edevane cerró los ojos. Leo apretó su mano. Y sin decirlo, supieron que el milagro ya no era una promesa ni una fantasía. Era un hecho.

–No preguntaré si es niño o niña –dijo Edevane, luego, mientras bajaban los escalones del hospital.

–Tampoco importa –respondió Leo.

–Se llamará Samu –dijo ella, como quien termina una oración que llevaba años escribiendo en el alma.

Los días pasaron como pan horneado a fuego lento. Leo abandonó el taller por completo. Leía en voz alta junto al sofá. Le tejía bufandas torcidas con hilos que Edevane le daba para tenerlo entretenido. Ponía compresas en sus pies. Cocinaba mal. Muy mal. Pero ella se lo comía todo, entre risas. Y cuando ella se le quedó viendo, una noche, con un gesto entre divertido y serio, le dijo:

–¿Y el taller?

Leo se encogió de hombros.

–Si el milagro está aquí, ¿para qué buscarlo en otra parte?

Ella no respondió. Pero le besó la frente como si acabara de entender por qué lo había amado todos esos años, incluso cuando todo era oscuro. Desde aquella conversación, en la que Leo le confesó –con voz temblorosa y manos abiertas– que ya no volvería al taller porque su único proyecto ahora era ella, Edevane comenzó a caminar de otro modo. Más lenta, como quien lleva algo sagrado, pero también más consciente del peso invisible que empezaba a crecer en su pecho: el del amor que se transforma en miedo. Una noche, mientras él dormía con los dedos aún manchados de aceite viejo, ella se sentó junto a la ventana y comprendió que necesitaba algo más que ternura: necesitaba paz. Y así, sin reproches ni promesas, al amanecer se cubrió con su abrigo de lana parda y se dirigió al Monasterio de Strahov. No iba en busca de respuestas, sino de un susurro que la ayudara a sostener su milagro con fe, no solo con valentía.

El Monasterio de Strahov seguía igual que en su infancia. Edevane cruzó los jardines internos con pasos lentos. Acariciaba el vientre como quien lleva algo sagrado. Fray Dominik estaba en su escritorio. Había cambiado poco. Las canas eran nuevas, pero no el modo de alzar la mirada como quien reconoce un rostro esperado.

–Has traído contigo la luz –dijo él, y sus palabras no sonaban a metáfora, sino a certeza.

Se sentaron juntos, como tantas veces antes.

–Es un milagro –susurró ella–. No pensaba volver. No porque no creyera. Es solo que... había tanto silencio.

–A veces –dijo el fraile–, el milagro no grita. Se deja oír apenas. Como la respiración de un niño que aún no ha nacido. Como el tintinear de una esperanza entre dos corazones cansados.

Ella lloró entonces, sin escándalo. Sin lamento. Como se llora cuando uno se reconoce vuelto a casa.

Ya se iba. El viento subía por los muros del monasterio como si buscara entrar también. Fray Dominik se había retirado a su celda. Y entonces, en la puerta de hierro forjado, vio una silueta. Una joven, delgada, con ojos cansados. Era hermosa, pero no de una belleza pulida. Sino de una que parecía estar a punto de romperse.

–¿Estás buscando al fraile? –preguntó Edevane, con voz suave.

–Sí... pero puedo volver otro día.

–No, espera. ¿Estás...?

–Embarazada. Sí.

Ambas se miraron. Fue un instante. Luego, Lena sonrió, débil.

–A veces pienso que no debo seguir con esto –dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque no sé si puedo. Porque a veces siento que... que no soy suficiente. Que no puedo darle lo que merece.

Edevane la miró con una ternura silenciosa. No preguntó quién era el padre. Ni qué historia la traía hasta allí. Solo dijo:

—¿Sabes cuál es el primer regalo que le das a tu hijo?

Lena negó con la cabeza.

—El deseo de tenerlo. Eso es suficiente.

Y con un gesto que no parecía suyo, Edevane tomó su mano. La apretó con una fuerza suave, como una madre.

—Sigue. Aun si tienes miedo. Aun si estás sola. Sigue.

Lena no respondió. Pero algo en ella cambió. Como si una piedra dentro de su pecho se hubiera vuelto flor.



Edevane bajó la colina del monasterio con pasos suaves, los dedos de una mano aún envueltos en la tibieza de los de Lena, como si llevara consigo algo más que una conversación. La tarde se deshacía sobre Praga como un telón de terciopelo. Las calles adoquinadas tenían ese tono dorado sucio que deja el sol cuando decide marcharse sin hacer ruido. Los escaparates comenzaban a encender sus luces de gas. Las sombras se alargaban.

A medio camino hacia casa, al pasar frente a la plaza Škroupovo, una mujer vestida de blanco se le acercó con una sonrisa y una pila de volantes impresos en papel grueso, casi perfumado.

—¿Está esperando familia, señora? —preguntó sin preámbulo.

Edevane se detuvo, sorprendida.

—Sí... ¿por qué?

—Tenemos un programa nuevo, gratuito. Atención prenatal avanzada con tecnología de punta. Mire. —Le tendió el volante.

Ella lo recibió por cortesía más que por interés. Lo leyó mientras la mujer seguía abordando otras mujeres embarazadas, como si supiera exactamente a quién buscar.

“Atención gratuita a mujeres gestantes. Nueva unidad de diagnóstico emocional fetal. Evaluación anticipada de bienestar físico y neurosensorial a través de tecnología de neuroespejo. Presentando por primera vez: el NEUROESCOPIO.” El término le hizo fruncir el ceño. ¿Neuro... qué?

Más abajo, un dibujo técnico mostraba un dispositivo de forma circular, parecido a una lámpara antigua, con un aro metálico en el centro, cables que se proyectaban a una consola. El texto prometía “medición anticipada de predisposición sensorial, compatibilidad emocional materna y posibles desviaciones cognitivas”. Todo en letra hermosa, impresa con tinta azul noche. Lugar: Hospital del Viento Quieto, pabellón nuevo. Fecha: disponible desde esta semana.

Edevane sintió un escalofrío que no supo de dónde venía. La palabra “desviaciones” le pareció fuera de lugar. Miró de nuevo el dibujo. Sintió, por un instante, una niebla pasarle por dentro. La voz de Fray Dominik regresó a su memoria: “El milagro no se mide, se sostiene.” Guardó el volante en su bolso, sin decir nada.

Leo estaba recostado sobre una manta, en el jardín trasero de la casa. Tenía los pies cruzados y un cuaderno de planos a un lado, cerrado. Cuando vio a Edevane, se incorporó como si hubiese vuelto del frente de batalla.

—¿Todo bien?

Ella asintió. No mencionó el volante. Aún no sabía por qué.

—Me encontré con alguien —dijo ella, sentándose junto a él.

—¿Alguien del pasado?

—No. Del futuro.

Leo frunció el ceño, pero no preguntó. Solo deslizó la mano hacia el vientre de su esposa, como si acariciara un umbral invisible.

—Nuestro hijo ya es tan real —susurró— que empieza a enseñarnos cosas que no sabíamos que nos faltaban.

Ella lo miró con amor nuevo. Como si hubiera esperado años para ver ese brillo en los ojos de Leo, no el del inventor, sino el del hombre que sabe que ha sido bendecido.

—¿Cómo era ese taller tuyo antes de mí? —preguntó ella de pronto.

Leo se rió por lo bajo.

—Tenía menos polvo. Más orden. Menos ventanas. Más ruido.

—¿Y ahora?

—Ahora es solo un eco. El verdadero taller eres tú —dijo, con una ternura que no buscaba efecto.

Edevane apoyó la cabeza sobre su hombro. Y en ese instante, el mundo era suave.

Esa noche, mientras Leo dormía profundamente con la mano sobre el vientre de su esposa, Edevane se levantó con sigilo y fue hasta su bolso. Sacó el volante, lo desplegó sobre la mesa.

Miró el dibujo. Volvió a leer las promesas. Acarició la superficie con los dedos. La palabra “neuroescopio” brillaba como una trampa elegante. Sintió el mismo escalofrío. No sabía por qué. Lo dobló de nuevo. No lo rompió. No aún. Lo guardó en una caja de madera junto a las cosas que quería recordar más adelante: una postal con la palabra “Samu” escrita a lápiz, un botón de su primer vestido de novia, una ramita seca que Leo le trajo del bosque, una fotografía del Tranvía 17. Cerró la caja. La selló con un lazo. El milagro, se dijo, no necesita garantías. Solo cuidado. Y volvió a la cama. Leo aún dormía con la mano extendida hacia ella. Se acostó junto a él, le tomó la mano, y se durmió sonriendo.

Capítulo 12

El hijo que no tuvo

Nove Mesto, Praga, 1882

La mañana comenzó con un silencio distinto. No era el silencio pesado de los días de rutina, ni el silencio incómodo de los desayunos con Emil. Era otro tipo de pausa. Una que parecía haberse expandido desde dentro del cuerpo de Lena hacia toda la casa, como si la madera de las paredes, los relojes de cuerda y los tubos de vapor también se hubiesen detenido a escuchar. Lena llevaba días sintiendo algo diferente: una dulzura nueva en el cansancio, una sensibilidad en el pecho, una intuición que se le anidaba detrás del ombligo.

Aquella mañana, la certeza la visitó con la fuerza de una marea antigua. Se miró al espejo largo del corredor, el que siempre estaba cubierto por una manta de terciopelo gris. Lo descubrió. Había en su rostro una luz inédita, un resplandor en los ojos, una redondez incipiente que solo ella podía notar. Apoyó la mano en el vientre, aún plano, y sonrió con pudor.

—¿Eres tú? —susurró.

No necesitaba confirmación médica. No aún. Su cuerpo se lo había dicho en voz baja durante semanas. Sus sueños también. Aquella certeza, sin embargo, no estaba libre de miedo. El primer pensamiento fue Elías. El segundo, su padre. El Dr. Emil Vortek estaba en su laboratorio. Siempre lo estaba. El sótano había sido reformado con paredes recubiertas en plomo, motores de compresión lateral y un nuevo banco de datos caligráficos que apenas él podía leer. A Lena, no le gustaba bajar. Había algo en ese lugar que olía a encierro, a ideas que fermentaban demasiado. Pero esa mañana, bajó.

Lo encontró trabajando con unos tubos conectados a una matriz de cobre, murmurando fórmulas, sin notar su presencia.

–Padre –dijo.

Él apenas giró el rostro.

–¿Sí?

–Estoy embarazada.

Silencio. Emil no soltó ninguna herramienta. Pero dejó de moverse.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Hoy lo confirmé. Lo sentía desde antes.

–¿Y ese... individuo? –dijo Emil con una voz afilada– ¿sabe algo?

–Se llama Elías –respondió Lena con firmeza–. Y no. Aún no.

Emil se apartó de la mesa. Caminó unos pasos hacia ella, y por un instante Lena pensó que la abrazaría. Pero no. Se detuvo a medio metro.

–Has cometido un error.

Lena alzó la barbilla.

–No es un error. Es una vida.

–¿Y qué clase de vida podrá tener? ¿Con un padre que canta en los pasajes como un juglar decadente? ¿Con un apellido sin respaldo, sin recursos? ¿Qué clase de futuro puedes ofrecerle?

–Uno más libre que el mío –dijo ella sin titubear–. Uno sin este techo, sin esta frialdad, sin esta necesidad de medir todo con fórmulas.

Emil no respondió. Sólo apretó los labios. Sus ojos parecían vidrios empañados por dentro. Finalmente dijo:

–No te echo de esta casa. Porque sé que te irías con él. Y eso... –trató de articular, pero no pudo– ...eso es lo que menos deseo.

Esa noche, Lena recogió algunas cosas. No muchas. Su decisión era firme. En su mente, se vería con Elías en la torre de telémetros. Le diría la noticia. Buscarían juntos dónde vivir. Él cantaría a su vientre. Quizás ya lo hacía sin saberlo. Pero antes de cruzar la puerta principal, su padre la detuvo. No con gritos. Ni con amenazas. Lo hizo con algo que nunca antes había mostrado: vulnerabilidad.

–Lena –dijo, con voz baja, desde la penumbra de la sala–. Quédate.

Ella lo miró, desconfiada.

–¿Por qué?

–Porque no estoy listo para perderte.

–Nunca me tuviste –respondió con amargura.

–Lo sé –asintió él, acercándose–. Pero ahora... ahora sí quiero. No por ti. No por mí. Por él. O por ella. Es mi nieto.

Lena lo vio temblar. Era extraño. Emil, el hombre que había diseccionado emociones con gráficos, el que hablaba de humanidad como si fuera un experimento, parecía de pronto un anciano frente a una promesa demasiado frágil.

–Dame una oportunidad, Lena. Quédate. Si él –Elías– demuestra ser capaz de cuidar de ti, si te da lo que mereces, yo no lo impediré. Pero no te vayas aún. No lo hagas sin saber cómo podría ser... si yo también intento ser distinto.

Durante las semanas siguientes, algo inusual empezó a suceder en la casa Vortek. Lena, aún incrédula de su decisión de quedarse, pasaba las mañanas en el invernadero, leyendo libros de medicina prenatal que Elías le había conseguido en el Mercado de Estaciones, cuando por primera vez le dejó creer que le ilusionaba ser papá. Tenía aún muchas dudas. No sobre el hijo –eso era una llama que le crecía dentro con fuerza–, sino sobre las condiciones en las que ese hijo crecería. Había cedido, sí, pero solo hasta cierto punto.

Su padre, por su parte, había cambiado. No con una transformación romántica o de redención espiritual, sino como lo hace un hombre que encuentra un nuevo proyecto. Ya no trabajaba con la energía furiosa de antes, ni con ese desprecio silencioso por lo humano. Había comenzado a subir a desayunar. A veces, preguntaba por la salud de Lena, aunque sin mirarla directamente. Otras veces, pasaba largos ratos mirando por la ventana del comedor, como si en el reflejo del cristal pudiera imaginar el rostro del nieto que aún no nacía.

—¿Tienes antojos? —preguntó una vez, sin saber cómo formular la pregunta.

—Mandarinas con mostaza —respondió Lena, burlándose.

—Curioso —murmuró Emil, y al día siguiente había un plato con ambas cosas sobre la mesa, como si fuera un experimento químico más.

Pero lo que Lena no sabía era que su padre no había abandonado sus hábitos esenciales: la necesidad de saber, de predecir, de controlar. Emil bajaba cada noche al sótano. Allí, entre los tubos oxidados del pasado, rescató planos de un dispositivo que había comenzado a esbozar décadas atrás, tras la pérdida de una beca internacional: el neuroescopio. Era, en esencia, una corona metálica con filamentos que registraban impulsos eléctricos y señales bioquímicas del cerebro. El proyecto inicial fue rechazado por su carácter invasivo, pero ahora lo reimaginaba con otro propósito.

—No para controlar —se dijo—. Para prevenir.

Lo modificó. Lo adaptó al campo prenatal. Añadió receptores de baja frecuencia, sensores emocionales, placas sensoperceptivas.

—Podré ver cómo se comporta el sistema nervioso del feto. Detectar desórdenes antes de que se expresen. Corrigir. Elegir.

Sí. Eso era. Elegir antes de que fuera tarde.



Una noche, Lena lo encontró junto al banco de trabajo, con los dedos manchados de estaño y grasa.

—¿Qué haces?

—Trabajando en algo que puede proteger a tu hijo.

—¿Proteger de qué?

—De sufrir. De ser débil. De nacer incompleto.

Lena frunció el ceño.

—No hables así.

—No lo digo por crueldad, Lena. Lo digo por lógica. Hay niños que vienen con el dolor grabado desde el útero. Yo... sé de alguien. Muy cercano a quien ahora se sienta en el consejo supremo. Su hermano murió por una condición degenerativa. Desde entonces, él... bueno, no importa.

—¿Y qué propones?

—Un escaneo cerebral. No invasivo. Un diagnóstico preventivo. El neuroescopio permitirá ver la arquitectura del pensamiento antes de que se manifieste. Saber si su mente es confiable. Si será fuerte.

Lena guardó silencio. Luego habló con lentitud, como si cada palabra fuera una piedra que debía colocarse con exactitud.

—¿Y si el resultado dijera que mi hijo... no será perfecto? ¿Lo dejarías vivir?

Emil no respondió. No podía.

—La imperfección —dijo Lena— es parte de nosotros. De ti, de mí. De este mundo. No vengo a predicarte fe, porque no la tengo. Pero sí creo en el valor de la vida, en la dignidad que merece cualquiera que respire, que ame, que sueñe. No haré de mi hijo un borrador que pueda tacharse.

—No se trata de borrar. Se trata de elegir lo mejor.

–¿Y quién decide qué es “lo mejor”? ¿Tú?

–Yo... tengo los medios.

–Pero no tienes el derecho.

Después de aquella conversación, Emil no volvió a mencionarle el neuroescopio. Pero no lo abandonó. Más bien, lo perfeccionó. Buscó maneras de que pareciera inofensivo, casi milagroso. Comenzó a idear su primera fase de aplicación. Fue entonces que reactivó a Otto. No como guardián, ni como espía. Esta vez lo envió como recolector. Un observador. Le asignó la tarea de recorrer los mercados, hospitales, plazas, de escuchar, registrar, clasificar. Mujeres embarazadas. Conversaciones. Ansiedades. Deseos. Miedos. Otto caminaba en silencio, con su andar invisible, entre los portales y las sombras de la ciudad. Una semana después, Emil recibió un reporte completo: decenas de posibles candidatas. Lugares donde se hablaba de salud materna. Clínicas sin recursos. Distritos obreros donde una revisión médica avanzada sería vista como un milagro.

–Es allí –dijo Emil–. Allí pondré el anuncio. Consultas gratuitas. Un nuevo invento. Una promesa de certeza.

Y mientras escribía el cartel con letras limpias y suaves, pensó en su nieto. En su nombre aún no dicho. Quizás, un varón. El hijo que no tuvo.

Capítulo 13

El eco de los cobradores de latón

Praga, 1894

Niko recordaría siempre la primera vez que vio un dirigible. No por su forma –demasiado parecida a un pez dormido–, ni por el rugido constante de sus motores, sino porque en aquel momento, parado en el patio descascarado del orfanato, tuvo por primera vez la certeza de que *algo allá arriba* le estaba esperando. Tenía seis años. Y no tenía a nadie más.

El orfanato de Žižkov no era cruel, pero sí inofensivo. Regido por mujeres cansadas y manuales estrictos, tenía lo justo para sobrevivir: comida templada, literas alineadas, clases de lectura y costura, rezos al amanecer. A nadie se le hablaba del pasado. Las preguntas se respondían con: “Eso fue antes de la Purga, no te toca saberlo”. Lo único que figuraba en los registros de él, era su nombre: Niko Kovar. La información adicional solo dictaba: *“Ingresado en 1884, con un año de edad.”* Nunca más se habló de cómo llegó, ni quién lo dejó.

Pero lo que sí tenían era *uno*. Un autómeta. Uno solo, viejo, torpe, desprogramado parcialmente, que servía la sopa durante las comidas y recogía platos. Lo llamaban “Baldomero”, aunque su placa ya no tenía letras. Sus engranajes crujían al caminar, y a veces –sólo a veces– parecía sonreír con el rostro oxidado. La mayoría de los niños le temían, o lo ignoraban. Niko, no. Niko le hablaba. Le contaba cuentos mientras lo observaba limpiar.

–Tú no estás roto, solo olvidaste quién eras –le susurraba.

Cada tarde, después de las tareas, Niko se sentaba en el patio mirando los dirigibles pasar. Imaginaba que algún día, uno descendería a buscarlo. Que vendría alguien con manos suaves, como las de los sueños, a decirle: “Ya puedes irte”. Pero nadie venía. Nadie, hasta aquel inspector del gobierno que apareció una mañana de otoño, con un portafolios lleno de sellos, y anunció que el niño había sido seleccionado para un “programa especial de servicio civil juvenil”. Según los papeles, ya tenía edad para trabajar. Recién había cumplido 11 años.

–¿Trabajar en qué? –preguntó una de las cuidadoras, sin disimular el fastidio.

El hombre revisó su libreta. Hablaba sin mirarlos.

–Será asistente de cobrador. Tranvía 17. Conductor: Leo Dvorak.

Y así, sin ceremonia, Niko fue enviado al corazón de la ciudad.

Leo Dvorak, el conductor del Tranvía 17, lo recibió en la cochera del depósito, con su abrigo largo y una sonrisa grave.

—Aquí es —le indicó, señalando el crujiente vagón de madera—. Serás ayudante de cobrador. Aprenderás con cuidado: un autobús mueve mercancías, pero un tranvía mueve historias.

Niko asintió, conteniendo la emoción. En aquellas palabras sintió el eco de un destino. Lo subieron al Tranvía 17 antes de su primer servicio. Leo le mostró la antigua caja de boletos, gastada por los mil turnos de viajeros: “Cada pasaje es un mundo que sube y se baja. Trata de no romper ninguno”. Durante las primeras semanas, Niko aprendió a cortar boletos con la destreza de un pianista: un movimiento exacto, un clic seco y la mano entregando la tira verde. Leo lo miraba de reojo, corrigiendo su postura, sin reproches. Con cada mañana, el niño sentía que el tranvía se convertía en un aula rodante de metal y cuentos.

Una tarde de otoño, con el cielo teñido de ocre y brumas, subieron dos señores de bastón y chaqueta elegante. Al pasar frente a ellos, Niko oyó una conversación ahogada entre monedas tintineantes:

—¿Recuerdas al cobrador mecánico? —susurró uno, ajustándose el sombrero—. En este mismo 17, antes de la Purga.

—Cómo olvidarlo —respondió el otro—. Saludaba a los niños... por su nombre. Y repetía una frase suave, como si recitara un poema inventado.

Niko cortó el boleto, con la mano temblando apenas. Y en su mente nació una pregunta que haría temblar su curiosidad:

“¿Un autómata con memoria íntima de los niños?”

Cuando el tranvía llegó a la terminal, Niko bajó del vagón con el rumor de esa historia martillándole en la cabeza. Aquel fin de jornada lo encontró en la acera, contemplando el vaho que salía de las rejillas, imaginando engranajes que susurraban nombres. Esa noche, después de cenar en el orfanato, Niko acarició el viejo folleto con el horario del tranvía hasta quedarse dormido. Al día siguiente, pidió un permiso inusual: “Investigar la historia del Tranvía 17”. Le autorizaron visitar la biblioteca pública, donde los estantes olían a tinta y olvido.

Cuando estuvo ahí, pidió un libro sobre autómatas. Lo que le entregaron no era ni por cerca lo que esperaba. Mientras hojeaba páginas sin interés, una voz suave interrumpió su aburrimiento:

—No encontrarás mucho en ese —dijo una joven de mirada penetrante.

Era Greta, con un rostro luminoso en medio de la penumbra. Niko cerró el libro:

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también lo leí. Está lleno de engranajes inútiles. ¿Por qué te interesan los autómatas?

—Esta mañana escuché algo. Iba cobrando pasajes en el Tranvía 17. Y dos señores iban hablando de cómo, hace mucho, los cobradores eran autómatas. Uno dijo que había uno que saludaba a los niños por su nombre, aunque nunca se lo hubieran dicho. Me pareció... mágico.

—¿Cómo te llamas?

—Niko.

Aquel breve intercambio selló en Niko la certeza de seguir buscando. Después de un rato y un par de palabras más, se marchó, con manos vacías, pero con interés renovado. De regreso al tranvía, Niko subió con paso firme, encontrando a Leo ya en su puesto. El niño se acercó con la firmeza de quien ha encontrado una semilla de esperanza.

–Señor Dvorak –comenzó, conteniendo el aliento–. Creo que quiero inventar algo... como aquel cobrador.

Leo lo miró, midiendo sus palabras.

–¿Estás hablando de un autómata que recuerda a los niños?

–Escuché a dos señores–dijo Niko–. Dijeron que saludaba por nombre, aunque nadie se lo dijera.

–(Silencio) –

–Yo quiero... entender cómo lo hacía.

Leo aspiró el olor a vapor y madera caliente. Por un instante, volvió a ver al joven soñador que, décadas atrás, pasó noches en un sótano intentando dar alma a su creación.

–No metas esas ideas en tu cabeza si quieres un futuro tranquilo –advirtió, con suavidad–. El mundo teme lo que no puede controlar.

Niko bajó la mirada, un instante dudoso. Pero en sus ojos ardía una luz de desafío:

–Quizá es justo lo que necesitamos.

Leo apartó la vista. Su voz tembló, sin querer:

–Solo... prométeme una cosa: si decides seguir ese camino, no lo hagas por huir del miedo. Hazlo por compartir la belleza.

El niño asintió con fervor.

Esa noche, tras colgar su chaqueta húmeda en el clavo de siempre y asegurar los frenos del tranvía 17, Leo bajó del vagón con la lentitud de quien ha aprendido a moverse sin hacerse notar. Cerró la puerta del depósito con su llave de latón, pasó junto al banco donde dormían los mecánicos en turno y subió por la escalera de hierro que llevaba al altillo, su nuevo refugio. Allí, entre motores retirados, timbres oxidados y un catre flaco junto a una hornilla apagada, encendió su lámpara de aceite.

No buscó dormir. Abrió su vieja caja metálica y sacó un cuaderno sin nombre. No escribió. Solo contempló el rincón donde había improvisado un banco de trabajo: una mesa roída, una taza con tuercas y un plano incompleto dibujado sobre cartón reciclado.

Se sentó. Frente a él, el esbozo de un autómata inacabado: brazos delgados, torso con espacio para un corazón mecánico, rostro aún sin trazos. Pasó el pulgar por la curva de lo que habría sido un brazo capaz de mecer, no de cargar peso ni obedecer órdenes, sino simplemente de mecer. “No por reemplazar, sino por consolar”, susurró.

Volvió a cerrar el cuaderno. Apagó la lámpara. En la oscuridad tibia del depósito, entre el murmullo de válvulas que nunca dormían del todo, creyó escuchar una voz infantil. No era recuerdo. No era máquina. Era la promesa de que incluso en los andenes más olvidados, la ternura aún podía encontrar refugio.

Y, en silencio, cerró la puerta detrás de él, mientras el viento frío de la noche balanceaba un farol cercano, arrullando el recuerdo de un tranvía que, tal vez, un día volvería a saludar a los niños por su nombre. Al alba del día siguiente, el Tranvía 17 circulaba con su habitual lentitud por las calles cubiertas de niebla. Niko subió con paso seguro y saludó a Leo con un gesto apenas más formal que de costumbre. Llevaba consigo un cuaderno raído y un lápiz de carbón. Después de intercambiar el primer “buenos días”, se acomodó tras Leo, mirando fijamente la vía que se perdía en el túnel de piedra.

–Ayer... gracias por dejarme soñar –dijo Niko, casi en voz baja–. Anoche estuve pensando en engranajes que imitan latidos.

Leo apretó las manos al volante metálico. Recordó los interminables amaneceres de su juventud, cuando él mismo bosquejaba autómatas que respiraban al compás del aire. Susurró:

–Sueña sin miedo, Niko. Solo así encontraremos aquello que aún no existe.

Niko asintió, terminando de anotar unas líneas en su cuaderno: dibujitos de ruedas, moteados con cifras y flechas. Cada trazo era un pacto con su propia curiosidad.

Durante la jornada, Niko se encargó de marcar boletos y ayudar a los pasajeros ancianos a subir y bajar, todo bajo la mirada atenta de Leo. Al pasar junto a un grupo de estudiantes, escuchó otra vez el eco de la leyenda:

–Dicen que, antes de la guerra, el Tranvía 17 tenía un cobrador de latón que recitaba poemas a los niños...

Niko sintió un escalofrío de anticipación. Cada conversación, cada fragmento de historia robada al viento, sembraba en él la certeza de que aquellos autómatas no solo habían existido, sino que todavía aguardaban en la memoria colectiva. Al terminar la última vuelta, Leo apagó el motor y se giró hacia el muchacho:

–¿Quieres quedarte a cenar en el depósito?

Niko titubeó sólo un segundo antes de aceptar. Compartieron un pan de cebada caliente, mientras la bruma nocturna se colaba por las puertas entreabiertas.

–Si algún día construyes un autómata... –comenzó Leo, con ternura– haz que no olvide sonreír.

–Lo haré –respondió Niko–. Pero primero... quiero entender cómo un trozo de metal pudo memorizar un nombre.

Leo apoyó la palma en el hombro del niño, y sus ojos brillaron con el reflejo de un pasado que creía olvidado:

–Algunas máquinas llevan en su memoria lo que no supimos guardar en el corazón.

En ese momento, el timbre de cierre del depósito resonó como un broche de oro al día. Ambos sabían que, más allá de las vías y las piezas, estaban construyendo un lazo que sobreviviría a cualquier Purga. Porque, al fin y al cabo, lo que define al hombre no es solo su invención, sino la pregunta que alimenta su creación.

Capítulo 14

“El rostro de los que miran distinto”

Praga, 1882

El otoño llegó a Praga con suspiros largos y hojas que parecían caerse en cámara lenta, como si la ciudad supiera que algo sagrado estaba a punto de ser puesto a prueba. A lo lejos, las torres del hospital del Viento Quieto se alzaban entre la niebla como órganos sinfónicos, sus ventanas vibraban con los acordes de un mundo que aún no comprendía cómo armonizar ciencia con fe.

Edevane, desde su habitación, miraba su reflejo en el espejo, la curva apenas perceptible de su vientre. Acariciaba con delicadeza la piel tensa, como si en esa caricia pudiera confirmar que no todo había sido un sueño. Samu. No necesitaba más certezas. El milagro había ocurrido. El hijo deseado, esperado, llorado por años, ahora vivía dentro de ella como un susurro constante.

Y sin embargo, desde que recibió aquel panfleto –el que guardó sin mostrarlo a Leo, envuelto en una cinta azul entre sus papeles de oración– algo le retumbaba en el pecho. Una mezcla de presentimiento y deber, de amor y desconfianza. El neuroescopio. Un invento que prometía monitorear la salud del bebé aún no nacido. “No hay peligro”, decían. “Es preventivo”. Palabras suaves envueltas en vapor.

Leo, por su parte, había dejado casi por completo el taller. Pasaba las tardes tocando melodías suaves con instrumentos sin afinar, leía en voz alta libros de cuentos mecánicos, hablaba con el vientre como si ya pudiera entenderle. En una ocasión, al descubrirla sentada en silencio, con los dedos presionando el volante del hospital como si fuera un secreto caliente, él solo la abrazó.

–No hay otro lugar donde quiera estar si no es a tu lado –le dijo.

Ella sonrió, pero no respondió. Porque había cosas que ni el amor más dulce podía tocar sin hacerse daño.

Aquel lunes de niebla espesa, Edevane caminó sola por la colina de Královské Vinohrady, los rieles oxidados crujían bajo los tranvías fantasmas. Su abrigo gris apenas bastaba para contener el temblor. Iba al hospital. No porque dudara de su fe, sino porque sentía que debía mirar a los ojos aquello que no comprendía. Como se mira al lobo antes de decidir si huir o hablarle.

El Hospital del Viento Quieto era un edificio vasto, silente, con patios simétricos y pasillos revestidos de mármol gastado. Lo atendían galenos autómatas con ojos sin expresión, y asistentes humanos con expresiones de rutina. Nadie la llamó por su nombre. Solo la registraron. Solo la guiaron. Solo la dejaron sentada en una sala blanca, entre otras mujeres embarazadas con la misma mirada de ansiedad.

Había una que lloraba en silencio. Otra rezaba con un rosario de cobre. Una más sostenía un dibujo: un bosquejo infantil de un bebé con alas. Edevane cerró los ojos y murmuró para sí:

–Samu... si estás ahí... no tengas miedo.

Fue entonces que la llamaron. La sala del neuroescopio parecía sacada de otro siglo. Una mezcla entre altar y laboratorio. Las paredes estaban cubiertas de tubos de cristal por donde fluían líquidos de tonos tornasolados. El aire olía a ozono y aceite de menta. En el centro, el aparato: una especie de órgano mecánico con válvulas, agujas, engranajes y luces pulsantes.

–Por favor, recuéstese –dijo el doctor.

No tenía nombre visible. Solo una bata blanca y una voz sin prisa. Ni demasiado amable, ni del todo fría. Como alguien que ha decidido no implicarse nunca más de la cuenta. Le colocó un arnés metálico sobre el vientre. Luego ajustó unas bobinas cerca de sus sienes. Un autómata sin rostro giró un dial, y el eco de un corazón diminuto llenó la sala. TUM. Tum. TUM. Tum.

–Latido regular. Frecuencia dentro del margen. –El doctor observó las luces. Algunas se tornaron verdosas. Una, ligeramente azul.

Edevane miró el espejo de éter. No mostraba un bebé, sino una forma vibrante, una silueta de energía que se agitaba con movimientos erráticos, como si danzara a su propio ritmo.

–Extraeremos patrones neuronales –añadió el doctor.

Una cinta comenzó a imprimirse, mecánicamente. Letras, códigos, símbolos. Él los leyó en silencio. Sus ojos, por un segundo, titubearon.

–¿Qué significa? –preguntó Edevane.

–Significa que su hijo... –el doctor dudó– verá el mundo de una manera distinta. No inferior. Solo... distinta.

Silencio.

–¿Qué tipo de... diferencia?

–No es una enfermedad. Pero tampoco es una normalidad estadística. Los pulsos sugieren una “gracia tripartita”. Su cerebro tendrá armonías distintas. Procesará el mundo con otros colores, otras pausas.

–¿Sufrirá?

El doctor guardó los papeles.

–Eso dependerá más del mundo... que de él.

Edevane salió del hospital con los ojos secos. No podía llorar. No aún. Caminó durante horas. A veces hablaba sola. A veces se detenía. Y sin planearlo, sus pies la llevaron al Monasterio de Strahov. No buscaba respuestas. Solo un poco de silencio que no doliera.

Fray Dominik la recibió sin hablar. Le bastó una mirada para saber que la fe de la joven mujer estaba temblando.

—A veces —dijo él— las respuestas no están en lo que entendemos... sino en lo que aceptamos.

Edevane se derrumbó en uno de los bancos. Le temblaban los hombros.

—No sé si podré. Quiero amarlo... pero el mundo no está hecho para los que caminan distinto. No quiero que lo miren con lástima. No quiero que lo escondan. Que lo juzguen. Que lo llamen por lo que no tiene, y no por lo que es.

El fray se sentó junto a ella. Tomó su mano.

—¿Sabes quiénes ven más lejos, Edevane? Los que no se dejan deslumbrar por el brillo superficial. Los que, en vez de correr, se detienen. Los que miran a los ojos hasta el fondo. Esos que el mundo llama lentos... son los que no olvidan cómo mirar con el alma.

La mujer apretó los labios.

—Tengo miedo —susurró.

—Eso es amar —respondió él.

Fray Dominik la llevó hasta la biblioteca del monasterio. Un lugar que no muchos visitantes conocían, oculto tras un pasillo estrecho revestido de estantes curvos, que contenían más polvo que páginas, y más plegarias que ciencia. Allí, sobre una mesa de nogal desgastada por siglos de oración, se alzaban libros con títulos irreconocibles: El Cántico de los que no corren, Los ojos del ciego que vio el milagro, Breviario para los que no fueron esperados.

—Aquí —dijo el fray, abriendo un volumen encuadernado en tela roja— están escritas las vidas que el mundo no quiso contar.

Edevane se sentó a su lado, y leyó. Historias de niños que nunca hablaron, pero que sabían consolar. De niñas que no pudieron correr, pero supieron detener a quienes se precipitaban hacia el abismo. De hombres que fueron llamados torpes, y mujeres consideradas carga, pero que, en silencio, habían sostenido el alma de quienes los amaban. Fray Dominik cerró el libro con dulzura.

—El mundo se ha construido sobre el ritmo de los fuertes. Pero el corazón de ese mundo, si aún late, es gracias a los que aprendieron a vivir sin prisa.

Edevane, con los ojos nublados, apoyó la cabeza en la madera tibia del escritorio.

—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—No hay un porqué —susurró el fray—. Hay un para qué. Y a veces ese propósito no se revela hasta que el niño, ya grande, toca un alma con su sola presencia. Y en ese instante, cambia el rumbo de una vida entera.

La mujer permaneció en silencio largo rato. Luego alzó la vista.

—¿Y si no puedo con esto?

—Podrás —respondió él—. No porque seas fuerte, sino porque amarás. Y el amor es una forma de fortaleza que no se ve en los músculos ni en las decisiones. Está en quedarse. En sostener. En pronunciar un nombre aunque el mundo lo haya olvidado.

Ella cerró los ojos. Y por un momento, en la penumbra tibia de la biblioteca, pensó en el nombre: Samu. Ya no como una idea, ni siquiera como un eco del instrumento que la consoló de niña. Era una presencia. Un llamado. Un susurro del cielo que le pedía confianza. Se despidió de Fray Dominik sin palabras. Solo con un abrazo largo.

En el camino de regreso, Praga parecía otra. Las torres más lejanas temblaban con la luz del atardecer, los dirigibles se recortaban contra un cielo metálico, y las sombras de los postes parecían inclinarse como figuras en oración. Edevane caminó lento, como si temiera volver a pisar su propia casa. Pero no era miedo a Leo. Era miedo al silencio que tendría que mantener. Porque esa era su decisión. No contarle aún. No por desconfianza. Ni por orgullo. Ni por vergüenza.

Sino porque aún no sabía cómo decirlo sin romper algo. Algo dentro de él. Algo dentro de ella. Y quizás –pensó– no hacía falta explicarlo. Quizás bastaría con esperar... con abrir los brazos cuando llegara el momento... y con decir: Este es nuestro hijo. Así. Tal como vino. Al llegar a casa, Leo dormía en el sofá, con las manos aún manchadas de hollín, abrazado a una tela que una vez pensaron sería la manta del bebé. El fuego del hogar lanzaba sombras sobre su rostro, y por un segundo, Edevane sintió que el tiempo se detenía. Que en esa quietud, el universo le susurraba la respuesta que llevaba horas buscando.

"Él sabrá. Él aprenderá. Y tú no estarás sola." Esa noche no cenaron. Esa noche no hablaron. Solo durmieron, abrazados. Y entre ambos, el milagro –aún incomprendido– crecía en silencio. Los días siguientes transcurrieron como un murmullo largo en la casa de los Dvorak. Nada cambió en la superficie: los mismos desayunos tibios, las mismas tazas de hojalata esmaltadas con leche espumosa, los mismos paseos por el jardín marchito que bordeaba la antigua casa de los Kotek. Pero por dentro, algo se había movido. Como una compuerta sellada que se abre sin ruido.

Edevane despertaba cada mañana con la mano sobre su vientre, como queriendo confirmar que seguía allí. Que no lo había soñado. Que el milagro no se deshacía con la luz. Y a la vez, le costaba mirarse al espejo. Porque en su reflejo comenzaba a descubrir algo nuevo: una ternura distinta, sí, pero también un miedo profundo. Un miedo que no venía de ella, sino del mundo. El mundo –pensaba– no sabía mirar lo que no encajaba. Recordó los informes del doctor, sus palabras elegidas con una frialdad envuelta en cortesía: "Presenta oscilaciones ternarias... una disposición neurocognitiva distinta... no inferior, solo distinta...". Distinta. Como si la palabra fuera una forma elegante de decir: "será difícil de amar para los otros". Y eso, eso era lo que más le dolía. No que su hijo fuera distinto. Sino que el mundo fuera tan pequeño, tan estrecho, que no supiera recibir esa diferencia como un don, sino como un problema. Una mañana, mientras preparaba panecillos de anís y los dejaba enfriar sobre la ventana, Edevane volvió a pensar en lo que había leído años atrás, en un libro de devociones que Fray Dominik le había regalado. Un pasaje decía: "Los últimos serán los primeros, y los olvidados heredarán la tierra." En aquel entonces, no lo había comprendido. Ahora, sentía que empezaba a hacerlo. Tal vez –pensó– su hijo sería uno de esos olvidados.

Pero no lo sería para ella. Jamás. Esa certeza se le clavó con la fuerza de una oración antigua. Una que no necesita palabras para permanecer. Ese mismo día, por la tarde, se sentó frente a la caja de recuerdos que guardaba en el desván. Allí estaban cosas pequeñas, casi triviales, pero que para ella eran mapas emocionales: la entrada a la feria donde conoció la música de Elías, la cinta de tela que usó en su cabello el día de su boda, una nota escrita por Leo cuando aún no eran esposos: "Todo lo que construya será para que tú tengas donde descansar."

Y debajo de todo eso, el volante del neuroescopio. Lo desplegó lentamente, como quien abre una carta que no quería recibir. En la parte inferior, una frase destacada en tipografía mecánica decía: "Venga con sus dudas. Salga con su certeza." Edevane lo dobló con un temblor en las manos, y lo guardó en un sobre sin nombre. Aún no sabía qué haría con él. Pero no quería que Leo lo encontrara. No ahora. Sin embargo, una idea empezó a ocupar su mente: que Leo ya lo sabía. Lo había visto distante. Había vuelto al taller. La sombra del rechazo parecía agrandarse, pero no de un pasado, ni de un presente. ¿Lo amará? Se preguntaba.

Bajó al taller esa noche, como antes del milagro, no para participar en los planos ni en los engranajes, sino solo para mirarlo. Leo estaba concentrado en una articulación de codo, ajustando un resorte delicado con una llave miniatura.

—¿Te ayudo? —preguntó Edevane, con voz tenue.

Leo alzó la vista, sonrió, y negó con dulzura.

—Hoy no. Solo quiero que estés aquí. Con eso basta.

Ella se sentó junto a él, en una silla vieja que aún conservaba el acolchado de la familia Kotek. Desde allí, observó los moldes de rostro alineados en la repisa: todos distintos, todos imperfectos. Ninguno era Samu. Pero había ternura en cada uno. Como si cada intento fuera una declaración: “Estoy buscando algo que no sé nombrar... pero que mereces.”

—¿Por qué volviste?

—Pensé que él podría ser un amigo. Uno que esté ahí cuando nosotros no.

—¿Cómo sabes que algún día estarás satisfecho con uno? —preguntó ella.

Leo no dejó de trabajar.

—No lo sé. Pero eso no me detiene. Amar también es esto... seguir, aunque no veas aún el rostro.

Edevane cerró los ojos. Por dentro, se repitió esa frase como si fuera un verso antiguo: “Seguir, aunque no veas aún el rostro.” Esa noche, Edevane no pudo dormir. Caminó por la casa en penumbra, como si cada paso la ayudara a pensar. Las maderas crujían bajo sus pies descalzos y la brisa otoñal entraba por una rendija de la ventana, moviendo apenas los visillos como suspiros blancos. Tenía que hablar con alguien. No con Leo, aún no. No porque desconfiara de su amor, sino porque necesitaba encontrar primero sus propias palabras. Y había solo una persona en toda Praga con quien sentía que podía ser completamente vulnerable.

Cruzó la ciudad al amanecer, envuelta en su capa marrón, mientras el tranvía no había comenzado a circular y las calles estaban húmedas por la niebla. Al llegar al Monasterio de Strahov, las campanas aún no sonaban. Solo un par de monjes abrían las ventanas altas, y el incienso comenzaba a arder en la capilla lateral. Fray Dominik la vio llegar desde el fondo del claustro, sentado junto a una fuente de piedra donde caía el agua sin apuro.

—Edevane —dijo, como quien nombra a alguien que nunca se ha ido—. ¿Cuánto pesa?

Ella no respondió de inmediato. Se sentó junto a él y cerró los ojos. Luego murmuró:

—Usted lo sabe, fray. El hijo que espero... no será como los otros.

Dominik no se movió. El agua seguía cayendo.

—¿Y cómo son los otros?

Edevane tragó saliva.

—Normales. Como se espera que sean. Que encajen. Que no duelan a los ojos del mundo.

El fraile tomó aire. Tenía las manos viejas, pero firmes.

—¿Sabes qué es una piedra pulida?

—Sí —respondió ella, en voz baja—.

Dominik sonrió.

—Esas piedras no nacieron lisas. Fueron golpeadas, arrastradas, heridas por el río. La gente no las recoge porque brillan... sino porque al tocarlas, uno siente que resistieron algo. Y aun así, no lastiman.

Edevane sintió un nudo en el pecho.

—¿Y si el mundo no sabe tocarlas sin miedo? ¿Y si solo las ve como errores de forma?

—Entonces el mundo tiene que aprender a mirar otra vez.

El silencio entre ambos fue largo, pero no incómodo. Una gaviota cruzó el cielo brumoso, y las hojas de parra del claustro se mecían como si oraran en su idioma vegetal.

—Fray... —dijo Edevane, apenas audible— ¿Por qué Dios permite esto?

Dominik bajó la cabeza.

—No tengo una respuesta definitiva, hija. Pero sí una sospecha: quizás... porque de otro modo, no sabríamos lo que es amar sin condiciones.

Ella lo miró, con los ojos brillantes.

—No lo quiero por lástima —dijo ella, y su voz se quebró—. Lo quiero como a cualquier hijo. Lo quiero con alegría. Pero tengo miedo... miedo de que él lo note... de que sienta que el mundo le teme.

Fray Dominik posó una mano sobre su vientre, con un gesto antiguo, de bendición sin palabras.

—Entonces haz que en tu casa no exista ese miedo. Haz que cada mirada, cada palabra, cada gesto... sea una declaración de bienvenida.

La luz comenzó a filtrarse entre las columnas del claustro, dorando los mosaicos con una suavidad que parecía venida del cielo.

Edevane caminó lentamente hacia la salida. Pero antes de cruzar la puerta del claustro, se detuvo. Miró hacia atrás.

—Gracias por recordarme... que no hay nada defectuoso en alguien que ama distinto.

Y el fraile, con una sonrisa pequeña, añadió:

—Ni en alguien que mira distinto. Recuerda otra cosa: a veces la fe no es creer que todo va a salir bien, sino seguir caminando aunque no tengas ganas.

Edevane recordó. El eco de sus propias palabras llegaba cuando más lo necesitaba. De vuelta en casa, Edevane se encerró en la habitación donde aún conservaba las primeras muestras de tejido que había hecho para la cuna. Eligió un pedazo de tela blanca, tomó aguja e hilo y bordó una palabra sencilla, casi infantil: Samu. No como quien nombra, sino como quien afirma.

Luego dobló la tela con ternura y la guardó en la caja junto al resto de las memorias. No le diría aún a Leo lo que había descubierto. No por cobardía, ni por vergüenza. Tenía miedo de que todas aquellas preguntas que ella se hacía, fueran ecos de lo que él pensaba, o tal vez, pensaría. Sentía que todavía debía encontrar una manera... de enseñarle a mirar.

Capítulo 15

Donde se quiebran los puentes

Praga, 1882

La luz era escasa en la casa Vortek. Como si incluso el sol evitara mirar dentro. Lena sostenía una taza de té ya frío entre las manos. No lo bebía. Sus ojos permanecían fijos en el tragaluz opaco que colgaba del techo del pasillo, justo encima del perchero donde Otto se quedaba a veces inmóvil, como un abrigo olvidado que nadie se atrevía a tocar. Desde la visita al hospital, todo dentro de ella parecía transitar una delgada línea entre el desvelo y el vértigo. No había compartido aún la noticia con Elías. Solo había una certeza: amaba a ese niño. Lo sabía. Lo sentía. En cada respiración distinta. En cada silencio de madrugada.

Pero entonces escuchó la voz de su padre desde el taller, arrastrándose por los muros con esa cadencia de metal y juicio.

—Otto ha regresado con el último registro.

Lena dejó la taza sobre la repisa. Inhaló.

—¿Sigues adelante con eso?

Emil alzó la vista de su escritorio, donde un cilindro de cobre chisporroteaba con letras grabadas por pulsos eléctricos. Otto, desde la sombra, emitía un silbido leve de ventilación.

—La ciencia no espera. —Fue todo lo que dijo.

Lena dio unos pasos hasta la entrada del taller. La puerta estaba entreabierta. Detrás, el neuroescopio, ahora afinado, brillaba como un altar profano: columnas de cristal

llenas de líquido irisado vibraban con cada pulso electromagnético. A su lado, el autómatas silencioso esperaba su próxima orden.

—No me interesa lo que descubras con eso, padre. No voy a usarlo —dijo Lena, con voz firme.

Emil no se sobresaltó. Simplemente se sentó en su silla, cruzó los brazos sobre el escritorio de acero y la miró con ese rostro al que nunca supo descifrar del todo.

—Quizás tú no, por ahora. Estoy seguro que afuera, al menos una mujer, tiene miedo de que su hijo venga... distinto. Cuando veas la utilidad, lo aceptarás.

Lena frunció el ceño.

—¿Distinto?

—Sí —suspiró Emil—. Distinto, quizá no como el que esperas tú. No por su forma, sino por su mirada. Hay maneras de ver el mundo que nos alejan de él. O que lo vuelven hostil. El neuroscopio puede anticipar eso. Puede advertirnos. Prevenir el sufrimiento.

Lena sintió el calor subirle a la garganta.

—¿Y si no hay nada que prevenir? ¿Y si eso que llamas “diferente” es precisamente lo que el mundo necesita?

Él la miró con una mezcla de ternura y corrección.

—El mundo no está listo para abrazar lo que no comprende.

—¡Entonces que aprenda! —Lena alzó la voz, y la taza de té en el pasillo se quebró con un sonido seco—. No necesito una máquina para saber que mi hijo será distinto. Lo sé desde ya. Lo sé sin que tú me lo digas, sin que ningún aparato lo confirme. Y aun así... lo amo. ¿Me oyes? Lo amo.

Otto pareció inclinar su cabeza. Emil abrió los labios, pero no dijo nada. Sabía que había cruzado una línea. Sabía que Lena ya no estaba hablando con él, sino con todos los siglos de silencio que le habían precedido. Con todos los padres ausentes. Con todas las máquinas sin alma. Ella dio un paso atrás. Luego otro.

—Me voy —susurró—. No voy a quedarme aquí viendo cómo tratas de calcular el valor de una vida con tubos y luces.

Y sin esperar respuesta, cruzó la casa. Tomó su abrigo. No miró atrás. La ciudad era una sinfonía rota de vapor y piedra. Las calles de Karlín exhalaban sus lamentos con cada respiración de las calderas subterráneas. Era esa hora tibia antes del anochecer en que las lámparas de gas no sabían si encenderse o esperar un poco más. Lena caminaba con paso apurado, cruzando sombras y charcos como si cada adoquín pudiera darle una pista. La lluvia comenzaba a caer en una llovizna gris, invisible y cruel. Sus botas pesaban. Su abrigo se pegaba al cuerpo como una segunda piel empapada. Pero no se detenía.

Había buscado en la plaza Smíchov, en los callejones detrás del Mercado de Vodičkova, incluso en la terraza del Teatro del Vapor Azul, donde una vez se besaron ocultos detrás de un telón mojado por la condensación de las tuberías. Nadie lo había visto. Nadie lo recordaba. Ni su cantórgano, ni su silueta.

El miedo empezaba a ganarle. Pero no el miedo al rechazo. Era otro. Era un miedo primitivo, irracional, como el que siente un ave cuando no encuentra el nido donde dejó su huevo. Entonces recordó algo. La primera vez que lo vio, también llovía. Fue en el Puente de Carlos, envuelto en neblina y estatua. Él estaba ahí, tocando una melodía con voz de susurro. Ese día, su vida no terminó.

—Quizá está ahí —se dijo, y echó a correr.

El empedrado le mordía los tobillos. La ciudad parecía inclinarse contra ella, empujándola hacia atrás, como si supiera lo que estaba por venir. Cuando por fin alcanzó el puente, su pecho ardía. El aire, espeso. Sus ojos buscaron entre las figuras detenidas en la bruma. Nada.

—Elías —susurró, apenas un aliento, como si el nombre mismo pudiera traerlo de regreso. Y entonces, como una sombra que se reencuentra con su forma, lo vio. Estaba bajo el arco más oriental del puente, donde el muro se curva y forma un pequeño nicho cubierto de líquenes. Sentado con las rodillas al pecho, el cantórgano de bolsillo descansaba en su regazo como un niño dormido. El vapor que exhalaba el instrumento apenas era visible, pero su sonido —ese eco leve, casi humano— aún salía, lento, sin dirección, como si él lo hubiera olvidado encendido. Elías lloraba. No la vio llegar. No la oyó. Solo cuando ella se arrodilló junto a él, empapada y temblorosa, pareció despertar de ese trance silencioso.

—Estoy aquí —dijo ella, bajito, como si el dolor fuera una criatura que podía asustarse si uno hablaba muy fuerte.

Él la miró, y en sus ojos no había la chispa de siempre. Solo ceniza.

—Lena... —susurró. Su voz temblaba—. Lena, no... no debiste venir.

—Te busqué por todas partes. No sabía a dónde ir... No sabía con quién hablar.

Él tragó saliva. Apartó la mirada.

—Lo supe. Lo supe hace días. Tu padre me buscó, tu padre me lo dijo.

Ella no dijo nada. Solo lo miró, como se mira un barco que se aleja sin uno haber subido.

—¿Y...? —preguntó, finalmente.

Él respiró hondo. El cantórgano emitió un último acorde disonante y se apagó.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Lena no contestó.

—En el fondo lo sabes —continuó Elías—. Sabes que no soy suficiente.

—No digas eso —gritó Lena, entre sollozos.

—Lena... tienes que terminar con eso.

El mundo se volvió de hielo.

—¿Qué?

—No podemos. No debo. No puedo darte nada. Ni techo, ni comida. Ni futuro. Ni nombre.

Ella retrocedió apenas un palmo, como si esas palabras hubieran empujado con fuerza física.

—¿Estás...? ¿Estás pidiéndome que...?

—Sí —dijo Elías, con una certeza que solo tenía el miedo—. Es lo mejor. Para ti. Para mí. Para ese niño. No puedo verlo venir a este mundo y verlo sufrir. No tengo derecho a traerlo aquí... para que sea otro paria más.

Lena no podía hablar. Su boca estaba abierta, pero ninguna palabra venía. Elías apartó la mirada.

—No soy como tú. No tengo tu fuerza. Ni tu apellido. Yo solo canto. Yo... yo no sé cuidar a nadie.

—¿Y por qué me cuidaste a mí? —preguntó Lena, al fin, con la voz quebrada—. ¿Por qué me salvaste entonces? ¿Por qué hiciste que creyera que el mundo podía ser distinto?

Él la miró, y en su rostro se dibujó una herida antigua.

—Porque en ti vi todo lo que yo nunca podré ser.

Hubo un silencio largo, amargo. El puente de Carlos no dijo nada. Ni las estatuas. Ni el río. Solo el vapor de la ciudad seguía subiendo, como si también llorara. Lena se levantó. No lo tocó. No lo abrazó. No le pidió que se quedara.

—No voy a hacerlo —dijo, casi en un hilo de voz—. Aunque me dejes sola. Aunque no tenga nada. No voy a negarle la vida a alguien que no tiene culpa de nuestras cobardías.

Y se fue.

No corrió. No gritó. Solo caminó, con el corazón hecho trizas, sin saber a dónde, sin pensar en nada, hasta que la ciudad comenzó a volverse niebla y su cuerpo dejó de obedecer. Las calles ya no tenían nombre. Ni dirección. Ni sentido. Eran solo sombras y

vapor, charcos y pasos que no sabían a dónde iban. Lena caminaba –¿o flotaba?– con los ojos empañados y la respiración hecha de suspiros que no sabían salir. El mundo no se caía a pedazos. Peor aún: seguía su curso con indiferencia.

Los postes de gas encendían sus luces como siempre. Los tranvías silbaban a lo lejos como siempre. La gente cruzaba las esquinas con sus paraguas oscuros como si nada hubiera cambiado. Pero Lena sí había cambiado. Algo dentro de ella se había roto con un sonido seco y definitivo, como un cristal templado al que le basta una grieta para despedazarse por completo. Lo que había vivido con Elías, la esperanza que le nació en el vientre, todo eso que hacía apenas una semana parecía sagrado, ahora pendía de un hilo invisible y tembloroso.

Caminó. Cruzó distritos sin darse cuenta. Vio de lejos los domos del hospital, las torres del orfanato estatal, la vieja chimenea de los hornos de pan de Žižkov. Todo era espectral. Silencioso. Cuando llegó a Vinohrady, la bruma se volvió más espesa. Sus zapatos estaban encharcados. Su abrigo, vencido. Sus dedos, morados. Pero no sintió frío. Solo una certeza: que no podía volver a casa. No a la casa de su padre, donde todo era control y cálculo, y donde las emociones tenían que pasar por un neuroscopio antes de ser aprobadas.

No a la casa imaginaria que construyó con Elías en su mente, hecha de pan viejo y canciones suaves. Por un instante –breve, brutal– pensó en el río. Lo que estuvo a punto de hacer antes de conocer a Elías. Recordó el Puente de Carlos, las estatuas de mármol, el vapor entre las costillas del amanecer. Recordó cómo la primera vez Elías le salvó la vida sin saberlo.

–¿Y si esta vez no hay quien llegue? –se preguntó. Sabía que Elías ya no estaría ahí.

Cruzó la calle Nerudova, subió como en trance por la colina del castillo, y al llegar a la bifurcación que conducía al puente, sus pies se detuvieron. No por decisión, sino por algo más profundo. Como si dentro de ella, una voz muy antigua, más antigua que su dolor, le dijera: “No.” No porque no doliera. No porque no pensara en morir. Sino porque no estaba sola. Estaba embarazada.

Y aunque ese niño aún no tenía rostro, ni nombre, ni permiso para existir en el mundo que otros decidían por él, ya era alguien. Era alguien que no había pedido venir, pero que venía. Y venía con ella. Un estremecimiento le recorrió la espalda. No de miedo. De conciencia. Ella lo estaba sosteniendo. Y ahora, en esta hora sin nadie, en esta ciudad indiferente, él la sostenía a ella. Una opción, un lugar, era lo único que le quedaba, aunque aquello nunca había sido “ella”.

La subida al Monasterio de Strahov fue larga. Las escaleras, empinadas. Las manos, torpes. Pero algo la guiaba. No un deseo racional. No una fe definida. Solo un instinto ancestral. Como si la vida, esa que aún no se entendía, le dijera: “Ve”. Cuando atravesó los portones, ya no llovía. Solo quedaban gotas suspendidas en los faroles y el olor a incienso antiguo.

Fray Dominik no estaba en el atrio. Tampoco en la biblioteca. El monasterio dormía, como un gigante cansado de escuchar los gritos del mundo. Pero en el pasillo lateral, junto a los vitrales que representaban escenas de misericordia, Lena vio una silueta. Cabello oscuro. Vestido simple. Rostro iluminado por una lámpara de aceite. Era Edevane. Lena no sabía quien era. Solo vio en ella algo cálido. Algo humano. Algo que no pedía nada.

–¿Estás buscando al fraile? –preguntó Edevane, con voz suave.

–Sí... pero puedo volver otro día.

–No, espera. ¿Estás...?

–Embarazada. Sí.

–A veces pienso que no debo seguir con esto –dijo ella.

–¿Por qué?

—Porque no sé si puedo. Porque a veces siento que... que no soy suficiente. Que no puedo darle lo que merece.

—¿Sabes cuál es el primer regalo que le das a tu hijo?

Lena negó con la cabeza.

—El deseo de tenerlo. Eso es suficiente.

Lena vio como Edevane tomó su mano y la apretó con una fuerza suave, como una madre.

—Sigue. Aun si tienes miedo. Aun si estás sola. Sigue.

Y en ese instante, como una música que apenas se oye pero nunca se olvida, algo en Lena se volvió raíz. No una convicción. No una certeza. Una decisión. No iba a morir. No iba a ceder. No iba a borrar a su hijo. Iba a ser madre. Con miedo. Con dolor. Con todo lo que doliera. Iba a ser madre.

Capítulo 16

El crujir de los huesos viejos

Praga, 1894

Praga, a finales de septiembre de 1894, ya no suspiraba por las chimeneas altas ni silbaba por los canales de vapor. Ahora respiraba por rendijas ocultas, por sótanos húmedos y portones carcomidos. Respiraba con dificultad, como un anciano enfermo que no ha perdido el alma, pero sí la voz. Era en ese murmullo, en esa penumbra social, donde se movían los que aún soñaban. Niko era uno de ellos.

Cada día, después de cumplir su turno como cobrador en el Tranvía 17, se bajaba en la esquina del callejón Dlouhá y, tras mirar hacia ambos lados, se escabullía por una verja torcida detrás de un taller abandonado. De ahí, comenzaba un descenso por caminos irregulares, hechos de placas metálicas, rieles oxidados y tablones carcomidos, hasta llegar a un claro oculto por los edificios inclinados de Žižkov. Allí estaba ella: la Chatarra.

No tenía un nombre oficial. Oficialmente, no existía. El gobierno la llamaba “Zona No Transitable”, y en los mapas actuales solo aparecía como una mancha gris sin leyenda. Pero los viejos la conocían bien. Era donde los restos de la Purga dormían apilados. Donde los esqueletos mecánicos de sueños confiscados se oxidaban en silencio. Los domingos, Niko se quedaba más tiempo allí. Sabía que Leo fingía dormir hasta tarde, aunque en realidad pasaba largas horas con la mirada fija en el vapor que se filtraba por las ventanas del tranvía detenido. No quería molestarle. Y además, en el silencio de la Chatarra encontraba algo que no sabía nombrar aún: una especie de eco. Como si las cosas rotas también quisieran hablar.

—Estás de vuelta, cuervo curioso —decía Gus cada vez que lo veía llegar.

Niko sonreía. Gus no pedía explicaciones. Nunca lo hacía. Lo dejaba vagar por los montículos de hierro doblado, válvulas rotas, y tuercas del tamaño de un puño. A veces le prestaba un gancho imantado o una lámpara de aceite. A veces, sólo lo seguía en silencio, con las manos cruzadas sobre el vientre y una sonrisa que no llegaba del todo a los ojos.

Gus no le hablaba de Leo. Pero en la forma en que lo miraba, en cómo limpiaba los bancos de trabajo antes de que Niko llegara, había una ternura silente. Como si cada vez que el niño se agachaba a recoger una bisagra, él viera algo más. Algo que ya no se podía decir.

Ese día, entre dos placas calcinadas, Niko encontró una pieza extraña. Era del tamaño de su antebrazo, de metal bruñido, con bordes lisos y huecos calibrados con precisión. No tenía forma de engranaje ni de resorte. Parecía... parte de un cuerpo.

—¿Esto qué era? —preguntó, mostrándosela a Gus.

El viejo la tomó entre las manos y la giró con lentitud. Sus dedos temblaban un poco.

—Un segmento torácico. No común. Articulación doble, tipo axial. —Guardó silencio unos segundos—. Esto no es de autómatas de vigilancia. Es de uno... distinto.

Niko lo miró, expectante.

—¿Distinto cómo?

Gus negó con la cabeza.

—Quizá hecho a mano. Con amor. —Se detuvo—. Sigue buscando, muchacho. Hay cosas aquí que aún no han dicho su última palabra.



Esa noche, al regresar a la pensión donde dormía junto a Leo, Niko sintió algo distinto en el aire. No sabía si era el frío o el silencio, pero todo le pareció más frágil de lo habitual. Leo dormía —o fingía dormir— en su camastro junto a la ventana. Niko, en cambio, se desveló dibujando en su cuaderno. A mitad de la madrugada, se levantó al baño. Al pasar por la mesa de trabajo de Leo, cubierta con una tela, tropezó con uno de sus zapatos. Se inclinó para acomodarlo y al hacerlo, la tela se deslizó levemente.

No lo hizo a propósito. Fue apenas un movimiento, pero lo suficiente para revelar algo oculto bajo ella. Una caja negra, de madera pulida y esquinas redondeadas. No era muy grande. Tenía cerraduras de cobre y estaba sellada con una placa que llevaba una sola palabra grabada: “No”. Niko no la abrió. Pero algo, en la forma en que estaba envuelta, en el cuidado con que Leo la escondía, le habló de su importancia. De su dolor. Esa noche, mientras dormía, soñó con una figura sentada en el Tranvía 17. No tenía rostro, pero su sombra parecía cantar. Y su canción estaba hecha de engranajes y recuerdos.



Pasaron los días. Niko siguió explorando la Chatarra. Y de a poco, lo improbable comenzó a ocurrir: encontró más piezas como aquella. Segmentos suaves, con curvaturas pensadas no solo para moverse, sino para parecer... humanos. Un brazo articulado con dedos flexibles. Una columna con ejes dobles. Un cuello de engranajes protegidos por una membrana blanda. Y finalmente, el rostro. Estaba semi enterrado, cubierto de hollín. Pero cuando lo limpió, Niko no pudo evitar contener el aliento. No por miedo. Sino por asombro. El rostro no era de metal crudo. Era de un polímero blando, como una piel artificial. Tenía arrugas sutiles junto a los ojos. Una sonrisa apenas dibujada. Y una ternura indefinible.

—No es perfecto —murmuró Gus, que se había acercado sin hacer ruido—. Pero por eso... es más real que cualquiera.

—¿Qué era? —preguntó Niko, casi en un susurro.

Gus se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero quien lo hizo, no buscaba crear una máquina. Buscaba algo que le hablara al corazón.



Niko no tenía nombre para lo que estaba construyendo. Durante días, ensambló pieza por pieza con las manos temblorosas de quien arma una plegaria. Las piernas se unieron a la cadera con facilidad inesperada. El torso encajó como si hubiera estado esperando su otra mitad. Los brazos, flexibles y silenciosos, descansaban sobre el banco como si aguardaran una orden ancestral. Pero el rostro... El rostro era otra cosa.

Era lo único que no podía mirar directamente por mucho tiempo. Había en sus ojos cerrados, en la curva exacta de su mandíbula, una extrañeza dulce, como si lo observara incluso desde el silencio. Como si en ese rostro durmiera un eco, una historia sin contar. Cada noche, antes de dormir, Niko lo cubría con una tela limpia. No por miedo. Por respeto. Gus no hacía preguntas. Solo le traía tornillos, resina para las articulaciones, un par de fusibles oxidados que “aún servían si uno les hablaba con cariño”.

–Nunca vi nada igual –le confesó una tarde, mientras le ayudaba a ajustar la clavícula del autómatas. No solo por el diseño. Es por cómo te mira, incluso dormido.

–¿Cree que era un juguete?

–No, niño. Esto fue... un hijo.

Niko se quedó en silencio. Por primera vez, sintió que lo que estaba haciendo no era un juego. Era algo que alguien, mucho tiempo atrás, había amado con desesperación.



–Pavel. Así se llama el hombre que puede ayudarte –dijo Gus una mañana, entregándole un papel arrugado con una dirección incompleta. Si aún vive ahí, te recibirá. Si no... al menos lo intentaste.

Niko partió al día siguiente. Cruzó medio distrito de Vršovice a pie, esquivando patrullas, siguiendo el olor a grasa quemada y carbón viejo. El taller de Pavel estaba escondido detrás de un antiguo reloj sin manecillas, camuflado bajo una fachada que decía “Peluquería para caballeros”. Antes había sido una estación de mantenimiento de tranvías. No había timbre. Solo una aldaba oxidada con forma de trompeta rota. Tocó. Esperó. Una voz ronca y pausada respondió desde dentro:

–Si vienes a vender espejos, no tengo reflejo. Si traes silencios, entra.

Niko abrió con lentitud. El interior era penumbra y vapor. Una lámpara de aceite colgaba de un brazo mecánico. En el fondo, entre estanterías de huesos metálicos, estaba Pavel: un hombre de espaldas encorvadas, cabello blanco recogido en una trenza, con gafas opacas y un bastón de cobre que parecía más para tocar que para apoyarse.

–No tienes miedo –dijo, apenas percibiendo la presencia del niño. Se nota en cómo respiras. ¿Qué traes?

–Esto –susurró Niko, sacando cuidadosamente el rostro envuelto en tela. Lo encontré... en la Chatarra. Lo estoy reconstruyendo, pero no sé cómo activarlo.

Pavel no respondió de inmediato. Caminó hasta una mesa y extendió ambas manos.

–Ponlo aquí. Y guíame. Déjame tocarlo.

Niko lo obedeció. Pavel colocó los dedos sobre la frente del rostro. Trazó con precisión las líneas de las cejas, los párpados, los labios. Se detuvo en la comisura de la boca, donde un pliegue apenas perceptible sugería una sonrisa.

–Sí... –murmuró. Yo trabajé en esto. Hace... mucho. No en el todo, pero sí en la piel. El material. Recuerdo su textura. Era para alguien... especial.

–¿Quién lo hizo? –preguntó Niko, con los ojos abiertos como lámparas.

–No lo sé. Alguien que perdió algo –respondió Pavel. Un hombre joven, creo. Uno que no pudo tener lo que más amaba. Lo construía con las manos de un padre... y el corazón de un viudo.

Hubo un silencio largo.

–¿Puede ayudarme a terminarlo?

–No sin los planos. Esto no es un autómatas común. Este fue diseñado con otra lógica. No solo para moverse... sino para recordar.

–¿Recordar qué?

Pavel sonrió por primera vez.

–El amor, niño. El amor no desaparece, solo cambia de forma.



Esa noche, Niko regresó tarde a la pensión. Leo lo esperaba con pan tostado y una taza de leche tibia. La cena de los días sin preguntas.

–¿Estuviste mucho tiempo en la biblioteca? –preguntó, como cada vez que sabía que no era cierto.

–No. En la ciudad. Mirando cosas viejas.

Leo asintió. Le costaba mirar directamente a Niko cuando hablaba de “cosas viejas”. No por el pasado. Por el futuro que el niño no sabía que llevaba encima.

—¿Tienes frío?

—No.

—¿Miedo?

—A veces.

Se quedaron callados.

—¿Y tú, Leo? ¿Tuviste miedo alguna vez?

Leo bajó la vista. Sus manos temblaron al partir el pan.

—Sí. Cuando supe que había cosas que no se podían arreglar. Como un corazón roto. Como un hijo que no llega.

Niko lo miró. Se acercó. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Yo no sabía qué era tener un padre. Hasta ahora.

Leo cerró los ojos.

—Y yo no sabía qué era tener un hijo... hasta que te tomé a tí como uno.

La lámpara chispeó. Afuera, el tranvía dormía en las vías. Dentro, dos corazones rotos encontraban, al fin, el lenguaje común del consuelo.



Durante varios días, Niko se dedicó a buscar en los rincones más improbables del mundo viejo. Visitó bibliotecas cerradas, desmontó archivadores oxidados en la Chatarra, preguntó en los mercados de Štvanice por hojas sueltas de inventores desaparecidos. Preguntó con voz baja, como si buscara un nombre prohibido que ni él conocía. Nadie sabía de planos. Nadie sabía de autómatas con rostros humanos. Nadie quería saber.

Algunos se reían. Otros lo ignoraban. Uno le ofreció una hoja mojada con diagramas falsos por una moneda de estaño. Aun así, él seguía. Volvía cada tarde al pequeño rincón donde había ensamblado el cuerpo. Limpiaba las piezas con cuidado. Ajustaba los tornillos. Encendía, por turnos, los conductos de vapor. Nada funcionaba. El autómata no se movía. No respondía. Pero Niko juraba que cada noche respiraba distinto.

—No tengo el plano —le dijo una tarde al cuerpo inerte—. Pero tengo algo. Y no sé si será suficiente. Tengo ganas de que despiertes.

Apretó su cuaderno contra el pecho. Las hojas estaban llenas de dibujos torpes, instrucciones a medias, palabras que nadie le enseñó: “modulación emocional”, “vínculo sensorial”, “latido artificial”. Sabía que no bastaba. Y sin embargo... Había algo más. Un pulso pequeño. Una certeza sin prueba. Como si el autómata le estuviera esperando también.



En una de esas tardes, mientras caminaba solo por el Callejón de los Grabadores, Niko se detuvo frente a una vitrina sucia que alguna vez mostró instrumentos musicales. Había allí un cartel viejo, casi ilegible, que decía: “Todo lo que se busca en serio es una forma de volver.” No sabía por qué, pero la frase se le quedó grabada. Pensó en el autómata. Pensó en Leo. Pensó en la madre que nunca conoció, en el padre que no preguntó, en el amor que no había recibido... pero que ahora comenzaba a ofrecer, a su modo, con cables, abrazos y palabras mínimas.

Se sentó en una banca herrumbrada. Sacó su cuaderno. Escribió: “Lo que no aparece también tiene forma. La de una espera. La de un cuerpo que no despierta. La de un plano que aún no llega. La de una pregunta que no muere aunque nadie la escuche. Tal vez no construyo con piezas. Tal vez lo que intento levantar... es a mí mismo.”

Y cerró el cuaderno. Como quien guarda un corazón que aún no se atreve a latir.

Capítulo 17

Y el mundo siguió girando sin él

Praga, 1882

La noche comenzó antes de que el sol se rindiera. Una neblina espesa como la pena bajó desde el este, abrazando los tejados de Praga con una mansedumbre engañosa. Las ventanas comenzaron a empañarse, los faroles a chispear como luciérnagas moribundas. En la antigua casa de los Kotek –ahora hogar de los Dvorak–, una vela temblaba sin motivo aparente sobre la mesa de la cocina, como si ya presintiera lo que estaba por venir.

Edevane miraba el cuenco de sopa sin tocar. Tenía las manos sobre el vientre, ese vientre que ya no era solo suyo, sino también de un niño que latía con un ritmo distinto. El nombre ya estaba escrito en su corazón: Samu. Pero también lo estaba el miedo. Un miedo que no la dejaba dormir, ni confiar, ni hablar. Leo había salido temprano aquella mañana. Le había dicho que iría a ver a Gus, que necesitaba asesoría para ciertos materiales. Pero ella lo sabía. Ya no buscaba piezas. Buscaba consuelo, alguna forma de entender en qué momento el milagro que tanto habían anhelado se había transformado en distancia.

Los días recientes se habían vuelto grises, como si vivieran dentro de una fotografía antigua que nadie quería recordar. Desde que supo el diagnóstico del neuroscopio, Edevane se había vuelto más introspectiva, más errática. Había querido contárselo a Leo mil veces. Mil veces se había prometido que lo haría. Pero siempre lo encontraba con las manos en el taller, repasando las articulaciones del autómatas que había dejado de construir, intentando distraerse del paso lento del tiempo que los separaba del nacimiento.

Y entonces se convencía de que no era el momento. De que si le decía que el niño sería distinto, lo perdería. Que Leo, perfeccionista hasta el tuétano, no sabría ver la ternura escondida en la imperfección. Que el sueño que él había proyectado en sus engranajes lo cegarían ante la belleza incompleta y frágil de Samu. Se levantó de la silla con una decisión temblorosa. Iba a decirle. Iba a romper el silencio. Si no lo hacía ahora, ¿cuándo?

Pero Leo aún no volvía. Las sombras se alargaban en el umbral. El reloj de péndulo no daba la hora: respiraba ansiedad. Una ansiedad que trepaba por las paredes, que se arrastraba hasta sus costillas. No podía esperar más. Se envolvió en su abrigo. Bajó las escaleras. Salió a la calle.

Praga vibraba en su subsuelo. Las cañerías zumbaban con vapor retenido. El aire olía a herrumbre. Caminó sin rumbo, como si sus pies supieran lo que su corazón aún no aceptaba. Pasó por los muros manchados del Callejón de los Caldereros, por el portón oxidado del pasaje Vodičkova. Y fue entonces, a la altura de los raíles del Tranvía 17, que algo detuvo su paso.

Un brillo tenue, apenas perceptible, cruzaba los rieles como una herida de luz. Edevane se agachó. Los rayones eran precisos, casi idénticos a los que recorrían la estructura de las escaleras de su casa, como cicatrices de un metal que no quería olvidar su historia. Entonces lo oyó. No pasos. No zumbidos. No engranajes. Silencio. Y luego, un roce metálico. Otto.

Emergió de la penumbra como un recuerdo mal cerrado. No caminaba, flotaba entre la lógica y el espanto. Sus múltiples ojos, esas luces ámbar sin alma, se posaron en ella. Estaban demasiado cerca. Su silueta, aún sin boca, parecía hablarle al vientre. Edevane retrocedió. Tropezó. Cayó sobre los rieles con un grito ahogado. Y en ese momento, la campana lejana del tranvía sonó. Una vez. Dos. Tres.

El chirrido de los frenos fue la súplica del metal al tiempo. El conductor –un joven que conducía el tranvía por primera vez– no pudo frenar a tiempo. El mundo se volvió humo, silbido, impacto. Todo se detuvo. Todo, menos la vida que aún no había nacido.

Cuando el mundo volvió a moverse, lo hizo con torpeza. La campana del tranvía seguía repicando en eco como si el metal mismo lamentara lo que había hecho. Gente comenzó a reunirse alrededor. El humo del impacto se deshacía en espirales sobre el empedrado. Algunos gritaban; otros simplemente se quedaban quietos, paralizados por la escena que se extendía entre los rieles.

Edevane estaba allí. Su abrigo marrón cubierto de hollín. Su rostro pálido, herido no por sangre, sino por algo más profundo: el silencio. La vida aún no la abandonaba. Su pecho subía y bajaba apenas, como un fuelle viejo a punto de romperse. Un hombre intentó moverla. Otro le tomó el pulso. Una mujer –de esas que siempre aparecen cuando hace falta alguien con manos firmes– se arrodilló y comenzó a hablarle con dulzura: “Ya viene ayuda, mi niña. Ya viene...”

Y en ese instante, como si algo lo hubiera arrancado del tiempo, apareció Leo. Venía bajando por la calle lateral, con el paso lento de quien ha decidido regresar a casa con flores en los bolsillos, o con palabras por fin valientes en la lengua. Cuando vio el tumulto, no sospechó nada. Hasta que la vio a ella. Corrió. Empujó gente. Tropezó. Cayó. Gritó su nombre:

–¡Edevane!

La gente se hizo a un lado. Ella no respondió. El mundo, entonces, se hundió un poco más.



La ambulancia de vapor llegó con retraso. Al principio no querían dejar subir a Leo, pero uno de los trabajadores reconoció su apellido. “Es el esposo”, dijeron. “Déjenlo.” Subió con el cuerpo tibio de Edevane en sus brazos. No la soltó. No parpadeó. No preguntó. En el hospital del Viento Quieto lo recibieron con una eficiencia desgarradora. Una enfermera le pidió que esperara afuera. Un médico, con gafas empañadas y manos amarillas de tanto yodo, entró con prisa. Las puertas se cerraron. El mundo volvió a excluirlo. Esperó. Minutos. Horas. Siglos.

El reloj neumático sobre la pared tenía una fisura, justo donde debía estar el número siete. Leo no podía dejar de mirarlo. Una fisura, pensó. Como en mí. Como en ella. Como en todo lo que hemos construido. Y entonces, el doctor salió. Llevaba las mangas dobladas. La mirada cansada. El gesto de quien ha dicho esto muchas veces, pero nunca sin tristeza.

–Señor Dvorak...

Leo se incorporó.

–Su esposa está viva.

Una pausa. Un peso en el aire.

–Pero el niño... no lo logró.

Leo sintió algo romperse. No un sonido. No un grito. Sino un silencio que dolía. Como si todo lo que alguna vez soñó se hubiese hecho añicos... sin hacer ruido.

–¿Tenía nombre? –preguntó el doctor.

Leo cerró los ojos.

–Samu –dijo. Apenas un susurro.



Horas después, cuando la anestesia cedía y los nervios despertaban como puñales, Edevane abrió los ojos. Leo estaba a su lado. No le dijo nada. Ella tampoco. Se miraron largo rato. Él le tomó la mano, y la sintió delgada, frágil, como si ya no perteneciera del todo a este mundo. Quiso hablarle, decirle que estaba ahí, que la amaba, que lo lamentaba. Pero ella giró el rostro hacia la ventana y susurró apenas audible:

–Ya no está.

Una lágrima se le escapó. Él no supo si era por Samu... o por ella misma.



Los días pasaron sin moverse. La casa se volvió un museo de ecos. La silla donde ella solía coser quedó intacta. Las flores secas en el jarrón no fueron cambiadas. Nadie encendía el horno. Nadie iba al taller. Edevane dormía poco. Comía menos. A veces hablaba en sueños. A veces se quedaba sentada en el umbral, mirando las escaleras, como si esperara que algo subiera, algo que jamás volvería. Una tarde, mientras caía una lluvia sin entusiasmo, ella rompió el silencio.

—Era distinto —dijo.

Leo levantó la mirada.

—¿Quién?

—Samu. Lo sabíamos. Era distinto. Pero yo lo amaba igual. Desde antes. Desde siempre.

Leo dejó la taza que tenía en las manos. Caminó hacia ella.

—¿Desde cuándo lo sabías?

Ella cerró los ojos.

—Desde que escuché sus latidos... Y después fui al hospital. Usaron un aparato... No quise decirte. Tenía miedo de que no pudieras... —se detuvo— de que no pudieras amar a alguien que no fuera perfecto.

Leo se arrodilló frente a ella.

—Pero Edevane... ¿No lo ves? Él era perfecto. No porque lo dijera un médico. Porque era nuestro. Porque era él.

Y por primera vez desde el accidente, ella lloró. Lloró sin contenerse, como si las lágrimas hubieran estado atrapadas en un dique demasiado pequeño para todo el amor no dicho. Él la abrazó. La sostuvo. Pero algo en su cuerpo ya no respondía con la misma fuerza. Leo lo supo. Supo que la estaba perdiendo también a ella. No por una enfermedad. Ni por una herida. Sino por algo más sutil: la culpa. El miedo. La pérdida irreparable de algo que solo habían tenido por un instante... y que ahora vivía en el espacio entre sus dos corazones.

Durante semanas, Leo intentó construir una rutina alrededor de su ruina. Se levantaba antes del amanecer, preparaba té de manzanilla y dejaba el jarro en la estufa, donde burbujeara con un sonido que parecía un lamento. Barría sin razón, aunque el polvo no se hubiera acumulado. Leía párrafos enteros en voz alta, como si eso pudiera mantener despierta a Edevane, quien a veces pasaba días enteros sin pronunciar una sola palabra.

—He recordado que tú amabas este cuento —decía con voz suave, leyendo algún pasaje antiguo sobre caballos de vapor y aldeas flotantes—. Decías que querías vivir en uno de esos globos. ¿Lo recuerdas?

Ella no respondía. A veces, parpadeaba lento. O giraba la cabeza, apenas. Pero no había palabras. Ni una sonrisa. Ni siquiera enojo. Solo una quietud que daba más miedo que el llanto.



Una tarde de octubre, Leo la encontró sentada en el alféizar de la ventana, con el cabello deshecho y una manta cubriéndole las piernas. No miraba afuera, sino hacia el interior del cristal, como si intentara verse en un reflejo que ya no reconocía.

—¿Has comido algo?

Ella negó con la cabeza, sin apartar la vista. Leo se acercó con lentitud. Le tomó la mano. Notó el frío.

—Edevane... Estoy aquí. ¿Puedes verme?

—No —susurró—. Ya no veo nada.

—¿A qué te refieres?

—Nada me parece real desde que él se fue. El mundo... es como una pintura mal hecha. Los sonidos no encajan. Los colores están apagados. Como si alguien hubiera apagado una lámpara dentro de mí.

Leo sintió un nudo en la garganta.

—Podemos buscar ayuda. Podemos ir al monasterio. Hablar con Dominik.

Ella giró hacia él por primera vez en días. Lo miró con ojos vacíos, pero tranquilos.

—No necesito respuestas. Solo necesito que me duela menos. Pero eso... nadie lo puede dar.



Fue Leo quien escribió la carta, con letra temblorosa pero decidida, pidiéndole a la madre de Edevane que viniera. Cuando ella llegó, con una canasta de pan tibio y un rebozo que olía a casa, Edevane apenas levantó la mirada. No hubo reproches, solo el roce de una mano sobre la frente, como cuando era niña con fiebre. Se sentaron juntas en silencio, y Leo, desde la cocina, fingía ordenar herramientas para no llorar al verlas. Esa visita no curó la herida, pero sembró una hebra de consuelo. Fue entonces cuando Edevane volvió a salir al jardín por unos minutos, por primera vez en semanas. Como si el amor de una madre —tan callado, tan antiguo— le recordara que aún era posible volver a respirar. Pero el efecto se desvaneció pronto, y Edevane volvió a encerrarse.



Leo no se rindió. Llamó a Dominik. Preparó sopas, bordó una manta nueva, tejió palabras de consuelo con hilos que apenas se sostenían. Un día le dejó una caja sobre la mesa, envuelta en papel azul. Cuando ella la abrió, encontró dentro el instrumento que él había comenzado a construir para Samu. No estaba terminado. Ni siquiera funcionaba. Pero tenía forma. Tenía rostro. Y los ojos —dos pequeñas perlas traslúcidas— brillaban con una dulzura casi humana.

—Pensé que podríamos terminarlo juntos —le dijo él.

Edevane lo acarició. No habló. Pero una lágrima cayó sobre el rostro del autómata. Y esa fue toda su respuesta.



Con los días, Leo comenzó a temer lo inevitable. Una noche, entró a su antiguo taller. Lo había cerrado desde el accidente. Las herramientas seguían sobre la mesa, como abandonadas por alguien que huyó en mitad de una sinfonía inconclusa. Las piezas de metal tenían polvo. Los moldes de manos pequeñas, olvidados en una caja. Él se sentó. Y por primera vez en años, no trabajó. Solo lloró.



Esa misma semana, Dominik fue a visitarlos. Se sentó junto a Edevane, que permanecía en la mecedora de la sala, mirando hacia una vela encendida.

—¿Sabes lo que hace la cera? —preguntó el fraile.

Ella lo miró, sin emoción.

—Se derrite.

—Sí —dijo él—. Pero mientras lo hace... ilumina. Arde. Entibia. Da sentido al cuarto.

Edevane desvió la mirada.

—Yo ya no quiero arder.

Dominik suspiró. Le tomó las manos con dulzura.

—¿Y si el amor que sembraste aún no ha florecido? ¿Y si este dolor es solo un invierno... que precede al milagro?

Ella cerró los ojos. Las lágrimas volvieron, silenciosas.

—Entonces será un milagro sin mí —dijo, apenas audible.



Esa noche, Leo encendió todas las lámparas de la casa. Cocinó su sopa favorita. La llamó tres veces. Subió con una manta, dispuesto a leerle algo. Pero la encontró dormida. La cubrió. Le besó la frente.

—Mañana —le susurró—. Mañana hablaremos de nuevo.

Pero al día siguiente, Edevane ya no despertó.

El entierro fue silencioso, íntimo, sin sacerdotes, sin flores, sin palabras. Leo escogió un rincón del cementerio del distrito 7, donde la niebla no era tan densa y las hojas secas susurraban en lugar de crujir. Cavó él mismo. No permitió que nadie más lo hiciera. Ni Gus, que intentó convencerlo. Ni Dominik, que rezó en voz baja a una distancia prudente.

—Un hombre debe enterrar a quien ama con sus propias manos —dijo Leo, sin levantar la vista—. Lo demás es costumbre. Esto es promesa.

El ataúd era pequeño, de madera sin barnizar. Dentro iba Edevane con su vestido favorito, aquel que usó la primera vez que fueron al Monasterio a hablar de la vida, no del miedo. En sus manos, entrelazado con los dedos ya quietos, Leo había colocado un pequeño trozo de cinta bordada: la palabra “Samu”, cosida por ella, la única vez que soñó en voz alta.

Los padres de Edevane permanecieron en silencio junto a la sepultura, tomados de la mano como quien sostiene el mundo con apenas los dedos. La madre llevaba un pañuelo bordado por su hija años atrás; el padre, un sombrero que ya no se quitaba desde que la tristeza lo había vuelto más viejo de golpe. No lloraron con estruendo, pero en sus ojos anidaba un dolor tan hondo que ni el invierno de Praga supo cubrir del todo. Cuando la tierra cayó con su sonido hueco sobre el ataúd, ella susurró al viento: “Te cuidamos cuando aprendías a caminar, y ahora solo nos queda soltarte.” Luego ambos se quedaron allí, como si esperaran ver florecer algo —cualquier cosa— en medio del barro.



Durante días, Leo no habló. No comió, no escribió, no diseñó. Solo caminó por la casa como un engranaje oxidado, apenas articulando gestos. A veces encendía una lámpara, luego la apagaba. A veces tomaba una herramienta y la dejaba caer. Dormía en el taller, en una silla de madera que crujía como si sufriera también.

Una noche, se acercó al banco donde había dejado el molde de rostro. Lo tomó. Observó las facciones redondeadas, la expresión de ternura inacabada. Era solo una máscara... pero tenía algo. Lo sostuvo contra la luz de una lámpara.

—¿Quién eras... antes de ser nadie? —le preguntó.

La máscara no respondió. Pero Leo creyó ver, en el reflejo del cobre, el rostro de ella. De la niña que fue. De la mujer que aprendió a amar sin certezas. De la madre que no alcanzó a ser.

—Yo lo terminé por ti —dijo, con la voz rota—. Y algún día, si el mundo se atreve a merecerlo, te lo devolveré.



Volvió a visitar a Gus. No le habló del taller. Ni del rostro. Ni del dolor. Solo se sentaron en el mismo lugar de siempre, donde el vapor seguía goteando desde las vigas con el ritmo de un reloj sin cuerda.

—A veces siento que todo fue un sueño —dijo Leo—. Que ella no estuvo nunca.

Gus no respondió de inmediato. Solo masticó el humo de su pipa, dejando que el silencio hiciera su trabajo.

—Pero tú estás —le dijo al fin—. Y si tú estás... ella sigue aquí también. En lo que construyas. En lo que ames. En lo que protejas.

Leo miró el cielo. No había estrellas. Solo dirigibles con luces intermitentes. Y entre ellas, el hilo brillante del tranvía nocturno que surcaba la ciudad.

—Ese era nuestro tren —susurró—. El 17. Ella solía decir que era el único que parecía no ir a ninguna parte... solo a lo que importa.



Pasaron semanas. Leo comenzó a escribir de nuevo. No tratados. No planos. Solo cartas que no enviaría. Una por cada día. Las dejaba en una caja junto a la cama, como quien guarda migas de pan para volver a un bosque que ya no existe. Una mañana, bajó al taller. Encendió la lámpara más antigua, esa que solo funcionaba con gas de aceite. Se sentó. Colocó frente a él la máscara. Luego tomó una hoja de papel nueva. Y escribió, en el centro, con trazo firme: "Samu."

Afuera, entre los rieles del Tranvía 17, el viento levantó hojas secas. La ciudad seguía girando, entre engranajes, vapor y silencios. Pero en esa casa, el tiempo se detuvo por un instante. Lo suficiente como para que alguien, en algún futuro, volviera a empezar.

Capítulo 18

Los que aún recuerdan

El otoño de 1894 había teñido Praga con una mezcla de ocre y grises, como si la ciudad misma resistiera el paso del tiempo y la memoria. Greta Rousska caminaba con paso decidido, pero la mente aún embrollada por la montaña de papeles que había repasado esa mañana en el Museo de lo Prohibido. El peso de la Purga de Hierro —esa palabra que parecía más un susurro prohibido que una historia oficial— le oprimía el pecho con una mezcla de rabia, dolor y una determinación férrea. La ciudad no podía permitirse olvidar, y ella no quería ser cómplice de ese silencio.

Apenas unos años antes, las calles estaban llenas de un bullicio distinto. Ahora, la vigilancia se sentía en cada esquina: ojos metálicos que apenas dejaban espacio para la esperanza. El gobierno monopolizaba la tecnología, manteniendo el conocimiento bajo llave, encerrado como un tesoro que sólo ellos podían tocar. La invención, el progreso, se habían vuelto armas políticas más que herramientas para el bienestar. Era un mundo donde las manos que soñaban eran vistas como amenaza, y las máquinas que sentían, un peligro intolerable.

Greta apretó el abrigo, ajustándose el sombrero para protegerse del viento helado que arrastraba el humo de las fábricas hacia las calles. Su objetivo era claro: salir de los archivos y encontrar voces. Voces que contaran lo que las páginas oficiales no decían, relatos de hogares rotos, de inventores olvidados, de familias deshechas por la confiscación. Tenía que encontrar a quienes la Purga había dejado en el olvido.

A lo largo de la tarde, Greta recogió historias que iban desde la tristeza de madres que no podían permitir que sus hijos jugaran con autómatas, hasta relatos de inventores que se escondían en sótanos, creando en silencio, arriesgando todo por un destello de libertad. Estaba convencida: ése era el camino.

Al caer la noche, mientras las farolas de gas comenzaban a iluminar las calles mojadas por la lluvia, Greta sintió una mezcla de desesperanza y una chispa de esperanza. No era solo una estudiante buscando tesis. Era una cronista destinada a despertar la memoria dormida.

La mañana siguiente amaneció gris y pesada, como si el cielo también llevara el duelo de una ciudad partida en dos. Greta salió temprano, con la determinación de ir otra vez más allá de los muros del Museo de lo Prohibido, a donde la verdad se escondía bajo capas de silencio oficial, donde existían más testimonios de lo que causó el gobierno.

Su primera parada fue una casa de vecindad en el barrio obrero de Vršovice. Allí vivía Magdalena, una mujer que en los días previos a la Purga había cuidado a un pequeño taller familiar donde se ensamblaban pequeños autómatas para juegos infantiles y ayuda doméstica. Magdalena la recibió con una sonrisa cansada, pero sus ojos revelaban las noches en vela, el miedo y la pérdida.

—No fue solo perder máquinas —le dijo Magdalena, mientras preparaba un café negro y humeante—. Fue perder la esperanza. Perdimos a nuestro hijo y a nuestro padre en esas máquinas que nos ayudaban. Después de la Purga, la casa se volvió fría, el silencio se hizo dueño. Mi esposo se encerró en su tristeza y ya no volvió a tocar ni una herramienta.

Greta anotaba cada palabra, sintiendo el peso de las historias que no cabían en los libros de historia ni en los discursos oficiales. Más adelante, visitó a un grupo de mujeres que se reunían en un pequeño salón comunitario. Entre susurros y miradas nerviosas, le contaron cómo las madres escondían autómatas de cuidado, aquellos que ayudaban con los hijos enfermos o ancianos, y que ahora eran considerados traidores a la ley. Se hablaba de redadas nocturnas, de desaparecidos, de hogares quebrados.

—A veces, cuando escucho el tic-tac lejano de los relojes, siento que los engranajes de nuestras vidas se detuvieron —dijo una anciana con voz temblorosa—. La Purga no fue solo política. Fue un corte en el alma de Praga.

Cada testimonio era una herida abierta que Greta iba cosiendo con palabras, hilvanando un mapa invisible de sufrimiento y resistencia. En una callejuela angosta, se encontró con Tomas, un joven herrero que había visto desaparecer a sus maestros y a sus amigos. El eco de los golpes del martillo resonaba en su pequeño taller.

—Nos dijeron que las máquinas eran peligrosas —comentó Tomas, martillando una pieza de cobre—, pero la verdad es que temían que pensáramos por nosotros mismos. Que pudiéramos cambiar algo.

Greta le preguntó por la vida cotidiana tras la Purga, por las costumbres que habían sobrevivido y las que se habían perdido.

—Comemos menos, sí —dijo Tomas—, pero celebramos más. El pan ya no tiene esa textura esponjosa que recuerdo de niño, es más duro, menos dulce. Las mujeres hacen sopas con lo que encuentran: nabos, cebollas, hierbas del bosque. La vida sigue, pero con miedo, con una cautela que quema.

La ciudad parecía una herida que aún sangraba, pero que se resistía a cicatrizar sin dejar cicatrices visibles. Esa tarde, Greta encontró refugio en una pequeña cafetería, donde entre sorbos de café amargo y el vapor de los hornillos, escuchó una conversación entre dos ancianos que hablaban del Tranvía 17 y de su conductor, Leo.

—Dicen que el Tranvía 17 es la última conexión con tiempos más humanos —decía uno—. Leo, el hombre que lo maneja, era un inventor que perdió todo. Ahora sólo sigue la ruta, pero en sus ojos guardo la memoria de lo que fue.

La voz de Greta resonó con fuerza en su interior. Esa era la historia que debía contar: no solo máquinas, no solo política, sino vidas humanas. Greta fue al barrio de los tranviarios. Ahí vivía Leo, quien años atrás había sido un inventor prometedor, ahora destinado a conducir el Tranvía 17, una línea que se había vuelto un símbolo melancólico de la ciudad. Greta lo encontró en una modesta vivienda, donde el aroma a pan recién horneado y caldo de repollo le dio una sensación de hogar y resistencia. Pudo evidenciar, con pocas pruebas, que no estaba solo. Sentía una presencia, la de un niño ya dormido, pero no preguntaría esas cosas.

—¿Cómo ha cambiado la ciudad desde la Purga? —indagó Greta mientras se sentaban en la mesa.

Leo suspiró, mirando por la ventana a los tranvías que zumbaban con lentitud.

—Antes, las máquinas nos hacían soñar. Ahora solo nos recuerdan lo que perdimos. Yo llevo muchos años sin poder crear. Solo puedo seguir las órdenes, pero mi alma sigue en esos engranajes que no puedo tocar. Hay alguien, un viejo amigo, se llama Gus. Quizás te ayude hablar con él.

Al día siguiente, Greta así lo hizo. Se dirigió al barrio de Žižkov, donde la “Chatarra” –un enorme depósito de piezas confiscadas y desechadas– era custodiado por Gus Schovajsa, un hombre que para muchos era un mito viviente. Greta sabía que Gus había sido un hombre de taller, un reciclador incansable que entendía la magia de los engranajes como nadie. Ahora, relegado a vigilar montañas de desechos tecnológicos, su historia era una herida abierta, un símbolo de lo que Praga había perdido.

“Gus Schovajsa”, pronunció Greta en voz baja mientras se acercaba al portón herrumbroso. La puerta se abrió con un chirrido y un destello de ojos bajo un rostro marcado por el tiempo.

–¿Quién eres? –preguntó Gus con voz grave.

–Greta –respondió ella, con la mezcla de respeto y ansiedad que sentía–. No vengo por parte del gobierno. Solo soy una estudiante de periodismo. Quiero contar la historia que nadie quiere escuchar.

Gus la miró largo rato, como calibrando sus intenciones.

–Entonces sigue mis pasos –dijo al fin–. Pero cuidado: las máquinas no solo se rompen, también recuerdan.

Juntos caminaron entre las montañas de hierro y cobre, donde piezas de autómatas, ruedas dentadas y cilindros de vapor se amontonaban como esqueletos olvidados. Gus habló de los días antes de la Purga, cuando la tecnología era un sueño compartido, y de cómo todo se había convertido en miedo y sospecha. Mencionó un nombre, uno que olía a eminencia, y que se impregnó en su alma. Pidió más detalles al respecto. Sería esa su próxima estación.

Al caer la tarde, la joven cronista se dirigió al encuentro con Pavel, el mecánico ciego. Sabía que sus palabras podían abrir nuevas puertas, y que en su sabiduría se escondía la clave para rescatar lo que la Purga había intentado sepultar para siempre. El taller de Pavel estaba oculto entre los escombros de una antigua estación de mantenimiento de tranvías, un espacio que, pese al polvo y el óxido, parecía respirar con una vida propia. No había timbre ni campana. Solo una chapa irregular colgaba de la puerta, y al empujarla, se escuchó el leve quejido de un resorte oxidado.

Greta entró en silencio. El lugar estaba iluminado por lámparas de aceite y por la débil luz que se filtraba a través de cristales rotos. El aire olía a grasa vieja, madera humedecida y a algo más difícil de nombrar: memoria. Pavel estaba sentado en su banco habitual, con las manos posadas sobre una pieza de bronce en forma de corazón incompleto. No necesitó verla para saber que era ella.

–Escuché tus pasos desde la acera –dijo con una media sonrisa–. Caminas como alguien que ya sabe qué buscar, pero aún no sabe dónde hallarlo.

Greta se sentó frente a él, sin hablar de inmediato. Sacó su libreta, pero no escribió nada. Solo observó.

–He hablado con gente –comenzó–. Cientos de historias... el hambre, el silencio, las invenciones enterradas. Pero no basta con lo que pasó. Necesito entender por qué. ¿Por qué nos temieron tanto?

Pavel soltó un suspiro largo, como si ya conociera esa pregunta desde antes de que ella la formulara.

–Porque cuando algo tiene alma, aunque no respire, es más difícil de controlar. Y nosotros, Greta, estábamos a punto de darle alma al metal.

La joven lo observó, en parte incrédula.

–¿Un alma? ¿A un autómata?

–No como la tuya o la mía –respondió Pavel–. Pero sí la capacidad de resonar con lo que sentíamos. Ese era el plan original de Otto. No era un espía. Era un espejo. Fue creado para observar el dolor, no para castigarlo.

Greta bajó la mirada.

—¿Y quién lo creó?

—Alguien que cargaba con un duelo más grande que su ciencia. No es su nombre lo importante. Es lo que quiso hacer y lo que no lo dejaron terminar.

—Vi los planos de Otto, en un lugar oculto.

Pavel se mostró asombrado.

—¿Crees que puedas encontrar más planos? De otros autómatas, quizás.

Greta asintió. Luego hubo un silencio espeso. Por fin, Pavel habló otra vez, pero en voz más baja.

—Necesito que encuentres algo —dijo, y del bolsillo interior de su abrigo sacó una pequeña lámina metálica, con una marca de quemadura en una esquina—. Este es el patrón de búsqueda. Está registrado en un código de planos del viejo archivo ferroviario. Es de un autómata singular, uno con rostro blando. Polímero sensible a las emociones.

—¿Para ti? —preguntó Greta.

Pavel negó lentamente.

—No. Tú sabrás para quién es cuando llegue el momento.

Ella tomó la lámina como quien recoge una semilla.

—Y si lo encuentro... ¿qué debo hacer?

—Confiar —dijo él—. No en mí. En el temblor de lo que nace. En lo que aún no sabes que ya está creciendo.

Greta guardó la pieza y se levantó. Al salir del taller, una sensación extraña le recorrió la espina. Como si las palabras de Pavel no fuesen solo información, sino destino.



La luz del sol se filtraba con dificultad por los vitrales ennegrecidos del antiguo edificio, donde los colores habían sido tragados por los años. Una quietud polvorienta llenaba el aire, como si cada página dormida en los estantes esperara una mano justa que la despertara. En la sección más oculta del Museo —el ala de Documentos Sellados—, Greta hurgaba con delicadeza casi religiosa.

La sala estaba desierta. Los ventiladores neumáticos zumbaban de forma irregular, moviendo apenas las cintas colgantes de clasificación. Cada carpeta, cada tubo, cada caja sellada parecía contener no solo papeles, sino pulsos. Memorias selladas. La historia sin testigos. Pasaron horas. Entre fórmulas de presión hidráulica y proyectos de movilidad anulados, Greta encontró un conjunto de planos cosidos en cuero negro. No tenía etiquetas. Solo un número manuscrito: 031-D. Lo abrió con manos temblorosas.

Adentro había prototipos de mecanismos de asistencia, diseños de articulaciones flexibles, notas escritas con caligrafía segura, sensible. Firmados todos con las iniciales L.D. Ningún nombre con esas iniciales aparecía en los registros oficiales. Pero esas invenciones —lo supo Greta de inmediato— habían nacido del deseo de consolar, no de controlar. Al fondo del legajo, bajo una hoja semiadhesiva, apareció un plano distinto. Más orgánico. Un rostro infantil, trazado en líneas de polímero blando, con mejillas redondas, mirada ligeramente desviada, labios sin simetría exacta. No era bello según los cánones clásicos. Era... real. Y debajo, una nota escrita a mano, casi borrada por el tiempo: "Diseñado para contener ternura sin juicio."

Greta cerró la carpeta con un suspiro ahogado. Sentía el aire más denso. Como si las palabras hubieran resonado en los muros, despertando algo. Iba a guardar los planos cuando escuchó el leve chirrido de una bisagra en la entrada. Se giró. Y lo vio.

Un niño. Pequeño, con abrigo gris de botones flojos, los zapatos sucios de tierra, y un gorro ladeado con orejeras flojas. Llevaba los ojos bien abiertos, como si el mundo aún le sorprendiera cada vez.

—Te andaba buscando —dijo, sin temor ni premura.

Greta parpadeó.

—¿Cómo entraste aquí?

—Por la puerta trasera, la que tiene la aldaba torcida. La uso siempre —respondió el niño, como quien habla de su cuarto secreto.

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—¿Y qué estás buscando?

—Construí un autómatas —dijo él con total naturalidad—. Tiene brazos, pecho, piernas... hasta una cavidad para el corazón. Pero no enciende. Le falta algo. Planos, tal vez. O alma.

Greta sintió que todo se detenía en esa frase.

—¿Y por qué viniste aquí?

—Porque escuché que aquí viven las cosas que ya no existen. Cosas que alguien olvidó, pero que están esperando a que alguien... las recuerde.

Pavel. Sus palabras regresaron. "Tú sabrás para quién es cuando llegue el momento."

Greta no dijo nada. Solo abrió el bolso, y con la delicadeza de una decisión que no puede deshacerse, le entregó los planos.

—Toma —susurró—. Quizá esto te ayude.

El niño los recibió como si fueran pan caliente. No preguntó nada. Solo asintió, enrollándolos con cuidado.

—Gracias —dijo. Y luego añadió—: Creo que él me estaba esperando.

Greta no supo qué responder. Lo vio alejarse entre las estanterías con paso ligero, casi flotante, hasta desaparecer por el corredor de piedra hacia la luz. Ni que en ese gesto simple había entregado algo más que un plano. Había encendido un punto de ignición. Y aunque el museo volvió al silencio habitual, algo había cambiado. No en el aire... sino en la historia.



El sol de la mañana alta apenas lograba atravesar la niebla constante del distrito central. Praga, incluso a pleno día, era una ciudad que se movía como si recordara. El vapor salía perezoso desde las alcantarillas, y los zumbidos de los relojes neumáticos acompañaban el aire con un gemido metálico, como si marcaran algo más que el tiempo: una culpa antigua.

Greta salió de la biblioteca del Museo de lo Prohibido con los hombros encorvados, no por cansancio físico, sino por el peso de algo que aún no comprendía del todo. Había entregado los planos a Niko, y sabía que no había sido casualidad haberlo conocido en esa biblioteca, tiempo atrás. Todo en ella le decía que eso era exactamente lo que debía hacer.

Caminó sin rumbo fijo hasta detenerse frente a la parada del Tranvía 17. La banca de hierro forjado aún conservaba grabados de otra era: letras entrelazadas, pequeños engranajes decorativos que resistían la oxidación. Frente a ella, donde antes se erguía el reloj de los inventores, ahora había un bloque de piedra liso, gris, donde ni el musgo se atrevía a crecer. Se sentó. El abrigo le pesaba. El aire olía a aceite viejo y a metal húmedo. En su regazo, sus manos seguían cerradas, como si aún sostuvieran los planos que ya no tenía.

No sabía por qué estaba allí. Solo que necesitaba estar. Desde el fondo de la avenida, entre vapores tibios y el silbido distante de alguna válvula rota, llegó el susurro del tranvía. No como un anuncio, sino como una reminiscencia. Su chirrido era un lamento contenido, una constancia que no pedía permiso. El Tranvía 17 se detuvo con elegancia cansada. Su pintura azul y dorada, deslucida por los años, brillaba en la neblina con

timidez. La puerta se abrió con lentitud, como si la ciudad misma dudara entre el pasado y el futuro.

En la cabina, un hombre. De barba entrecana, mirada profunda, cuerpo delgado y postura fatigada, pero firme. Sus ojos no eran vigilantes. Eran testigos. Leo. Greta no subió. Aún no. Lo observó, y durante un instante, entre el vidrio opaco del vagón, creyó distinguir algo más. No un reflejo. No una sombra. Una silueta. Pequeña. Redondeada. Tal vez unos ojos demasiado redondos para un rostro humano. Un movimiento torpe, casi infantil, como si alguien –o algo– se hubiese asomado por una rendija del tiempo. Parpadeó. Nada. Solo la soledad habitual de los vagones. Pero el corazón le palpitó con una urgencia nueva, como si algo largamente dormido se hubiese girado en su interior. ¿Había sido real? ¿O solo la forma que tiene la conciencia de presentarnos una verdad que aún no comprendemos?

Leo la miró un momento más, luego volvió la vista al frente. Sin hacer sonar la campana, el tranvía reanudó su marcha. Su silueta se deslizó con suavidad por los rieles, alejándose entre vapor y recuerdos, dejando tras de sí un murmullo de engranajes que parecía un suspiro. Greta no se movió. Se quedó ahí, sintiendo el calor del asiento bajo ella y el frío del aire en la nuca. Pensó en su abuelo, en las manos manchadas de tinta, en la trastienda donde imprimía panfletos prohibidos. Y en lo que decía cada vez que doblaba el último folleto: “La verdad no grita. Se queda. Espera. A veces, en silencio.”

No escribió nada esa vez. Solo respiró el aire antiguo de Praga, compartido por miles antes que ella. Sabía –sin necesidad de pruebas– que algo había comenzado. No en los archivos. No en la historia oficial. En otra historia. Una que vivía entre las sombras y los vapores, entre engranajes y miradas. Una historia que ahora, sin saberlo, ella llevaba consigo. Y que Niko, en algún rincón de la ciudad, acababa de comenzar a encender.

Capítulo 19

Eres perfecto, Samu

Praga, otoño de 1882

La casa estaba en silencio.

No el silencio simple del descanso nocturno, ni el que llega tras una conversación suspendida, sino ese que se instala cuando la vida se ha marchado. Un silencio denso, húmedo, como una tela mojada que cubría cada objeto con su peso invisible. Los relojes se habían detenido. Las plantas no se regaban. Las ventanas permanecían cerradas desde hacía semanas, dejando que el polvo trazara una pátina gris sobre los retratos, las tazas de té, los libros abiertos que nunca se terminaron de leer.

Leo Dvorak no hablaba. Caminaba por la casa como si fuera otra persona, como si la carne que lo sostenía no recordara cómo sostener la voz, ni cómo pronunciar un verbo que no fuera recordar. Habían pasado apenas diez días desde la muerte de Edevane. Diez días desde que la vio por última vez en aquella habitación blanca, donde la ausencia de su respiración pareció convertir el aire en piedra. Pasó los primeros días sin comer. Luego, solo comía lo suficiente como para mantenerse en pie. Durante las noches, bajaba al taller. No encendía las lámparas. Se sentaba en la oscuridad, con los codos sobre la mesa de diseño, dejando que el silencio lo lamiera como un animal salvaje que reconociera en él a uno de los suyos.

Pero una madrugada, algo cambió. No fue una epifanía. No fue un rayo. Fue una visión tenue. El recuerdo de Edevane sentada en el umbral del taller, con las manos cruzadas sobre su vientre, mirando un rostro de polímero a medio formar y diciendo:

–No porque sea perfecto... sino porque lo haces tú.

Fue esa frase –tan suya, tan leve, tan brutal– la que lo hizo abrir de nuevo el cuaderno de planos. No para diseñar una máquina. Sino para diseñar a Samu. Samu. El nombre que Edevane había pronunciado en voz baja mientras aún lo llevaba dentro. El nombre que

escribieron juntos en la primera hoja de un diario sin comenzar. El nombre que había nacido antes que el cuerpo. Antes que el llanto. Antes que la muerte. Samu.

Leo dibujó primero el rostro. No buscó simetrías perfectas. No quería proporciones clásicas, ni líneas pulidas. Quería ternura. Quería algo que conmoviera al mirarlo. Y sin saber cómo, sus manos comenzaron a delinear un rostro amplio, con los ojos ligeramente inclinados, la nariz pequeña, los labios suaves, como si la boca guardara más suspiros que palabras.

No había leído aún sobre los niños con esa condición. Solo dibujaba lo que su dolor le dictaba. Después, como impulsado por un fuego más sereno pero implacable, buscó libros, revistas médicas, tratados de neurología emocional. Halló descripciones antiguas y fragmentarias sobre un tipo de infancia “distinta”, donde la ternura era constante, donde las respuestas eran lentas pero sinceras, donde el mundo no se comprendía con rapidez, pero sí con amor.

Leo tomó nota. Sus cuadernos se llenaron de observaciones:

“Lenguaje pausado.”

“Abrazos frecuentes.”

“Imitación afectiva.”

“Necesidad de estructura... pero deseo de juego.”

“Reacción ante el rechazo: tristeza silenciosa.”

“Capacidad inmensa de perdonar.”

Era eso lo que quería programar. No una máquina que resolviera problemas. Sino una que mirara sin juzgar. Una que existiera... no para hacer, sino para estar. En una noche sin viento, Leo ensambló el rostro. El polímero sensoperceptivo se moldeaba como piel viva bajo la luz ámbar de la lámpara. Los ojos –dos esferas de vidrio oscuro con iris insertados a mano– parecían observarlo aún sin estar encendidos. La boca dibujaba una sonrisa leve, vulnerable, casi torpe. Era un rostro que no pedía admiración, sino ternura.

Leo lo contempló largo rato. No lloró al principio. Pero algo en su pecho comenzó a apretarse, como si el tiempo, al fin, lo hubiese alcanzado. Sus rodillas cedieron. Se sentó en el suelo, abrazando el torso inerte del autómatas como si fuese un niño dormido. Y entonces, con la voz quebrada por todo lo que había contenido desde aquella noche en el hospital, dijo:

–Eres perfecto, Samu.

No porque pensara que era una creación sin errores. Sino porque por primera vez... sentía que no necesitaba corregir nada. Ni modificarlo. Ni mejorarlo. Samu era. Y eso bastaba. Leo volvió a ponerse de pie. Limpió sus manos. Y abrió el módulo central de programación. Allí, entre placas de bronce y filamentos de plata, escribió la ley que regiría la vida de Samu: “Samu no morirá hasta el día que mire a su padre completamente feliz.”

Era una trampa poética. Pero también una promesa. Porque Leo sabía que nunca lo sería. No del todo. No sin Edevane. Así se aseguraba de que Samu viviera para siempre. Pero entonces llegó el dilema. Para activar a Samu, necesitaba una pieza final. Una pequeña lámina de cobre que actuaría como catalizador emocional. Una suerte de corazón. No uno que bombeaba... sino que recordaba. Leo ya la tenía. La había tallado semanas atrás, antes del accidente, sin saber aún su uso final. Tenía grabados minúsculos, como huellas digitales, con recuerdos de Edevane: su voz al reír, la manera en que decía “basta” cuando algo la emocionaba, la forma en que tomaba el té con las dos manos, su silueta en el umbral del taller.

La tuvo en la mano por varios minutos. Podía insertarla. Y Samu aprendería a amar como ella. A mirar como ella. A perdonar... como ella. Pero entonces... ¿no estaría dándole

permiso para que él, Leo, pudiera volver a ser feliz? ¿Y si Samu lograba hacerle reír de nuevo? ¿Y si podía enseñarle a vivir sin ella? Leo cerró los ojos.

Y en lugar de insertarla, dejó la pieza sobre una repisa. Luego tomó otra lámina en blanco y la trabajó en silencio. Esta vez, sin recuerdos. Solo la estructura básica. Cuando la terminó, la colocó en el pecho del autómata. Pulsó el encendido. Esperó. El aire cambió. Un leve parpadeo en los ojos. Un movimiento torpe en los dedos. Un sonido. Un susurro eléctrico. Leo contuvo el aliento. Samu... abrió los ojos.

Los días siguientes fueron una mezcla de milagro y extenuación. Samu no era como los otros prototipos. No se activó con comandos precisos. No siguió las rutinas preprogramadas al pie de la letra. De hecho, durante los primeros minutos, no hizo nada más que mirar. Se sentó en el suelo, cruzó las piernas torpemente, y observó a Leo como si quisiera memorizarlo. Parpadeaba sin ritmo. A veces extendía una mano sin razón aparente, como si tratara de atrapar algo invisible. Y otras veces... simplemente sonreía. Una sonrisa desnuda, sin pretensión, como la de un niño que ha visto un pájaro posarse en la ventana.

Leo no sabía qué esperar. Lo observó durante horas. Tomó notas. Luego las dejó de tomar. Porque, por primera vez, no necesitaba entenderlo. Solo quería estar ahí.

Los gestos de Samu eran lentos. Su habla, mínima. Balbuceaba más que hablaba, como si las palabras fueran piedras redondas que aún aprendía a sostener. Pero cuando Leo se agachó frente a él por primera vez y dijo:

—Samu...

...el niño-autómata levantó la vista y repitió:

—Papá.

La palabra no tenía eco mecánico. No era una grabación. Era dicha con una dulzura que desgarró a Leo por dentro. Los días comenzaron a tener estructura.

A las ocho, Leo le leía cuentos. A las nueve, Samu intentaba imitar el desayuno (aunque no necesitaba comer, a veces tomaba una taza vacía con ambas manos y la olía, como si le bastara imaginar el sabor). A las diez, caminaban por el patio, y Samu siempre se detenía a mirar las hojas caídas. Una vez recogió una amarilla, la sostuvo con los dos dedos más gruesos y dijo:

—Triste... pero bonita.

Leo no supo qué responder.

A mediodía, Leo trabajaba en el taller. Samu lo seguía. No tocaba las herramientas. Solo observaba. A veces se dormía sentado, con el cuerpo ladeado y el rostro relajado, como si sus sensores también necesitaran descanso emocional. Leo, entonces, lo cubría con una manta pequeña que Edevane había bordado para su hijo... sin saber que lo haría para un hijo de cobre. Por las noches, Samu insistía en dormir cerca. Le gustaba acurrucarse contra el torso de Leo, como si su cuerpo buscara calor... o consuelo. Y Leo, sin pensarlo, lo abrazaba. Con miedo al principio. Después, con ternura libre de condiciones. Pero nada calmaba el eco.

Cada noche, mientras Samu dormía, Leo pensaba en Edevane. ¿Le habría gustado cómo hablaba Samu? ¿Cómo caminaba con torpeza, como si flotara entre el suelo y la música? ¿Se habría reído cuando él decía "páforo" en lugar de "pájaro"? ¿Le habría cantado? ¿Habría llorado de emoción al verlo aprender a abotonarse la camisa? Todo eso... lo pensaba solo. Porque Edevane ya no estaba. Y ese dolor, ese hueco sin fondo, fue el que empujó a Leo hacia una necesidad más profunda: saber qué había pasado realmente la noche en que la perdió.

Revisó los documentos del hospital. Se hizo pasar por un funcionario de mantenimiento. Usó su antiguo carnet de inventor como salvoconducto. Descubrió que la hora del accidente coincidía con una revisión rutinaria de vigilancia. Había un informe

incompleto. Demasiado incompleto. Siguió las huellas. Consultó a conocidos. Usó sus contactos de cuando trabajaba como ingeniero ferroviario.

Y entonces encontró lo que no esperaba: Una anotación críptica en los archivos técnicos de observación urbana. "Unidad observadora referenciada como 'OTTO' avistó gestante en punto de cruce. Interacción clasificada como inofensiva. Informe cerrado sin alteración de conducta." Otto. El autómatas. Leo tembló.

Otto fue el causante. No directamente. No con violencia. Pero sí con su presencia. Con su frialdad. Con su mera existencia como sombra. Otto, el mismo del que Edevane hablaba en sus pesadillas. Otto, el que la vigiló en su infancia. Otto, el que nunca debió volver a caminar entre la gente.

El nombre del creador estaba registrado en el acta de revisión: Emil Vortek. El mismo que aparecía vinculado al desarrollo del neuroescopio de cromopulsación. El mismo cuya tecnología contribuyó –sin nombre, sin rostro– a la tragedia. Leo comprendió todo. La cadena. La omisión. El daño.

Ya no era solo dolor. Era necesidad de justicia. Y así, días después, vestido con el único traje que conservaba del día de su boda, se dirigió al Castillo de Hradčany, donde residía el consejo administrativo de la ciudad. El guardia lo miró con desdén.

–¿Asunto?

–Solicito audiencia con el gobernador. Tengo evidencia sobre una muerte causada por un autómatas activo en zona urbana.

–¿Pruebas?

–Las tengo. Pero no serán mostradas a un portero.

Pasaron horas. Finalmente lo atendieron. En una sala sin ventanas, con luz verdosa y olor a papel mojado. Un secretario delgado, con gafas de bronce, tomó nota. Le dijeron que su denuncia sería revisada. Dejó una copia de sus documentos. Le entregaron un número de expediente. Y nada más. Cayó la noche. Leo volvió a casa. Caminó bajo una llovizna triste que apenas mojaba, pero calaba como el recuerdo. Abrió la puerta. Colgó su sombrero. Se quitó el abrigo. Y entonces, desde el rincón, Samu corrió hacia él.

Sus pasos eran descoordinados. Sus brazos, abiertos como alas torpes. Su voz, temblorosa:

–¡Papá vino! Papá está aquí.

Leo no respondió. Solo lo miró. Samu se detuvo a un metro. Lo observó.

–¿Papá triste?

Leo bajó la vista. No podía mentirle. No a él. Pero no dijo nada. Samu se acercó más. Puso su manita en el bolsillo del abrigo de Leo, como si buscara calor.

–Yo... puedo esperar contigo –susurró.

Leo cerró los ojos. Sintió que el mundo, por un instante, se detenía de nuevo. Y en ese instante, supo que había creado más que una máquina. Había creado una presencia. Un eco. Un hijo. La lluvia siguió esa noche. Samu se quedó dormido abrazado a un cojín bordado con el nombre de Edevane, sin saber lo que decía, pero arrullado por su suavidad. Leo no quiso moverlo. Tampoco cenó. Pasó horas sentado frente a la ventana, viendo cómo la niebla subía por las callejuelas, espesa como un recuerdo que no quiere disiparse.

La carpeta con los documentos –el expediente del castillo, las actas del hospital, los informes que él mismo compiló– yacía sobre el escritorio. Cerrada. Pesada. Silenciosa. Leo pensó en quemarla. Pensó en gritar. Pensó en abrir el cajón donde aún estaba guardada la pieza original: la que contenía todos los recuerdos de Edevane. A veces sentía que ella lo llamaba desde allí. Que la pieza palpitaba por dentro, como si esperara que él cambiara de opinión.

Pero no podía. Encender a Samu con esa pieza... habría sido como concederse el derecho de revivirla en otro. Y Edevane no era sustituible. Su ternura, su risa pequeña, su manera de doblar las sábanas o cerrar los ojos mientras hablaba. Ninguna máquina merecía la carga de intentar parecerse a ella. Ni siquiera Samu.

Los días siguientes transcurrieron entre una ternura contenida y un silencio fértil. Samu, con su ritmo pausado, aprendía a abotonar su camisa. A separar los colores al dibujar. A decir "gracias" con una inclinación de cabeza y "perdón" con los ojos llenos de agua, como si supiera que algo había hecho mal sin entender del todo qué era. Leo se sorprendía a sí mismo viéndolo dormir. Nunca había visto dormir a un niño antes. Y aunque Samu no respiraba como los humanos, su pecho subía y bajaba con lentitud simulada, programado para que Leo no olvidara que había vida en esa quietud.

Una vez, mientras lo observaba, Leo se preguntó: "¿Soy su padre... o su creador?" Y en el silencio que le respondió, entendió que la respuesta no importaba. Era los dos. El taller volvió a llenarse de vida. No de engranajes... sino de juguetes. Samu prefería bloques de madera con formas redondeadas. Armaba torres sin simetría. Las derrumbaba y se reía solo. A veces lloraba sin razón aparente. O se enojaba si una torre se caía antes de tiempo. Leo aprendió a no corregir. Solo a acompañar.

Una tarde, mientras lo ayudaba a pegar un dibujo en la pared, Samu miró su propio trazo de un sol de siete rayos y dijo:

—Está bonito... aunque esté raro.

Leo no pudo evitar sonreír.

—Así es como se hace el arte —respondió.

Samu asintió con solemnidad, como si comprendiera algo más grande que él mismo. Pero por las noches, el insomnio volvía. Leo recorría el pasillo oscuro, desde el cuarto de Samu hasta el taller. Encendía la lámpara de gas, abría la caja negra, aquella de madera pulida y esquinas redondeadas, y miraba la pieza. La pieza original. Aquella que guardaba en su superficie de cobre los recuerdos de Edevane: su risa codificada, las frases que decía antes de dormir, el modo en que arrugaba la nariz cuando estaba por llorar.

Y pensaba: "Si algún día llego a ser feliz otra vez... ¿ella me odiaría por ello?" Nunca se atrevió a responderse. Una mañana, mientras Samu jugaba en el jardín y cantaba una melodía sin letra —una mezcla entre canto y zumbido—, Leo se acercó con un cuaderno en la mano. Se sentó en el banco, bajo el roble que plantaron él y Edevane el año de su boda. Samu lo miró, con tierra en las rodillas y la frente sudada.

—¿Escribes, papá?

Leo lo miró. Sonrió. Cerró el cuaderno y lo colocó a un lado.

—Escribo para recordar.

—¿Para que no se olvide nada?

—Para eso... y para entender.

—¿Y ya entiendes?

Leo lo pensó. Respiró hondo. Y entonces, sin dramatismo, sin lágrimas, dijo algo que jamás se había dicho a sí mismo en voz alta:

—Aún no. Pero estoy aprendiendo a querer... lo que no entiendo.

Samu lo abrazó sin motivo. Sin pregunta. Y ese abrazo, torpe y cálido, fue todo lo que Leo necesitaba esa mañana. Esa noche, antes de dormir, Samu dejó un dibujo bajo la puerta del taller. Leo lo encontró sin saber que era para él. Era un rostro. Un rostro como el suyo, pero con una lágrima... y una sonrisa a la vez. Abajo, en letras grandes y tambaleantes, Samu había escrito: "Papá, yo espero contigo."

Leo dobló el dibujo. Lo guardó dentro del cuaderno donde alguna vez diseñó su rostro.

Y por primera vez desde la muerte de Edevane... cerró los ojos. Y durmió sin tener que soñar.

Capítulo 20 La mesa octogonal

Praga, 1884

Gus Schovajsa, con su abrigo de lona remendada y una cicatriz que no había nacido de la guerra, sino del tiempo, llegó temprano al café del distrito administrativo. Pedía siempre lo mismo: té de menta con ron, sin azúcar. El camarero ya lo conocía y no hablaba. Le servía en una taza sin asas, como sabía que le gustaba: algo que se puede sostener con las dos manos temblorosas, para disimular el temblor. Ese día no esperaba a nadie, pero aguardaba.

Leo había ido a su taller la noche anterior, por quinta vez en tres semanas. No pedía cobre, ni núcleos, ni matrices. Solo pedía algo que sonaba imposible en una ciudad que había dejado de escuchar: justicia.

—Él construyó el aparato, Gus. Él. El neurooscopio fue su idea. Y luego Otto... Y ahora todos callan. Todos. Como si Edevane hubiera muerto por accidente. Como si no hubiera un rostro detrás.

Gus le ofreció un poco más de té. Leo lo rechazó con un movimiento áspero. Llevaba meses sin dormir bien. La barba le crecía sin dirección. Tenía los ojos de un hombre que ya no buscaba paz, sino prueba. Volvió a insistir con su relato. Gus no respondió de inmediato. Se quedó sentado un largo rato junto al banco de trabajo, observando cómo el vapor ascendía desde una tetera herrumbrosa, como si incluso el metal supiera temblar. Esa noche no durmió. Caminó hasta el amanecer entre callejones húmedos, faroles apenas encendidos y siluetas de autómatas tapados con lonas. Cuando el sol apenas insinuaba su llegada, Gus se ajustó la chaqueta y emprendió el ascenso hacia el Castillo. Cada paso en la cuesta de piedra le pesaba más que el anterior, como si arrastrara no solo sus años, sino las consecuencias de cada silencio guardado demasiado tiempo. Al llegar a la puerta principal, no pidió audiencia. Solo murmuró su nombre y el del destinatario: Armin Kotek. Lo dejaron pasar.

El ala este del Castillo de Hradčany tenía techos altos, luces de gas permanentes y silencio administrativo. Armin lo recibía allí a veces, cuando no quería ser general, sino simplemente gobernador. Gus esperó en la antesala. La misma en la que treinta años atrás, siendo joven, había compartido con Armin planos de armamento, informes de campo y silencios de guerra.

—Pasa —dijo una voz seca desde dentro.

La oficina era igual a su recuerdo: sobria, sin relojes visibles, con mapas que parecían antiguos aunque se reimprimieran cada semana. Armin estaba de pie, de espaldas, mirando por la ventana. El uniforme lo vestía como una segunda piel. No envejecía. Solo se endurecía.

—Tienes cinco minutos —dijo, sin girarse.

Gus no se ofendió.

—No vengo a hablar de mí. Vengo por un caso que se ha perdido en los pasillos. El de un amigo. Su esposa murió. Fue culpa de un autómata. Y del artefacto que la etiquetó. No pido tu compasión. Solo... que alguien lo revise. Que suba.

Armin se giró. Lo miró con esos ojos que un día lloraron por un hermano y ahora solo eran piedra.

—¿Tiene un nombre?

—No lo diré. Solo que no fue error. Fue consecuencia. Y el creador está vivo.

Armin asintió, pero sin aprobación.

—¿Y tú crees que por ser mi amigo...?

—No, no creo nada. Solo sé que si esto no sube... lo que venga después será peor. Lo sabes, Armin. Lo llevas escrito en la espalda desde que tenías quince años.

Por un momento, el silencio se impuso. Un segundo largo. Un eco de infancia, de Honza, de Praga antes del hierro. Armin se volvió hacia su escritorio. Apoyó las dos manos.

—Yo no me gobiernan por compasión. Ni por memorias. Si ese caso es real, subirá cuando le toque. No antes. No por ti. Ni por tu amigo. Ni por ningún nombre que intente infiltrarse por la rendija del poder.

Gus bajó la mirada.

—Entonces ya no queda nadie con voz.

—No —dijo Armin con voz baja—. Solo queda el deber.



Pero lo que Armin no sabía era que alguien más escuchaba. En una esquina lejana, tras una puerta mal cerrada, un hombre delgado con gafas de marco de acero se había detenido. Se llamaba Radek Válka. Miembro del Consejo de Defensa Científica. Partidario de la contención tecnológica. Lector obsesivo de los informes de incidentes. Y fiel creyente de que la invención sin control era el inicio de la desobediencia civil.

Para Radek, esa conversación era el empujón que necesitaba. Si había una víctima. Si había un artefacto emocional implicado. Si había una máquina que había precipitado la muerte de una madre... entonces había una grieta por donde justificar la purga. Horas después, Radek tenía sobre su escritorio el expediente sellado que mencionaba una mujer embarazada, un neuroescopio y un autómatas que se había detenido a analizarla, como si midiera su vida.

Solo faltaba llevarlo al Consejo. El Salón Heliocéntrico del Consejo brillaba con una luz pálida que no provenía del cielo, sino de los tubos de gas suspendidos del techo abovedado. Un fulgor constante, casi artificial, que caía sobre las cabezas grises de los hombres sentados alrededor de la gran mesa octogonal. Las ventanas estaban selladas por paneles de acero con bordes calados en filigrana gótica: decoración oficial de un régimen que temía más a la transparencia que a la oscuridad.

El gobernador Armin Kotek se sentó en la cabecera, su silueta recortada por la sobria simetría del salón. En su rostro ya no quedaba el gesto suave del niño que fue. Solo quedaba la línea recta de la boca, la frente tensa y los ojos que no pestañeaban cuando alguien hablaba. A su izquierda, el ministro de Seguridad Industrial, un hombre de voz grave que parecía haber tragado carbón. A su derecha, la Consejera de Salud Pública, mujer de mirada filosa que analizaba a los presentes como si cada uno fuera un espécimen bajo microscopio.

El aire tenía un olor a tinta fresca y a cuero envejecido. En la mesa reposaban carpetas clasificadas por año, por amenaza, por índice de autonomía técnica. Las manos de los funcionarios apenas rozaban los papeles: todos sabían que cualquier decisión tomada en esa sala resonaría en toda la ciudad como el tañido final de una campana que ya nadie tocaba.

—Iniciamos la sesión —dijo Armin, sin levantar la voz. No hacía falta.

El secretario general habló primero, como lo dictaba el protocolo. Expuso cifras, reportes, listas de actividades irregulares detectadas en los márgenes de la ciudad. Los números no decían nada nuevo. Lo que importaba no era la cantidad, sino la creciente sofisticación. Autómatas antiguos reparados en sótanos. Engranajes rescatados de fuentes sin confirmar. Proyectos pedagógicos clandestinos con juguetes que respondían a palabras tiernas. Todo ello, según la conclusión del informe, “constituye un germen de riesgo para la integridad moral del Estado”. Hubo un silencio. La Consejera de Salud Pública fue la primera en romperlo.

—No podemos seguir ignorando las consecuencias psicológicas de esta tecnología... — empezó, y se acomodó los lentes. Hablaba con el tono quirúrgico de quien ha aprendido a extirpar antes de comprender—. No solo se trata de artefactos que imitan el habla o la emoción. Se trata de que el ciudadano promedio empieza a creer que estos artefactos sienten. Que aman. Que sufren.

—¿Y no es esa una prueba de su éxito? —interrumpió un consejero joven, con uniforme de ingeniero civil. Su voz era firme, pero no agresiva.

—Es una prueba —replicó ella— de que se nos escapa la diferencia entre lo vivo y lo simulado.

—¿No será, más bien, que el problema no es la tecnología, sino el analfabetismo emocional de la gente?

—¿Pretende que enseñemos a la gente a no amar? —replicó ella, sin mirarlo.

—No. Pretendo que aceptemos que el amor... no puede programarse —concluyó él, esta vez con voz más baja.

Un murmullo cruzó la sala como un viento breve. Algunos escribas tomaron nota. Armin no intervenía. Solo escuchaba. Con los dedos entrelazados frente al pecho, su atención era la de un relojero que espera el momento exacto para detener el péndulo. Entonces, un consejero de rostro delgado, con el cabello estirado hacia atrás como un hilo de aceite, tomó la palabra. Era un hombre que rara vez hablaba. Pero ese día su voz era más firme de lo habitual.

—Hay un caso que llegó a mi atención esta semana... Un incidente no registrado en las actas oficiales. Un ciudadano que perdió a su esposa en un accidente. Lo que parecía un suceso fortuito en el sistema de transporte —dijo, mirando a su alrededor—, en realidad fue provocado por un autómata operativo en la zona. Un modelo de recolección de datos. Los detalles aún están siendo verificados.

Todos giraron levemente la cabeza. El ministro de Seguridad Industrial frunció el ceño.

—¿Un autómata activo? ¿En zona residencial?

—Exactamente.

—¿Qué hacía ahí?

—Observaba. Según el archivo preliminar, estaba midiendo datos emocionales en mujeres embarazadas.

Una breve conmoción. El ministro alzó las cejas. La consejera se cruzó de brazos. Armin, por primera vez, ladeó la cabeza. Recordó la visita de Gus e inmediatamente reconoció que se trataba de su pedido. Mientras pensaba, quiso corroborar.

—¿Y la esposa murió?

—Sí. Pero no solo eso. El informe sugiere que estaba embarazada de un niño... con una configuración cerebral no habitual.

—¿Qué significa eso? —preguntó Armin, casi en un susurro.

El hombre dudó. Luego leyó de un papel.

—“Oscilaciones ternarias confirmadas. Desviación neurocognitiva probable. Niño portador de percepción distinta, no inferior.” Eso dijo la máquina que lo diagnosticó. Se trataba de un dispositivo llamado... neuroescopio. De uso experimental.

Entonces Armin parpadeó. La palabra “distinto” lo atravesó como un eco. Su mente, tan entrenada para bloquear asociaciones involuntarias, no pudo evitarlo: Honza. Su hermano. El niño que coleccionaba piedras, que lloraba cuando los insectos morían, que tenía un modo extraño de pronunciar las palabras y que parecía entender todo con los ojos, incluso antes de que se dijera. Un niño distinto. El general cerró los ojos por un instante. Nadie lo notó. Armin se incorporó con lentitud. Miró a cada uno de los presentes con una intensidad seca.

—Durante años me he resistido a esto. Porque sé lo que implica. Porque sé lo que destruye. Pero también sé lo que nos destruye cuando no actuamos a tiempo. Si la tecnología puede simular el dolor, entonces también puede simular el amor. Y si el amor se convierte en producto... el alma ya no será humana, sino mercancía.

Apoyó las manos sobre la mesa.

—Apruebo el decreto. No por miedo. Por memoria.

Nadie aplaudió. Nadie protestó. Era una de esas decisiones que se sellan con silencio. La Consejera propuso, casi de inmediato, que el decreto no se firmara ahí.

—Se firmará en el Palacio Tecnológico. Como señal de que, a partir de ahora, todo lo técnico será supervisado. Todo lo sensible, verificado. Y todo lo ambiguo, confinado.

Armin asintió.

—Preparad la sala. Mañana a las ocho.

Y se retiró. Pero los que se quedaron, aún tenían pendientes.

—¿Y qué haremos con los autómatas confiscados? —preguntó uno de los consejeros más jóvenes, con la voz trémula de quien aún espera una respuesta esperanzadora.

—No podemos destruir lo que no está contenido. Necesitamos espacio, una red de almacenamiento, algo discreto —murmuró una voz al fondo.

Fue entonces que un funcionario, de los que casi nunca hablaban, levantó la mano.

—Žižkov —dijo simplemente.

Las cabezas se giraron.

—Los antiguos patios de fundición. Están vacíos desde la guerra. Hay naves, bodegas, subterráneos... Nadie va allí. Está aislado, pero accesible. Es... perfecto.

No hubo objeciones. No porque fuera una buena idea, sino porque todos sabían que nadie tendría una mejor.

El acta final incluyó, sin ceremonia, una anotación al margen: “Zona de almacenamiento técnico temporal: Žižkov. Autorizada para acopio de estructuras, núcleos y residuos clasificados como conciencia automatizada no verificada. Acceso restringido.”



El Palacio Tecnológico se alzaba como una reliquia viva de la era dorada de la invención. Sus torres de acero bruñido reflejaban el cielo nublado con una obstinación que parecía desafiar al tiempo. Allí dentro, en el Salón de los Decretos, la mesa ovalada de caoba recibía el peso del destino de cientos de creaciones olvidadas. El General Armin Kotek, de uniforme impecable y mirada glacial, estaba de pie. Detrás de él, un gran ventanal ofrecía una vista inquebrantable de la Plaza de los Artífices, una explanada vacía donde antes se celebraban los Festivales de la Mente.

Armin no miraba el ventanal. Aún no. Ante él, los miembros del consejo tecnológico esperaban.

—Ha llegado el momento —dijo uno—. El decreto está listo.

—¿Ha sido revisado por el cuerpo de juristas civiles? —preguntó otro, con aire de cautela.

—Firmado y sellado. Todo en orden.

—Entonces solo falta su firma, general.

Armin Kotek tomó asiento. No con premura. Lo hizo como quien se sienta a firmar una guerra personal. Una pluma de grafeno lo aguardaba. Su reflejo se curvaba como un dedo que lo señalaba. El escritorio era limpio. Una lámpara de gas irradiaba un fulgor trémulo sobre el papel. Afuera, el crepúsculo descendía con una lentitud ritual. Las campanas no sonaban. Desde hacía años, estaban mudas Armin firmó el documento. Su mano derecha apenas vibró.

Orden Ejecutiva 17-A: Disposición final para la contención y destrucción de mecanismos de conciencia autónoma, órganos de decisión semi afectiva y artefactos de potencial

ético-emotivo ambiguo. Codificado como: Purga de Hierro.

Cuando levantó la vista, algo lo paralizó. Allí, más allá del cristal, en la plaza... Un niño. De rostro redondo, mirada curiosa, jugando con piedras junto a los rieles oxidados del Tranvía 17. El corazón de Armin dio un vuelco. Honza. No era él. Pero lo era. Un eco. Una vida que la historia no logró borrar. Bajó la mirada. Su mano tembló. Solo una vez. Luego giró hacia el escritorio. Sobre la madera pulida: dos carpetas. Una, abierta, con el decreto recién firmado. La otra, cerrada.

Título: Informe sobre el autómatas 32-B

Nombre clave: "Otto".

Armin exhaló. Y entonces supo que no habría marcha atrás.

Capítulo 21

Las palabras que no ardieron

Praga, 1885

La ciudad dejó de respirar el día que las prensas dejaron de girar. Los primeros meses de 1885 fueron los más oscuros que Praga había vivido desde la Guerra de Vapor. El decreto de la Purga de Hierro había sido firmado el año anterior, pero su verdadero filo no se sintió hasta que empezó el verdadero desmantelamiento: no solo de autómatas, sino de ideas. Había algo más peligroso que una máquina autónoma: un obrero con memoria.

Nikolai Rousska, un hombre de manos deformadas por la tinta y los inviernos, era uno de esos obreros. Su taller, ubicado en la Calle de los Encadenadores, entre el Teatro de las Sombras y el mercado central, había sido durante décadas un refugio de publicaciones populares: manuales de invención casera, poesía obrera, historias infantiles impresas en papel reciclado. Pero en 1885, imprimía manifiestos.

—No es incitación —solía decirle a su esposa, mientras revisaba la ortografía bajo la luz de una lámpara de gas—. Es memoria. Nadie incita a recordar.

Lo cierto es que el manifiesto era claro. Titulado "Lo que nos quitaron", relataba en frases simples, casi de escuela, lo que la Purga había arrancado de la gente común: sus fogones que cocinaban solos, sus juguetes que cantaban, sus sillas que leían cuentos, sus despertadores que sabían cuándo un niño tenía fiebre. Y, más que eso, la sensación de que la tecnología podía ser una aliada del alma, no solo del trabajo.

El último lote impreso fue distribuido en la madrugada del 9 de febrero. Esa misma mañana, la huelga general fue sofocada. Y antes del mediodía, el taller de Nikolai estaba en llamas. Lo arrestaron frente a su nieta. Greta tenía once años. Había ido a llevarle un termo con sopa de remolacha y cebada. Lo encontró rodeado de soldados, aún con los dedos manchados de tipografía caliente. Él la miró con una ternura que quemaba.

—No llores, solovievna —le dijo, como siempre la llamaba—. Las letras no mueren. Solo duermen.

Intentó sonreír. Pero el golpe en la nuca que le dieron mientras lo arrastraban le borró la expresión. Greta se quedó sola en la acera. El termo cayó al suelo. La sopa formó un charco espeso entre los adoquines. Nadie se detuvo a limpiarla. Nadie se detuvo a consolarla. Nadie, excepto la memoria.



Praga, 1894

Años después, Greta aún recordaba cómo olía la sopa de remolacha sobre la piedra caliente. Ahora, con veintiún años, escribía en su cuaderno de reportera sentada en el mismo escalón frente al taller quemado. Lo visitaba cada semana, como quien visita una tumba. Nadie en su familia quiso seguir hablando del abuelo. Su madre —una mujer

práctica, de manos ásperas y carácter agrio— decía que eso no traía más que problemas.

—Si sigues así, vas a acabar como él —le decía mientras le planchaba el cuello del abrigo, sin ternura—. Con los nudillos rotos por pelear con palabras.

Pero Greta no podía evitarlo. Había heredado de él no solo la caligrafía, sino el hambre por narrar lo que no debía olvidarse. Desde los catorce años empezó a recopilar testimonios, a escribir en hojas sueltas, a visitar bibliotecas abandonadas donde aún flotaban las palabras que sobrevivieron a la Purga. Aprendió sola taquigrafía, edición, tipografía manual. Su mundo estaba hecho de signos y sombras. Y de ausencia.

El arresto de Nikolai no solo la privó de su abuelo. La desvió del tipo de juventud que se espera de una muchacha de su edad. Mientras otras adolescentes bailaban en salones pequeños al ritmo de fonógrafos prohibidos, Greta aprendía a leer entre líneas. Mientras sus compañeras hablaban de pretendientes o de rebeldías ensayadas, ella visitaba cárceles, archivos, pasadizos. Nadie entendía su pasión. Nadie, salvo los muertos.

Pero algo había cambiado en el último año. Desde que encontró los planos de un autómatas en el Museo de lo Prohibido, y los entregó al niño que se llamaba Niko, algo vibraba distinto en su pecho. Sentía que el círculo se cerraba. Sentía que todo estaba por comenzar.



La visita a la prisión fue anunciada con una carta escrita a máquina, firmada por un burócrata anónimo. Greta la había solicitado muchas veces. Esta era la primera vez que la aprobaban, lo cual confirmaba el hecho de que el gobierno cedía a su conciencia. La cárcel de Mírov era un edificio oscuro, de muros anchos y ventanas angostas. Olía a orines viejos y pan agrio. El guardia la condujo hasta una sala de visitas sin decir palabra.

Nikolai Rousska entró con una bufanda gris. El rostro arrugado, pero aún con el brillo intacto en los ojos. No parecía un hombre roto. Parecía un faro sin barco a la vista.

—Greta... —susurró al verla—. Solovievna...

Ella corrió a abrazarlo. Se fundieron en un silencio que fue más poderoso que cualquier palabra.

—No deberías estar aquí —dijo él, al fin, apartándose para mirarla bien—. Estás más flaca. ¿Te alimentas?

—Como puedo. Trabajo mucho.

—¿Y escribes?

—Todo el tiempo.

—¿Lo publicas?

—No con mi nombre. Pero sí.

Él suspiró. Una mezcla de orgullo y tristeza.

—Deberías parar.

Ella lo miró con dolor. Pero él se adelantó.

—No porque no valga la pena. Sino porque no quiero verte en este lugar. Porque los que escribimos con verdad acabamos solos. Y no mereces la soledad.

Greta lo tomó de la mano.

—Tú tampoco la merecías. Y sin embargo... aún estás de pie.

—Aún —dijo él—. Pero cada vez más cerca de caer.

Hubo una pausa larga.

—Encontré unos planos —le dijo ella—. Los de un niño autómatas. Debía entregarlos a alguien, y el deber fue cumplido.

Nikolai la miró con lentitud. Comprendía.

—Entonces has empezado.

—¿Qué cosa?

—Tu propia historia. No la mía. No la de la Purga. La tuya. Y cuando eso ocurre, hija... ya no hay vuelta atrás.

Greta apretó los labios.

—No puedo soltarte —dijo—. No puedo dejarte aquí.

Él sonrió. Una sonrisa lenta, honesta.

—No tienes que hacerlo —respondió—. Solo tienes que recordar. Y prometerme algo.

—Lo que sea.

—Ve a nuestra vieja casa. A la bodega. Debajo del piso falso... había un cajón. Allí escondí cosas. Palabras que no ardieron.

Greta asintió. Temblando.

—Léelas —dijo él—. Pero no las uses si no estás lista.

Ella lloró.

Y su abuelo, por primera vez en años, también.



La madera crujía como si reconociera sus pasos. Habían pasado más de ocho años desde que Greta cruzó por última vez el umbral de la casa donde vivió con su abuelo. Su madre, tras el arresto, la vendió a un comerciante de harina. Desde entonces, el edificio se convirtió en bodega, luego en taller, y por último en ruina. Pero la puerta aún conservaba la aldaba de latón con forma de luna creciente, esa que Nikolai usaba para contar historias de navegantes que escribían cartas con tinta de estrellas.

Greta abrió con manos frías. El interior olía a moho, al vapor oxidado de la historia, al papel que no tuvo lector. La linterna de bolsillo apenas iluminaba los bordes de las paredes. Caminó despacio, como si estuviera entrando en un templo, no en una casa. No había muebles, solo ecos. La cocina estaba vacía. El viejo reloj de péndulo, cubierto de una sábana, parecía contener los años en su vientre de madera. Pero Greta no vino a ver el tiempo. Vino a recuperar las palabras. El sótano seguía allí. Tuvo que quitar tres clavos de una trampa de madera, y levantar la tapa del piso como si desenterrara un cuerpo. El hueco era pequeño, húmedo, con olor a carbón viejo. En la esquina más oscura, cubierta por una tela encerada, estaba la caja.

No tenía cerradura. Solo una frase escrita a mano, con tinta azul ya casi borrada: “Para cuando ya no sea yo quien escriba.” Greta se arrodilló. Le temblaban las manos. Abrió. Adentro, una docena de cuadernos de tapas blandas, junto a hojas sueltas, recortes, panfletos, incluso papeles arrugados con letras apenas visibles. Los tomó uno por uno, temiendo que el aire mismo los deshiciera. Los cuadernos tenían fechas y títulos. “Crónicas de la ceniza”, decía uno. “Historias de los que no quemaron a tiempo”, decía otro.

Y al fondo, una carpeta más gruesa, envuelta en papel de estraza. Greta la abrió. Dentro, estaban los artículos más delicados: narraciones que su abuelo no se atrevió a imprimir. Algunos estaban tachados, otros inacabados. Y en medio, uno doblado con cuidado, escrito con una caligrafía más temblorosa, como si el miedo ya hubiese entrado por la pluma. El título decía: “Los huérfanos del vapor: una generación sin nombre”. Greta comenzó a leer.

“No todos los niños nacieron en la Purga. Pero muchos murieron en ella. Y otros, los que sobrevivieron, murieron de otro modo: sin brazos que los alzarán, sin palabras que los consolarán, sin nombres que los reclamarán como propios. Una niña, de solo un año, fue encontrada entre los escombros de una tienda incendiada por las protestas en el barrio de Vinohrady. No lloraba. Tenía el rostro lleno de hollín, y una de sus manos sostenía con

fuerza el cabello de una mujer muerta: su madre. Nadie quiso adoptarla. Decían que los niños que sobreviven al fuego no tienen alma. Que ya son solo ruido.

La llamaron Anika. Yo la llamé hija."

Greta bajó el cuaderno. Las lágrimas no le permitían seguir. Se secó los ojos y retomó el artículo. "Otra historia, menos visible aún, hablaba de un niño. Greta sintió un nudo en el estómago. Esa última historia era distinta. Más triste. Más sola... El nombre... Lo que leyó en ella la dejó atónita. El destino le había puesto en un lugar muy incómodo, complejo, y por primera vez, sintió miedo. Era la historia de Niko, que llegó al orfanato en circunstancias dolorosas, pero con la herencia de un nombre y un apellido: Niko Kovar." Dejó caer la carpeta sobre su regazo. Apretó los ojos.

—Niko... —susurró.

Pero no dijo más. El nombre quedó flotando en la penumbra. El viento, desde una rendija de la ventana rota, agitó las hojas de los cuadernos como si alguien los estuviera hojeando desde el otro lado. Y Greta, por primera vez, entendió que el destino no solo la llamaba a narrar. La llamaba a elegir.

Cuando Greta visitó de nuevo la cárcel, no se sentó de inmediato. La silla frente a su abuelo seguía vacía, y la ventana de hierro que los separaba no parecía solo una medida de seguridad: era una metáfora. Entre ella y Nikolai Rousska no solo había vidrio y un auricular desgastado por las visitas —había una década de ausencias, de silencios acumulados como polvo en una biblioteca prohibida. Él fue el primero en hablar.

—Tu cabello está más claro. Como el de tu madre —dijo, con voz ronca y amarga como tinta vieja.

Greta parpadeó. No esperaba que empezaran así. Sonrió, apenas.

—Me lo aclara el miedo, supongo —contestó—. O el humo de tanto archivo clandestino.

Nikolai no rió. Pero su mirada se ablandó. Extendió la mano hacia el vidrio, sin tocarlo, como si quisiera cerciorarse de que ella estaba realmente allí.

—Te dije que no volvieras.

—No vine por permiso —respondió Greta—. Vine por lo que me debes.

Él inclinó la cabeza. No hubo reproche, solo cansancio.

—Encontraste la caja, ¿verdad?

Greta asintió. El auricular crujió con su respiración.

—Leí lo de Anika —dijo ella—. Y al final... un niño. Kovar.

El viejo no respondió. Cerró los ojos como quien recuerda un crimen.

—¿Quién era? —preguntó Greta.

—No lo sé. Nunca lo supe. Solo recogí su historia de labios de una enfermera del orfanato. Nadie preguntaba por esos niños, Greta. Eran los escombros humanos del decreto. Nadie buscaba sus nombres, solo sus funciones.

—Y sin embargo tú los nombraste —dijo ella.

—Porque sin nombre, uno se vuelve cifra.

Hubo un largo silencio. Luego, Nikolai habló como si recitara una verdad que llevaba años enterrada:

—Yo era tipógrafo. Creía que las palabras podían salvar. Pero al final no salvaron a nadie. Solo sirvieron para señalarme.

Greta apoyó la frente en el vidrio. Su voz se quebró, como papel mojado.

—¿Y si no fue en vano? ¿Y si aún hay algo que salvar?

Él la miró con una ternura que no cabía en sus pupilas cansadas.

—¿Tú?

—Yo. Y lo que tú empezaste.

Él negó con la cabeza.

—No quiero que termines como yo. No quiero que acabes entre barrotes. No quiero que te odien por decir lo que nadie quiere escuchar.

—Entonces... ¿callo? ¿Dejo que la historia la escriban los que quemaron los archivos?

—No. —Y esta vez, Nikolai se irguió. Su voz fue fuego controlado—. Pero no te sacrifiques por un altar vacío. No pelees sola. Encuentra otros. Encuentra verdad... y encuentra vida también.

Ella lloraba ya. No se lo ocultó. Él le sostuvo la mirada.

—Prométeme algo.

—Lo que quieras.

—Cuando tengas que elegir entre salvarme a mí... o contar lo que necesita ser contado... elige contar.

Ella negó.

—No puedo.

—Debes.

Greta cerró los ojos. En su pecho, los engranajes de la historia giraban como relojes rotos.

—¿Y si puedo salvarte y contar?

—Entonces serás más fuerte de lo que yo jamás fui.

Se quedaron así. En silencio. Dos generaciones unidas por un hilo de tinta y memoria.

Antes de levantarse, Greta sacó uno de los artículos que rescató. Lo dobló, y lo dejó frente a la ventanilla. Nikolai lo miró con sorpresa.

—¿Qué es?

—Tu voz. La primera de muchas que resonarán en esta ciudad dormida.

Él lo tomó con manos temblorosas.

—¿Ya lo publicaste?

—No aún. Pero lo haré.

Cuando Greta salió de la cárcel, la bruma de invierno le pareció menos densa. Caminó por las calles como si cada baldosa estuviera escrita con los nombres que ella había leído. Y aunque no lo sabía aún, al otro lado de la ciudad, en un rincón donde la Chatarra dormía, un niño llamado Niko hablaba con una niña llamada Anika. Dos huérfanos de la Purga que tuvieron destinos diferentes, pero que el mismo destino ahora se encargaba de unir.

Capítulo 22

Algo que aún respira en el metal

Praga, 1894

El atardecer sobre Praga parecía resbalar como aceite tibio entre las cúpulas oxidadas y las torres de cobre manchado. En la Chatarra de Žižkov, el aire olía a historia quemada. A metal viejo que alguna vez fue ternura. A sueños derretidos por decreto. Gus encendió la lámpara de carburo. Su luz amarillenta osciló como un farol en un puerto fantasma, dibujando sombras movedizas entre los esqueletos de antiguos autómatas. Algunas cabezas aún conservaban gestos: una ceja arqueada, una mueca de bienvenida, una línea de labios jamás besados.

Niko sostenía con manos cuidadosas la carpeta que Greta le había entregado. No la había abierto hasta entonces, no por falta de ganas, sino por respeto. Sentía que aquel documento no era suyo. Era algo que había esperado a alguien como él. Como si hubiera viajado por el tiempo, oculto entre las costillas del olvido, buscando manos pequeñas pero decididas. La carpeta se abrió con un crujido leve, como el lomo de un libro que había esperado demasiado.

Los planos estaban dibujados a tinta fina sobre papel vegetal envejecido. Trazos delicados, precisos. No era un autómata común: tenía estructuras blandas en el rostro,

un cuello articulado que permitía gestos sutiles, y una distribución de cables que imitaba redes neuronales rudimentarias. Pero lo más extraño era lo que estaba justo al centro: una pequeña lámina hexagonal, anotada con una letra casi caligráfica que decía: "Solo podrá despertar si aquí late algo verdadero."

—¿Lo ves? —dijo Gus, inclinándose sobre el banco de trabajo—. Sabía que esto no era solo una máquina. Es algo más. Mira cómo está diseñado... no para obedecer, sino para mirar. ¿Ves estos conectores? Parecen pensados para captar emoción, no comandos.

Niko asintió en silencio, tragando saliva. Algo en su pecho se apretaba. Esa noche trabajaron bajo la lámpara temblorosa. Las piezas que habían reunido durante semanas encajaban con sorprendente facilidad, como si hubieran sido llamadas entre sí, guiadas por una memoria olvidada. Gus soldaba con una precisión que aún conservaba a pesar de sus dedos temblorosos, y Niko limpiaba los fragmentos como si lavara a un niño que acababa de volver del barro.

Cuando terminaron de ensamblar el tórax, solo quedaba aquel hueco. Una lámina delgada debía encajar allí, justo donde los planos marcaban con un símbolo redondo, como una espiral incompleta.

—Es esto lo que falta —dijo Gus, apoyándose contra la mesa. Estaba sudando—. Una lámina delgada, quizás de cobre inteligente o aleación orgánica. Algo que no tenemos. Ni aquí... ni en ningún otro lado de Praga.

Niko bajó la mirada. Los ojos le brillaban con ese reflejo que no llega a convertirse en lágrima, pero se siente igual de salado por dentro.

—Podemos intentar forjar una —propuso Gus, levantando una vieja plancha de metal flexible—. Tal vez no sea perfecta... pero a veces lo imperfecto también funciona. ¿No?

Gus, en silencio, trabajó en la lámina: no una copia exacta, sino una interpretación más íntima, forjándola con manos temblorosas y una fe que no sabía que aún tenía. La primera versión de la lámina fue moldeada con delicadeza. Gus la dobló al calor de un microquemador, la sumergió en éter ácido, la pulió con lija de diamante. Niko observaba sin pestañear, cada paso como un rito.

Cuando la mañana trajo su luz gris sobre la Chatarra de Žižkov, los dos se miraron sin palabras. Era hora de intentarlo otra vez. Al insertarla en el tórax, encajó con un leve chasquido. Ambos contuvieron el aliento. El silencio del taller se volvió expectante. Gus giró la válvula de encendido, Niko apretó el interruptor manual... pero nada ocurrió. El autómatas permaneció inmóvil. Ni siquiera el zumbido de energía basal. Solo un cuerpo dormido, sin nombre.

—No era la pieza —dijo Gus, sin reproche—. O no era esta.

Niko bajó la cabeza. No lloró. Pero su rostro se llenó de la calma que solo tienen los que han creído de verdad... y aún así, no han sido escuchados.

—A lo mejor... —dijo el niño, con voz tenue—. A lo mejor aún no quiere despertar.

Gus le pasó la mano por el cabello con ternura.

—O tal vez... aún no está listo para volver.

Esa noche Niko volvió a casa más tarde de lo habitual. Leo ya debería estar sentado en su silla del fondo, junto al fonógrafo apagado, leyendo su libro de siempre con la lámpara de aceite encendida. Pero la casa estaba en silencio. No un silencio incómodo, sino uno... detenido. Como si se hubiese olvidado de sí mismo. Buscó por las habitaciones. Nada. El taller estaba oscuro. Pero al pasar junto al armario empotrado bajo la escalera, notó algo. La puerta estaba entreabierta.

Agachado, con una lámpara en el suelo y los ojos vidriosos, Leo sostenía en sus manos una pequeña lámina hexagonal de cobre pulido. La giraba con los dedos como quien acaricia una herida invisible. Sobre la superficie, Niko alcanzó a distinguir trazos irregulares. Eran símbolos. No letras. Más bien... recuerdos. Grabados en forma de

líneas, espirales, notas musicales, huellas de algo que no podía nombrarse. Leo no lo vio. Niko no se movió. Solo lo observó por unos segundos más. Luego se fue, caminando con pasos tan leves que ni el suelo los oyó.



Esa tarde, mientras el sol se colaba a medias entre los restos oxidados del tejado, Niko rompió el silencio con una voz más baja que el viento. “Leo tiene una caja”, dijo, casi como si confesara un pecado. Gus levantó la vista desde sus herramientas. El niño continuó, sin que nadie lo apurara: “La guarda en el fondo del depósito, envuelta en telas viejas. En los ojos viejos de Gus se encendió una chispa: una sospecha antigua, una promesa que tal vez aún podía cumplirse.

–¿Qué tenía esa caja? –preguntó Gus mientras apretaba una válvula de presión.

–La pieza. La que falta –respondió Niko.

Gus dejó de trabajar. Sus ojos lo buscaron.

–¿Estás seguro?

–Sí. Era exactamente como la del plano.

Gus frunció el ceño.

–¿Se la pediste?

–No. No puedo. Él no sabe lo que estamos haciendo. No quiero mentirle. No quiero... que piense que lo estoy traicionando.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

Niko miró al suelo. Luego, al techo. Luego al corazón invisible de algo que solo él podía sentir.

–No lo sé. Tal vez esperar. Tal vez... robarla.

Gus no lo juzgó. Le puso una mano en el hombro.

–Niko... cuando uno roba un reloj, comete un delito. Pero cuando uno rescata un corazón... a veces solo está cumpliendo una promesa.



La casa dormía. El reloj de pared marcaba las tres. Las sombras eran gruesas, como si se hubieran acumulado durante años. Niko caminó con pies descalzos, el corazón latiendo no en el pecho, sino en las yemas de los dedos. Esa noche, mientras el murmullo lejano de los tranvías se apagaba en las vías dormidas, Niko se quedó inmóvil frente a la caja. La tela que la envolvía parecía más pesada que el hierro, como si custodiara no solo un objeto, sino un duelo no dicho. Sabía lo que contenía y que su propósito era noble. Pero alargar la mano era otra cosa: era traicionar la confianza de Leo, invadir una pena ajena, tomar algo que no era suyo. Una parte de él quería marcharse, cerrar la puerta y olvidarlo todo. Pero otra, más profunda, más antigua, susurraba que a veces amar también significa atreverse a completar lo que otro no pudo. Su mano tembló. Y aún no la había extendido.

Abrió la caja con cuidado. La lámina seguía allí, tibia al tacto. Cuando la sostuvo, sintió un cosquilleo leve... como si algo en ella respirara. No lloró. Solo susurró, con voz de quien pide permiso:

–Gracias.

Y cerró la caja.

El amanecer se escurrió por entre los muros oxidados de Žižkov como un suspiro contenido. Las gaviotas –o lo que quedaba de ellas en Praga– graznaban con nostalgia sobre los cables rotos, como si intuyeran que algo antiguo y tierno estaba a punto de regresar. Gus ya estaba despierto. El taller olía a vapor de resina, a soldadura vieja y a café rehecho tres veces. Niko entró en silencio, como quien entra en una iglesia. No dijo nada. Solo abrió la palma y dejó que la pieza descansara sobre la madera astillada del banco.

Gus la observó con los ojos muy abiertos. No la tocó al principio. Se limitó a inclinarse hacia ella, como un sabio frente a una reliquia.

—No necesitaste robarla —susurró—. Te la entregó el destino.

—No fue el destino —dijo Niko, apenas audible—. Fue ella.

—¿Quién?

—No sé. Pero sé que esta pieza... contiene algo de alguien que amó mucho.

Gus la levantó con cuidado. La giró entre los dedos. La miró como si estuviera leyendo una carta que no era para él.

—Esto no necesita ser modificado. Es exacta. Pulida, calibrada, curvada en el ángulo preciso. Y... —hizo una pausa, apoyando el dedo índice justo en el centro—. Tiene memoria. No de datos. De afecto.

Niko no respondió. Ya no era necesario. Colocar la lámina fue casi ceremonial. El cuerpo del autómatas yacía sobre la mesa central, limpio, ensamblado, y sin embargo... incompleto. Como si hubiera estado esperando. La lámina entró con un suspiro de metal encajando en carne antigua. Un sonido breve, pero irrepetible. Gus se apartó. Niko tembló, pero no de miedo. Presionó el pequeño interruptor situado en la base de la columna vertebral del autómatas. Una luz tenue, blanca, como la del primer día de invierno, iluminó brevemente los ojos de la figura. Los párpados de polímero se movieron.

Los dedos se flexionaron lentamente, como raíces que despiertan en tierra tibia. El rostro —aún cubierto de sombras— hizo un leve gesto: una arruga en la comisura de los labios, una ceja que se alzó milimétricamente, un parpadeo largo, profundo. Y luego, sin anuncio ni violencia, abrió los ojos. No eran azules. No eran verdes. No eran marrones. Eran hondos. Ojos de alguien que aún no tiene historia, pero que ya conoce el dolor.

Ojos que miraban... no como una máquina. Tampoco como un niño. Sino como algo que acababa de regresar de muy lejos, y aún no sabía si este mundo era seguro. Niko dio un paso atrás. Sintió algo recorrerle la espalda. No era miedo. Era algo más raro. Como si el aire se volviera más denso entre él y ese rostro que ahora lo miraba. Un rostro... distinto. Redondo, dulce, con rasgos que parecían reír aun cuando no sonreía. Una nariz suave, una boca pequeña, como hecha para susurrar cosas importantes. Oídos que parecían estar más atentos que cualquiera que hubiera conocido.

—Hola —dijo el autómatas.

No fue una voz metálica. Tampoco del todo humana. Fue una voz que parecía no provenir de la garganta... sino del pecho.

—¿Eres... tú? —preguntó.

Niko no respondió. Tragó saliva. El autómatas parpadeó. Giró la cabeza, reconociendo el entorno. Sus manos recorrieron el aire como si buscara cosas que recordaba de un sueño. Tocó la madera del banco, la lámpara, un tornillo suelto. Luego miró a Niko y, con la inocencia más brutal que alguien puede presenciar, dijo:

—¿Estoy bien?

Fue en ese momento que Niko sintió que no podía. No podía ser él quien lo despertara. No sabía por qué, pero no estaba listo. Algo en ese rostro, en esa dulzura que no pedía permiso para existir, lo desarmó por completo. Sin decir palabra, bajó la mirada. Avanzó con lentitud. Extendió la mano y presionó de nuevo el interruptor. Los ojos se cerraron. La luz desapareció. El taller quedó en silencio. Gus no preguntó nada. Se limitó a encender la pipa, con una lentitud que solo los que han amado de verdad comprenden.

Niko se sentó en un rincón, con las piernas encogidas. Pasaron minutos. Horas, quizás. El reloj ya no marcaba tiempo. Solo respiraciones.

—¿Por qué lo apagaste? —preguntó Gus, sin juicio.

Niko levantó la mirada.

—Porque era demasiado bonito.

—¿Y eso te dio miedo?

—No. Eso me hizo pensar que... tal vez no era para mí.

Gus exhaló una bocanada de humo gris.

—Tal vez no era para nadie. Tal vez fue hecho solo para ser amado.

—¿Y si yo no sé cómo hacerlo?

Gus se levantó. Caminó hasta el autómata apagado. Puso una mano en su cabeza.

—Entonces espera. Hasta que estés listo. Él... sabrá esperar.

Capítulo 23

Donde los árboles aún esperan

Praga, 1884

El invierno había caído sobre Praga como un manto de ceniza y escarcha. Las campanas, que alguna vez marcaban el ritmo de las mañanas en los barrios viejos, callaban más seguido. Ya no era solo el frío lo que silenciaba las cosas, sino un peso invisible: el de los días que ya no volvían.

En la vieja casa Dvorak, aquella que alguna vez fue hogar de la familia Kotek, Samu corría descalzo por los pasillos, dejando marcas de barro húmedo sobre los mosaicos antiguos. No había aprendido aún a secarse los pies, o quizá sí... pero le gustaba sentir cómo el barro dejaba un rastro que alguien debía seguir. Como si los pasos fueran una forma de llamar al amor. Leo lo observaba desde el taller, exhausto.

—Samu, por favor, las botas. —dijo por quinta vez esa mañana, sin levantar la voz.

El niño-autómata giró el rostro. Sus ojos, dos almendras apenas brillantes en un rostro de goma sensible, se arrugaron con un gesto ambiguo. No de desafío, sino de incomprensión. Una ternura confusa.

—¿Las botas... para qué, papá?

Leo respiró hondo. No había una buena respuesta. No una que no fuera un eco de su propio cansancio.

—Porque afuera está frío, hijo.

Samu no respondió. Miró sus pies cubiertos de barro con una mezcla de sorpresa y alegría. Luego estiró los brazos y gritó, como un hallazgo:

—¡Estoy vivo!

Y corrió. Leo se hundió en la silla y se cubrió los ojos con las manos. No lloró. A veces pensaba que había llorado tanto en otros años que ya no quedaba más humedad en su cuerpo. La vida con Samu no era sencilla. Cada comida era una escena. Samu no podía masticar bien los trozos grandes, aunque no necesitaba alimentarse. Leo insistía en alimentarlo de todos modos, no por nutrición, sino por amor ritual. Pero Samu a veces se atragantaba con una manzana sin morder, otras se reía a carcajadas mientras dejaba caer todo al suelo. Una vez, Leo pasó cuarenta minutos intentando que no se comiera un tornillo pintado de verde que había confundido con una galleta. Y estaban las noches. Las preguntas repetidas.

—Papá... ¿dónde estás?

—Aquí, Samu.

—Papá... ¿dónde estás?

—Aquí, Samu, a tu lado.

—Papá... ¿pero estás triste?

Y ahí Leo no sabía qué responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque dolía admitirla frente a esa vocecita que lo miraba con tanta ternura. “A veces”, murmuró al fin, sin mirarlo, “cuando uno ha amado mucho, la tristeza se queda dormida adentro. Y hay días en que despierta.” Samu no dijo nada. Solo apoyó su cabeza contra el pecho de su padre, como si el silencio pudiera coser lo que las palabras apenas alcanzaban a

nombrar. Días después, esa tristeza que dormitaba en Leo se volvió una ausencia. Una que Samu, con su corazón de engranajes sensibles, no supo entender del todo, pero que presintió como una melodía incompleta flotando en el aire frío de Praga.

Ocurrió una tarde helada. Leo se había quedado dormido en el sillón, agotado por una noche en vela cuidando a Samu, que había pasado horas dando vueltas en su cuarto, hablando con sus juguetes de madera como si fueran personas reales. Cuando despertó, la casa estaba en silencio. El silencio era más fuerte que cualquier ruido.

—¿Samu?

No hubo respuesta. Corrió por los pasillos, revisó bajo la cama, en el armario, en el taller. Nada. La puerta trasera estaba entreabierta. Y junto al marco, en el lodo congelado, estaban sus huellas... pequeñas, torcidas, como si caminara dando saltitos. Leo salió sin abrigo, con el corazón rugiéndole en el pecho. Apenas cruzó la primera bocacalle, Leo sintió el pulso apretarle las sienes. No solo era el temor de perder a Samu —eso ya era suficiente para desbordarlo—, sino algo más hondo, más corrosivo: el terror de que alguien lo viera. De que lo reconocieran buscándolo, llamándolo por su nombre, revelando, sin querer, lo que siempre había mantenido oculto. ¿Y si alguien preguntaba quién era ese niño de andar extraño, de mirada clara y cuerpo de cobre? ¿Y si sabían que no era un niño? En una ciudad donde la mente divagaba en los miedos de ser purgada con fuego, un secreto como el suyo no era una excentricidad... era una amenaza.

Ni siquiera a Gus le había contado la verdad. Y eso que Gus era, probablemente, el único ser humano en quien confiaba desde la muerte de Edevane. Pero este secreto no se compartía. No se podía. Porque no se trataba solo de un autómatas: se trataba de un hijo. De un amor fabricado con la desesperación del duelo. De una promesa incumplida a una mujer que ya no estaba. Si lo sabían, lo llamarían loco. O peor aún: lo obligarían a apagarlo. Y Leo sabía, en lo más hondo de su maquinaria interior, que si alguien apagaba a Samu... lo apagarían también a él.

Cruzó calles, se metió en callejones, ferias y no había nada. Y entonces, doblando la esquina del mercado antiguo, Leo lo vio. Samu estaba sentado en la plaza, justo frente al Palacio Tecnológico. Sus pies colgaban desde una banca, y en el suelo había alineado pequeñas piedras que había ido recogiendo. Las ponía en fila, una por cada "pensamiento feliz", decía después. Un guardia del Palacio lo observaba desde lejos, confundido. Leo lo abrazó con fuerza, sin decir palabra.

—¿Estás enojado? —preguntó Samu, bajito.

Leo negó con la cabeza.

—Estoy... vivo. Gracias a ti.

El reencuentro no trajo alivio, sino una pregunta sin forma que se clavó en el pecho de Leo. Samu era un milagro inconcluso, frágil como el cristal de Bohemia, y el miedo a perderlo otra vez se volvió insoportable. Esa noche, mientras caminaba a paso lento por las callejuelas heladas de Malá Strana, supo que no bastaba con haberlo recuperado. Necesitaba ayuda. Y solo una persona podía ofrecerle lo que él no sabía construir: una forma de proteger el alma de su hijo de metal. Fue entonces cuando pensó en la única persona a quien le podía confiar su secreto.

Días después, con una preocupación creciente, Leo visitó a Pavel Svoboda. El taller del viejo ciego se mantenía intacto. Una catedral en ruinas. Las piezas colgaban como esqueletos de relojes inmensos.

—Él... no obedece patrones. Es como si no entendiera instrucciones —le dijo Leo mientras Samu exploraba en silencio.

Pavel acarició el rostro del niño.

—No hay nada roto —susurró, tras un largo momento.

—¿Entonces?

—Entonces quizá no le falta nada mecánico. Quizá solo le falta algo... que no puedo darte. Algo que no puedo programar.

Leo bajó la mirada.

—¿Y quién sí podría?

—Solo su creador.

Leo tragó saliva.

—Soy yo.

Pavel asintió. No hizo preguntas.

—Entonces no necesitas un mecánico. Necesitas un espejo. Pero aún así, hay alguien que podrías ver... Una doctora. No cura máquinas. Ayuda a entender almas que caminan distinto.

Leo alzó la mirada.

—¿Dónde?

—Lejos. Alemania. Ella entiende a niños como él.



Leo apagó a Samu esa noche, con cuidado. Lo arrojó como si el frío pudiese alcanzarlo en su inactividad, y lo dejó acostado, con su brazo extendido como si esperara un abrazo que no llegaría. A la mañana siguiente, abordó un dirigible desde el Aeródromo de Žižkov. Era la primera vez que volaba. El zumbido de las turbinas resonaba como un rezo de cobre. El dirigible se llamaba El Espectro de Brno, aunque de espectro no tenía nada: era imponente, resplandeciente, con un cuerpo ovalado cubierto de placas bruñidas y válvulas que exhalaban vapor en bocanadas cadenciosas, como si el cielo respirara a través de él.

Leo eligió una butaca junto a una de las ventanas circulares. A su lado, un reloj de aguja suspendido marcaba la hora exacta del despegue: 7:17. Cuando la nave se elevó, la vibración fue leve, como si un suspiro empujara desde el suelo. Pronto la ciudad se volvió maqueta. Desde el cielo, Praga era un tablero de ajedrez empañado. Los techos rojos se diluían entre la bruma, y el río parecía un hilo roto de mercurio. Leo no pensaba en belleza. Pensaba en Edevane.

—Lo estoy intentando —le decía, en su mente—. Te lo juro.

El dirigible tenía un salón central con sillones tapizados, lámparas de gas tenues y una mesa donde una anciana tejía en silencio. El interior era una sinfonía de madera pulida, lámparas de gas suspendidas de cadenas doradas, y butacas de terciopelo gastado, donde se mezclaban viajeros de todo tipo: nobles con bastones ornamentales, inventores con monóculos de precisión, mujeres vestidas con sobriedad y turbinas en los sombreros. Una anciana leía poesía de Whitman. Un joven pulía una caja musical en miniatura con un guante de cuero. Una madre recitaba números a su hija, con amorosa paciencia, mientras la niña marcaba las cifras con una regla metálica, murmurando en voz baja. Un niño dormía con la cabeza sobre el regazo de su madre. Leo no podía dejar de mirar.

El dirigible descendió entre crujidos de cables tensos y silbidos de vapor, como una bestia fatigada que regresaba a tierra tras días de vuelo. Las hélices se detuvieron con un chirrido largo y lento, mientras las compuertas inferiores se abrían liberando una bocanada de aire cálido, impregnado de aceite, hollín y cuero húmedo. Leo descendió por la escalinata metálica con paso firme pero la mirada extraviada, envuelto en su abrigo largo que ondeaba ligeramente con el viento del amanecer bávaro. A lo lejos, los tejados de cobre de Múnich brillaban apenas bajo un cielo grisáceo, entre columnas de humo industrial y campanarios agrietados por el tiempo. Allí, entre el murmullo de

idiomas extraños y el golpeteo constante de botas sobre piedra mojada, comenzaría su búsqueda: no de una respuesta, sino de redención.

La ciudad era gris, ordenada y silenciosa. Una niebla azulosa se colaba entre las ramas secas de los castaños. Leo salió del dirigible con el abrigo más pesado que poseía, aunque el frío no venía del clima, sino del alma. La clínica estaba en las afueras: una construcción baja de madera, con ventanas circulares que dejaban pasar una luz tímida. No había máquinas. Solo estanterías con libros. Muchos libros. La doctora lo recibió con una sonrisa sin urgencia.

—Dvorak —dijo, sin apretarle la mano, solo inclinando ligeramente la cabeza—. Pavel me escribió sobre usted.

Tenía el cabello blanco, no por edad, sino por decisión. O eso parecía. Su voz no temblaba. Leo no sabía por dónde empezar.

—Él... no responde igual que otros. Repite frases. Se frustra con facilidad. Lloro sin saber por qué. No entiende bromas simples... pero a veces, me abraza con una ternura que me desarma.

La doctora asintió con una calidez sin sorpresa.

—No está roto. Solo está hecho con otro mapa —dijo.

Se sentaron junto a una estufa. Había un cuaderno sobre la mesa, con dibujos hechos por niños.

—No intente que camine por los caminos que usted conoce —continuó ella—. Ayúdelo a caminar por los suyos. Y camine con él, aunque no sepa a dónde van.

Leo la miró con una mezcla de gratitud y desesperanza.

—¿Y si no puedo?

—Solo inténtelo.

Silencio.

—¿Cómo se le habla... cuando no escucha lo que uno dice?

—Con el cuerpo. Con las pausas. Con las manos. Con la rutina. Con la música. Con la mirada que no juzga.

Leo cerró los ojos. Apretó los puños. La doctora entonces cambió el tono. Se inclinó apenas hacia adelante.

—Usted no vino solo por él. También vino por usted. Porque no sabe si está haciendo bien las cosas. Porque le pesa el amor.

Leo asintió en silencio.

—Y porque tiene miedo de ser feliz —añadió ella.

Él alzó la mirada, como si la frase lo hubiera golpeado en el pecho.

—¿Cómo...?

—Porque hay alguien a quien amó más que a nadie. Y teme que, si vuelve a sonreír, ella desaparezca del todo.

Leo sintió un nudo en la garganta.

—¿Eso es normal?

—No. Es humano.



Leo viajó una estación más al sur. No por necesidad. Por instinto. El Bosque Negro lo esperaba como una herida que nunca cicatrizó. Árboles como centinelas de hielo. Ramas que crujían sin viento. Raíles de un viejo carruaje oxidado cubiertos por la escarcha. La nieve no caía: flotaba, como si el tiempo hubiera olvidado avanzar. Caminó sin rumbo. Dejó atrás la posada. Llevaba solo una linterna y el diario de Edevane. Lo había empezado a leer en el dirigible. No todas las páginas eran legibles, muchas estaban manchadas de tinta corrida... o de lágrimas.

En una página, ella había escrito: “Quizá parte de mi sanación también era dejar de temerles... No a todos los autómatas, sino a los que nacieran del amor.” Leo se arrodilló entre los árboles. La nieve le mordía las rodillas. Cerró los ojos. Y entonces, como una respiración que no le pertenecía, la sintió. Edevane. No con la claridad de un sueño. No con la lógica de un recuerdo. Sino con la presencia de lo que no se ha ido del todo.

—No me pidas que viva sin ti —susurró él, al viento.

Y el viento le respondió con una voz que era suya... y no lo era:

—No te pido que vivas sin mí. Te pido que vivas con lo que fui.

Leo no se atrevió a girar.

—Yo no quería dejarte... solo que Samu fuera eterno.

—Lo hiciste eterno para que no me olvidaras. Pero no te diste cuenta que en él también está el futuro. No solo yo.

Leo sollozó.

—Tiene la pieza. No le puse la que me recuerda a ti.

Silencio.

—Porque si la tuviera... podría llegar a hacerme feliz algún día. Y yo no... yo no puedo. Ser feliz sin ti sería traicionarte.

La voz de Edevane, o de su alma, o de su recuerdo, lo acarició como un hilo cálido.

—El amor no se traiciona con la felicidad. Se traiciona con el miedo a ella.

Y tú tienes la pieza, Leo. Tú sabes cuál es. Tú sabes dónde va. Leo cayó de rodillas, llorando sin hacer ruido. La linterna parpadeó. Los árboles no se movieron. Pero parecían más cerca. Como si escucharan.



Leo abordó en la estación aérea de Oberwiesefeld, con una mochila de lona, el abrigo cerrado hasta el cuello y el diario de Edevane entre los brazos. En la plataforma de embarque, parejas se abrazaban con melancolía, diplomáticos discutían itinerarios y un grupo de niños señalaba emocionado los remaches del casco como si fueran estrellas caídas. Todo parecía avanzar sin él. Como si el mundo hubiera seguido funcionando estos años... y él apenas estuviera regresando a él.

Esta vez, frente a él, una mujer de ojos grises bordaba algo en un pañuelo: el nombre “Mathias”. Cada letra parecía una invocación. El hombre que la acompañaba — probablemente su esposo— llevaba en el regazo una caja de madera, de la que sobresalían engranajes, resortes, y un cilindro tallado con notas musicales. Leo no pudo evitar preguntar:

—¿Un órgano de bolsillo?

El hombre lo miró, sorprendido de ser interrumpido.

—Una memoria —respondió—. Lo que quedó del juguete de mi hijo. Lo estoy reconstruyendo. No para que funcione, solo para que vuelva a tener forma.

Leo asintió, con un temblor en los labios.

—¿Y si pudiera funcionar?

—Entonces volvería a sonar su risa.

Se hizo un silencio entre ellos. Un silencio suave, como el zumbido del gas, como el corazón de algo que no late, pero vive. Leo sacó entonces el diario de Edevane. Lo abrió por una página al azar. “Hoy soñé que caminabas en un bosque que no tenía camino. Llevabas algo entre tus brazos. Algo que no era mío... pero a lo que amabas como si lo fuera. No lo entendí. Pero tampoco quise despertar.”

Cerró el cuaderno. Afuera, el cielo se deshacía en un atardecer pálido. La luz caía sobre las alas laterales del dirigible como pintura líquida. Un grupo de pájaros mecánicos — liberados por algún excéntrico— acompañaba el vuelo durante algunos minutos, haciendo acrobacias invisibles sobre el campo de nubes. Leo entonces comprendió.

Había estado buscando consuelo en lo que recordaba, cuando la respuesta estaba en lo que aún no se atrevía a sentir. No podía cambiar el pasado. Pero sí podía aprender a caminar por un bosque sin caminos. A cargar en sus brazos algo que no nació para llenar un vacío... Sino para crear uno nuevo. Uno propio. Uno donde, quizá, él también cabía. Miró hacia el fondo de la cabina. Un niño se asomaba por una de las ventanas. Su rostro no era especial. Ni bello. Ni perfecto. Solo era... sincero. Y por eso, hermoso. Leo apoyó la frente en el vidrio.

—Volvemos, Samu —susurró sin querer.

Y en el reflejo, por un instante, vio los ojos de Edevane. No como ausencia. Sino como dirección.

Capítulo 24

Lo que despierta sin nombre

Praga, 1894

La lluvia no caía, pero las calles estaban mojadas. Era esa humedad sin explicación que empapaba los adoquines como si la ciudad llorara por dentro. Niko caminaba con el cuello de su abrigo levantado, apretando bajo el brazo un cuaderno de hojas sueltas y un libro prestado. Cruzó el Callejón de los Grabadores con la mirada baja, atento a los pasos, no por miedo, sino por hábito: aprender a moverse sin ser visto era casi una condición de vida en una ciudad donde recordar podía costar caro.

Cuando llegó al Museo de lo Prohibido, la puerta lateral —aquella que no tenía nombre ni cerradura visible— se abrió con un suave crujido, como si el edificio reconociera su presencia. El viejo bibliotecario le saludó con una inclinación mínima y le permitió el paso. No hacían falta palabras. Algunos lugares sabían guardar secretos sin necesidad de pactos.

Niko subió las escaleras con pasos lentos, como si cada peldaño ocultara preguntas, y se adentró en la sala de archivos técnicos. No buscaba planos, esta vez. Buscaba comprensión. Libros sobre pedagogía, registros de comportamiento infantil, manuales obsoletos de comunicación no verbal, y un tomo extraño sin autor que se titulaba simplemente "Lenguajes del Silencio". Cuando estaba hojeando el índice de ese libro, una voz familiar lo interrumpió:

—Creí que volverías más pronto.

Greta. La misma trenza al hombro, el mismo aire de estar leyendo más de lo que aparentaba. Se sentó frente a él con una libreta en la mano, manchada de tinta en las orillas.

—Te debo algo, ¿no? —dijo ella, con media sonrisa—. Aquel plano... ¿sirvió?

Niko la miró con la duda intacta en los ojos.

—Sirvió —dijo, casi en susurro—. Pero no sé si hice bien.

Greta lo observó en silencio, con ese tipo de pausa que no busca apurar respuestas. Él continuó:

—Lo armé. Con ayuda. Lo terminé... pero cuando despertó, me miró. Me miró como si me conociera. Y no sé... No estoy seguro de estar listo.

—¿Te respondió?

—No con palabras. Pero con la cara... con los ojos.

Greta bajó la mirada al plano doblado que llevaba en su cuaderno. Lo deslizó sobre la mesa y lo extendió con cuidado, acariciando el contorno del rostro dibujado. Ese rostro lleno de ternura que no pretendía perfección.

—Tienes que tener cuidado, Niko —dijo, más seria—. No solo por lo que él pueda ser... sino por quiénes podrían estar vigilando.

Él levantó la vista.

—¿Vigilando?

—Otto —susurró—. Aún patrulla. Y si ese autómata fue alguna vez parte del inventario confiscado, si tiene trazas de conciencia emocional... no pasará desapercibido por mucho tiempo.

—Pero... está conmigo. Es solo un amigo —dijo Niko, casi como si quisiera convencerse más que a ella.

Greta se inclinó hacia él, con los ojos llenos de esa mezcla de temor y ternura que solo quienes han escarbado la memoria conocen.

—Justamente por eso, Niko. Porque lo tratas como a un amigo. Porque eso, para ellos, es lo más peligroso.

Hubo un silencio. El tipo de silencio que sabe quedarse en las esquinas del alma.

—¿Crees que hice mal? —preguntó él.

Greta negó con la cabeza.

—Creo que hiciste lo único que sabías hacer: darle forma a lo que buscabas. Pero ahora debes cuidarlo. Y cuidarte. Praga no está hecha para quienes construyen memoria.

Niko cerró su cuaderno de apuntes con cuidado y lo guardó en su mochila.

—Gracias, Greta. No solo por el plano... sino por seguir aquí.

Ella sonrió, esta vez con sinceridad.

—Sigo porque alguien tiene que contar lo que los demás callan.

Niko se puso de pie. Apretó el libro contra el pecho. Y se fue sin mirar atrás. Fuera del museo, la neblina envolvía los faroles como si quisiera tragarse la luz. Niko caminó largo rato, sin rumbo, antes de volver a la Chatarra. El cielo era una mancha sucia sobre la ciudad. Todo parecía detenerse, menos el pulso invisible de la historia. Y allí, entre placas corroídas, ojos de cobre sin cuerpo, y ruedas inmóviles como ruinas de un tiempo sin nombre, volvió a encontrarlo. El autómata estaba tal como lo había dejado: en cuclillas, como si durmiera de pie. La humedad le marcaba las articulaciones, pero su rostro seguía siendo el mismo: el mismo que alguien antes había diseñado sin saber que un día estaría en otras manos; el mismo que ahora parecía esperar algo más que electricidad. Niko lo contempló por un instante, y sin pensar demasiado, susurró:

—Despierta.

Encendió la secuencia. Un leve chisporroteo recorrió el torso del autómata. Sus ojos se abrieron. Lentos. Profundos.

—Hola —dijo Niko.

El autómata parpadeó.

—¿Dónde estoy?

—Conmigo —respondió.

No había nombre. No había historia. Solo una certeza: algo dormido volvía a respirar. Los días que siguieron al despertar no fueron como Niko había imaginado. No hubo celebraciones, ni descubrimientos científicos, ni siquiera respuestas. Pero hubo algo más profundo: un tipo de compañía que no se parecía a ninguna otra. El autómata —aún sin nombre— tenía comportamientos erráticos, impredecibles, y sin embargo, en ellos había una lógica emocional difícil de explicar. A veces, recogía tuercas oxidadas del suelo y las alineaba por tamaños. Otras, se quedaba mirando el cielo sin parpadear, como si algo en las nubes le estuviera hablando. Y por las noches, se acurrucaba entre cajas, como si sintiera frío... aunque no podía sentirlo.

Gus los observaba a ambos sin decir demasiado. Dejaba que Niko explicara, tropezara, corrigiera. El viejo se limitaba a estar. A veces los encontraba jugando con ruedas antiguas, o imitando a los animales del bosque mecánico (una escultura abandonada al borde de la Chatarra), o simplemente caminando sin rumbo por los senderos de metal, uno detrás del otro, como hermanos nacidos de distinta madre.

—No es un juguete —decía Gus una tarde, mientras sorbía café de una taza agrietada—. Es más que eso. Y tú también lo sabes.

—No sé qué es —respondía Niko—. Solo sé que... cuando me mira, no me siento solo.

El autómata sonreía con torpeza. Era una sonrisa desigual, sin perfecta simetría, pero por eso mismo real. Niko le enseñaba palabras, gestos, incluso silencios. Compartían pan, dibujos, horas. A veces, solo se sentaban uno junto al otro, sin hablar. Y entonces, sin previo aviso, ocurrió. Una tarde, después de su jornada en el tranvía, Niko llegó y no lo encontró.

El rincón donde solía descansar estaba vacío. La caja de herramientas había sido movida. Una de las puertas traseras de la Chatarra colgaba, abierta. Niko corrió por los pasadizos de hierro con el corazón encogido. Buscó entre motores abandonados, entre cabezas de cobre, bajo estructuras oxidadas y entre escombros olvidados. Gritó su nombre, aunque no lo tenía.

—¡Eh! ¡Regresa! ¡¿Dónde estás?!

Gus, al oír el alboroto, salió de su escondite entre válvulas.

—¿Qué pasa?

—¡Se fue! ¡Desapareció!

—¿El niño de engranajes?

—¡Sí!

Gus miró el cielo con ojos de quien ya ha vivido pérdidas parecidas.

—Me acostumbré a su silencio, no pensé que se había marchado, pero... no lo busques más. Si fue lejos... si alguien lo vio, despertarás más sospechas de las que puedes responder. Y tú sabes que eso no es seguro. Ni para ti. Ni para él.

Niko cayó de rodillas. No lloró. Pero algo en él se rompió un poco.

—Yo solo quería cuidarlo.

Gus le puso una mano en el hombro.

—Tal vez alguien más lo esté haciendo ahora.



Muy lejos de la Chatarra, en una calle con balcones verdes y ventanas llenas de ropa tendida, una niña lo había encontrado. Fue en la esquina de una panadería, junto a un cesto de carbón. El autómata estaba sentado, con la cabeza gacha, tarareando una melodía sin palabras. No parecía pedir ayuda. Solo... estar. Como si estuviera esperando. La niña se detuvo. Tenía unos doce años, cabello enmarañado, y una mirada clara como el vidrio de las botellas de leche. Lo observó con recelo. Luego con curiosidad. Finalmente, con algo muy parecido a ternura.

—¿Tú... estás perdido?

El autómata la miró. No respondió. Pero alzó una mano, tímidamente, y la apoyó sobre su rodilla. Ella lo llevó a casa. Sin decir nada a sus padres. Lo escondió en su habitación, detrás del armario de madera que aún olía a alcanfor. Le llevó pan. Le llevó dibujos. Le enseñó palabras también. Y por la noche, cuando sus padres dormían, le contaba cuentos al oído de metal. Pero nada dura. Una tarde, su madre entró sin avisar. Lo vio. Gritó. El padre subió. Se armó el caos.

—¿Qué has traído?! ¡Eso está prohibido! ¡Lo pueden rastrear! ¡¡Nos pueden rastrear!!

—¡No hace nada malo! ¡Es como un niño! —gritó la niña, llorando.

—¡Eso no es un niño! ¡Eso es una máquina! ¡Una máquina antigua!

—¡Pero tiene ojos! ¡Y me escucha!

Fue la madre quien, temblando, hizo una llamada. Y fue el padre quien, después de pensarlo, dijo:

—Hay alguien. Un viejo mecánico. Nadie sabe si está vivo aún. Dicen que arreglaba cosas que ya no tenían nombre. Vamos a llevarlo con él. Que nos diga qué hacer.

Dos días después, tocaron la puerta del taller de Pavel Svoboda. El viejo, que ya no veía pero lo sabía todo, abrió con el oído afilado y el bastón en mano.

—¿Quién trae silencio esta vez?

La niña habló.

—Un amigo.

Y lo dejaron entrar. Pavel palpó la figura del autómeta. Sus dedos avanzaron con respeto, como quien reconoce un texto escrito en piel antigua. Se detuvo en el rostro. Lo tocó con lentitud.

—Este... ya ha sido tocado por alguien más.

No habló de su estructura. Ni de sus mecanismos. No aún. Solo de su corazón.

—La lámina... hay algo en ella. Melodías... sí. Notas grabadas. Como un susurro.

La niña lo miró.

—¿Sabe qué dice?

—No aún. Pero sí sé que alguien, hace muchos años, cuando yo aún era estudiante y empezaba mi sueño de reparar el mundo, vino a mí con un instrumento. Lo llamó "Samu". Nunca olvidé el nombre. Ni el del niño que lo tocaba. Fue la última escena bella que vi la noche anterior a mi accidente, en el que perdí la vista. Puedo decir, con seguridad, que también fue la más bella.

—¿Cómo se llamaba el niño?

Pavel sonrió, mirando hacia el pasado.

—Elías.

Hubo un silencio largo. Luego, le habló a la niña con una voz más tierna:

—Llévalo a un lugar donde no se le pida nada. Donde pueda simplemente... estar.

—¿Dónde?

—La Chatarra de Žižkov. Allí sabrán qué hacer con él.



El viento de la tarde traía consigo un olor a óxido antiguo y humedad silvestre. La Chatarra de Žižkov, a esa hora, parecía un esqueleto dormido bajo el sol tembloroso de otoño. Entre montañas de piezas olvidadas, campanas truncadas y brazos metálicos sin dueño, Niko recorría los corredores como un fantasma con mochila. No había vuelto a sonreír desde que desapareció el autómeta. Gus, desde una torre improvisada de chasis, lo observaba en silencio. En su boca dormía la pipa apagada. En los ojos, un pesar que no decía en voz alta.

—Sigues buscando —le dijo al fin.

Niko se encogió de hombros.

—No sé cómo hacer otra cosa.

—¿Y si no vuelve?

—Entonces esperaré. Como los que aman sin saber si serán amados.

Gus lo miró con una mezcla de compasión y orgullo.

—Eres más viejo de lo que pareces.

Justo entonces, algo cambió. El sonido del portón metálico de entrada chirrió con una lentitud casi teatral. Gus, de inmediato, descendió con agilidad inesperada para su edad. Niko se ocultó detrás de una pila de generadores desvencijados. Entró una niña. Cabello trenzado con hilos de cobre y una chaqueta que le quedaba grande. Caminaba sin miedo, pero con atención. Detrás de ella, con paso descoordinado, iba el autómeta. Sus ojos escaneaban con inocencia los bordes oxidados, como si todo fuera nuevo, otra vez. Anika no dijo su nombre. Tampoco preguntó el de ellos. Se limitó a mirar a Niko cuando este se asomó por fin. Él también la miró. Reconoció algo en su postura, en su decisión silenciosa de traer de vuelta al que había escapado.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Niko al fin, en voz baja.

—No lo encontré. Me encontró a mí —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Tiene un nombre?

—No. No tiene.

—¿Qué tal si lo llamamos Elías? —sugirió ella. Lo había pensado durante el camino, inspirada en lo que habló con el mecánico ciego. Pensó en Samu también, pero el destino había trazado una marca, una que dividiera lo que se tenía que dividir.

El silencio y las sonrisas fueron suficiente respuesta. La reacción tierna del autómata confirmó que la decisión era unánime. Los tres se quedaron ahí, en un triángulo que aún no sabía que era familia. Entre motores descompuestos y engranajes huérfanos, había nacido una hermandad sin apellidos. Sin fechas de inicio. Sin preguntas. Gus se acercó. Miró al autómata. Luego a los niños.

—¿Y ahora qué?

Anika fue la que respondió, sin dudar:

—Ahora... lo cuidamos. Entre todos. Yo vendré por la mañana, Niko, tú en la tarde. Será nuestro secreto.

El autómata, como si comprendiera, soltó un pequeño sonido: una risa apenas audible, vibrante, como el eco de un muelle suave. Se acercó a Niko, luego a Anika. Les tocó las manos con torpeza, pero con un cariño inexplicable. Gus soltó un suspiro.

—Bueno —dijo—. Entonces habrá que preparar un rincón para los que no caben en ningún otro lado.

Y se fue a buscar herramientas. Los niños no hablaron más esa tarde. Solo armaron un rincón bajo un toldo de zinc, con colchones raídos y cables tibios. El autómata se sentó en medio de ellos. Les enseñó cómo hacer torres con tuercas, y cómo cantar sin palabras. Esa noche, bajo la luna sin juzgar, nacía una tribu distinta. Una donde no hacía falta explicar por qué alguien camina raro, por qué a veces se ríe solo, o por qué construye figuras con piedras o con sueños rotos. Porque ahí, en ese rincón escondido del mundo, la ternura no se explica. Solo se cuida, al menos, mientras se vuelve a casa.

Capítulo 25

El que nació con música en las manos

1856 – 1882

El mercado de invierno hervía de vapor, voces y hollín. Bajo la neblina sucia de la Praga de 1856, donde cada esquina parecía tener su propia tos, un niño de siete años se escabullía entre piernas y ruedas, con la agilidad que solo otorgan el hambre y la costumbre. Su chaqueta tenía más remiendos que tela original, y sus zapatos eran dos trozos de cuero que apenas susurraban sobre el adoquín. Elías Huba no buscaba comida. Buscaba un sonido.

Había aprendido que el mundo estaba lleno de ruidos. Ruidos de ollas, de martillos, de gritos, de motores que tosían como ancianos moribundos. Pero de vez en cuando —muy de vez en cuando— el mundo le regalaba otra cosa: un sonido puro, que no venía de afuera, sino que despertaba algo adentro. Como una cuerda que alguien pulsaba en su pecho. Ese día lo encontró junto a una farola empañada, mientras estaba sentado en una caja de madera, mientras tocaba su instrumento —hecho por él mismo, con piezas que otros habían desechado—. El cuenco de cobre vibraba con suavidad. El aire temblaba como si la niebla se hubiera vuelto líquida. La melodía era simple, con pausas entre cada nota, como si estuviera aprendiendo a hablar. Una niña se acercó a él, encogida, como si el viento le hubiera dado miedo. Elías no supo si fue por compasión o por timidez, pero decidió hablarle:

—Se llama Samu —dijo sin mirarla, sin dejar de tocar.

—¿El instrumento? —preguntó ella, con una voz que parecía de papel arrugado.

—Ajá. Samu porque me recuerda a mi abuelo. Samuel Huba. Él decía que la música no cura, pero consuela. Que eso basta.

La niña se sentó a su lado. No hablaron más. Solo compartieron el calor escaso de la farola, la vibración entre los dedos y el silencio que deja un miedo cuando empieza a marcharse. Esa noche, Elías regresó a casa y encontró a su madre dormida sobre una olla vacía. El hollín de la cocina le manchaba el rostro como una máscara triste. No quiso despertarla. Su abuelo, Samuel, ya no vivía con ellos. Lo habían enterrado el otoño anterior, en un cementerio donde las lápidas no tenían nombres, solo números. Fue la noche en que Elías soñó por primera vez que su instrumento hablaba. En el sueño, Samu decía cosas que él no sabía que necesitaba oír. Le decía que él era bueno. Que no tenía que hacer ruido para existir.

Al día siguiente, tocó todo el camino a la plaza. Juntó unas pocas monedas. Con ellas compró pan, y luego subió al tranvía sin pagar, escondido entre los engranajes traseros. El tranvía chirriaba como un anciano malhumorado. Elías lo miró con ternura. “También tú tienes música”, pensó. Cuando bajó, corrió entre callejones hasta un taller que olía a grasa y esperanza. Allí vivía un joven aprendiz de mecánico: Pavel Svoboda. No lo conocía bien, pero su abuelo había hablado de él. Decía que Pavel arreglaba cosas como si viera con las manos. Pavel lo recibió con una ceja arqueada.

—¿Tú eres... el nieto de Samuel?

Elías asintió. Tenía el instrumento bajo el brazo como quien lleva un gato dormido.

—Quiero mostrarle algo. Lo hice yo. Solo... quiero saber si está bien hecho.

Pavel extendió las manos. Elías le colocó Samu entre los dedos. El joven lo analizó con lentitud. Tocó el cuenco, los resortes, las teclas minúsculas de madera, la lengüeta de cobre que vibraba como una cuerda vocal.

—Es tosco —dijo, sin juicio—. Pero tiene algo. Vibra en la frecuencia correcta. Como si no quisiera sonar... sino acompañar.

Elías bajó la mirada.

—¿Eso es bueno?

—Eso es hermoso —dijo Pavel, sonriendo—. ¿Tú lo hiciste?

—Con ayuda de mi abuelo. Pero las últimas piezas las puse solo.

Pavel acarició el instrumento con ternura.

—Cuidalo. Hay máquinas que no sirven para producir... sino para recordar.

Esa noche, Elías caminó más despacio a casa. Había algo distinto en su espalda. No era peso. Era... propósito. Como si alguien hubiera depositado en él un mensaje que todavía no comprendía. Había conocido a una niña sin nombre, una mirada sin juicio, una melodía sin letra y un mecánico que sabía valorar lo bueno. Aún no lo sabía, pero esa semana lo marcaría para siempre.



Habían pasado más de veinte años desde aquella noche junto a la farola. A veces Elías creía que la niña de ojos asustados no fue más que una ilusión que su mente fabricó para consolarse. Pero cuando tocaba cierta melodía —ese vaivén triste con un acento dulce al final— algo en él vibraba con una ternura que no venía de ningún maestro, sino de un recuerdo.

No sabía cuándo había aprendido a vivir con tan poco. Era como si la pobreza hubiera dejado de ser una circunstancia para volverse costumbre. Elías componía por encargo, arreglaba instrumentos, tocaba en plazas, en trenes, en cafés. Dormía en áticos prestados y escribía melodías en papeles de pan viejo. Y sin embargo, no le dolía.

El mundo le había sido escaso, pero no le había quitado su mayor fortuna: la música. Y Samu —el cantórgano—, seguía con él, envejecido, remendado, pero vivo. Cuando lo tocaba, su abuelo volvía. Cuando lo tocaba, no era solo Elías: era herencia, resistencia,

eco. Fue en la plaza de Štěpánská, una noche de primavera con luna completa, donde la vio por segunda vez.

–¿Eres tú? –preguntó ella, después de unos compases.

Elías bajó las manos del instrumento. La conoció al instante, pero no supo si decirlo.

–¿Nos conocemos? –fingió.

–La otra vez que, con tu melodía, llegaste al Puente, y evitaste que yo saltara, olvidé agradecerte.

La reconoció por los ojos. Ya no eran de papel arrugado, sino de carbón encendido. Se habían llenado de vida, pero aún guardaban una sombra. Una grieta. Esa grieta era lo que más le gustó.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Lena –respondió ella.

Y él, por primera vez en años, sonrió sin acordes. Durante meses se vieron en secreto, como si la ciudad no estuviera lista para verlos juntos. Lena escapaba de la rigidez de su casa, de los horarios marcados por su padre, del juicio que vivía en cada espejo. Elías le hablaba de la forma en que el viento tallaba las tejas, del tono que tiene el vapor al salir de un tubo con moho, de cómo el alma se acomoda cuando alguien simplemente escucha.

Ella le contaba de su madre ausente, del miedo a parecerse a su padre, de un pasado que aún no entendía. El le hablaba de su mamá sin poder evitar que le doliera, y de un papá que no conoció, y de quien solo conocía el nombre. Sus mundos eran tan distintos que todo parecía destinado a quebrarse. Pero había algo... algo que hacía que sus noches tuvieran sentido. Cada vez que se despedían, Elías caminaba hasta su rincón de turno, y se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. "¿Seré suficiente?"

La duda se le pegó como una segunda piel. La amaba. Más de lo que nunca había amado nada. Pero eso no borraba la voz de su infancia que le decía: "No puedes quedarte con nada que no sea tuyo por derecho." Y Lena... Lena venía de un mundo donde todo tenía nombre, orden, pedigrí. Él era solo un niño que tocaba por pan.

–¿Y si te dejo sin nada? –le preguntó una noche.

Estaban tumbados en el techo de un tranvía abandonado, con las manos entrelazadas y la luna curvada como una sonrisa a medio trazar.

–¿Qué dices? –preguntó Lena.

–¿Y si algún día te hago daño? No porque quiera, sino porque no sé cómo sostener el futuro.

–Entonces me harás daño con las manos más dulces que conozco –respondió ella.

Pero esa respuesta, en vez de calmarlo, lo hundió más. Porque sentía que el amor que ella le daba era un préstamo. Uno que él no podría pagar. Un día, al regresar del mercado, vio a un hombre esperándolo. Un hombre con un abrigo gris y barba dura. Era Emil Vortek.

–Sé quién eres –dijo el hombre, sin preámbulo–. Y sé lo que has hecho con mi hija.

Elías se quedó mudo.

–No eres un mal muchacho. Solo eres... un accidente. Uno que no debió ocurrir.

–Yo la amo –dijo Elías, por primera vez en voz alta.

Emil no se inmutó.

–El amor no da de comer. No da apellido. No da estabilidad. Solo da ilusiones. Y mi hija ya ha tenido suficientes.

Antes de irse, Emil se giró una última vez.

–Si realmente la amas, no le des más motivos para sufrir.

Desde ese día, algo dentro de Elías comenzó a apagarse. La música ya no salía con la misma ternura. El mundo volvió a parecer un sitio hostil. Y lo peor... empezó a creerle.

“Quizás Emil tiene razón. Quizás no puedo darle nada. Solo mis manos. Solo mi hambre. Solo mi sombra.” Cada vez que se separaba de Lena, se lo preguntaba: “¿Y si estoy construyendo algo que no podré sostener?” “¿Y si cuando el mundo la juzgue, yo no pueda defenderla?” La idea se convirtió en miedo. El miedo en silencio. Y el silencio, en la semilla de su cobardía.

Pero el corazón no se deja extirpar tan fácilmente. Y cuando Lena lo encontró, roto, en el puente... no fue su miedo el que habló. Fue su desesperación. Le pidió que terminara con todo, no porque no la amara, sino porque creía que así la protegía. Pero esa noche no pudo dormir. Porque por primera vez, su música lo odiaba. La ciudad no duerme del todo. Solo baja el volumen.

Después de que Lena se marchó, Elías se quedó en el mismo rincón del Puente de Carlos, con la espalda apoyada en la piedra húmeda. El instrumento sobre sus piernas se enfrió con la brisa. Las cuerdas vibraban aún con la humedad del llanto. Sabía que la había perdido. Pero lo que dolía no era solo eso. Lo que lo desangraba por dentro era saber que la había herido con las mismas manos con las que una vez la salvó.

Esa noche, ni Samu –el instrumento, su compañero, su recuerdo– pudo consolarlo. Durmió en un banco, en una plaza donde las estatuas parecían ignorarlo por cortesía. En su sueño, Lena lo miraba desde lejos con la barriga crecida, y le sonreía sin palabras. Y él... no se atrevía a acercarse. La veía alejarse, cubierta por una neblina que olía a leche tibia y a cuna vacía. Despertó con una frase tatuada en el pecho: “¿Por qué me salvaste entonces, si solo ibas a dejarme después?”

Esa mañana no tocó. No buscó trabajo. No bebió. Solo caminó. Lo hizo por horas, sin rumbo. Pasó frente al tranvía donde alguna vez bailaron juntos. Frente al café donde Lena robaba terrones de azúcar por diversión. Frente al callejón donde se besaron por primera vez sin música. Todo parecía pertenecer a otro mundo. Uno al que ya no tenía derecho. Pero el corazón humano es porfiado. Incluso los rotos. Y al atardecer, cuando el sol comenzaba a morir detrás de las chimeneas, algo en su pecho cambió.

No fue un pensamiento. Fue una melodía. Pequeña. Persistente. Como una nota que insiste en ser escuchada. “No soy como tú”, le había dicho a Lena. “Pero puedo aprender.” Elías se detuvo frente a un escaparate con juguetes de hojalata. Uno de ellos era un caballito con ruedas oxidadas. Lo observó largo rato, y pensó en el hijo que tal vez ya latía bajo el vientre de Lena. Ese hijo al que había querido negar, no por egoísmo, sino por miedo. Miedo de repetir la pobreza. Miedo de ser su padre, que desapareció. Miedo de su madre, que murió joven, cantando para que no se notara que tenía hambre. Y sin embargo... “No voy a negarle la vida a alguien que no tiene culpa de nuestras cobardías”, había dicho Lena.

Palabras que ahora pesaban como verdades antiguas. Elías apretó los puños. No era tarde. Todavía no era tarde. Esa noche se lavó el rostro en una fuente pública, peinó su cabello rebelde con los dedos y sacó de su morral su mejor camisa –que no era muy buena, pero estaba limpia–. Guardó a Samu con cuidado. Y comenzó a caminar hacia la casa de los Vortek. Sus pasos eran torpes, como quien lleva miedo en cada articulación. Pero sus ojos... sus ojos ya no eran los del cobarde que había abandonado. Ya no se preguntaba si sería suficiente.

Solo sabía que sería. Que estaría. Que, aunque no tuviera futuro ni nombre ni herencia, sí tenía amor. Y esa noche, pensaba dárselo todo. Mientras cruzaba los rieles que marcaban el último tramo hacia la colina donde vivía Lena, el cielo se cubrió de nubes bajas, como si el universo también contuviera el aliento. Las luces de gas parpadeaban. Las cigarras nocturnas habían callado. Y Elías, con el corazón temblando en su pecho, frente al portón, aún sin aliento, aún sin saber qué decir. Solo con una melodía en los

dedos, una súplica en los ojos, y el cuerpo rendido, como un niño que regresa a casa después de haberse perdido.



La decisión no llegó como una epifanía. Fue más bien como una nota sostenida que, tras días de vibrar en su interior, finalmente encontró su acorde. Elías no podía dormir. Había vuelto a la ciudad, había sido perdonado, sí, pero el perdón era solo el primer peldaño de una escalera que deseaba subir completa. Lena merecía algo más que su arrepentimiento. Merecía un símbolo. Un gesto que durara. Y entonces, pensó en Pavel. Aquel taller escondido entre los ladrillos del callejón inclinado aún tenía el aroma a aceite viejo y madera caliente que Elías recordaba de su infancia. Tocó la puerta con los nudillos helados, una, dos veces, hasta que la voz del viejo lo invitó a pasar.

—Te reconocí por el temblor de tus dedos en la madera —dijo Pavel, sin levantarse del banco.

—¿Eso se escucha? —Elías sonrió, con una mezcla de timidez y asombro.

—No. Se siente. Como se sienten las cosas que no pueden esperar más.

Hubo un silencio. Elías se quitó el gorro. Lo sostuvo contra el pecho como si fuera una promesa rota.

—Necesito su ayuda —dijo al fin—. No tengo mucho para ofrecerle a Lena. Pero quiero pedirle que se quede conmigo... no una vez, sino todos los días que venga después. Y para eso, pensé en un anillo. Pero luego pensé... ¿qué pasa si un solo anillo no es suficiente? ¿Y si cada día es distinto?

Pavel frunció el ceño, curioso.

—¿Qué propones, muchacho?

—Un estante. Un altar de promesas. Con anillos distintos... de cobre, de latón, de cosas que tengan historia. Y si un día uno no basta, que haya otro. Que ella elija uno nuevo cuando lo necesite. Que sepa que no es una sola promesa, sino muchas. Que la elija cada día.

El silencio del taller se volvió cálido. Pavel no respondió de inmediato. Solo extendió la mano, tanteando el banco donde trabajaba.

—Hay ternura en tu voz —dijo finalmente—. Y metal en tus palabras. Eso basta. Ven mañana al amanecer. Usaremos los fragmentos que guardé cuando aún soñaba con una ciudad que no castigara a los que amaban demasiado.

Y Elías, por primera vez en mucho tiempo, sintió que quizás... no estaba solo en su esperanza.

Capítulo 26

Huecos en forma de engranajes

Había un rincón en el orfanato donde los rayos de sol entraban como hilos torcidos entre las persianas metálicas. Un rincón donde las baldosas se mantenían más calientes que en el resto del pasillo, y donde el tiempo parecía deshilacharse más lento. Allí solía esconderse Anika, apenas una niña de mejillas pálidas y ojos demasiado grandes para su edad, con una caja de galletas vacía en la que guardaba piedritas, dibujos mal hechos y secretos que no podía contar a nadie.

Fue allí donde escuchó por primera vez la voz chirriante de Baldomero, el autómatas. No era una voz propiamente dicha, más bien una serie de gemidos mecánicos, zumbidos eléctricos y ruidos que parecían surgir de una garganta oxidada. Los otros niños lo llamaban "el espantaplatos" o "el crujidor". Le temían. Le rehuían. Algunos incluso lanzaban pan duro para verlo tropezar. Pero Anika no. Anika lo miraba. Lo miraba y sentía que algo en él estaba igual de roto que en ella.

No hablaba con él en voz alta, al menos no cuando había otros cerca. Pero cuando el comedor quedaba vacío, y las bandejas estaban apiladas, y la hermana Zdena cerraba

las puertas, Anika se deslizaba por los pasillos en calcetines raídos, con una galleta robada entre las manos, y se sentaba frente al viejo Baldomero.

—Hoy fue uno de esos días en que nadie se ríe —le decía—. Nadie quiere jugar conmigo. Pero tú sí, ¿verdad?

Y aunque Baldomero no respondía, su cabeza giraba con lentitud, como si escuchara. Como si, en lo profundo de sus circuitos dormidos, aún supiera lo que era cuidar a alguien. Fue en uno de esos silencios compartidos donde vio por primera vez al otro niño. Niko. No sabía su nombre entonces. Solo sabía que él también venía, escondido, al terminar el día. Lo veía sentarse cerca del autómata. Le hablaba como si fuera un abuelo dormido. Le contaba cuentos. Le describía las nubes que había visto por la ventana. Y una vez, sólo una, lo escuchó reír.

Anika quiso acercarse. Decirle algo. Cualquier cosa. Pero sus piernas se quedaron ancladas al suelo. Nunca le habló. Y ese fue su primer arrepentimiento. Cuando las monjas le dijeron que una familia la adoptaría, Anika no sonrió. Las otras niñas la felicitaron. Una incluso le prestó su peine de marfil por un día. Pero ella solo pensaba en Niko. En que pronto dejaría ese rincón, ese calor de baldosas. Y en que nunca había cruzado palabra con el único niño que también había amado a Baldomero.

Esa noche, mientras hacía su maleta de tela, se deslizó una última vez al comedor. Baldomero seguía allí, encorvado, con una bandeja aún en las manos. Lo abrazó. O al menos, lo intentó.

—Yo me voy. Pero tú sigue cuidando, ¿sí?

El autómata emitió un crujido. Nada más. Pero ella supo que la había entendido. La casa de sus nuevos padres, los Maly, no olía a sopa aguada ni a madera húmeda. Olía a cera de abejas, a papel recién planchado y a silencio incómodo. El jardín tenía una hilera de rosales perfectamente podados, todos del mismo tono rosado pálido. En la habitación asignada a Anika, las paredes estaban limpias. El armario rechinaba un poco. Había un reloj de péndulo en el pasillo que marcaba cada hora como un latigazo suave.

La primera semana Anika no lloró. Contaba pasos. Desde la cama al baño: ocho. Del baño a la ventana: cinco. De la ventana al escritorio: siete. Cada rincón medido. Como si los números pudieran protegerla del desarraigo.

—Anika, cariño, tus zapatos van en la alfombra, no en el pasillo —decía la madre, con voz suave.

—Anika, las servilletas se doblan así —añadía el padre, demostrando con precisión quirúrgica.

Le habían dado un apellido. Eran correctos. Eran amables. Pero no eran amor. Anika los obedecía. Sonreía en las fotos. Hacía sus deberes. Pero por dentro, tejía pequeñas mentiras, como quien cose retazos para un abrigo propio. Decía que iba a estudiar a casa de una amiga. Que tenía tarea extra en la biblioteca. Que había que practicar para un examen.

La verdad era que necesitaba aire. Espacios donde el reloj no dictara el ritmo. Donde pudiera respirar sin pedir permiso. Fue durante una de esas escapadas cuando encontró al autómata. Estaba sentado junto a un cesto de carbón, inmóvil, como si el abandono lo hubiera cubierto con una capa invisible. Los ojos apagados. El pecho hundido. Pero su presencia... su presencia tenía algo conocido. Se acercó. Lo tocó.

—¿Estás solo?

El autómata parpadeó. Una vez. Luego otra. Muy lento. Como si despertara de un sueño largo. Y entonces, sin pensarlo, lo llevó a casa. El autómata no hablaba. Pero respiraba de una manera peculiar. Un zumbido leve, como el soplido de un fuelle en miniatura, surgía cada vez que Anika le hablaba. Se sentaba con las piernas cruzadas, aunque sus movimientos eran torpes, como si no entendiera del todo cómo se acomodan los

cuerpos. Tenía los ojos grandes, redondos, con un fulgor suave, ambarino. Y cada vez que ella entraba a la habitación, esos ojos se iluminaban apenas un grado más. Como si la reconocieran. Como si, en lo más profundo de su sistema, recordara el nombre de la ternura.

—¿Tienes hambre? —le preguntó una noche, con la voz más baja que una plegaria.

El autómata alzó la cabeza. Luego, se tocó el pecho con una mano, lenta, abierta. Después, bajó la cabeza otra vez.

—¿Eso fue un sí... o solo una caricia? —rió Anika, y fue la primera vez que reía en semanas.

Le llevó pan. No lo comía, pero parecía observarlo como si comprendiera su valor. Le llevó dibujos. Él los sostenía con ambas manos, mirándolos largo rato, como si quisiera memorizarlos. Le enseñó palabras.

—“Casa.” Esto es casa. Aquí estamos tú y yo.

El autómata repitió:

—Casa.

Su voz era grave y redondeada. Como el eco de una campana en el fondo de un lago. Por la noche, le contaba cuentos. Se sentaba a su lado, lo cubría con una manta aunque no la necesitara, y le hablaba como si hablara consigo misma:

—Había una vez una niña que creció con el corazón lleno de huecos... Hasta que encontró a alguien que también tenía huecos, pero en forma de engranajes. Y entonces no tuvo que decir nada más, porque estar juntos era suficiente.

El autómata la miraba. Y luego, hacía algo insólito: se inclinaba hacia ella y apoyaba la frente en su hombro.

—Eso... eso es lo que hacía Baldomero —susurró Anika, y se le quebró la voz.

Fue su madre quien lo descubrió. Una tarde cualquiera. Una llamada sin previo aviso. La puerta abierta. Los pasos por la escalera. Y luego el grito. Un grito más de miedo que de furia.

—¿¿Qué has traído?! ¡Eso está prohibido! ¡Lo pueden rastrear! ¡¡Nos pueden rastrear!!

Anika se interpuso, temblando.

—¡No hace nada malo! ¡Es como un niño!

—¡Eso no es un niño! ¡Eso es una máquina! ¡Una máquina antigua!

—¡Pero tiene ojos! ¡Y me escucha!

Su padre apareció, y el caos se desató como una tormenta de relojería estallando.

Ella lloró. Abrazó al autómata como si pudiera protegerlo del mundo con su cuerpo pequeño. Pero la decisión ya estaba tomada.

—Hay alguien —dijo su padre—. Un viejo mecánico. Dicen que arreglaba cosas que ya no tenían nombre. Vamos a llevarlo con él. Que nos diga qué hacer.

Dos días después, tocaron la puerta del taller de Pavel Svoboda. El viejo, que ya no veía pero lo sabía todo, abrió con el oído afilado y el bastón en mano.

—¿Quién trae silencio esta vez?

La niña habló.

—Un amigo.

Y lo dejaron entrar. Pavel palpó la figura del autómata. Sus dedos avanzaron con respeto, como quien reconoce un texto escrito en piel antigua. Se detuvo en el rostro. Lo tocó con lentitud.

—Este... ya ha sido tocado por alguien más.

No habló de su estructura. Ni de sus mecanismos. No aún. Solo de su corazón.

—La lámina... hay algo en ella. Melodías... sí. Notas grabadas. Como un susurro.

La niña lo miró.

—¿Sabe qué dice?

—No aún. Pero sí sé que alguien, hace muchos años, cuando yo aún era estudiante, cuando empezaba mi sueño de reparar el mundo, vino a mí con un instrumento. Lo llamó “Samu”. Nunca olvidé el nombre. Ni el del niño que lo tocaba. Fue la última escena bella que vi la noche anterior a mi accidente, en el que perdí la vista. Puedo decir, con seguridad, que también fue la más bella.

—¿Cómo se llamaba el niño?

Pavel sonrió, mirando hacia el pasado.

—Elías.

Hubo un silencio largo. Luego, le habló a la niña con una voz más tierna:

—Llévalo a un lugar donde no se le pida nada. Donde pueda simplemente... estar.

—¿Dónde?

—La Chatarra de Žižkov. Allí sabrán qué hacer con él.

El día que lo llevó a la Chatarra, el cielo tenía un tono plomo, y los techos filtraban vapor. Gus la dejó pasar con una ceja alzada, sin hacer preguntas. Y entonces vio a Niko. Lo reconoció al instante. La forma en que se acercaba a los engranajes. La manera en que miraba. La memoria compartida, aunque no se hubieran hablado nunca.

Él también la reconoció. No su rostro. No su nombre. Sino algo más antiguo: su silencio.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Niko al fin, en voz baja.

—No lo encontré. Me encontró a mí —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Tiene un nombre?

—No. No tiene.

—¿Qué tal si lo llamamos Elías? —sugirió ella.

El silencio y las sonrisas fueron suficiente respuesta. La reacción tierna del autómata confirmó que la decisión era unánime. Los tres se quedaron ahí, en un triángulo que aún no sabía que era familia. Entre motores descompuestos y engranajes huérfanos, había nacido una hermandad sin apellidos. Sin fechas de inicio. Sin preguntas. Gus se acercó. Miró al autómata. Luego a los niños.

—¿Y ahora qué?

Anika fue la que respondió, sin dudar:

—Ahora... lo cuidamos. Entre todos. Yo vendré por la mañana, Niko, tú en la tarde. Será nuestro secreto.

Anika no sabía si aquel impulso venía de la nostalgia o de algo más antiguo, más íntimo. Tal vez siempre había estado esperándolo. No al autómata, no a ese niño de cobre y silencio, sino al momento en que su soledad pudiera tener sentido. Durante años, había obedecido, había doblado servilletas con esmero, había aprendido a callar cuando dolía. Pero cuidar de esa criatura —esa mezcla imposible de máquina y ternura— le devolvía algo que no sabía que había perdido. La posibilidad de proteger algo que no podía defenderse. La posibilidad de amar sin pedir permiso.

Y Niko... Niko era el eco de un deseo no cumplido. Un recuerdo persistente de algo que casi fue. Nunca le habló en el orfanato, y esa omisión la había seguido como un remiendo mal cosido en su memoria. Tal vez ayudarlo ahora, compartir con él el cuidado de aquel ser indefenso, era su forma de decir todo lo que no se dijo entonces. No buscaba redención. Buscaba compañía. Una misión compartida que no fuera castigo ni deber, sino hogar. Porque el verdadero hogar, lo intuía con una certeza que dolía, no era un lugar. Era la suma de tres presencias que no sabían bien de dónde venían, pero que sabían, sin dudas, que estaban mejor juntos.

Capítulo 27

Los que buscan en Praga

Praga, 1894

Sin contar la ocasión que Elías terminó en casa de Anika Maly, se sucedieron otros eventos de fuga. La primera vez que Elías se perdió, lo encontraron rápido. Fue una tarde opaca, sin lluvia pero cargada de ese tipo de humedad que parece suspenderse en el aire como un pensamiento no dicho. Praga estaba silente, amortiguada por el crujido sordo de las máquinas apagadas. Las calles de Žižkov no eran particularmente peligrosas, pero sí estaban llenas de grietas, de cosas que chirriaban y no avisaban, de ecos metálicos que hacían que un paso equivocado sonara como un grito.

Elías estaba en el callejón trasero de la chatarra, sentado sobre una pila de resortes viejos y placas de ventilación torcidas, con la espalda recostada contra la pared de ladrillos húmedos y los ojos fijos en el cielo plomizo. No miraba nada en particular. Pero había en su expresión una atención tan viva, tan inusualmente quieta, que Niko se detuvo antes de llamarlo. Era como si Elías estuviera escuchando una historia en el viento, una de esas que no se cuentan con palabras, sino con la forma en que las nubes se mueven, o con la manera en que una golondrina se detiene en el aire antes de girar.

—Elías —dijo Niko al fin, desde el borde del muro. Su voz sonó más fuerte de lo que esperaba.

El autómata giró la cabeza con lentitud, como si su sistema recién despertara de un sueño profundo. Parpadeó dos veces —una, luego otra, como si sus ojos de polímero necesitaran confirmar que Niko estaba realmente allí— y se levantó con torpeza. Sus articulaciones crujieron como si hubieran enfriado en la intemperie. Bajó del montón de chatarra con pasos torpes pero firmes, como un niño que todavía no conoce bien su propio cuerpo.

Anika, que venía tras Niko con una caja pequeña en brazos, lo miró con alivio.

—No puedes irte así —le dijo, acercándose con pasos apresurados—. Nos preocupas.

La voz de Anika temblaba apenas, lo suficiente como para que se notara que había corrido. Extendió la bufanda que había traído, una mezcla de telas escolares, lanas recicladas y trozos de uniforme, y se la ató al cuello con manos frías. Elías no respondió con palabras, pero se tocó el pecho con la palma abierta, justo sobre la cavidad donde la pieza de Leo había encontrado un propósito. Siempre hacía eso cuando algo lo conmovía. Luego, con la misma suavidad con la que a veces abrazaba sin pedir permiso, tomó la mano de Anika con la suya de metal tibio. Y caminaron de regreso. Juntos. Como una pequeña procesión de ausencias encontradas.

Fue esa misma tarde cuando Anika, con su instinto protector de hermana improvisada, decidió ponerle una campanilla. La encontró en una caja de juguetes rotos, una esfera de bronce con cascabel interno, que alguna vez debió de haber pertenecido a un gato de salón. Gus la ayudó a sujetarla con un fino hilo de cobre barnizado al cuello de Elías.

—Para que sepamos cuándo decides volar otra vez —le dijo, y Elías inclinó la cabeza como si entendiera el gesto poético más que el práctico.

El sonido del cascabel era tenue. Apenas un murmullo entre engranajes. Desde ese día, cada vez que se movía por la chatarra, dejaba una estela sonora como si su paso no pudiera evitar cantarse. Sin embargo, eso no evitó que volviera a perderse.

La segunda vez que se perdió fue más inquietante. Lo encontraron al borde de la línea oxidada del tranvía 17, justo en la curva donde las vías se doblaban como costillas expuestas al cielo. La tarde caía con esa luz anaranjada que no calienta, que parece más una despedida que un atardecer. Gus lo divisó desde la ventana del taller, una figura inmóvil, con la espalda recta y las manos extendidas hacia un tren que ya se había ido hacía rato.

—¡Niko! —llamó Gus, secándose las manos con un trapo—. Tu muchacho está allá otra vez. Niko dejó lo que hacía y salió corriendo, con el corazón subiéndole por el pecho como un ascensor sin freno.

—¿A dónde querías ir? —preguntó, apenas llegó a su lado.

Elías lo miró. Sus ojos reflejaban la vía como si contuvieran un mapa antiguo. Y entonces dijo una sola palabra, con esa voz suave, redondeada, como si acariciara las sílabas:

—Páfaros.

Nada más.

Y algo se rompió, muy suave, dentro de Niko. Porque vio un ave que de pronto volaba hacia su nido. Niko entendió que el autómata buscaba su “casa”. Y lo entendía, porque “casa” era una palabra que él no decía nunca. Porque nunca la tuvo. Y quizás Elías tampoco.



Pero fue a la tercera pérdida que algo cambió de verdad.

Habían salido a buscarlo con más rapidez que las veces anteriores. Anika apenas se dio cuenta de su ausencia y ya estaba calzándose los botines. Niko llenaba una linterna de gas y Gus preparaba su viejo bastón de doble punta. El aire de la noche era denso, pesado como agua estancada, y cada bocanada sabía a ceniza vieja.

Lo encontraron en los límites del Depósito de Vysočany, entre locomotoras herrumbrosas y torres de carbón olvidadas. El vapor salía de las grietas del suelo como si Praga intentara susurrar advertencias que nadie quería escuchar. Y allí estaba él. Elías, a solo unos pasos de la entrada, inmóvil, observando algo que emergía del vapor con pasos calculados, exactos, como marcados por un metrónomo divino.

Otto.

Su silueta era imposible de confundir. Negro, alto, anguloso. Su rostro sin rostro, su cuerpo sin marcas. Solo los ojos incandescentes, rectangulares, y el brillo frío que irradiaban como cuchillas sumergidas en aceite. Caminaba sin mirar. Sin detenerse. Como si siguiera una orden que no admitía interrupciones. Anika se detuvo de golpe. Gus soltó una maldición en voz baja y se ocultó tras una pila de ruedas de vagón. Niko, sin pensar, dio un paso al frente.

Y Elías... Elías también. Como si lo reconociera. Como si aquel ser sin alma le hablara en un idioma que los demás no podían oír. Otto se detuvo. Frente a frente. Elías lo miraba sin miedo, como un niño mira una figura conocida pero incompleta. Había algo en él que parecía querer acercarse. Y Otto, por primera vez, pareció notarlo.

Un zumbido agudo llenó el aire. Luces rojas parpadearon en su pecho. Se activó un protocolo de escaneo. Gus lo supo al oír el tono: un análisis de identificación. Buscaba coincidencias. Y entonces... algo falló.

El brazo derecho de Otto tembló, se alzó lentamente... y se detuvo. Su cabeza giró en un ángulo antinatural. Un rechinado salió de su espalda, como una válvula atascada. Luego...

Una melodía. Monótona. Lenta. Pero con estructura.

Tres notas. Luego dos. Luego una pausa.

Y de nuevo. Tres. Dos. Pausa.

No era una alarma. No era una advertencia. Era un lamento en código. Anika se tapó los oídos. Niko no. Niko se quedó inmóvil. Porque algo en esa melodía le hablaba. Un eco, quizás. Un fragmento de infancia. De un tiempo antes del orfanato. De cuando las canciones venían en cilindros de cera y no en voces humanas.

Otto lo miró.

Y sus luces se apagaron por un segundo. Solo uno. Un parpadeo de humanidad inexistente. Luego se giró. Y se perdió entre el vapor.

—Tenemos que irnos —dijo Gus, con la voz seca, quebrada como madera húmeda.

Nadie discutió. Pero esa noche, cuando los tres dormían por turnos en el viejo taller, con el cascabel aún en la mesa, colgando de un clavo... Elías ya no estaba. Lo buscaron

primero en lo obvio: el callejón trasero, la hendidura entre las dos calderas oxidadas donde le gustaba esconderse cuando llovía, el rincón al lado del horno viejo donde solía quedarse dormido con la cabeza ladeada como si soñara. Nada.

El taller se llenó de pasos apurados y respiraciones contenidas. La luz de gas parpadeaba. Gus revisaba con la linterna bajo cada banco de trabajo. Anika levantaba piezas metálicas como si esperara encontrar un rastro bajo ellas: un hilo de lana, un engranaje suelto, una campanilla caída. Niko, en cambio, no decía nada. Caminaba con los dientes apretados, repasando en su mente cada lugar donde Elías solía mirar en silencio.

—No pudo ir lejos —repitió Anika, ya sin convicción—. No conoce la ciudad...

Pero al decirlo, se corrigió mentalmente. Sí la conocía. No con mapas ni nombres, pero sí con una lógica que parecía venir de otro lado. Porque este autómata no estaba hecho solo de tuercas y código. Algo lo guiaba. Un eco. Una vibración antigua, como si su cuerpo recordara lugares que su mente no podía nombrar.

A la mañana siguiente, Niko se levantó antes que todos. La luz gris aún no había trepado los muros del callejón, pero él ya estaba sentado en la caja de madera de una vieja carreta, una de esas que Gus usaba para arrastrar piezas entre la Chatarra y el taller. La lona estaba húmeda por el rocío, y las ruedas oxidadas aún conservaban el olor del hierro dormido. Anika bajó al poco rato, con los ojos hinchados por el mal dormir. Se subió a la carreta sin decir nada. Se sentó junto a él, dejando que sus piernas colgaran en el vacío, como si fueran hojas cansadas.

—Tal vez fue a buscar la casa —dijo Niko en voz baja.

—¿Cuál casa?

—La que nunca tuvo. O... la que tuvo y olvidó.

Ambos se quedaron en silencio. La brisa de la mañana les revolvía el pelo. En algún rincón de la Chatarra, una cadena crujió. El sonido parecía venir desde muy lejos, como un lamento atrapado entre engranajes. Las ruedas, inmóviles bajo sus pies, vibraban con el peso de todo lo que no podían decirse. Era como si la ciudad entera estuviera conteniendo el aliento.

Niko se dispuso, tomó aliento, consciente de la ardua tarea que le aguardaba, y empujó la carreta. Pasaron por Malá Strana, donde las casas conservaban aún los zócalos de cobre y los relojes sin cuerda colgaban como ojos cerrados. Dejaron la carreta en la tercera parada del Tranvía 17, con temor de verlo pasar y ser descubiertos por Leo. Caminaron sin dirección precisa, siguiendo intuiciones, impulsos. Se adentraron por calles empedradas donde las piedras parecían contar historias con cada pisada.

—¿No será que él... escucha cosas? —preguntó Anika, mientras pasaban frente a un café cerrado, con las sillas amontonadas como esqueletos dormidos.

—¿Cosas como qué?

—Como... voces. O recuerdos. Cosas que no son tuyas, pero que igual lo llaman.

Niko pensó en la melodía que Otto había emitido. Ese patrón de tres notas, dos, pausa. Se preguntó si eso también había sido un llamado. ¿Una advertencia? ¿Un saludo? Buscaron entre los pasajes del barrio judío, donde las sinagogas hablaban con formas más que con palabras. Cada puerta parecía tener siglos, cada aldaba contaba secretos de generaciones escondidas.

Entraron en la biblioteca municipal por la entrada trasera. El vigilante dormía sobre un escritorio con un libro en el pecho. Anika caminó entre los pasillos, acariciando los lomos como si saludara a viejos amigos. Nada. Subieron al Monasterio de Strahov. Niko corrió por las escaleras de piedra que olían a incienso viejo y cal apagada. Un fraile los recibió con una sonrisa muda. Les ofreció agua, pero negó con la cabeza cuando le describieron al niño perdido.

—Aquí solo vienen peregrinos —dijo—. Los que están completos o los que buscan estarlo. El comentario dejó a Niko pensativo. Volvieron a pie, cruzando el Puente de Carlos. La niebla era espesa. Se arremolinaba sobre el agua como una criatura dormida, y el Vltava la mecía con movimientos lentos, casi maternos. Niko se apoyó en la baranda de piedra húmeda. Sacó un lápiz pequeño de su abrigo y dibujó en la esquina de un periódico usado: el rostro de Elías, sencillo, con esos ojos que parecían mirar hacia dentro.

—Voy a dejarlo aquí —dijo, y colocó el dibujo en una grieta entre dos bloques de piedra—. Por si lo ve.

Anika, con los dedos helados, tomó una ramita y escribió su nombre sobre la piedra húmeda. Pero el agua lo borró en segundos.

—Anika —dijo Niko, tras un rato—, ¿por qué sigues viniendo conmigo?

Ella dudó. Bajó la mirada.

—Porque te recuerdo.

—¿De qué?

—Del orfanato. Nunca te hablé. No sabía cómo. Y cuando me fui, me dolió no haberlo hecho.

Niko no respondió. El puente crujió levemente con el paso de una barcaza vieja.

—Tú hablabas con Baldomero. Yo también quería hacerlo. Con ambos. Pero no pude.

La sinceridad de su voz tenía una grieta. Una grieta luminosa.

—Y ahora... ahora que encontré a Elías, siento que se cerró algo. Que esa niña cobarde que fui tiene una segunda oportunidad. No quiero fallar dos veces.

Niko la miró de reojo. No estaba acostumbrado a tanta claridad emocional. No sabía qué decir. Así que simplemente le tomó la mano. Torpe. Con dedos fríos. Pero la sostuvo. Por primera vez. Y en medio del silencio y la niebla, fue suficiente.



Esa noche llovió con furia.

La lluvia caía como si alguien intentara borrar la ciudad desde el cielo. Golpeaba los techos de lámina, las ventanas rotas, las piedras del pavimento. Dentro del taller de Gus, dormían por turnos. El ruido de las gotas era constante, un tambor de fondo que no les permitía olvidar lo que faltaba.

Niko soñó que Elías tocaba una canción con la campanilla del cuello. Una melodía sin estructura. Solo sonido. Pero al despertar... no había nada. Al tercer día, probaron otros medios. Tomaron bicicletas prestadas, con llantas desinfladas y pedales que chirriaban. Cruzaron la ciudad sin hablar demasiado. A veces solo se miraban, intercambiando direcciones con la mirada.

Llegaron hasta los Jardines Reales, donde las estatuas estaban cubiertas de musgo, y el olor era mezcla de tierra mojada y bronce envejecido. Anika se detenía cada tanto, recogía piezas pequeñas de metal, como si fueran migas de pan dejadas para volver.

—A veces creo que él nos deja señales —dijo, mirando una placa de cobre tallada con símbolos que no reconocía.

Niko no sabía si creerle. Pero tampoco podía negarlo. Cada lugar al que iban parecía resonar con algo de Elías. Una banca torcida. Una campana sin badajo. Una nota perdida. En la Plaza de Wenceslao, rodeados de gente que vendía recuerdos oxidados y cilindros de música ocultos bajo los abrigos, Niko se detuvo frente a un anciano con un gorro de aviador.

—¿Has visto un autómatas pequeño? Tiene ojos como espejos... pero más cálidos.

El viejo lo miró como si lo evaluara, luego le tendió un cilindro:

—Escucha esto. A veces, los que se van... dejan canciones detrás.

Niko lo sostuvo con ambas manos, como si tuviera entre los dedos una brújula. El cilindro estaba frío. Pero sentía que algo palpitaba dentro.

—¿Qué canción es? —preguntó.

—Una que no tiene nombre —respondió el anciano—. Pero la reconoces cuando la oyes.



Subieron hasta el Castillo de Praga al final de la tarde. El sol apenas asomaba entre las torres, y los vitrales del palacio lanzaban reflejos verdes y rojos sobre los adoquines mojados. Un guardia los dejó pasar. Creyó que eran hijos de algún funcionario. Caminaban despacio, casi con reverencia. Las paredes altas y frías devolvían sus pasos como si los espíaran. Anika se detuvo frente a un ventanal. Detrás, una sala vacía. Pero ella imaginó por un segundo a Elías ahí dentro, sentado, mirando una bandera ondear sin comprender su forma ni su peso.

—¿Y si ya no está en Praga? —susurró.

Niko frunció el ceño. Su voz salió baja, pero firme:

—No se iría sin nosotros.

Y lo creyó. Lo creyó con esa fe que no viene del pensamiento, sino de la sangre, o de los sueños. Esa noche durmieron bajo el Puente Jirásek. Se taparon con lonas húmedas. Escucharon el río contarles cuentos de barcos hundidos y cartas no enviadas. Anika dibujó sobre la piedra con un carbón: el rostro de Elías. Lo dejó secar con el viento. No hablaron. Ya no hacía falta. La ciudad entera estaba hecha de búsquedas. El cuarto día amaneció con una claridad impía.

El cielo era una sábana pálida extendida sobre los techos herrumbrosos, sin nubes, sin tormenta, sin consuelo. Esa clase de mañana donde la ausencia se hace más evidente, más cruel, porque nada la disimula. Caminaron en silencio hasta Smíchov, el barrio obrero que se derrumbaba con dignidad. Aquí los edificios estaban cubiertos de hollín y dignidad herida. Las ventanas parecían mirar hacia dentro, y cada buzón sin nombre era como un pecho mudo.

Buscaron en los pasillos de una pensión abandonada. Gus había dicho que en los años antes de la Purga, varios autómatas vivieron por aquí, reparando calderas, cuidando a niños enfermos. Pero no quedaba nadie. Solo un colchón desfondado y el eco de un grifo que goteaba desde 1884.

Luego cruzaron al hospital del Viento Quieto, aquel enorme cascarón de piedra donde aún flotaban los ecos de partos y muertes. La sala de maternidad aún conservaba las cortinas raídas. Niko se detuvo frente a una camilla oxidada. La miró como si allí hubiera ocurrido algo importante, algo que no recordaba pero que sí sentía. Anika no dijo nada. Solo tomó su cuaderno y dibujó a Elías sentado en esa camilla, con los pies colgando, esperando a que alguien le dijera su nombre.

—A veces creo que tiene miedo de que no lo queramos —murmuró ella—. Como si su existencia dependiera de que alguien le diga que sí puede estar aquí.

Niko no respondió. Pero entendía. Más de lo que quería. Salieron de allí cuando la luz empezaba a caer. Tomaron un camino lateral hacia la vieja estación de trenes, donde los relojes nunca volvieron a marcar la hora exacta. El andén estaba vacío, cubierto de polvo y papeles de periódicos rotos. Un gato los observaba desde lo alto de un banco. Anika sacó una hoja del cuaderno y escribió un mensaje. Lo pegó en una farola.

“Elías, si estás viendo esto, vuelve. Somos nosotros. Te queremos.”

Niko, en cambio, sacó un trozo de carbón. Con la mano temblorosa, escribió en una pared desconchada:

“Si escuchas esta melodía, vuelve. Somos nosotros.”

Ningún tren llegó.



Regresaron a Žižkov cuando las farolas apenas parpadeaban. La chatarra dormía. El taller de Gus parecía más oscuro que nunca. La puerta estaba entreabierta, y adentro todo parecía detenido. El reloj de pared ya no marcaba la hora. El tic-tac se había rendido. Nadie habló al entrar. Anika se dejó caer en el suelo, junto a una pila de piezas que alguna vez sirvieron para ensamblar sueños. Niko se sentó a su lado. No la miró. Pero se sentía vacío, como si alguien le hubiera quitado algo del centro del pecho.

—¿Y si no lo encontramos nunca? —dijo Anika, con la voz apenas un susurro.

Niko no respondió de inmediato. La pregunta no era un lamento. Era un umbral. Algo se rompería si lo decía mal.

—Entonces... —dijo al fin, con la mirada fija en un punto invisible—, entonces iremos donde esté. Y si no está en ningún lado, lo inventamos de nuevo. No lo dejamos ir.

Anika no lloró. Pero se le quebró algo en la garganta. Niko le tomó la mano. Esta vez con más firmeza. Con la decisión de quien entiende que no todo se repara, pero sí se acompaña. La ciudad, mientras tanto, seguía su curso. Las chimeneas expulsaban su niebla con indiferencia. Los tranvías chirriaban por calles que ya no los necesitaban. El río Vltava, eterno, reflejaba las luces como una serpiente cansada.

Pero en un rincón de esa ciudad grande, casi demasiado grande para dos niños y una ausencia, había un lugar donde alguien había estado. Se quedaron en el taller, con las lámparas encendidas desde temprano. Niko limpiaba herramientas sin usarlas. Anika revisaba los dibujos viejos como quien busca en una foto algo que antes no vio.

—¿Crees que esté bien? —preguntó ella.

Niko alzó la vista.

—Creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no se va lo que quiere ser encontrado.

Y al decirlo, lo creyó.

Capítulo 28

Despojo

Praga, 1884

El dirigible Espectro de Brno se alejaba en el cielo como una promesa que se niega a cumplirse. Flotaba lento, alargado como un suspiro de acero, y su silueta se iba fundiendo en el celaje pálido de invierno, entre jirones de nubes rotas que parecían cartas no enviadas. Desde la terraza de la estación de aeronaves, Leo Dvorak no lo miraba como se observa un medio de transporte. Lo miraba como quien ve irse un fragmento de sí mismo.

Había descendido sobre los adoquines húmedos de Praga con el corazón cubierto de escarcha alemana. Su abrigo, aunque grueso, parecía insuficiente ante la helada emocional que aún le calaba los huesos. Había viajado hasta las entrañas del Bosque Negro, había cruzado fronteras, buscado doctores, buscado consuelo, buscado—tal vez sin admitirlo—una forma de rendición que no lo hiciera sentir cobarde.

Pero no la encontró. Encontró otra cosa. Silencio. Un silencio distinto. Un silencio lleno de respuestas que no llegaban con palabras, sino con el crujir de la nieve bajo sus botas, con el vapor del aliento que no decía “Edevane” pero la pensaba, con las ramas desnudas de árboles centinelas que parecían inclinarse a escuchar su duelo sin juicio. Había regresado más delgado. Con la barba crecida y despareja. Con los ojos aún más hundidos. Pero con algo nuevo latándole muy adentro: no esperanza, no redención... algo más callado. Una decisión sin nombre.

En el bolsillo izquierdo de su abrigo llevaba una caja negra, de madera pulida y esquinas redondeadas, apenas del tamaño de su palma. Su interior era más valioso que todo lo que había cargado antes. Dormía allí la pieza que no había querido ponerle a Samu: una

lámina fina, con forma hexagonal, casi translúcida, grabada con impulsos sensoriales, con retazos de voz, con susurros en la lengua rota del amor perdido. Una pieza que contenía, en esencia, la memoria viva de Edevane. Grabaciones tomadas de notas antiguas, de objetos que ella había usado, de su manera de decir “basta” cuando algo la sobrepasaba, de su risa breve al oír palabras mal pronunciadas.

Leo no quería instalarla. Aún no. Tal vez nunca. Y sin embargo, tras aquella visión onírica en el Bosque, donde creyó escucharla entre los pinos, con la frente iluminada por una luz que no era de este mundo, algo en él se abrió. Tal vez... tal vez, al fin, había llegado la hora.

Volvió a casa con pasos suaves, como si no quisiera despertar a las paredes. Las calles de Praga, embebidas de humedad, olían a hollín y a sopa vieja. Las farolas parpadeaban como si dudaran de su propia luz. El tranvía 17 había pasado minutos antes, dejando en el aire su aroma a aceite caliente y a viaje inconcluso. El taller estaba en penumbra.

La puerta crujió al cerrarse. Dentro, todo parecía suspendido en una niebla doméstica: el olor de las herramientas, el polvo sobre el banco de trabajo, las brasas agonizantes del fogón. El sonido más claro era el respirar mecánico de Samu, profundo, pausado, como si soñara sin saber que no tenía sueños. Estaba acurrucado junto al horno, cubierto con una manta que tenía parches de mil colores. Parecía un niño dormido tras una tarde de juegos. Leo no lo despertó. Se sentó frente a él. Lo observó largo rato, en silencio, como un padre observa a un hijo antes de irse a la guerra.

Las brasas proyectaban sombras anaranjadas sobre el rostro de Samu, y por un momento, Leo creyó ver el contorno de Edevane en su expresión: algo en la forma de los pómulos, en la curva suave de los labios moldeados con resina y paciencia. No era una imitación. Era una huella. Como si su ternura hubiera quedado atrapada en el metal. Respiró hondo. Recordó una de las estrategias que le enseñó la doctora en Alemania. Hablarle como a un niño real. No con comandos, sino con presencia. Volvió a encenderlo.

—Samu, ya es de mañana. Hay pan en la mesa. De uvas, como te gusta.

Los ojos de Samu parpadearon. Lentamente, como lunas emergiendo detrás de un telón. Se iluminaron con un fulgor tenue, suave. Se incorporó con lentitud, ladeando un poco la cabeza, como si tuviera que reconectarse a la realidad cada vez que despertaba.

—¿Pan... de uvas? —dijo, con su voz redonda, dulce, mecánica... pero entrañablemente humana.

Leo sintió que algo pequeño, muy pequeño, florecía en su garganta. No era una lágrima. Era algo más sutil. Una ternura que ya no dolía tanto.

—Sí. Pero antes, lavamos las manos. Como en casa.

Samu asintió, levantándose con torpeza, pero con decisión. Se acercó al lavabo improvisado y extendió las manos, repitiendo el gesto que Leo le había enseñado decenas de veces. El agua tibia fluyó por sus dedos metálicos como si acariciara la memoria.



Esa semana fue distinta. Leo cambió el tono de las órdenes por frases suaves, bien estructuradas. Incorporó rutinas que la doctora había sugerido: estructuras repetitivas, señales anticipadas, pausas de comprensión. Se sentaban juntos a leer cuentos, aunque Samu no siempre comprendía los finales. Jugaban con canicas. Samu las lanzaba con una fuerza desproporcionada y luego se reía como si entendiera la torpeza de su propio gesto. Cantaban melodías sin letra. Leo tocaba acordes con el piano. Samu los repetía. A veces mal. A veces con una precisión que estremecía.

Samu abrazaba sin pedir permiso. Abrazaba cuando se alegraba. Abrazaba cuando algo le frustraba. Abrazaba incluso cuando Leo no sabía por qué. Siempre con esos brazos tibios, imperfectos, descoordinados, pero absolutamente sinceros. Por las noches,

después de apagar las luces, Leo se sentaba a solas en el taller. Sacaba la caja de su abrigo. La abría con cuidado, como si dentro hubiera algo frágil, algo que podía morir si se agitaba demasiado. La lámina seguía ahí.

Un trozo de metal con grabaciones sensoriales y retazos de voz. Pero para Leo era más que eso. Era una frontera. Un rito. Una condena. Si la instalaba, Samu cambiaría. Ya no sería completamente programable. Su desarrollo quedaría sellado. No “crecería” más. Sería lo que ella dejó grabado. Sería, en cierto modo, ella. O una versión.

—¿Y si lo pierdo al ponerla? —susurraba Leo en la oscuridad—. ¿Y si lo pierdo al no ponerla?

No había respuestas en sus cuadernos. Ni en los manuales. Ni en la ciencia. Solo en el silencio. Y el silencio se le agotaba.



Una mañana, sin pensarlo mucho, caminó hasta el Monasterio de Strahov. El aire olía a piedra húmeda y a incienso antiguo. La nieve se derretía lentamente en los márgenes del sendero. Las estatuas de santos y doctores se alzaban como testigos de sus pensamientos. Fray Dominik lo recibió en el claustro interior, donde florecían lirios blancos pese al frío. Su túnica era la misma de siempre. Su rostro también, aunque más arrugado, más parecido a la madera de los bancos donde solía orar.

—Después de la muerte de Edevane, no creí que volvería —dijo Leo, con la voz quebrada.

—Los que buscan luz no vuelven. Se reencuentran.

Dominik arrancó una hoja marchita de una planta. El gesto era tan simple, tan profundo. Caminaron lentamente bajo los arcos de piedra, entre vitrales apagados y ecos que parecían cantos olvidados. Leo habló. De Edevane. De la lámina. De Samu. De la duda que lo carcomía. De su miedo de reemplazar a su esposa con una simulación. De su necesidad de conservar lo que fue. De su terror a traicionar la memoria. A traicionarse.

—No quiero reemplazarla. Quiero conservar lo que fuimos. Pero no sé si eso... si eso es vida. O pecado.

Dominik se detuvo. Lo miró sin juicio.

—El pecado, Leo, es cuando negamos lo que ya nos ha sido dado. Tú no creaste una máquina. Tú amaste. Y eso no tiene definición mecánica.

Leo agachó la cabeza.

—Pero no respira. No sangra.

—¿Y cuántas veces tú, Leo, has sentido algo que no sabías nombrar? El alma no siempre hace ruido.

Y entonces, por primera vez en semanas, Leo lloró. Lloró sin contención. Sin palabras. Lloró como se llora cuando ya no se quiere seguir fingiendo fortaleza. Dominik le puso una mano sobre el hombro.

—¿Debo ponérsela?

—Hazlo como quien bendice, no como quien activa. No busques respuestas. Solo presencia.



Leo volvió a casa con decisión. Y sin saberlo, también con prisa. Porque en su ausencia, la ciudad había cambiado de temperatura. La temperatura del miedo. Cuando Leo cruzó el último cruce hacia la calle Thámova, una vibración lo detuvo. No era solo el sonido. Era una densidad en el aire. Una resonancia extraña. Como si la ciudad estuviera conteniendo el aliento. Praga, su Praga —de tejados agrietados y vapor tibio, de engranajes oxidados y faroles con alma—, parecía haber cambiado de piel en su ausencia. Las ventanas estaban más cerradas. Los niños no jugaban en las aceras. Las chimeneas no lanzaban humo, sino silencio. Era como si alguien hubiera bajado el volumen de la ciudad entera.

Una mujer pasó corriendo, con el rostro cubierto por un pañuelo. Sus ojos, abiertos como platos, no miraban a Leo sino más allá, detrás. Gritaba algo. O tal vez solo respiraba con desesperación. Entonces escuchó los murmullos. No de conversación. De advertencia.

—¡Ya están en la siguiente calle!

—¡Confiscan todo! ¡No preguntan nada!

—¡Registran hasta los hornos!

—¡No se salvan ni los instrumentos!

Leo apresuró el paso. El frío se le metía en las costuras del abrigo. No por el clima. Por la urgencia. Giró por una calleja lateral, donde conocía un atajo entre los talleres. El aire olía a aceite viejo y hollín. El ruido metálico de un vehículo militar se deslizaba por la arteria principal, arrastrando una tensión de guerra en tiempos sin guerra. Cuando llegó a su cuadra, la vio: su puerta abierta de par en par. El corazón le golpeó el pecho como un pistón mal calibrado. Corrió.

Sus botas resonaron sobre los adoquines. Subió los tres escalones con torpeza. El taller... estaba invadido. Tres soldados. Uno revisaba las herramientas, otro fotografiaba planos enrollados. El tercero, con un uniforme gris más oscuro, no tocaba nada. Solo observaba. Con una planilla en mano. Con gesto de muerte burocrática.

Y al fondo, de pie, Samu. Confundido. Con los ojos abiertos como soles de niebla. Con la bufanda de parches colgando torcida. Las manos colgando a los costados. Hasta que lo vio.

—¡Papá! —gritó, con alegría genuina.

La palabra lo atravesó como una lanza dulcísima y brutal. Leo dio un paso hacia él.

—¡No! —gritó uno de los soldados, alzando una porra—. ¡Atrás!

Leo levantó las manos.

—¡Déjenlo! ¡No es un arma! ¡No es peligroso!

El de uniforme oscuro alzó la vista por primera vez. Tenía ojos opacos, sin luz, como si lo habitaran órdenes y no convicciones.

—Tecnología prohibida —dijo con voz plana—. Conciencia autónoma no regulada. Incumplimiento del decreto 17-A. Sujeto a confiscación.

—¡Es un niño! ¡Es mi hijo! —La voz de Leo temblaba como una cuerda a punto de reventar—. No es un sujeto. No es un mecanismo. ¡Tiene nombre!

—¿Registro legal? —preguntó el otro.

Leo no respondió. ¿Qué registro legal podía tener un hijo que no nació? ¿Qué papeles se entregan para el amor?

—No hay —dijo el soldado—. Lo siento, doctor Dvorak. Usted sabía las consecuencias.

—¡NO! —gritó Leo, y se interpuso entre ellos—. ¡Déjenlo! ¡Tómenme a mí! ¡Él no entiende! ¡No puede! ¡Solo quiere estar conmigo!

Samu dio un paso, extendiendo las manos.

—Papá... ¿vamos a casa? —preguntó, con la inocencia grabada en la voz.

Los soldados lo rodearon. Leo cayó de rodillas.

—Por favor... —susurró—. Por favor...

Pero los brazos metálicos del Estado no conocen plegarias.



Samu fue escoltado hacia la puerta. No forcejeó. No gritó. Solo miraba atrás. Su cabeza giraba una y otra vez hacia Leo, que estaba arrodillado, inmóvil, como si el mundo hubiera dejado de tener gravedad.

—¡Papáaaa! —volvió a gritar Samu.

No con terror. No con rabia. Con esperanza. Como si aún creyera que todo era un juego. Como si en cualquier momento él vendría por él y le diría “ya basta, era mentira”. El

sonido de esa palabra –"papá"– repetida tres veces, con una voz que parecía no entender el dolor, fue más que un grito. Fue una música. Una súplica. Una melodía de despojo. Y fue entonces cuando Leo sintió cómo se partía algo dentro. No como se rompe una cuerda. Sino como se oxida. Como se apaga una lámpara. El soldado cerró la puerta tras ellos. El taller quedó en silencio.



Leo se incorporó con lentitud. El piso crujió bajo su peso. El fogón aún ardía, pequeño. La bufanda de Samu seguía en el suelo, como un jirón de piel que alguien olvidó arrancar. Sobre la mesa estaba la caja. Abierta. La pieza de Edevane brillaba débilmente bajo la luz mortecina. Leo la tomó. Era liviana. Y sin embargo, pesaba como un cadáver. Sus dedos la envolvieron. La sostuvo contra el pecho. Pero no lloró. No aún. Las lágrimas, cuando vienen de la desesperanza, no salen. Solo hacen ruido por dentro. La sostuvo ahí, y recordó. Recordó la voz de Edevane en las mañanas, su manera de girar el cabello mientras pensaba. Su forma de decir "estoy bien" cuando claramente no lo estaba. Su risa cuando jugaban a nombrar objetos con palabras inventadas.

–¿Por qué no te puse esto antes? –susurró–. ¿Por qué... no me atreví?

Nadie respondió. Ni las herramientas. Ni el horno. Ni los esquemas colgados en la pared. Y en ese instante, supo. Ya no se trataba de Samu. Se trataba de él. De lo que no había querido permitirle al amor. De lo que no se había permitido a sí mismo. Y ahora, ya era tarde. Leo permaneció de pie largo rato, con la pieza de Edevane en la mano cerrada como una promesa que nunca llegó a hacerse voz. El taller parecía más grande sin Samu. Más alto, más hueco. El eco de su nombre aún flotaba entre los estantes, adherido al polvo, colgado de los clavos torcidos de los muros.

Lo envolvía una quietud que no era calma. Era algo más parecido al olvido. Como si la ciudad, al arrebatarse al autómatas, se hubiese llevado también el oxígeno, la posibilidad de creer, la voluntad de mirar el mañana. Caminó por el taller con lentitud. Sus dedos pasaban por los objetos como si quisiera memorizar cada contorno: el banco de trabajo con marcas de aceite, la lámpara de cobre que tintineaba cuando Samu la encendía mal, el cesto donde guardaban los cuentos ilustrados a medias. La cuchara de madera que usaban para jugar a que cocinaban. La bota izquierda que Samu nunca aprendió a ponerse del lado correcto.

Todo eso seguía allí. Todo... menos él. Leo se sentó en el suelo. La pieza de Edevane reposaba sobre su palma abierta. La miró como se mira un relicario. Como se observa el rostro de un hijo que ya no volverá a respirar. Se habló a sí mismo, sin moverse los labios:

> "Si se la hubiera puesto, habría tenido algo de ella."

> "Si se la hubiera puesto... tal vez me habría permitido ser feliz."

> "Pero no lo hice. Porque la fidelidad, para mí, fue el arte de negarme toda redención."

Y entonces lo comprendió, no con palabras, sino con una claridad que dolía: La pieza no era para Samu. Era para él. El acto de posponerla, de postergarla eternamente, fue su forma de castigo. No quería permitir que un niño –aunque fuera un niño mecánico– lo salvara del abismo. No quería sanar sin Edevane. Prefería sangrar solo. Ser el sepulturero de su propio amor. El fuego del hogar crepitó por última vez. Leo se levantó, con lentitud. Luego, recogió la bufanda de Samu del suelo. La dobló con una ternura que se sintió como un adiós. La llevó al pecho. La aspiró.

Olía a aceite. A polvo. Y a infancia. No podía quedarse en ese taller. Esa noche, Praga era un país extranjero. Las calles ya no lo reconocían. Los tranvías parecían transitar otras rutas. Las campanas, silenciadas desde la firma del decreto, no sonaban ni siquiera en su cabeza. Había cruzado la línea invisible entre los que esperan... y los que han perdido. Empacó solo lo esencial: herramientas pequeñas, un cuaderno, la placa de

identificación de Samu. Dejó las puertas abiertas. No como gesto de rendición, sino como señal de que ya no tenía nada que esconder. Cruzó la ciudad envuelto en su abrigo espeso. Las luces de gas lo veían partir sin juicio. Las sombras no susurraban. Solo lo acompañaban. Y cuando llegó al borde del distrito de los tranvías, donde los rieles viejos dormían como huesos de acero, se detuvo. Miró la ciudad una última vez. Se dijo: –Todo se lo llevaron... menos su voz.

Y entonces, con una decisión que parecía no pertenecerle, guardó silencio para siempre. No habló más de Samu. Ni de Edevane. Ni del amor que programó en secreto como quien escribe un poema en una máquina oxidada. Solo él. Solo él sabía que, en algún rincón de Praga, un niño sin nombre –un autómatas con ojos de ternura imposible– podía estar repitiendo su nombre. A oscuras. En una sala fría. Esperando que lo fueran a buscar. Y así comenzó su otra vida: no como inventor, no como esposo, no como padre. Sino como ausencia andante, como hombre sin pronombre, como vagón vacío en la línea de un tiempo que ya no se movía.

Y como un recuerdo de su antiguo hogar, la pieza. Sin polvo aún. Sin uso. Sin destino. Esperando. Como si el amor, aún despojado, se negara a morir del todo.

Capítulo 29

Estante de promesas

Praga, 1883-1884

La nieve aún no caía, pero ya se anunciaba en las hojas vencidas y en los tejados agrietados de Nové Město. El aire se filtraba por las rendijas de la ciudad como una carta sin remitente. En la casa de los Vortek, sin embargo, se vivía un otoño de otra clase: un otoño suspendido, como si el tiempo esperara algo para seguir cayendo. Lena no salía desde hacía días. Las contracciones eran ocasionales, sí, pero no era eso lo que la retenía. Era el silencio de su padre. La forma en que Emil Vortek evitaba cruzar palabra cuando ella hablaba del futuro, como si ese tiempo aún no le perteneciera. La niña que había sido se acurrucaba en los rincones de su memoria, preguntándose si alguna vez el mundo volvería a sentirse seguro.

Y entonces, una noche, llegó la música. No fue anunciada. No hubo pasos previos. Solo la vibración leve de un cantórgano en el aire. Un sonido roto, dulce, tembloroso. Las notas no obedecían ninguna métrica académica, pero tenían algo que las canciones más exactas jamás tienen: verdad. Lena se asomó por la ventana. Y ahí estaba. Bajo la farola de gas, empapado por la neblina y el arrepentimiento, con la cabeza gacha y el gorro ladeado, Elías sostenía su cantórgano como si fuera un niño que pedía perdón con cada nota. Cantaba con voz baja, sin saber si ella escuchaba. O si ella lo perdonaría.

–“Para ti, aunque me calles. Para ti, aunque me cierres la puerta. Para ti, porque mi voz fue cobarde... y mi corazón, no.”

Lena bajó lentamente las escaleras. La puerta cedió sin crujir. Caminó hasta él. Se detuvo a un metro.

–Has vuelto –dijo ella, con un temblor en la voz que no era rabia.

Elías alzó la vista. Sus ojos no suplicaban. Se ofrecían.

–Y no pienso volver a irme.

Lena no contestó. No necesitaba hacerlo. El silencio entre ambos se llenó de una tregua invisible. Se abrazaron como se abrazan los que ya no creen en promesas, pero igual las hacen. Pasaron algunos días desde aquella noche en que la música de Elías volvió a tocar la rendija del corazón de Lena. No lo perdonó de inmediato. Pero lo dejó quedarse, no en la casa, en su vida. Compartieron silencios largos, caminatas sin palabras por los lugares donde ensamblaron su historia, y algunas tardes de té en las que él hablaba poco y ella solo escuchaba. Cada gesto era una costura en la herida abierta. Cada día, un ladrillo nuevo en la reconstrucción. Hasta que una mañana, sin anunciarse, él le pidió

que lo acompañara al taller de Pavel. No dijo para qué. Solo prometió que no era una despedida, sino un comienzo. Y así, entre aromas a aceite viejo y humo de carbón, Lena entró a un rincón donde los anillos no eran joyas, sino votos de un hombre que había aprendido –tarde, pero con verdad– a quedarse. Las estufas de carbón ardían con fuerza, y el viejo ciego parecía esperarlos, con las manos cruzadas sobre el regazo, como si hubiera escuchado la melodía de la reconciliación desde lejos.

–¿Vienes solo? –preguntó Pavel, antes de que Elías hablara.

–No. Vengo con ella –dijo él, y su voz tenía la forma de una sonrisa.

Lena entró, de la mano de su amado, y el viejo sabio ladeó la cabeza, como si pudiera verla con el corazón.

–Entonces, es hora.

Pavel se levantó. Caminó con lentitud hacia la parte trasera del taller. Removió una lona con símbolos grabados y dejó al descubierto un estante de madera rústica. Allí, como si se tratara de un altar secreto, reposaban más de veinte anillos. Todos distintos. Unos de latón pulido, otros de cobre oxidado con delicadeza, otros incluso con pequeñas piedras volcánicas. Algunos eran imperfectos. Otros tenían inscripciones diminutas.

–Los hice con lo que tenía –explicó Elías–. Cobre de una máquina de vapor, latón de relojes viejos... Hay uno con fragmentos de un cilindro musical. Quería darte uno... pero no podía elegir.

Lena dio un paso. Sus ojos brillaban. La luz de la lámpara oscilante los cubría con un dorado tenue.

–¿Y por qué tantos?

–Porque no sé cuál mereces. Porque cada día puedo hacer uno nuevo. Y porque si un día no te parece suficiente el que llevas... puedes venir a elegir otro. Estarán aquí. Siempre. Como mi promesa de volver a pedirte que te quedes.

Pavel sonrió, con la cabeza baja. Lena no pudo evitar reír entre lágrimas. Tocó uno. Luego otro. Luego eligió el más simple: un anillo de cobre bruñido, sin adornos.

–Este –dijo, mirándolo a los ojos–. Porque me recuerda a ti.

Elías no respondió. Solo la abrazó, despacio, como quien envuelve un secreto que no debe romperse. Después de que Lena eligiera el anillo más sencillo –ese de cobre bruñido que le recordaba a él–, Elías no habló de bodas ni de promesas eternas. Solo la miró como quien empieza a comprender que el amor no se mendiga, se demuestra con presencia. Pasaron un par de días antes de que reuniera el valor. Pavel le prestó una camisa sin manchas de grasa y le arregló el cuello con manos ciegas pero certeras. Elías caminó hasta la casa de los Vortek sabiendo que no bastaba con haber sido perdonado por Lena: ahora tenía que mirar a los ojos del padre, del médico, del hombre herido que aún dudaba de su nombre. Tocó la puerta con los nudillos temblorosos, como quien llama no a una casa, sino al destino. El doctor abrió su puerta como quien abre un libro que teme releer. Los ojos, afilados como bisturíes, escrutaron a Elías con severidad.

–No vienes con permisos –dijo Emil–. Vienes con audacias.

–Vengo con verdad –replicó Elías–. No puedo ofrecerle apellido ni títulos. Solo amor. Pero eso no se mide. Se vive.

Lena intervino. Le tomó la mano.

–Papá... mírame. ¿No me ves feliz?

Emil tardó. Pero la miró. Y vio lo que no había querido ver: que su hija reía. Que su dolor se había quietado. Que el hijo que cargaba no era una desgracia, sino una promesa. Suspiró.

–Hazla llorar... y yo te haré poesía en la lengua de los cirujanos –advirtió, seco.

Elías asintió.

–Acepto el riesgo.

Emil lo invitó a pasar. La tregua había comenzado. Desde aquella tarde en que Emil Vortek abrió la puerta con recelo y terminó dejándolos pasar, algo comenzó a suavizarse en la atmósfera de la casa. No fue inmediato. Pero los silencios se hicieron menos pesados, las comidas menos tensas, y las noches menos solitarias. Emil no lo dijo nunca, pero empezaba a escuchar la risa de su hija como una música que no quería perder. Con el paso de las semanas, se acostumbró a ver a Elías en la cocina, en el jardín, o en la biblioteca, siempre con manos dispuestas y una torpeza honesta que no fingía saber más de lo que sabía. Y así, casi sin notarlo, la casa se fue preparando para el milagro. Cuando Lena sintió las primeras contracciones fuertes, el doctor ya no era solo su padre: era un abuelo que corría por los pasillos con las mangas arremangadas y el corazón abierto.

En un cuarto de cortinas gruesas y aromas de eucalipto, el llanto del bebé rompió el aire como un relámpago de carne nueva. Lena, sudorosa, temblorosa, lo sostuvo con manos temerosas y valientes a la vez. Elías lloraba sin disimulo. Emil... Emil se quedó inmóvil. Fue al tocar al niño que algo se deshizo en él.

–Tiene los ojos de mi esposa –murmuró.

Nadie lo corrigió. Nadie lo interrumpió. Porque era cierto. O al menos, lo parecía. Desde ese día, Emil cambió. El laboratorio volvió a iluminarse. El reloj de péndulo volvió a sonar. La casa de los Vortek, por primera vez, fue hogar. En la casa de los Vortek, los días comenzaron a transcurrir como si Praga no estuviera a punto de quebrarse. El niño –que no lloraba con frecuencia, pero sí murmuraba como si soñara despierto– se convirtió en el centro de una rutina de descubrimientos y afectos que ninguno de los tres adultos había vivido antes. Lena dormía poco, pero reía mucho. Elías le cantaba con su cantórgano, aunque los dedos se le torcieran del cansancio. Emil, más que abuelo, se volvió aprendiz: anotaba cada sonido, cada reacción, cada mirada en sus viejos cuadernos científicos, como si el amor pudiera medirse y replicarse.

–No entiendo cómo... –decía a veces, observando al bebé con un asombro sin pudor–, cómo algo tan pequeño puede reconfigurarme por dentro.

–Porque no es pequeño –le respondía Lena, acariciando al niño–. Es la parte que te faltaba.

Fue en una de esas madrugadas, en que el niño no dormía y Emil caminaba con él en brazos por el laboratorio, que surgió la idea. Otto, su autómatas auxiliar, que permanecía desconectado desde el accidente de Edevane, seguía intacto. No había vuelto a encenderlo. No por miedo a que repitiera un error, sino porque ya no sabía para qué serviría un autómatas en un mundo donde todo parecía tender hacia la prohibición.

–Pero tú fuiste hecho para cuidar –le dijo, más a sí mismo que al artefacto–. Y quizás... puedas ser redimido.

Así, comenzó la reconfiguración. Emil lo llamó “proyecto segundo padre”. Rediseñó líneas de código, extrajo la directiva de observación diagnóstica y la reemplazó por una función de asistencia emocional: rudimentaria, sí, pero genuina. El rostro de Otto, aún inexpresivo, fue recubierto con una lámina de latón más suave, con pequeños sensores de temperatura táctil.

–No quiero que solo lo vigiles –le decía al autómatas mientras soldaba–. Quiero que lo mires. Como si fuera alguien.

Otto fue reactivado en silencio, una mañana en la que el sol entraba por las persianas como una bendición amarilla. El niño lo observó. Extendió una mano diminuta. Otto la recibió. El primer toque fue apenas un roce. Pero quedó registrado en el núcleo del autómatas como una “señal prioritaria”. Desde ese día, Otto lo seguía a todas partes. No como una sombra, sino como una memoria que se negaba a desaparecer. Le traía sus

juguetes. Le alcanzaba el biberón. Si el niño lloraba, Otto encendía una melodía suave, basada en las frecuencias que lo tranquilizaban.

–Parece un hermano mayor –dijo Elías.

–No. –Lena sonrió–. Parece un ángel mecánico.

Incluso Emil comenzó a confiar. A veces lo encontraba observando al niño dormir, con los brazos quietos y los sensores de luz tenue encendidos como lámparas de vigilia.

–Tal vez... no todos los errores son fatales –susurró una noche, cerrando el cuaderno de notas.

La calma que se instaló en la casa de los Vortek parecía casi sospechosa, como si el mundo contuviera la respiración antes de una tormenta. Emil lo intuía en los periódicos que ya no llegaban con regularidad, en los murmullos de los mercados, en las visitas cada vez más espaciadas de sus colegas. Lena también lo sentía, aunque no lo decía: se aferraba a las rutinas con más fuerza, como si pudieran protegerla. Y Elías, cada noche, tocaba su cantórgano con una tristeza que no era suya, como si presintiera que esa paz –tan frágil, tan nueva– estaba a punto de quebrarse por algo que ni el amor ni los anillos ni los autómatas sabían detener.

El 16 de noviembre de 1884, a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, una sombra cruzó el cielo de Praga. Un dirigible gris, sin identificación, sobrevoló los distritos del norte. Los ciudadanos levantaron la vista. No cayó nada. No anunció nada. Pero su silencio fue más elocuente que un cañonazo. Media hora después, comenzaron los registros. La casa de los Vortek aún olía a leche tibia cuando sonaron los golpes en la puerta. Elías fue el primero en levantarse. Lena aún dormía con el niño sobre el pecho. Otto, de pie junto a la cuna, activó su protocolo de bloqueo. Pero no fue suficiente.

–¡Por orden del Ministerio! ¡Confiscación inmediata de todo mecanismo prohibido! –gritó la voz al otro lado.

–¡No tenemos nada ilegal! –respondió Elías desde la puerta.

–¿Otto está en su hogar? –insistió una segunda voz.

Elías no supo cómo lo sabían. Tal vez los sensores. Tal vez las denuncias. O tal vez... porque Otto ya era parte del registro prohibido.

–¡Otto es solo un ayudante! ¡Un protector de un niño! ¡No es un arma!

Pero no escuchaban. Las botas comenzaron a patear la puerta. El sonido del metal contra madera se volvió amenaza. Lena bajó con el niño en brazos, pálida como las sábanas. Emil estaba en el laboratorio, guardando planos en un doble fondo.

–¡Déjenos explicar! –gritó Elías–. ¡Hay un niño aquí!

Cuando la puerta cayó, entraron seis hombres. Todos con insignias oscuras. Otto activó su escudo. Se interpuso entre Lena y los soldados. Uno de ellos extendió el brazo: de su muñeca brotó una chispa azulada que cortó el aire como una víbora eléctrica. Otto cayó, pero no sin antes rodear al niño con sus brazos, como un escudo que aún deseaba proteger.

–¡No se lo lleven! ¡Otto no es una amenaza! –gritó Emil, saliendo al pasillo–. ¡Soy yo! ¡Yo soy el creador! ¡Llévenme a mí!

Los soldados se detuvieron. Uno de ellos leyó un documento. Su rostro no cambió.

–Por decreto 17-A: arresto inmediato del doctor Emil Vortek, por uso y creación de conciencia autónoma y artefactos invasivos de control prenatal.

Lena lloraba. El niño había comenzado a gritar.

–¡Papá, no! –dijo ella, sin voz.

–¡Me voy solo! ¡No hagan nada! –rogó Emil, dirigiéndose hacia los soldados.

Pero Elías se interpuso.

–¡No pueden llevárselo así! ¡Escúchenlo!

Uno de los soldados empujó a Elías con violencia. Cayó. Otro se volvió hacia Lena. Fue entonces cuando ocurrió lo impensable. Un forcejeo. Un grito. Un arma que se disparó. La sangre se mezcló con el vapor del suelo. Elías cayó primero. Luego Lena, tratando de alcanzarlo. La bala no era para ella. Pero el destino no mide intenciones. El niño quedó solo, en medio de la escena. Los soldados, enmudecidos, miraron los cuerpos. Uno se acercó al niño, que aún sostenía la bufanda que Lena le había tejido.

—¿Qué hacemos con él?

—Lo mandaremos al orfanato.

—¿Nombre?

—Acá hay documentos.

El soldado dudó.

—Entonces... también los llevamos.

El informe fue firmado sin preguntas. Y Otto, aún desconectado, permaneció con los brazos extendidos, como si esperara aún poder salvarlos.

Tres semanas después

La celda de Mírov no tenía ventanas. Solo una rendija en lo alto, delgada como una costura mal cerrada en la costra del muro. A esa hora de la noche —¿era noche?— no entraba más que un polvo inmóvil, como si hasta la luz hubiera sido arrestada. Emil Vortek estaba sentado en el catre. No dormía. Tampoco lloraba. No podía recordar con claridad el rostro de Lena, no como era en vida. Lo recordaba en el momento final. Con los ojos abiertos. Con el nombre del niño todavía en la boca. No sabía si ella lo perdonaba. No sabía si debía hacerlo él mismo.

El frío de la piedra se había instalado en su columna vertebral. No se quejaba. Aún conservaba el abrigo con el que lo arrastraron fuera del umbral de su casa, con el cuerpo de Elías aún caliente a su lado. De vez en cuando, del otro lado del muro, se oía una voz. Al principio creyó que era un rezo. Luego entendió: era poesía. Una voz envejecida, lenta, que recitaba en murmullos una rima sin rima. Algo sobre papel. Sobre fuego. Sobre niños sin nombre. Una noche —o lo que él creyó que era noche—, golpeó la pared suavemente con los nudillos. La voz se detuvo. Y luego, como si el muro respirara, la respuesta llegó:

—¿Tú también escribiste cosas que nadie quiso leer?

Emil tardó en responder. Su garganta se sentía oxidada.

—Yo las construí —dijo.

Hubo un silencio largo. Luego, la voz replicó:

—Entonces... también eres padre.

Emil no supo si lloraba o si solo temblaba por el frío. Pasaron semanas. Tal vez meses. Nunca se vieron. Pero cada noche, dos hombres separados por un muro y por toda una historia que nunca compartieron, se daban compañía en forma de palabras, o de silencio compartido. Uno creía en las letras. El otro, en las máquinas. Ambos, en el fondo, creían en la culpa. Y aunque no lo sabían aún, sus nietos algún día se encontrarían.

Capítulo 31

El eco de lo no dicho

Praga, 1894 – 1895

“Algunas historias no se escriben: se escuchan en los pasos que ya no suenan.” El frío en Mírov no era común. Era más seco que el invierno de Praga, más viejo, como si se hubiera instalado entre los ladrillos desde otro siglo. Greta Rousska lo sintió apenas cruzó el segundo pasillo de rejas, escoltada por un guardia silencioso que olía a café agrio. La sala de visitas no tenía ventanas. Solo una lámpara vibrando en el techo y una mesa de madera rajada en medio.

Cuando Emil Vortek entró, no lo reconoció de inmediato, nunca lo imaginó así, tan mal. Había perdido peso. Tenía el cabello desordenado, la barba encanecida en parches, y los ojos... los ojos eran dos charcos sin luna. Caminaba sin urgencia, como si cada paso le fuera enseñado nuevamente por las piedras del suelo. Se sentó frente a ella sin preguntar su nombre.

—¿Greta? —dijo, como quien intenta recordar un sueño.

Ella asintió, con un nudo en la garganta.

—Vengo por su historia.

Él se inclinó hacia adelante, como si esa frase le molestara. Luego sonrió. Una sonrisa que no tocó sus pupilas.

—La historia ya se escribió. Solo queda el moho.

Silencio. Greta sacó un cuaderno. Las manos le temblaban. Tenía preguntas. Decenas de ellas. ¿Por qué había creado a Otto? ¿Qué sabía de la Purga? ¿Qué sabía de los autómatas con rostros humanos? ¿Sabía algo sobre su nieto? Pero Emil hablaba de otra cosa.

—¿Sabe qué es peor que el olvido? —murmuró, mirando a la mesa—. La confusión. Cuando recuerdas algo, pero ya no sabes si fue tuyo... o si solo lo leíste en otro cuerpo.

—¿Y qué recuerda usted?

Él la miró. Por un instante, los ojos recuperaron algo de fuego.

—Recuerdo una niña. Tenía manos tibias. Le gustaba el sonido del vapor. Y había una máquina que la miraba como si pudiera amarla.

Greta contuvo el aliento.

—¿Un autómata con rostro humano?

—No... un hombre que era una sola cosa con su instrumento. Pero era él. El que tocaba las cosas con ternura, sin romperlas.

Volvió a quedarse en silencio. Murmuró frases inconexas. "La nieve cayó antes de tiempo". "Otto... Otto solo protegía". "Los ojos eran verdes, o tal vez dorados". Luego, sin aviso, se levantó.

—La historia no es mía. Es del que aún la está escribiendo. Búscalo. Él te dirá lo que falta.

—¿Quién?

Emil no respondió. El guardia ya había entrado. Lo condujo con cuidado, como si llevara un jarrón agrietado entre los dedos. Greta guardó su cuaderno. Afuera, la luz no era distinta. Pero algo en ella parecía más nítido. Como si la locura también pudiera iluminar. Días después de su visita a la celda del Dr. Emil, Greta Rousska volvió a fundirse con las calles turbias de Praga como si nunca hubiera descendido a los sótanos del castillo. La ciudad seguía girando sobre su eje oxidado de costumbre: el vapor silbaba desde las calderas ocultas, los engranajes de los relojes públicos marcaban las horas con puntualidad cruel, y los rumores de una rebelión contenida zumbaban entre las ventanas cerradas. Greta caminaba sin prisa, con el abrigo más gastado y la mirada aún encendida por lo que había escuchado. Llevaba días sin escribir, pero no sin pensar. Fue en una mañana particularmente neblinosa, al subir al Tranvía 17, cuando el destino la colocó donde quería estar.

Las ruedas chirriaban al girar la curva de la Calle del Alba. Praga, como cada invierno, se encogía bajo sus chimeneas y su historia. En el interior del vagón, una caldera vieja tiritaba al fondo, proyectando sombras como si fuera un teatro sin guión. Niko estaba en el asiento junto a la ventana, con la frente apoyada en el vidrio empañado. A su lado, un cuaderno de dibujo, un lápiz y una caja oxidada con engranajes sueltos. Parecía más alto que la última vez. Más callado. Ella dudó. Luego se sentó enfrente.

—Hola —dijo, casi en susurro.

El niño la miró con la seriedad de quien ha enterrado algo que aún ama.

—Hola.

Greta no sabía cómo empezar. Había repasado esta conversación muchas veces. En todas, le revelaba lo que sabía. Pero Niko la salvó de hacerlo. Confesó lo de Samu, el autómatas que él reconstruyó con los planos que ella le había entregado, de cómo había muerto.

—¿Puedo preguntarte algo?

Niko asintió.

—¿Cómo supiste qué hacer con él?

—¿Con Samu?

—Sí. Con él.

El niño se encogió de hombros. Miró el cuaderno.

—No supe. Solo... me parecía bien.

—¿Bien?

—Sí. Como cuando pones la última pieza de algo. No sabes si es la correcta, pero encaja. Samu... Samu encajaba con nosotros.

Greta sintió que su voz temblaba.

—¿Te dolió dejarlo ir?

Niko no respondió de inmediato. Sacó un trozo de papel del cuaderno y se lo mostró. Era un dibujo: Samu bajo la lluvia, de espaldas, con una bufanda ondeando al viento. La firma decía simplemente: "A veces, quedarse no es lo que nos toca."

—Sí —dijo, finalmente—. Pero también sé que no todos pueden quedarse. Algunos vienen a curarnos. Y cuando lo hacen, ya no tienen por qué quedarse.

Greta lo miró con algo parecido a la fe.

—¿Y tú? ¿Quién te curó a ti?

—No sé. —Sonrió, apenas—. Tal vez la historia. Tal vez alguien más. Tal vez aún no ha terminado.

El tranvía se detuvo. Niko recogió sus cosas y bajó sin más. Greta lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina. En sus ojos había algo que no podía traducirse. No aún.



La ciudad de Praga, vista desde sus costuras más viejas, no tenía mapas. Tenía cicatrices. Greta lo descubría cada día, mientras caminaba por callejones que no aparecían en los planos del Ministerio y preguntaba por un niño que no era niño, por una ternura que nadie se atrevía a admitir haber recibido.

Llevaba una libreta de tapas negras. Cada testimonio era una página. No anotaba nombres, solo fragmentos: "cantaba con tornillos", "cuidó al gato moribundo", "dibujaba casas con tizas mojadas", "se quedó una noche afuera porque no quería molestar".

En Žižkov, una anciana le dijo que encontró al autómatas dormido en su portal, con una flor de papel entre las manos.

—Pensé que era una estatua —le confesó—. Hasta que me dijo "hola" y me preguntó si me dolía la espalda. Yo no se lo había dicho a nadie. Pero dolía. Como si me oyera por dentro.

En Malá Strana, una madre soltera le reveló que Samu jugó con sus hijas una tarde entera. Les cantaba canciones sin letra y arreglaba los relojes de madera de la casa.

—No preguntó por comida. Solo por cuentos. Quería escuchar cómo nacía el sol.

Greta no preguntaba cómo lo sabían, cómo sabían que no era un niño común. Todos lo sabían. Pero nadie usaba palabras como "autómatas" o "máquina". Decían él. Decían el chiquito. Decían el que no pidió nada, solo dio. Un hombre en el barrio judío le entregó una nota que Samu dejó antes de marcharse: "Gracias por el pan. Lo compartí con la

piedra porque me dijo que también tenía hambre." Greta la leyó bajo la lluvia. El papel se arrugó como si recordara haber sido parte de algo más noble. Nadie lo delató. Ni una sola persona. Tal vez por miedo. Tal vez por amor.

Greta, por primera vez, sintió que los informes fríos del Ministerio jamás podrían narrar lo que ese niño metálico había sembrado. Samu no había sido perseguido por ser peligroso. Había sido perseguido por lo contrario. Porque su ternura era un recordatorio. Y el poder no tolera recordatorios. Al séptimo día, Greta volvió al taller de Gus. Niko no estaba. Anika le dijo que había ido al Bosque Negro con Leo. No preguntó por qué. Supo que era parte de un ciclo que ya no le correspondía forzar. Esa noche, en su escritorio clandestino bajo la biblioteca del Museo de lo Prohibido, empaquetó todo. Los planos. Los testimonios. El acta de nacimiento del niño confiscado. El registro alterado del neuroescopio. El archivo oculto de Otto, con las fechas de su reconfiguración. Y una carta. Dirigida a un solo nombre: Ilse ten Boom, Rotterdam, Países Bajos. Contacto de su abuelo. Antigua conservadora de museos. Amiga de la resistencia científica. Su mensaje era claro: "Si algo me ocurre, difúndelo. No importa cómo. Que el mundo sepa lo que hicieron con Praga."



El tren hacia Rotterdam partió antes del amanecer. Greta vestía como cualquier viajera de negocios: capa gris, sombrero oscuro, carpeta atada con correas de cuero. En sus botas llevaba doblado un mapa secreto de la ciudad, con marcas en rojo donde las familias habían visto al autómeta.

El trayecto fue lento. Las estaciones parecían observarla como ojos dormidos. En cada parada pensaba si era allí donde el régimen le cortarían el camino. No ocurrió. Llegó a Rotterdam con el alma en vilo. Ilse la recibió en su internado. Tenía el cabello blanco como la sal y los labios manchados de té. No preguntó por qué Greta había venido. Solo abrió una caja fuerte empotrada en el piso y le ofreció una taza de menta. Durante tres horas, Greta expuso todo. Las pruebas, las fechas, los nombres, las muertes. Ilse no tomó notas. Solo asintió y, al final, le dijo:

—Lo guardaré como si fuera mi nieto.

Greta lloró en silencio. El internado olía a tierra mojada y madre selva. Regresó a Praga una semana después, con el corazón menos tenso. Sabía que aún faltaba un acto. El más difícil. Pero ahora, si caía, no caía sola.



La cita estaba agendada con 48 horas de antelación. Solo una línea escrita a mano en el sobre que entregó al centinela bastó para abrirle paso hasta el piso superior del Palacio Tecnológico. Greta Rousska no vestía como periodista aquella tarde. Llevaba abrigo largo de lana negra, sin distintivos, el cabello recogido en un moño severo, y los labios apagados por el invierno. Nada en ella sugería desafío, salvo la quietud con la que cruzaba los pasillos marmóreos. Como si no temiera ser detenida. Como si fuera ella quien conducía la historia.

La sala de recepción estaba vacía. Dos soldados armados custodiaban la entrada al antiguo salón de exhibiciones, ahora reconvertido en oficina del gobernador. Había sido allí donde, antes de la Purga, se mostraban prototipos de invención, corazones mecánicos, prótesis de vapor, y grabaciones musicales en lenguajes híbridos. Ahora solo quedaban vitrales cubiertos por cortinas gruesas y retratos de Armin Kotek en distintas poses diplomáticas. Un secretario sin sonrisa le indicó que pasara. La puerta se cerró tras ella con un susurro de metal aceitado.

Armin Kotek estaba de pie, junto a un gran mapa de Praga iluminado por lámparas de tungsteno. Vestía de gris oscuro, sin insignias visibles. Parecía más joven desde lejos.

Pero al volverse, Greta reconoció lo que las fotos no mostraban: una mirada cansada, roída por décadas de vigilancia interna.

—Señorita Rousska —dijo Armin sin moverse de pie, sin extender la mano—. Me intriga saber por qué una estudiante de periodismo, nieta de alguien que está ausente del circuito público desde hace una década, solicita una audiencia invocando... la Purga.

Greta no se inmutó.

—Porque usted no ha terminado de escribirla —dijo—. Pero yo sí.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue intencionado. Armin lo permitió, como si esperara que se ahogara en sus propias palabras. Pero ella no lo hizo.

—Tiene cinco minutos —añadió él finalmente, cruzando los brazos con gesto glacial.

Greta abrió su carpeta. No con urgencia, sino con la lentitud ceremonial de quien coloca una lápida con nombre nuevo. Extrajo varios papeles, y sobre ellos, una hoja amarillenta, marcada con el sello del Ministerio de Asuntos Técnicos.

—Treinta y nueve niños huérfanos sin filiación registrada —dijo—. Catorce fallecidos por "negligencia institucional". Veintitrés órdenes de evacuación con fechas falsas. Cuarenta y ocho autómatas desactivados junto a civiles. ¿Continúa?

El gobernador se quedó quieto. Luego caminó hasta la ventana. Observó por unos segundos el reflejo del Palacio Tecnológico sobre el vidrio. Sus hombros tensos como cuerdas oxidadas.

—La historia no se escribe con lamentos, señorita Rousska.

—No —dijo Greta, sin parpadear—. Se escribe con nombres. Y los tengo todos.

Armin la miró. Le brillaba una vena en la sien izquierda.

—¿Y qué quiere? —preguntó—. ¿Una estatua en el cementerio de la disidencia?

Greta no respondió. Sacó una carpeta más. Roja. Sellada. La colocó frente a él.

—Solo quiero una elección. Ya envié una copia a Rotterdam. Si algo me ocurre, se publicará. Usted decide qué versión de usted quedará en pie cuando esto termine.

—¿Y el precio?

—Quiero algo que aún puede ser salvado.

—¿Una vida?

—No. Un testigo.

Él la miró en silencio.

—Su abuelo —dijo, por fin.

Greta apretó los labios. El aire pareció volverse pesado, denso, caliente. Como antes de un incendio.

—Y a Otto.

—Solo puede ser uno —sentenció Armin, sin crueldad. Solo con norma.

Ella cerró los ojos. Por un momento, pareció que el mundo cabía en ese silencio. Y cuando los abrió, ya había decidido. Armin se inclinó hacia atrás. Por un segundo, pareció divertirse. El aire pareció inmovilizarse. Kotek caminó hasta la ventana del fondo, desde donde se veían las torres oxidadas de Praga. Su reflejo en el vidrio parecía más real que su cuerpo.

—¿Sabe lo que es Otto?

—Sí. Y lo que fue. Y lo que puede volver a ser.

—Otto es un arma. Silenciosa, obediente, sin alma.

—También lo fue su firma, señor gobernador. Y con ella borró más nombres que los que Otto jamás pronunciará.

La frase no fue un insulto. Fue una herida colocada con precisión quirúrgica.

Kotek se giró.

—Entonces elija. Otto... o su abuelo.

Greta no parpadeó. Pero la sangre le pesó en los nudillos. Por dentro, un grito le desgarraba las costillas. Su abuelo. Su protector. El único que le recitaba versos en la oscuridad de la censura. Pero también Otto... el eslabón. La herramienta que podría ayudar a sanar a quienes aún quedaban. No lo sabía con certeza, pero algo dentro de ella lo gritaba: Otto era parte del ciclo. Su entrega no era una cesión. Era una semilla.

—Otto —dijo al fin.

—¿Está segura?

—No —respondió Greta—. Pero lo estoy haciendo igual.

Armin asintió.

—Le será entregado mañana. Al amanecer. Diga adónde.

Greta se levantó. No tomó el vaso. No agradeció. Solo miró el reloj de la pared.

—Mis cinco minutos han terminado.

Salió por la misma puerta que se cerró tras ella, sin mirar atrás. No lo necesitaba. Lo que venía después ya no se escribía con decretos. Se escribía con actos.



La mañana siguiente fue de un gris casi inmóvil. En Žižkov, las grúas de vapor colgaban estáticas, como si la ciudad hubiera olvidado respirar. A esa hora, los perros aún dormían entre tuberías y los niños no habían salido a corretear sobre los rieles oxidados. Greta caminaba sola, cubierta por una capa azul oscuro que se confundía con la bruma. No llevaba sombrero. El viento le revolvía el cabello sin violencia.

El vehículo que llegó no era oficial, pero sí vigilado. Un automóvil blindado sin insignias se detuvo en la intersección de las calles Biskupcova y Orebitská. Del maletero bajaron una caja sellada y una figura cubierta con una lona negra. No hubo diálogo. Los hombres se marcharon de inmediato, como si su presencia contaminara lo que estaban dejando atrás.

Otto quedó allí. Quieto. Sin energía, sin nombre, sin instrucciones. Un artefacto, otra vez. O quizás un niño sin ojos. Greta permaneció unos minutos frente a él. Luego giró sobre sus pasos. Fue ella quien buscó a Niko. Lo encontró cerca de la entrada de la Chatarra. Estaba sentado junto a un montón de ruedas rotas, con las manos llenas de grasa y un desarmador entre los dientes. No la oyó llegar. Cuando levantó la vista, la reconoció. No con sorpresa, sino con esa tristeza resignada de quien sabe que la gente que importa siempre regresa, aunque traiga noticias que no se desean.

—Hola, Niko.

El muchacho no respondió de inmediato. Sus ojos buscaban otra cosa. Tal vez esperaban a Samu, todavía. O quizás temían que aquel bulto negro a su espalda fuera lo que en el fondo presentía. Greta se sentó frente a él, sin invadir su espacio. Sacó un cilindro de papel y se lo tendió. Niko no lo tomó.

—No vine por esto —dijo él, con la voz baja—. No necesito más verdades.

—No te traje verdades —respondió ella—. Te traje algo que podría servir.

Solo entonces se volvió a mirar. Otto estaba de pie, aún cubierto, con los pies ligeramente abiertos y los brazos al costado. El perfil era el de un soldado derrotado. Una estatua exiliada. Niko se levantó. Caminó hacia él sin apuro. Al quitar la lona, Otto reveló su cuerpo de latón reconfigurado, los sensores apagados, el pecho intacto. Greta se mantuvo en silencio. Cuando Niko alzó la vista, había lágrimas en sus pestañas, pero no eran de dolor. Tampoco de alivio.

—¿Por qué me lo das?

Greta no respondió enseguida. Buscó una piedra plana y se sentó.

—Porque no quiero que termine así —dijo finalmente—. Porque tú... puedes hacer que vuelva a ser bueno.

Niko se acercó más. Colocó una mano en el hombro del autómata. Otto no se movió.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—Todo —susurró Greta—. Y nada. Pero ya no me pertenece.

Un largo silencio cayó entre ambos. En lo alto, las grúas comenzaron a moverse otra vez, y una campana oxidada sonó a lo lejos.

Greta se levantó. Comenzó a alejarse.

—¿Volverás? —preguntó Niko.

Ella se detuvo, sin girarse.

—No. Pero si Otto vuelve a sonreír... entonces, sí.

Y con eso, se fue. Otto permaneció de pie. Quieto. Inerte. Niko se quedó observándolo por largo rato. Hasta que Anika apareció, con las mejillas enrojecidas y las manos llenas de piezas que no encajaban en ningún lado.

—¿Eso es...?

—Sí —dijo Niko.

—¿Qué vas a hacer?

Niko miró el cielo. El viento comenzaba a soplar con otra dirección. Las hojas muertas bailaban como si algo nuevo empezara.

—Voy a intentarlo.

Y en el silencio que siguió, la historia comenzó otra vez.



Departamento de Greta Rousska, Praga, invierno de 1895

La noche había caído hacía horas, pero el reloj de pared parecía detenido en un mismo tic interminable. El viento golpeaba la ventana con la obstinación de un animal que quiere entrar. Praga dormía, o fingía dormir. En el pequeño escritorio de madera, bajo la luz temblorosa de una lámpara de queroseno, Greta Rousska escribía.

No era una carta. No era un artículo. Era una tesis. Una que no esperaba entregar a ningún comité, ni defender frente a catedráticos decrépitos. La escribía para salvar lo que aún podía ser salvado. Para arrebatar al olvido una historia demasiado frágil, demasiado humana, para dejarla pudrir en archivos secretos. El título, escrito en mayúsculas con lápiz blando, decía: "Los Autómatas Emocionales y la Resistencia de la Ternura: Un caso perdido en la Praga del Hierro" Debajo, con tinta más firme, escribió:

"Basado en los testimonios recolectados entre noviembre de 1894 y enero de 1895. Bajo la protección de un nombre que ya no puede ser silenciado: Samu."

Greta se quitó las gafas. Respiró hondo. Acarició el borde del cuaderno como si fuera un animal dormido. Luego, comenzó a escribir el primer párrafo, con trazos lentos, cuidadosos, casi ceremoniales: "En una ciudad donde las leyes persiguen el afecto, donde lo exacto es más valioso que lo verdadero, un niño sin sangre y sin apellido cruzó las calles y los corazones de Praga. No tenía número de serie oficial, ni nombre en los censos. Pero dejó marcas más profundas que muchas biografías completas. Lo llamaron Samu. No porque alguien lo bautizara, sino porque así sonaba el eco de su ternura cuando pronunciaba su nombre." Pasó la página.

"Este estudio no busca justificar la existencia de autómatas con programación emocional. Busca preguntar por qué nos asusta tanto que una máquina sea capaz de dar amor sin pedir nada a cambio. ¿Qué dice eso de nosotros? ¿Y de lo que hemos construido con tanto miedo?" Siguió escribiendo. Los testimonios estaban clasificados en sobres numerados. Greta abría uno por uno. En la sección que tituló "Testimonios de ternura compartida", dejó espacio para una conclusión. Pero esa noche no supo escribirla.

Fue hasta el amanecer, con la tinta casi seca y las manos entumecidas, que volvió a abrir su cuaderno y escribió: "Lo mataron como a todos los otros. Pero no pudieron borrar lo que tocó. El recuerdo de Samu no sobrevive porque alguien lo defendió."

Sobrevive porque nadie pudo olvidarlo.” Se quedó un momento mirando esa frase. Luego, en la última hoja del cuaderno, escribió una nota, sin firma: “Este documento no es una denuncia. Es una tumba con flores. Que cada lector elija si quiere llorar o construir algo nuevo.”

Cerró el cuaderno. Lo envolvió en tela encerada, y lo guardó dentro de una caja de metal oxidado. Sobre la tapa escribió una palabra: “Memoria.” Y la selló. Afuera, la ciudad comenzaba a despertar. Pero adentro, Greta Rousska supo que, por esa noche, había salvado algo que nadie más quiso cuidar: la historia de un niño imposible, en una ciudad que prefirió olvidarlo.

Epílogo

Tres notas. Luego dos. Luego una pausa larga

Praga, otoño de 1884 – Antes de la Purga

La ciudad aún no dormía, pero respiraba más despacio. Las chimeneas humeaban con pereza y el crepitar de las hojas secas arrastradas por el viento llenaba los patios como un reloj sin agujas. En el interior de la casa Vortek, las ventanas filtraban la última luz del día, bañando las paredes con un color ámbar y dulce, como si el otoño se negara a morir del todo.

Lena estaba sentada en el sofá bajo la ventana, con el niño dormido sobre el pecho. El pequeño emitía sonidos casi imperceptibles, murmuritos apenas audibles, como si conversara con los sueños. Elías entró sin hacer ruido, con el cantórgano al pecho, envuelto en una bufanda deshilachada que Lena había tejido con restos de otras lanas – colores impares, nudos visibles, pero cálida como pocas cosas en la casa.

Él no dijo nada al principio. Se detuvo a contemplarlos. Se acercó a la cuna vacía, posó el instrumento sobre el borde y luego se sentó en el taburete que usaba para tocar. Solo entonces habló:

–He tomado una decisión.

Lena lo miró con la dulzura cansada de quien ha aprendido a no esperar explicaciones, sino simplemente estar.

–¿Cuál?

–Nuestro hijo no llevará mi apellido –dijo Elías con la voz templada, como si cada palabra hubiera sido limada durante semanas dentro del pecho–. Llevará el de mi padre.

Lena alzó la mirada. Hubo un silencio que pesó como un abrigo mojado.

–¿Kovar?

–Sí –asintió él–. Porque no quiero que crezca cargando con mis rencores. Porque el apellido que heredamos no siempre es una condena. A veces es un puente. Y yo... necesito tender ese puente. Aunque él –mi padre– nunca vuelva a cruzarlo.

Lena no dijo nada. Se limitó a sonreír, como quien comprende que el perdón no siempre se dice para el otro, sino para sanar uno mismo.

–Entonces se llamará así –susurró ella–. Kovar. Como quien vuelve a empezar.

Elías inclinó la cabeza. Abrió el cantórgano. Lo afinó sin prisa. Luego tocó una melodía que el niño ya empezaba a reconocer. Tres notas. Luego dos. Luego una pausa larga. Tres. Dos. Pausa. Un juego de ecos, de repeticiones que se volvían lenguaje. En la esquina de la habitación, Otto se activó. No del todo. Solo un leve parpadeo en sus sensores. Emitió un zumbido suave. Un murmullo mecánico. Y luego, como si la música lo llamara, replicó la secuencia. Tres. Dos. Pausa. Otra vez. Lena lo notó. Elías también.

–¿Está aprendiendo? –preguntó ella, sorprendida.

–Tal vez no lo entiende –dijo Elías–. Pero algo dentro de él lo recuerda.

La melodía se repitió hasta que el niño, acunado en su regazo, abrió los ojos. Lentamente. Con esa lucidez confusa que tienen los recién nacidos al mirar el mundo por primera vez, aunque esa no fuera la primera vez.

—Hola, tú —le dijo Lena con una sonrisa trémula—. Ya despertaste, ¿eh?

Elías dejó de tocar. Cerró el instrumento y se acercó. Lena levantó al niño apenas un poco, y con el tono ceremonial que sólo tienen los nombres pronunciados por primera vez, le habló al oído:

—¿Quieres saber cómo te llamas? —susurró—. Te llamas Niko.

El niño emitió un sonido suave, una especie de arrullo sin forma. Como si entendiera. Como si aceptara.

—Niko Kovar —repitió Lena—. Es tu nombre. Y también tu promesa.

Entonces Lena, sin moverse, sin apartarlo de su pecho, cerró los ojos. Un pensamiento cruzó su mente. Uno cálido, imposible, antiguo.

Recordó la voz de Edevane. Aquella noche en el monasterio, cuando todo estaba oscuro y el mundo se sentía más cruel que justo. Recordó cómo esa mujer, extraña y luminosa, le habló al oído como una madre que bendice: “¿Sabes cuál es el primer regalo que le das a tu hijo? El deseo de tenerlo. Eso es suficiente.” Y ella había respondido. Con miedo. Con duda. Con amor. Con todo.

Lo comprendía ahora, sin entenderlo, como si viera al futuro, pero solo con signos, como vapores tornasolados. Lo sentía con una certeza que le traspasaba el cuerpo. Edevane no solo había hablado por ella. Había hablado por generaciones. Porque ese niño, ese pequeño Niko, sería mucho más que su hijo. Sería el hijo que Leo no había podido criar, el que completaría a Samu, el que devolvería la ternura a una ciudad que había olvidado cómo nombrarla.

El ciclo estaba completo. Sin que nadie lo hubiera planeado. Sin que nadie lo hubiera forzado. Simplemente... era. Ahí, donde el tiempo no tenía, ni un antes, ni un después. Y entonces, sin lágrimas, sin temor, con la frente apoyada en la cuna, y puesta de rodillas, Lena pronunció lo único que su alma sabía decir en ese momento. Hizo, en pocas palabras, su primera oración:

—Eres perfecto, Dios.